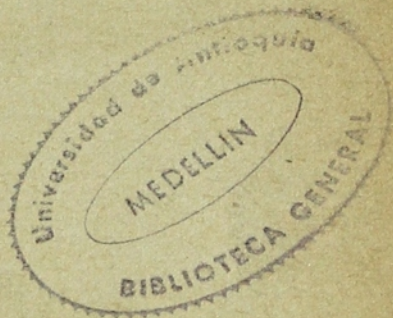


Tratados Epistolares

DE

San Jerónimo



Hieronymus, Saint
"

Tratados Epistolares

DE

SAN JERÓNIMO



11 MAY 1999

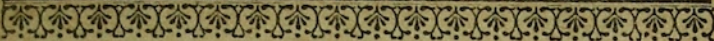
PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
SALA DE COLECCIONES ESPECIALES
INVESTIGACIONES

227.9
J551



94

INTRODUCCIÓN

La literatura cristiana no presenta ninguna obra de un interés moral tan vivo y tan profundo como las Epístolas de San Jerónimo. Fiel imagen del carácter, de los sentimientos y del genio de este gran doctor de la Iglesia, son, al mismo tiempo, una curiosa pintura de la sociedad romana al final del siglo cuarto, en aquella época indecisa en que esta sociedad, medio cristiana y medio pagana, conservaba entre las virtudes nuevas que la religión le enseñaba, las huellas tan profundas todavía de la antigua corrupción. Nadie tan bien colocado como San Jerónimo para observar bien y bien describirnos este doble e instructivo espectáculo.

Nacido hacia el año 340 en Stridon, Panonia, país salvaje al cual atribuía algunos rasgos de la ruda franqueza de su carácter, se trasladó muy joven a Roma para terminar con los hábiles maestros Victorino, célebre retórico, y Donato, el comentarista de Virgilio, los estudios empezados bajo la vigilancia paternal en el hogar doméstico.

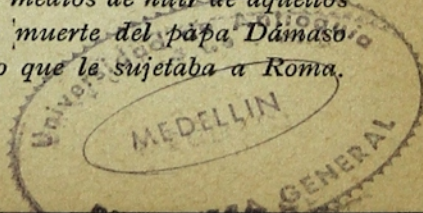
Roma brillaba todavía en aquel tiempo con todo el esplendor de las artes y las magnificencias del lujo que

había acumulado la conquista del mundo. La molicie y los placeres reinaban por doquier y Jerónimo no pudo sustraerse completamente a las seducciones que a cada paso encontraba su juventud. Pero hasta en medio de sus descuidos, graves pensamientos venían a recordarle sus deberes. En las horas de recogimiento, iba con algunos de sus compañeros a interrogar el silencio elocuente de las catacumbas. En la embriaguez de los placeres, el hastío se apoderó de él, y por escapar a su influencia se alejó de Roma, visitó primero Aquilea, pasó después a las Galias, regresó a Aquilea y Stridon y volvió en fin a Roma, donde no debía permanecer mucho tiempo. En compañía de un griego llamado Evagrio y de tres amigos, Heliodoro, Inocente e Hylas, se embarcó para Antioquía, donde llegó después de haber atravesado con grandes fatigas el Ponto, la Bitinia, la Capadocia y la Cilicia, y arribó a Constantinopla donde oyó a Gregorio Nazianceno. Antioquía no era más que el primer paso de su carrera. Aspiraba al desierto y escogió para retirarse las arenas de Calcis. El trabajo y la penitencia le ocuparon sin poder apagar por completo los ardores de su alma. Le asediaba el recuerdo de las voluptuosidades de Roma y le tentaba el encanto de la literatura profana; y luchaba así contra su temperamento y sus recuerdos, cuando un concilio y las órdenes del papa Dámaso le llamaron de nuevo a Roma.

Durante su primer permanencia en la Ciudad Eterna, Jerónimo, en quien se habían ya revelado el talento y el gusto de la dirección espiritual, que debía ser el rasgo

característico de su fisonomía, trabó amistad con algunas nobles matronas sobre las cuales había conquistado un gran ascendiente moral. A su regreso, las halló fieles y más numerosas que antes. Eran la élite de la sociedad romana; la flor de la aristocracia. Albina, viuda rica, cuya casa en el monte Aventino era como un manantial de santidad; Marcela, su hija, melancólica y pensativa; Fabiola y Furia, descendientes, la una de Quinto Fabio Máximo, la otra de Camilo. Fabiola, conservando hasta en su austeridad cierta ligereza mundana; Furia, que no renunciaba aun en el seno de la humildad cristiana a sus pretensiones aristocráticas. Paula y su hija Eustoquia; Paula, carácter serio y reflexivo no exento de agradables y maliciosas agudezas; Eustoquia, figura dulce y conmovedora.

Cuando Jerónimo volvió a hallarse entre aquel grupo de predilectos, llevaba sobre su frente el sello del sacerdocio y, por decirlo así, el rayo de fuego que el Oriente había puesto en él. La envidia que, ya durante su primer permanencia en Roma había despertado la influencia de Jerónimo, no lo perdonó este segundo y mayor éxito. La solicitud con que tantas y tan ricas matronas venían a consultarle y tomarle por guía, y las justas pero acerbas censuras que hacía de los desórdenes de algunos sacerdotes, le granjearon ardientes enemistades y odios que llegaron hasta a calumniar sus costumbres. Hacía ya bastante tiempo que meditaba los medios de huir de aquellos incesantes ataques, cuando la muerte del papa Dámaso vino a romper el último lazo que le sujetaba a Roma.



Resolvió alejarse, dejando a aquella familia espiritual, de la que con sentimiento debía separarse, una conmovedora despedida y sanos consejos. Otra vez tomó el camino del desierto, pero, como para agotar las reminiscencias que en él quedaban de vagas inquietudes, decidió visitar primero en la isla de Chipre a Santa Epifania, después se dirigió a Antioquía y Jerusalén, recorrió Egipto y el desierto de Nitria, fué a Alejandría y se detuvo en fin en Belén para no volver a salir. Algunas de aquellas nobles mujeres, que en Roma había dirigido por las sendas espirituales, le habían precedido y otras debían seguirle. Por ellas escribió y a ellas fueron dirigidas estas epístolas, que forman un código completo de dirección espiritual.

Estas cartas, si no nos equivocamos, convienen al estado actual de nuestra mentalidad. Pero aun cuando así no fuese, siempre serán leídas con placer las vivas descripciones que Jerónimo nos presenta de las costumbres de su tiempo; sus consejos impregnados de un conocimiento tan profundo del corazón humano; esta severidad misma donde se vislumbra tanta ternura; y en el cuadro de la sociedad romana, más de un rasgo en el cual podemos reconocernos.

Es pues en este interés histórico y moral en el que hemos basado la elección de las cartas de San Jerónimo. Hemos dejado íntegras todas las cartas que se refieren a la dirección espiritual y a la pintura del mundo romano, tal como Jerónimo ha sabido tan bien sorprenderlo y observarlo. En su vida aventurera, corriendo de Roma

al desierto y del desierto a Roma, cruzando el Oriente en todos los sentidos, viviendo en todas las extremidades sociales, vió derrumbarse el imperio bajo el peso de la corrupción y el lujo, y como solo refugio a las multitudes que huían delante de los bárbaros, los monasterios construídos a costa de grandes sacrificios por la piedad cristiana. Más que ningún otro, habia contribuído a elevar sobre las ruinas del viejo mundo un mundo nuevo: el mundo de la penitencia y de la caridad; las iglesias frente a los templos que se desplomaban. Este es el doble e interesante espectáculo a que debemos asistir.

La traducción que hoy publicamos fué hecha a mediados del siglo XVIII y editada en Barcelona en 1758. Pocos eruditos la conocen, sin embargo, pues no ha sido reeditada desde entonces. Al ofrecerla hoy al público hemos creído deber dejarle su sabor arcaico que tan bien sienta a las obras de los escritores sagrados. Lo único que hemos cambiado es el título, pues nos ha parecido más exacto el de « Tratados » que el de simples « Epístolas », pues realmente tratados de las virtudes cristianas son.





EPÍSTOLA PRIMERA

De nuestro padre San Jerónimo.

Para su último amigo y compañero Heliodoro, el cual habiendo ido juntos a vivir en un yermo, que está entre los Sirios Agarenos, los dejó y se volvió a su tierra; y aunque procuró detenerle no pudo; y así, le escribió después esta carta, persuadiéndole que tornase, con muchas y muy vivas razones, deshaciendo con grande gracia, gallardía y elocuencia, todas las que le podían inclinar a lo contrario.

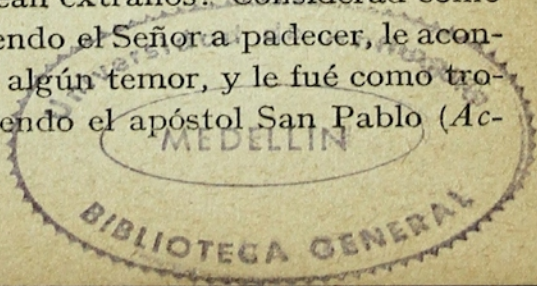
EL pecho y corazón, que sabe lo mucho que los dos nos amamos en Cristo (*Epis. I*), conoce muy bien con cuánto amor y con cuánta diligencia procuré yo que viviésemos juntos en el yermo: y aun también esta carta y las letras de ella (las cuales veis que van mojadas y borradas con lágrimas) son testigos fidedignos de los llantos, dolor y gemidos con que fui tras vos, cuando os ibais y me dejabais. Mas vos, como niño delicado, con palabras blandas y amorosas menospreciasteis mis ruegos; y yo, como poco recatado, no sabía enton-

ces qué hacerme : bien calalra, mas no podía disimular con moderación lo que deseaba grandemente. Por otra parte, quisiera rogaros con mis afectos, mas vos no queríais oírlos, porque no los amabais de la misma manera. Y así el amor, viéndose menospreciado, hace solo una cosa que puede, y es, buscar ausente al que no pudo retener cuando estaba presente. Pues porque vos mismo, yéndoos, me pedisteis que después que hubiese llegado a estos desiertos, os escribiese algunas cartas, con que os convidase a hacer la misma vida que yo hago, y yo prometí hacerlo : por tanto, yo os convido, daos prisa a venir y mirad que no querria os acordáseis de las amistades antiguas, ni de las necesidades grandes que hay en el yermo ; porque lo uno ni lo otro no os detengan, ni impidan la venida. Mirad, que el yermo quiere gente desnuda y desasida de esas cosas : tampoco querria que os espantase la dificultad de la peregrinación antigua y larga ; pues que creéis en Cristo, creed en sus palabras, el cual dice : Procurad primeramente hacer la voluntad de Dios (que es buscar su Reino), y luego todas estas cosas necesarias para la vida os serán dadas como por añadidura (*Luc.*, 12). No tenéis que traer alforja, ni báculo, ni otra cosa ; porque hartorico y abastado es el que es pobre en compañía de Cristo (*Mat.*, 20). ¿Mas qué hago? NOTA : Paréceme que inadvertidamente torno otra vez a rogaros ; ya no es tiempo de ruegos, ni de blanduras, que el amor ofendido y agraviado no ha de usar de eso, sino enojarse, y por ventura oiréis al que os riñe habiéndolo menos-

preciado cuando os rogaba. ¿Pues qué hacéis en casa de vuestro padre como soldado delicado? ¿Dónde está el baluarte? ¿Dónde está el foso y los demás pertrechos de la guerra? ¿Qué es del invierno que habéis pasado en el campo, debajo de las tiendas, sin dejar las armas? Mirad, que suena una trompeta desde el cielo. Mirad, que sale ya el Emperador armado en las nubes, para conquistar el mundo todo. Mirad, que una espada afilada por entrambas partes, saliendo de la boca del Rey, corta todo cuanto topa. Pues vos, sabiendo esto, ¿cómo no salís del aposento al escuadrón, y de la sombra al Sol? Mirad, que el cuerpo hecho a vestirse ropas delgadas, no sufriría después con paciencia la carga de la cota; y la cabeza enseñada a escofieta delicada, muy mal sufre el yelmo y capacete. Y cuando la mano está blanda y delicada, le da mucha pena la empuñadura de la espada. Oid, pues, el edicto y cartel de vuestro Rey (*Mat.*, 12): El que no me acompaña y está de mi parte, téngase por mi contrario; y el que no me ayuda a llegar desperdicia mis bienes. Acordaos de aquel día primero de vuestra milicia, cuando os sentasteis debajo de la bandera de la cruz, y siendo sepultado juntamente con Cristo. En el bautismo hicisteis juramento, que por su nombre no perdonaríais a vuestro padre ni a vuestra madre. Mirad, que el adversario procura matar a Cristo en vuestro pecho. Mirad, que los ejércitos contrarios suspiran por quitaros el don que recibisteis de Dios, para pelear por su honra. Y así, aunque el sobrino pequeño esté colgado de vuestro cuello, y aunque vues-

tra madre desgrefñada, mesándose los cabellos y rompidas las vestiduras, os muestre los pechos con que os dió leche; y aunque vuestro padre se tienda en el suelo y umbral de la puerta, pisadlo, y con ojos enjutos pasad adelante y volad hasta llegar a la bandera y estandarte de la cruz de Cristo : porque sólo el ser cruel en esto es género de piedad y clemencia. Mirad, que sin duda ninguna, con el favor divino, vendrá después aquel día en que volváis vencedor a vuestra Patria y entréis coronado, como varón fuerte, por la ciudad de Jerusalén la del cielo, y entonces gozaréis del privilegio de ciudadano de ella, como San Pablo de Roma (esto se entiende si nos estorban a servir a Dios) (*Act.*, 22); y entonces también pediréis para vuestro padre el derecho de la misma ciudad, y aun rogaréis por mí, que os incité para que os vencieseis. Y no penséis que no sé con qué grillos diréis que estáis atado y detenido (que es el amor); tampoco no tengo yo el pecho de hierro, ni las entrañas duras, ni me dieron leche los tigres de Hircania, como a nacido de los pedernales (*Virgil.*). Yo también pasé por todas esas cosas, y no bastaron a estorbarme mis santos propósitos : yo ya sé, que asirá de vos vuestra hermana viuda con sus brazos blancos y amorosos; y que también aquellos esclavillos que nacieron en vuestra casa y se criaron en vuestra compañía, dirán : ¡ Ah, señor, y a quién nos dejáis, que sirvamos? También ahora, la que en otro tiempo os traía en sus brazos, y ya es vieja, y vuestro ayo, que es como segundo padre, después de la piedad natural, dará voces

y dirá : Esperad un poco que nos muramos, y cuando nos hayáis sepultado idos donde queráis. Por ventura también se os pondrá delante vuestra madre, mostrándoos los pellejos flojos de los pechos con que os dió leche, arada la frente con arrugas, y os traerá muchas veces a la memoria aquellas palabras tiernas, balbucientes, que os decía, y vos decíais, cuando erais niño y tomabais su pecho. Todo con intento de enternecerlos y moveros a que no los dejarais tan presto. Digan si quisieren también, aquel encarecimiento de los Gramáticos: Mirad (*Virgil.*), que toda esta casa estriba en vos, y si no la sustentáis, se va inclinando para dar consigo en el suelo. NOTA : A todo esto digo yo, que todos estos lazos y cadenas los rompen fácilmente el amor de Dios y temor del infierno. Diréisme por ventura contra esto : Mirad, que la Santa Escritura manda (*Exod.*, 10) que obedezcamos a nuestros padres : yo lo confieso; mas cualquiera que los ama más que a Cristo, pierde su ánima. NOTA : ¿Bueno es por cierto, que esté el enemigo con la espada desnuda en la mano para acabarme, y que me ponga yo a pensar en las lágrimas que derrama mi madre? ¿Bueno es que deje de servir a Cristo, como soldado suyo, por respeto de mi padre, al cual no debo dar sepultura, si me es estorbo para servirlo, siendo cosa tan natural y debida y que por su amor se debe a todos, aunque sean extraños? Considerad cómo San Pedro (*Mat.*, 8), yendo el Señor a padecer, le aconsejaba al contrario con algún temor, y le fué como tropezón y escándalo. Viendo el apóstol San Pablo (*Ac-*



tas., 2) que cuando quería ir a Jerusalén, donde había que padecer por Cristo, lo detenían sus hermanos, respondió estas palabras : ¿Qué hacéis llorando y conturbando mi corazón? Porque yo no solamente estoy aparejado para ser preso en Jerusalén, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, sino para morir también y derramar por él mi sangre con exquisitos y atrozísimos tormentos. Esta máquina de guerra que so color de piedad y misericordia combate nuestra fe, y le hace cruda guerra, con el muro incontrastable del Evangelio, debe ser resistida y rechazada, diciendo aquellas palabras que dijo Cristo : Cualesquiera que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos (*Mat.*, 20), esos son mi madre y mis hermanos, y no conozco otros por tales : si creen en Cristo, favorézcanme, yendo a pelear por su nombre; y si no creen como gente muerta, entierren sus muertos. Diréisme por ventura : Esa razón corre y nos obliga, cuando se ofrezca ocasión del martirio, y no en otro caso. Digo (hermano mío) que andáis muy errado si pensáis que el cristiano está jamás sin tener quien le persiga y haga guerra. NOTA : Y entonces padecéis mayor combate cuando no sentís ni echáis de ver que sois combatido. Mirad, que nuestro adversario anda dando vueltas alrededor, 1 (*Petr.*, 5) como un león que brama buscando alguno que tragarse. Pues siendo así, ¿pensáis vos que está todo pacífico y seguro? Mirad, que está puesto en asechanzas con los ricos, para matar en lo escondido, y, como el león en su cueva, acecha para robar al pobre, y vos cubierto con la som-

bra de un árbol muy lleno de hoja dormís muy a sabor, estando a peligro de que os trague; por un cabo me acomete el vicio de la demasía y superfluidad, y me persigue, por otro, la avaricia y procura entrárseme en casa, por otros quiere mi vientre ser mi Dios, en lugar de Cristo; y el apetito deshonesto me fuerza a ahuyentar al Espíritu Santo, que mora en mí, y a que ensucie su Santo Templo (*Virgil.*). Finalmente, digo, que me persigue un enemigo que tiene mil nombres y mil ardides para hacer daño. Pues siendo esto así, ¿será bueno que yo, desventurado, me tenga por vencedor, cuando soy preso y vencido? No querría, hermano muy amado, que examinado bien el peso de los pecados pensaseis que los que hemos dicho son menores que el pecado de la idolatría; y para que los echéis de ver, mirad lo que dice el apóstol: Sabed, dice (*Ephes.*, 5), y entended esta verdad, que cualquier hombre fornicario, o inmundo, o avariento, o engañador, lo cual todo es servidumbre de los ídolos, no tiene parte en la heredad del reino de Cristo, y de Dios; y aunque generalmente es contra Dios todo lo que es del demonio, y lo que es del demonio es idolatría a quien se apropian todos los ídolos, con todo eso también en otro lugar determina especialmente, y por su nombre, diciendo: Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, dejando la fornicación, la inmundicia y mala concupiscencia, y la avaricia que son servidumbre de los ídolos, por los cuales viene la ira de Dios contra los hijos de la desconfianza. Mirad, hermano, que la servidumbre del ídolo no con-

siste solamente en echar con dos dedillos el incienso en el fuego del altar, o en derramar allí un trago de vino de la taza. Aquel negará, que la avaricia es idolatría, que podrá decir con verdad, que fué justicia vender al Señor por treinta reales; y aquel negará, que hay sacrilegio en el vicio de la torpeza, y deshonestidad, que hubiere violado con una mancha abominable los miembros de Cristo, y la ofrenda viva, que agrada a Dios, juntamente con la víctima de las públicas deshonestidades; y no confesará, que el engañar al prójimo es idolatría, el que es semejante a los que en las Actas de los Apóstoles (*Actas.*, 5), guardando parte del precio de su patrimonio, perecieron con un castigo presente y muerte repentina.

Mirad, hermano Eliodoro, que no es cosa lícita tener, o poseer, como propia, cosa ninguna de las vuestras, si queréis ser perfecto, conforme aquello que dice el Señor : Cualquiera que no renunciare todas las cosas que posee (*Luc.*, 14), no puede ser mi discípulo. ¿Por qué sois cristiano, de pecho, y ánimo temeroso?. Mirad, por vida vuestra, aquella prontitud y denuedo con que San Pedro dejó su red, y todo cuanto tenía para seguir a Cristo. Mirad también con qué presteza se levanta Mateo del banco (*Mat.*, 4), y así mereció ser hecho apóstol (*Luc.*, 9) al mismo punto. ¿No tiene el Hijo de la Virgen donde reclinar su cabeza, y estáis vos trazando muy anchos portales y muy espaciosa salas y aposentos? Mirad, que si esperáis la heredad de este siglo, no podéis ser heredero del cielo, juntamente con

Cristo. Declarad el vocablo de monje, *monachus id est solus*, que es en vuestro nombre (que quiere decir solo). ¿Pues qué hacéis entre el bullicio, y compañía de gente, teniendo nombre de solitario? Mirad, que aunque yo os aviso con tiempo, no lo hago como quien llega a la ribera con su navío sano y mercaderías enteras, sino como quien sabe el peligro que hay en las olas del mundo, y como un marinero diestro y experimentado, a quien poco ha arrojó la tempestad a la orilla, y así como puesto por atalaya, y viendo los peligros, con voz temerosa aviso a los que quieren navegar, para que se guarden de los en que me he visto; y así digo : Mirad, que en aquella creciente, o fuego sensual, la Caribdis de la lujuria consume y traga la salud del cuerpo y del alma (*Caribdis y Escila son dos peligros del mar: uno sorbe a los navíos, y otro como roca hace pedazos a los que en él tocan*), y en el otro lugar, el apetito deshonesto, reluciendo como el peñasco de Escila, con rostros, y apariencia de doncella nos halaga, y atrae para comer grandes naufragios de castidad. Mirad, que aquí es gente bárbara la de la ribera; y el demonio, como corsario de este mar, con toda su cuadrilla, trae prisiones para encadenar a los que prendiere; y así, os aviso, que no creáis a ninguno, ni os tengáis jamás por seguro; y aunque el mar os muestre bonanza, y a manera de estanque quieto parezca que se os ríe, y aunque apenas por lo alto del agua se levanten con el aire unas pequeñas olas como cabellos encrespados, no os aseguréis de eso. Mirad, que eso que os parece campo llano, tiene muy

grandes montes, y dentro está encerrado el peligro, y ahí está emboscado el enemigo; por tanto, desatad y aparejad las maromas y cuerdas; levantad y tended las velas; fijad la cruz de la entena en nuestras frentes; y mirad, que esa bonanza no es sino víspera de una tempestad grande.

II

Mas acaso me diréis esto : ¿Pues qué hay por ventura, ninguno de cuantos viven en las ciudades es cristiano? Yo no digo tal; mas no corren en vos las mismas razones que en los demás; y si no me creéis, oid lo que dice el Señor : Si quieres ser perfecto (*Mat.*, 19), ve y vende todos tus bienes y dalos a pobres, y ven, y sígueme. Acordaos, pues, que tenéis prometido a Dios de ser perfecto; porque cuando dejando la vida de caballero os privasteis de sus regalos, y libertades, por ganar el reino de los cielos; ¿qué otra cosa fué, sino seguir una manera de vida perfecta? pues el perfecto siervo de Cristo, ninguna cosa posee sino a Cristo, y si posee alguna cosa fuera de él, no es perfecto; y si no es perfecto, habiendo prometido a Dios de serlo, mentido ha delante de Dios. Pues la boca que miente mata su ánima. NOTA : Concluyendo, pues, mi discurso, si sois perfectos, ¿por qué deseáis los bienes de vuestros pa-

dres? Y si no lo sois, engañado habéis al Señor. El Santo Evangelio (*Mat.*, 6) nos dice con voces divinas : No podéis servir a dos señores. Pues siendo esto así, ¿hay alguno que se atreva a hacer mentiroso a Cristo, sirviendo a las riquezas y al Señor? Muchas veces da él voces, y dice (*Luc.*, 6) : Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame. Pues siendo esto así, ¿qué pienso yo, que cargado de oro y de plata sigo a Cristo, no es locura? Mirad, que el que cree de veras en Cristo, debe vivir como él vivió. Y si no tenéis cosa ninguna (como imagino que me habéis de responder), ¿por qué estando tan bien aparejado para esta batalla, no peleáis. Podrá ser que imaginéis que podréis hacer esto en vuestra patria, no habiendo el Señor hecho ningunos milagros en la suya. ¿Y por qué así pensáis? Oid la razón con autoridad (*Luc.*, 4) : Porque ningún profeta tiene en ella la honra que se le debe. Mas diréis : Yo no busco honra, bástame mi buena conciencia. Tampoco el Señor la buscaba; pues queriendo las compañías alzarlo por Rey, huyó por que no lo hiciesen. Mas donde uno no es honrado, es menospreciado; y donde hay menosprecio habrá injurias a menudo; y donde hay injurias también hay indignación; y donde hay indignación no hay ninguna quietud; y donde no hay quietud, muchas veces el alma se aparta de su intento y propósito y está distraída. NOTA : Pues donde por la inquietud se disminuye algo de la diligencia y cuidado, eso hay menos de lo que había de haber, y donde hay algo menos, no está per-

fecta y acabada la cosa. Pues de esta cuenta se saca esta suma, que el monje no puede ser perfecto en su patria; y no querer ser perfecto, es delito, y pecado. Mas habiéndooos alcanzado de cuentas, y concluído, en esto diréis : Si no puedo ser monje perfecto en mi patria, seré clérigo. ¿Por ventura, osaré yo decir algo de éstos, que viven en las ciudades? Dios me libre y guarde que yo diga alguna cosa mala de los que sucediendo en la dignidad (*de la dignidad sacerdotal*) y grado a los apóstoles, consagran con su boca sagrada el cuerpo de nuestro Redentor Jesucristo, y por cuyo medio y ministerio nosotros somos cristianos; y que teniendo las llaves del reino de los cielos, en alguna manera nos juzgan antes del día del Juicio; los cuales conservan y guardan la Esposa del Señor con castidad y pureza templada; pero como ya antes toqué brevemente, diferente razón es la de los monjes de la de los clérigos; porque los clérigos apacientan las ovejas de Cristo, y yo, como una de ellas, soy apacentado : ellos te sustentan de lo que te ofrece el altar, y a mí, como a árbol infructuoso, me pone el hacha a la raíz si no llevo ofrenda al altar, y no puedo excusarme con decir que soy pobre, pues que el Señor alabó en el Evangelio (*Mat.*, 16, 18) a una vieja viuda que echó en el cepo del templo solos dos cornados que le habían quedado. A mí no me es lícito sentarme ante el sacerdote (*Cor.*, 15), y a él, si yo pecare, le es entregarme a Satanás, para que me quite la vida del cuerpo, porque se salve mi ánima en el día del Señor Jesús; y

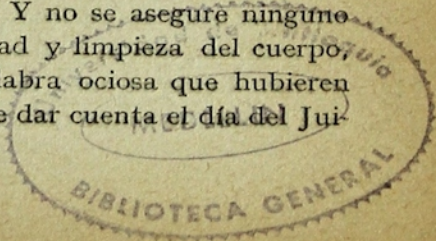
aun en la ley vieja leemos que, cualquiera que no obedecía a los sacerdotes, o poniendo fuera de los Reales, era apedreado del pueblo, o cortándole la cabeza (*Deut.*, 17), se purificaba con su propia sangre de aquel menosprecio; mas ahora el que los desobedece es descabezado con la espada espiritual, o echado de la Iglesia es despedazado con la boca rabiosa de los demonios. Mas si a vos os incitan los amorosos ruegos y halagos de vuestros hermanos, a ser de este mismo estado de clérigo, o de obispo, yo me alegraré mucho de vuestra subida, mas temeré siempre vuestra caída. El que desea obispado (*Pablo*, 1, *Tim.*), buena obra desea. Ya sabemos estas cosas, pero juntad lo que se sigue tras ello: Conviene, dice, que éste tal sea un hombre en quien no quepa reprensión ni haya de qué hacerse; y que no haya sido casado más de una vez, que sea templado, honesto y prudente, y adornado de virtudes, amparo de pobres, dócil, y que guste de ser enseñado, que no sea dado al vino, ni hiera a nadie, sino modesto; y cumplidas las cosas que de él se siguen, no puso menor diligencia en el tercero grado, diciendo: Los diáconos de la misma manera sean honestos, y no sean parleros, ni de dos lenguas, ni muy dados al vino, ni amigos de ganancia torpe, sino que cumplan el ministerio de la fe, que les es encomendado con conciencia pura: y éstos sean primero examinados y aprobados; y si los hallaren limpios de todo pecado, sirvan en su oficio. ¡Ay de aquel hombre, que no teniendo vestiduras de bodas, entre a cenar la cena del Señor! Porque ese tal no puede

esperar, sino que oiga luego aquellas palabras: Amigo, ¿cómo entraste aquí? Y que enmudeciendo él (*Mat.*, 22), digan a los ministros: Asid de él, y atándole de pies y manos, lanzadlo en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. ¡Ay (*Mat.*, 25) también de aquél, que escondiendo el talento que le dieron en su sudario, y granjeando los demás con los que recibieron, guardó solamente lo que le habían dado! porque luego será herido, y lastimado con la respuesta y clamor del Señor enojado, que dirá: Siervo malo y sin provecho, ¿por qué no procuraste granjear con tu dinero, y viniendo yo, te lo pidiera con las ganancias? Quiso decir: Pusieras en el altar lo que tú no podías aprovechar; porque mientras tú, como negociador negligente, tienes ese dinero, ocupaste el lugar de otro, que podía doblar la moneda. Por lo cual, así como los que sirven bien, y hacen sus oficios debidamente, adquieren para sí buen grado de merecimiento, así por el contrario, el que se allega indignamente a recibir o administrar el cáliz del Señor, será deudor y culpado, como ofensor de su cuerpo sacratísimo y de su preciosísima sangre.

III

Mirad, que no todos los que tienen nombre de obispos, lo son verdaderamente. San Pedro, y Judas, após-

toles eran de Cristo; pero ya veis cuán diferente fué el uno del otro. Si os admiran San Esteban y su constancia, póngaos temor la caída de Nicolao, al cual condena el Señor en el Apocalipsis con su propia sentencia, porque intentó cosas tan torpes y nefandas, que con ello dió ocasión que naciese de aquella raíz la herejía de los Nicolaitas. Examínese, pues, cada uno; y después de mirado bien, llegue de esa manera. Mirad, que la dignidad eclesiástica no hace a uno cristiano. Cornelio Centurión, siendo aún gentil y pagano (*Act.*, 10), fué limpiado de sus culpas con el don del Espíritu Santo, y Daniel (*Dan.*, 13), aunque era niño, tuvo prudencia para juzgar a los jueces ancianos y llenos de canas. Amós (*Amós.*, 1), siendo un pastor, que cogía zarzamoras, fué hecho profeta del Señor repentinamente. Y David, siendo pastor actualmente, fué elegido por rey. Y nuestro Redentor Jesucristo (*Reg.*, 16) al más mínimo de sus discípulos amó muchísimo. Asentaos, pues, hermano mío, en el lugar más bajo, para que viniendo otro menor que vos, os manden subir más arriba (*Joan.*, 19). ¿En quién pensáis que reposa el Señor (*Luc.*, 14), y tiene contento, sino en el humilde y quieto y que tiembla de sus palabras? Mirad (*Isai.*, 66), que al que le dan más, de más le pedirán cuenta que a los otros; y así los poderosos, poderosamente serán atormentados. Y no se asegure ninguno (*Sap.*, 6), por sola la castidad y limpieza del cuerpo, pues, que de cualquiera palabra ociosa que hubieren hablado los hombres, han de dar cuenta el día del Jui-



cio (*Mat.*, 12), como aun la injuria, y baldón dicho al hermano, se tenga por culpa de homicidio. Mirad, que no es negocio fácil estar en el lugar que estuvo San Pablo, y conservarse en el grado y oficio que hizo Pedro, que reinan ya con Cristo; porque acaso no venga el ángel que rompa el velo de vuestro templo y mueva de su lugar vuestro candelero. Si queréis edificar alguna torre (*Apoc.*, 2), contad primero lo que costará la obra. Mirad, que la sal que pierde su sabor y virtud, para ninguna cosa vale, sino para arrojarla en la calle, y que la huellen los puercos. Si el Religioso ordinario cayere en algún pecado (*Luc.*, 2), rogarán por él el sacerdote y su prelado; mas si cae el sacerdote, que vive en el siglo (*Mat.*, 5), ¿quién rogará por él? Mas porque hasta aquí parece, que ha navegado nuestra oración como desde unos lugares llenos de riscos; y nuestra barquilla frágil y quebradiza entrado en alta mar por entre unos peñascos blancos, con unas olas espumosas: razón será, que ya tendamos las velas a los vientos, y que vadeados los lugares peligrosos de las cuestiones, cantemos, a imitación de los marineros, el cantar alegre de Epílogo, y que concluyendo esta carta, digamos así: ¡ Oh dichoso desierto, donde siempre es primavera, por las flores de Cristo que hay en ti! NOTA: ¡ Oh felicísima soledad, en la cual nacen aquellas piedras preciosas, de que dice San Juan en su Apocalipsis, que se edifica la ciudad del gran Rey! ¡ Oh yermo, donde se goza de Dios más fácilmente! ¿Pues qué hacéis, hermano mío, en el siglo, siendo vos mayor

que todo el mundo? ¿Hasta cuándo estaréis debajo las sombras de las casas? ¿Hasta cuándo os ha de encerrar la cárcel de las ciudades llenas de humo? Creedme (que os digo verdad) que veo aquí no sé qué más de luz que allá veía; y así deseo ya, dejando la carga y fardel de este cuerpo, volar, e ir a gozar del resplandor claro del cielo más alto. ¿Por ventura teméis la pobreza que aquí se pasa? Pues acordaos, que Cristo llama bienaventurados los pobres (*Mat.*, 5). ¿Espántaos por dicha el trabajo? Pues considerad, que ningún luchador es coronado si no suda primero. ¿Pensáis en lo que aquí comeréis? Mirad, que la fe viva no teme el hambre. ¿Teméis revolcar los miembros consumidos y gastados con los ayunos, sobre la tierra desnuda, y que se den unos huesos con otros? Pues no temáis, que el Señor está echado a vuestro lado. ¿Póneos horror la cabellera mal compuesta de la cabeza descolorida? Pues acordaos, que vuestra cabeza es Cristo. ¿Asómbraos por ventura la infinita anchura del yermo? Pues buen remedio, pasead vos el paraíso con vuestra imaginación y pensamiento, que todas las veces que allá subiereis con él, no estaréis en el yermo. Yo os confieso, que cuando un hombre no usa de baños, se le hace dura y áspera la piel de su cuerpo : mas el que una vez se ha lavado en Jesucristo, no tiene necesidad de lavarse otra. Y para que oigáis al apóstol (*Rom.*, 8), que responde brevemente a todas estas cosas, mirad lo que dice. **NOTA** : No son dignas ni merecedoras, las pasiones y trabajos que en este siglo padecemos, de

la gloria que ha de venir y revelarse o descubrirse en nosotros. Muy delicado sois, hermano mío, si queréis gozaros aquí con el siglo y después ir a reinar a los cielos con Cristo. Vendrá sin duda ninguna aquel día, en que este cuerpo corruptible y mortal (*Luc.*, 22) se vestirá de incorrupción y de inmortalidad. Dichoso por cierto será el siervo, que le hallare el Señor velando. Entonces, oyendo la voz de la trompeta, temblará toda la tierra con los pueblos, y vos estaréis contento y alegre. Habiendo el Señor de juzgar, el mundo gemirá llorosamente, y una tribu y linaje, mirando a otro, herirán sus pechos, y mostrarán grande sentimiento. Entonces los reyes que en otro tiempo fueron poderosísimos y muy acompañados, estarán allí desnudos y solos, tiritando de frío. Entonces saldrá al público con su mala generación y verdaderamente encendido Júpiter; y también será traído a juicio el necio Platón con sus discípulos, y no serán de provecho los argumentos de Aristóteles, ni sus falacias. Entonces, vos, aldeano rústico y pobre, os regocijaréis y reiréis, y diréis : ¡ Veis allí a mí Señor Dios, que fué crucificado? ¿ Veis allí mi Juez, que envuelto en pobres pañales, lloró en el pesebre? Éste es aquel, que tuvieron por hijo de un carpintero y de una costurera. Este mismo Señor es el que siendo Dios verdadero, fué huyendo de un hombre a Egipto, llevado en los brazos de su Madre, como si fuera puro hombre. Este mismo es el que fué vestido de grana por burla y escarnio, y el que fué coronado de espinas, y a quien llamaron encantador,

y dijeron que tenía demonio y era samaritano. Mirad, Judío, las manos que enclavasteis en la cruz. Mirad, ¡oh Romano!, el lado que abriste con la lanza. Mirad, si es el mismo cuerpo que decíais habían hurtado de noche a escondidas sus discípulos. El amor que os tengo, hermano Eliodoro, me forzó a deciros otras cosas, para que si tomáis mi consejo, merezcamos aquel día gozar de los bienes de la gloria, por los cuales ahora el trabajo se nos hace áspero.



EPÍSTOLA II

Para Nepociano, sacerdote, sobrino de Heliodoro, hijo de una hermana, mancebo en la edad, aunque viejo en la cordura y prudencia, el cual había pedido por cartas a nuestro santo doctor, que a la sazón vivía en Belén, que le enseñase la forma y manera que debían guardar, así él, como los demás clérigos y monjes en su vida. Al cual responde en esta epístola copiosamente, instruyendo al sobredicho Nepociano, y en él a todos los sacerdotes, como se han de haber, en su vida y costumbres para consigo, y para con su prójimo, y para con Dios (que es lo que significó el apóstol San Pablo que debía hacer todo hombre, cuando dijo : Sobrie, et juste, et pie, vivamus in hoc sæculo). Porque de esta manera darán buena cuenta de tan alto ministerio, como les es encomendado.

PEDISME (carísimo Nepociano) con cartas enviadas de esa parte del mar, y esto muy a menudo, que os escriba en un pequeño volumen, o tratado, las reglas y modo de vivir, y la

forma y manera en que el que ha dejado el siglo, y comenzado a ser monje o clérigo, podrá caminar por la senda angosta y derecha de Cristo, sin dejarse llevar de la corriente de los vicios y pecados, a un lado ni a otro. Siendo yo mancebo, o por mejor decir, casi muchacho, y estando refrenando los primeros ímpetus de la edad lozana y briosa con la aspereza de vida que se hace en el yermo, donde yo vivía, escribí a vuestro tío, el santo varón Eliodoro, una epístola exhortatoria, llena de lágrimas y quejas, y que mostraba bien el sentimiento que yo tenía, por haberse ido de mi compañía y haberme desamparado. Y yo confieso, que en aquella obra me forcé entonces conforme a mi edad, que como aun hervían en mí los estudios y reglas de los retóricos, pinté algunas cosas con las flores y colores de que se usa en las escuelas y universidades. Mas ahora, que ya tengo la cabeza llena de canas, y la frente arada con las arrugas, y que como a los bueyes, me cuelgan los pellejos del cuello y barba, de puro viejo (*Virgil.*); la sangre, que está alrededor de las entrañas fría, hace resistencia. Y como dice el mismo poeta en otro lugar, todo lo lleva tras sí la edad, y también el ánimo y brío. Y más abajo dice, después de pocas palabras: Estoy ahora olvidado de infinitos versos, y esta misma voz, Merin, ya se me va de la memoria. Y para que no parezca que alego para mi intento solas las letras gentiles, entendad, y conoced también los misterios de los Libros Sagrados. Siendo ya David (*Reg.*, 3) de setenta años, aunque había sido varón belicoso en otro tiempo, estaba

frío por la vejez, que no podía calentar; y así para remediar su necesidad buscaron por todo el reino de Israel una doncella llamada Sunamitis, que durmiese con el rey, y calentase el cuerpo viejo. Por ventura, si en esta historia miráis a sola la corteza de la letra, que, como dice San Pablo, mata, no os parezca una cosa fingida y de burla, para solo entretenimiento. El viejo frío, siendo envuelto en ropas, no se calentaba, hasta que una doncella se abrazaba con él. Cuando esto sucedía, aun vivía la reina Betsabé, y no era muerta Abigaíl, ni las demás mujeres y concubinas suyas (*Par.*, 3), de que hace mención la Santa Escritura; y todas fueron desechadas como frías, y solamente se calentaba el hombre ya viejo y de muchos años, con los abrazos de una sola. Mucho más viejo llegó a ser Abrahán que David (*Gen.*, 6, 25), y con todo eso, mientras vivió Sara, no buscó otra mujer, y el patriarca Isaac tuvo doblados años que David, y nunca en compañía de Rebeca, ya vieja, tuvo frío. No quiero tratar de los otros nobles varones (*Gen.*, 35) que hubo antes del diluvio, que habiendo pasado de novecientos años, y teniendo los miembros, no digo yo viejos, sino casi carcomidos, con todo eso, no sabemos que buscasen doncellas que con sus abrazos les calentasen; y sin duda Moisés, capitán general del pueblo de Israel (*Deut.*, 23), teniendo ciento y veinte años, no trocó a su mujer Zéfora por otra. Pues ¿quién es esta Sunamitis, casada y doncella, tan ferviente, que pudo calentar al que estaba frío; y tan santa, que no provocase a cosa torpe

y deshonesta al que estaba ya caliente? Declárenos el sapientísimo rey Salomón los deleites y regalos de su padre; y el que fué rey pacífico, díganos: ¿Qué significan los abrazos del varón guerrero? Posee, dice, la sabiduría, posee la inteligencia; no te olvides de lo que te digo, ni te apartes de las palabras de mi boca (*Prov.*, 4); no la dejes, y ella te asirá; ámala, y ella te guardará. El principio de la sabiduría, es, que poseas la sabiduría; y en todas tus posesiones posee la inteligencia; rodéala, y ella te ensalzará; hónrala, y ella te abrazará para dar a tu cabeza corona de gracias, y la corona de los deleites también te defenderá. Casi todas las virtudes del cuerpo se mudan y truecan en los viejos, y creciendo con la edad de la sabiduría sola, se disminuye en todas las demás cosas: los ayunos, las vigiliass, las limosnas, el dormir en el suelo, el andar de unas partes a otras, el hospedar los peregrinos, el defender y amparar los pobres, la instancia en la oración, y la perseverancia, el visitar los enfermos, el trabajar de manos para dar limosnas; y finalmente, por no alargarme más, todos los ejercicios y ministerios que se hacen con el cuerpo, en estando él quebrantado, se disminuyen. Y no digo esto porque se resfríe la sabiduría en los mancebos, y de edad robusta; en aquellos digo tan solamente, que con trabajo y fervorosísimo estudio, y también con santidad y continua oración, hecha a Nuestro Señor Jesucristo, alcanzaron la ciencia, que en los más de los viejos se marchita con la edad, sino porque la mocedad padece muchos trabajos y batallas del cuerpo, y entre

los incentivos de los vicios y movimientos de la carne, es ahogada, como el fuego en la leña verde; y así, no puede manifestar su luz y resplandor; y por el contrario, la vejez de los que adornan su mocedad con artes y ejercicios honestos, y meditaron en la Ley del Señor, de día y de noche, con la edad se hace más docta, y con el uso más trillada, y con el discurso del tiempo más sabia; y así coge dos frutos dulcísimos de los estudios antiguos. Por lo cual aquel sapientísimo varón de Grecia, Temístocles, como se viese morir cumplidos ciento y siete años, dicen, que dijo, que le daba mucha pena por salir de esta vida, cuando comenzaba a ser sabio. Platón, siendo de ochenta y un años, murió estando escribiendo. Y Sócrates cumplió noventa y nueve, enseñando y escribiendo. No quiero tratar de los otros filósofos, Pitágoras, Demócrito, Xenócrates, Zenón, Cleanto, que siendo ya de mucha edad, florecieron en los estudios de la sabiduría. Vengamos a los poetas, Homero, Hesiodo, Simónides, Estesícoro, que teniendo muchos años, y estando cercanos a la muerte, cantaron no sé qué a manera de cisnes, y más dulce, que solían. De Sófocles se lee, que como por ser muy viejo y no tener cuidado de su hacienda, fuese acusado de sus hijos como caduco y sin juicio, para probar lo contrario en su defensa, refirió a los jueces la fábula de Edipo, que pocos días antes había compuesto, y dió con ella en aquella edad, ya quebrantada, tan grandes muestras de sabiduría, que convirtió aquellos Tribunales severos en aplauso y favor de Teatros. Y no

hay que maravillarnos de esto, pues Catón Censorino, el más elocuente entre los romanos, siendo ya viejo, no se corrió, ni afrentó de aprender las letras griegas, ni desconfió salir con ello; y Homero cuenta por cosa muy cierta, que de la lengua de Néstor, ya viejo, casi decrepito, manó una oración más dulce que la miel. Mas tornando a nuestra Historia de David, el misterio de este nombre, Abisag, significa, que en los viejos se halla más perfecta y cumplida sabiduría; porque este nombre hebreo, Abisag, quiere decir en nuestra lengua, mi padre superfluo, o bramido de mi padre; y aunque esta palabra superfluo es ambigua, y significa muchas cosas, en este lugar significa virtud, para significar que en los viejos, de ordinario hay más cumplida sabiduría, redundante y larga. Mas en otro lugar supone superfluo, por no necesario; y Abisag, propiamente quiere decir, y bramido, porque suena como la ola del mar; y como si dijéramos : Viniendo el bramido del piélago del mar, es oído; en lo cual se muestra, que en los viejos hay un trueno abundantísimo, y más que voz humana de la palabra de Dios. Allende de esto, Sunamitis, en nuestra lengua, quiere decir, de color de grana, para significar, que la sabiduría tiene calor y hierve con la lección divina, lo cual, aunque significa el misterio de la sangre del Señor, con todo eso, muestra el fervor de la sabiduría. Por lo cual, también aquella partera, de que se hace mención en el Génesis, ató una banda de grana en la mano de Farés, el cual recibió renombre de Partidor, que eso quiere decir el nombre de Farés

(*Gen.*, 38), por haber dividido la pared, que apartaba antes los dos pueblos, y también aquella mujer Raab, que era figura de la Iglesia, colgó una cordezuela de grana de su ventana, que significaba el misterio de la sangre de Cristo (*Josué*, 2), para cuando pereziese Jericó, quedase su casa en pie, y así la Santa Escritura, hablando en otro lugar de los varones santos, dice : Estos son los que vinieron del calor del padre de la casa de Raab; y nuestro Maestro y Señor, dice en el Evangelio : Fuego vine yo a poner en la tierra, y deseo mucho que arda (*Paral.*, 2), el cual encendido en los corazones de los discípulos, los forzaba a decir : ¿No echabais de ver cómo ardía nuestro corazón en nosotros, cuando nos hablaba en el camino, y declaraban las Escrituras? Diréisme por ventura, amigo Nepociano, que ¿a qué propósito digo estas cosas y tomo de tan atrás la corrida? Dígolas para que no me pidáis ahora en mi vejez declamaciones de muchacho, ni florecitas de sentencias, ni palabras halagüeñas y melosas; y que en cada capítulo concluya y remate con alguna sentencia aguda, lo cual suele servir solamente de despertar el aplauso y voces de los oyentes. Abráceme, pues, ahora la sabiduría, y repose en mi seno nuestra Abisag, que nunca envejece : sin mácula es, y perpetuamente Virgen; y tal, que a imitación de María, aunque cada día engendre, y siempre para, es incorrupta. Por esto pienso, que dijo el apóstol (*Rom.*, 12) con el espíritu fervoroso; y por esto pienso, que predicó el Señor en el Evangelio (*Mat.*, 14), que en el fin del

mundo, cuando, según el profeta Zacarías (*Zacar.*, 1), comenzare el necio a ser pastor, [descreciendo la sabiduría, se resfriará la caridad de muchos. Oid después (como dice el bienaventurado San Cipriano) no cosas elegantes, sino fuertes y eficaces : Oid al que es vuestro hermano en colegio, y padre en la edad, el cual os guiará desde la cuna de la fe, y desde sus principios, hasta la edad perfecta y consumada; y señalando preceptos y reglas de vivir, para cada grado, enseñará en vos a todos los otros. Bien sé, que habéis aprendido de vuestro tío el Santo Eliodoro, que ahora es prelado de Cristo, las cosas que son santas, y cada día las aprendéis de nuevo; y que su forma de vivir es dechado de virtudes. Mas con todo eso, recibid mis consejos, tales cuales fueren, y juntad este librillo con el que a él le escribí, para que habiéndoos enseñado en él a ser buen monje, éste os enseñe a ser perfecto clérigo.

II

El clérigo, pues, que sirve a la Iglesia de Cristo, lo primero que debe hacer, para cumplir con su oficio y obligación, es declarar su nombre de clérigo. NOTA : Y entendiendo lo que significa trabajar mucho, por ser lo que suena su nombre y ser lo que dice su apellido : y

así, si este nombre Cleros, en griego, es lo mismo que suerte en latín; por eso se llaman clérigos, porque son de la suerte y parte del Señor, o porque el mismo Señor es su suerte; esto es, la parte y heredad de los clérigos. Pues conforme a esto, el que es la parte del Señor, o tiene al Señor por su parte, debe ser tal y tan santo, que merezca poseer al Señor, y que también sea poseído de él mismo. Y el que posee al Señor, y dice con el Profeta: El Señor es mi parte, no puede tener cosa ninguna fuera del Señor; y si tuviere alguna otra cosa fuera de él, no será el Señor su parte y porción; y así, pongo por caso, que posee oro, o plata, o algunas heredades, o diferentes alhajas, no se dignará el Señor de ser su parte juntamente con estas partes; y si yo soy parte del Señor, y una sortezuela de su heredad, y no recibo parte entre las demás tribus y familias, sino que como diácono y sacerdote, me sustento con los diezmos; y sirviendo al altar, vivo con la ofrenda de él, teniendo día y vito; con estas cosas viviré contento, y desnudo seguiré la cruz desnuda. Ruégoos, pues, encarecidísimamente, y repitiéndola una y muchas veces, os lo amonestaré, que no penséis que el oficio y estado de clérigo, es como el que teníais en otro tiempo de soldado o cosa semejante. NOTA: Quiero decir, que no busquéis en servicio de Cristo las ganancias e intereses del siglo, ni tengáis más bienes que cuando comenzasteis a ser clérigo; y así os digan lo que dijo Dios por Jeremías a otros (*Jerem.*, 12): Sus órdenes, estado y posesiones, no les serán de ninguna utilidad y provecho. Y digo

esto, porque algunos hay que son más ricos cuando son monjes que cuando eran seglares; y algunos clérigos vemos que poseen, debajo de la bandera y estandarte de Cristo, pobre y necesitado, las riquezas que no pudieron haber debajo de la del demonio, rico y engañador; y así dan ocasión, que suspire y gima la Iglesia, por ver ricos en su gremio a los que antes en el mundo eran pobres y mendigos. Conozcan, pues, vuestra mesilla, y participen de ella los pobres y peregrinos y sea Cristo vuestro convidado en su compañía. NOTA: Guardaos mucho, como de una pestilencia contagiosa, del clérigo negociador, y que de pobre se ha hecho rico, y de hombre bajo y abatido, venido a ser muy honrado y glorioso. Mirad (*Cor.*, 15), que el ruin trato y conversaciones corrompen y estragan las buenas costumbres; vos menospreciáis el oro y otro lo ama; vos halláis las riquezas y otro bebe el viento por haberlas; vos sois amigo del silencio, mansedumbre y secreto, y el otro de hablar demasiado y no tiene vergüenza en la cara, gusta de ir a los mercados y ferias, a las plazas, tiendas y boticas, y no de reposar jamás en casa. Pues donde hay tanta diferencia y discordia en las costumbres, ¿qué concordia puede haber en los ánimos? En vuestra casa y aposento, o muy pocas veces, o ninguna, entren mujeres, cualesquiera que sean. A todas las doncellas y vírgenes consagradas a Cristo, o no las debéis conocer igualmente; o si las conocierais, debéis amarlas de la misma manera, sin señalarnos más con una que con otra. Mirad, que no moréis ni reposéis jamás con

ninguna debajo de un mismo techo, aunque sea por breve espacio; ni para esto os aseguréis con haber sido casto hasta entonces, pues ni podéis ser más santo que David, ni más fuerte que Sansón, ni más sabio que Salomón. Acordaos siempre, que fué mujer la que echó de su posesión al morador del paraíso. Si estuviereis enfermo (*Gen.*, 3), asista a vuestra cama y servicio algún hermano santo y virtuoso: y si hubiere de ser mujer, sea vuestra hermana o madre, o alguna mujer de tal vida y costumbres, que tenga buena reputación cerca de todos. Y si no hubiere entre vuestras parientas ninguna persona de semejante santidad y castidad, muchas mujeres ancianas sustenta la Iglesia que podrían haceros este servicio y recibir de vos en pago de esto su beneficio y limosna, para que vuestra enfermedad lleve también fruto de piedad y misericordia.

NOTA: Yo sé de algunos, que cobraron salud y fuerzas corporales y comenzaron a enfermar en sus almas en estas ocasiones. Peligroso es el servicio de aquella cuyo rostro miráis a menudo. Si por razón del oficio de clérigo hubierais de visitar a alguna viuda o doncella, nunca jamás entréis solo en sus casas, y llevad tales compañeros, que de su compañía no se os siga alguna infamia; y si va detrás de vos algún lector, o acólito, o cantor, no sea adornado tanto de vestidos, cuanto de buenas y loables costumbres, ni lleven copetes, ni el cabello enrizado; antes en su traje y vestido se conozca su castidad y limpieza. Jamás os sentéis a solas con ninguna mujer aparte y en secreto, y sin que haya delante

algún juez o testigo de lo que con ella tratareis; y si hubiereis de hablar con ella más fácilmente, no es posible, que no haya en la casa algún ama de leche, vieja y honrada, o alguna doncella viuda o casada, de quien pueda fiar sus secretos. Ni es posible, que la tal mujer sea tan inhumana y desamparada, que no tenga a nadie de quien fiarse, sino de vos. *NOTA* : Guardaos con todo cuidado de dar ocasión que sospechen de vos cosa mala, y todo aquello que puede fingirse probablemente : huid de dar ocasión, para que se finja. El amor santo y virtuoso no ha menester que le envíen a menudo doncellitos y presentes, como : sudarios y fajetas, y pañuelos de narices, y guisadillos dulces y sabrosos, y billetes o cartas amorosas y regaladas. Estas palabras : Dulzura mía, lumbre de mis ojos, mi deseado y querido; y todos los deleites y donaires y cortesías, dignas de risa, y las demás necedades y burlerías, que pasan entre los enamorados, aunque las oímos en las comedias, recibimos empacho y vergüenza, y en los hombres seglares las abominamos : ¿pues cuánto peor parecerán en los monjes, y clérigos, cuyo sacerdocio ha de ser adornado con el buen ejemplo y dechado, y el buen ejemplo y dechado con el sacerdocio? Mas no digo yo esto porque tema en vos, o en las santos varones cosa semejante, o que huela a ello, sino porque en todo estado, grado y diferencia de persona, así de hombres, como de mujeres, hay de todo, buenos y malos, y la condenación de los malos es alabanza de los buenos. Una cosa pasa en el mundo, que tengo ver-

güenza de decirla; y es, que a los sacerdotes de los ídolos, y a los truhanes y representantes, y a los cocheros y carreteros, y aun a las mujeres públicas, les es permitido y lícito suceder en las herencias y haciendas, y a solos los clérigos y monjes les está prohibido; y la lástima es, que no se lo prohiben los perseguidores de la Iglesia, sino los príncipes cristianos; y yo no me quejo, ni lastimo de la ley, ni digo que es mala; mas siento en el alma que hayamos dado ocasión de que tal ley y pragmática se haya hecho contra nosotros. Muy buena cosa es el cauterio de fuego; pero mucho mejor es, que yo no tenga llaga ni haya menester cauterio. El recato de la ley es muy acordado y severo, y aun con todo esto no se enfrena la avaricia desordenada, porque con ciertas desconfianzas y cautelas traspasamos la ley y hacemos burla de ella; y como si las leyes y mandamientos de los reyes y emperadores fuesen mayores que las de Cristo, tememos la ley y sus penas y menospreciamos los Evangelios. Haya heredero, muy enhorabuena, mas séalo la madre de los hijos; esto es, de su manada, que es la Iglesia, que los engendró, crió y sustentó. ¿Para qué nos entremetemos entre la madre y los hijos? Gloria grande es, y honra del obispo, acudir a la pobreza y necesidad de los menesterosos. Y gran afrenta del sacerdote es no tratar sino de acrecentar sus riquezas. Cosa lastimosa es ver un hombre que nació en una casilla pobre, y aun por ventura en una choza de campo y que apenas podía hartar su vientre, que bramaba de hambre, con mijo, y pan mediano; y que ahora

la sémola, y pan floreado, y la miel le enfadan y causen hastío, y que se haya hecho tan glotón y regalón, que sepa ya cuántas diferencias de pescados hay, y los nombres de cada uno; y que sabe y penetre en qué ribera o en qué mar se pescó la concha, o la ostra, con sólo verla; y que por los sabores de las aves distinga y diferencie las provincias. Y finalmente, que este tal no se deleite sino con los manjares raros y exquisitos, y con los daños y costas que con buscarlos se hacen. Llegado ha a mis oídos el servicio torpe y asqueroso que algunos se bajan a hacer a algunos viejos y viejas, cuando los ven sin hijos, ni esperanza de tenerlos; y es, que ellos mismos, como sus siervos les administran en las necesidades naturales, y rodean sus camas, y no se apartan de ellas; y si quieren escupir y arrancar algo, reciben en sus propias manos la flema de los pulmones y la viscosidad del estómago; y si ven entrar al médico, temen y pierden el color del rostro, y con temblor de sus labios, le preguntan secretamente: Si está algo mejor el enfermo; y si ven, que convalece, se dan por perdidos; y fingiendo que se huelgan de ello, sabe Dios la pena que interiormente les da su avaricia, porque temen perder su ministerio, y servicio, si vive: y luego dicen, que vivirá tantos años como vivió Matusalén en otro tiempo. Desventurados de estos tales, pues si esto hicieran por Dios, y no por intereses mundanos, sin duda pudieran esperar un grande galardón y premio. ¡Oh con cuántos sudores y trabajos procuramos la heredad y hacienda perecedera! Pues con mucho

menos trabajo se pudiera comprar la preciosa margarita de Cristo y su reino.

III

Leed muy a menudo las Divinas Escrituras (*Tim.*, 1), o por mejor decir, nunca se os caiga de la mano la lección sagrada. Aprended lo que habéis de enseñar a otros y procurad saber palabras sanas y fieles, para que podáis amonestar con doctrina sana y convencer a los que contradicen la fe católica. Estad firme y permaneced en las cosas que habéis aprendido y os han sido confiadas, sabiendo de quien las habéis aprendido; y estad aparejado siempre (*Tim.*, 3), para satisfacer a cualquiera que os pidiera cuenta de la esperanza que está en vuestra alma (*Pet.*, 3). NOTA : Mirad con mucho cuidado que vuestras obras no confundan vuestras palabras; porque cuando hablareis y enseñareis en la Iglesia, no diga cada uno entre sí: Pues, ¿por qué no hacéis vos esto, que nos enseñáis a nosotros? Delicado maestro es, por cierto, el que disputa de los ayunos, teniendo lleno el vientre; y aconseja a otros que ayunen estando él harto. Lo que es acusar y reprender la avaricia, un ladrón lo puede hacer. Pues esta sea la regla, que en el sacerdote de Cristo concuerden y vayan a una, la boca y el alma y las manos; de

tal manera, que piense, diga y haga una misma cosa. Estad muy sujeto y obediente a vuestro obispo y prelado, o superior y reverenciadlo como a padre de vuestra ánima. Amar, es propio de hijos; y temer, es propio de criados y esclavos. Pues si soy padre (dice el Señor, *Mat.*, 1), ¿qué es de la honra que me hacéis? Y si soy Señor, ¿qué es del temor con que me reverenciáis y teméis? Muchos nombres hay que considerar en un varón mismo. Lo primero, que es monje. Lo segundo, que es pontífice. Lo tercero, que es vuestro tío, el cual os ha instruído en toda virtud y santidad; pero también los obispos deben considerar que son sacerdotes, y no señores; y así deben honrar a los clérigos como a clérigos, para que los clérigos los honren a ellos como a obispos. Muy sabido es aquello que refiere Domicio orador. (*Otros dicen, que lo dijo Lucio Graffo a Filipo, cónsul de aquel año, que lo quiso prender en la Sala del Senado, y él no se dejó prender.*) ¿Por qué (dice) os tengo yo que respetar como a príncipe no tratándome vos como a senador? Debemos saber, que el obispo y sus Clérigos son lo que Aarón y sus hijos: todos tenemos un Dios y un Templó así debe ser uno mismo el servicio y reverencia que se hiciere. Tengamos siempre muy en la memoria lo que manda el apóstol San Pedro a los sacerdotes: Apacentad — dice — la manada del Señor, que está entre vosotros, previendo lo que conviene para el bien de todos, no por fuerza, sino de grado, según la voluntad del Señor; y no por interés ni ganancia torpe, sino de voluntad y caridad;

ni tampoco enseñoreándoos de la clerecía, sino hechos ejemplos y dechado de la grey (1, *Pet.*, 5), de corazón y entrañas, para que cuando apareciere el Mayoral y Príncipe de los pastores, merezcáis recibir la corona, que nunca se marchita, de la gloria. Una costumbre hay en algunas Iglesias, muy abominable; y es que los clérigos han de callar y no decir palabra en presencia de los obispos (*Cor.*, 14), como si los obispos tuviesen envidia de ellos o se despreciasen de oírlos. Y si a otro (dice el apóstol San Pablo) le fuese revelada alguna cosa, estando sentado, calle el primero y dígala el que estaba sentado, porque cada uno pueda profetizar y enseñar, para que todos aprendan lo que conviene y sean consolados, que el espíritu de los profetas sujeto está a los profetas; porque Dios no es Dios de discordia, sino de paz y concordia. Gloria y honra es del padre, que su hijo sea sabio. Huélguese, pues, el obispo con su juicio, cuando viere que ha elegido tales sacerdotes. Cuando enseñareis o predicareis alguna cosa en la Iglesia, sea tal la doctrina, que más mueva a derramar lágrimas a los oyentes y dar gemidos, que a dar voces, o aclamaciones; y procurad que las lágrimas de los oyentes sean vuestras verdaderas alabanzas. Las pláticas del sacerdocio y ministro de Cristo, siempre han de ir guisadas y saboreadas con la lección de la Santa Escritura. No os querría declamador y hablador de ventaja, ni charlatán, sin razón y fuerza, sino muy enseñado en los misterios, y muy docto en los sacramentos de vuestro Dios. NOTA : Vicio propio es de los

hombres indoctos hablar mucho y ser decidores y causar admiración a sí mismos, como la ligereza del decir acerca del vulgo y gente indocta. NOTA : Y el que no tiene vergüenza, muchas veces declara lo que no sabe ni ha estudiado; y en habiendo persuadido a los demás, también se tiene él por docto y presume de sabio. Gregorio Nacianceno, que fué mi maestro en otro tiempo, preguntándole yo un día, qué quería decir San Lucas, cuando dijo : *Sabbatum* δευτερο-πρωτον ? (*Luc.*, 6), *Sábado segundo-primeró*. Me respondió con gran donaire, diciendo : Ya os lo enseñaré y declararé en la Iglesia, donde diciendo todos, que digo bien y aprobando mi declaración, os será forzoso, aunque no queráis, consentir con ellos y confesar que entendéis; y sabéis lo que no sabéis ni entendéis; y si vos solo callareis, todos os tendrán por necio e ignorante. No hay cosa tan fácil en el mundo como engañar al pueblo grosero y al auditorio indocto con la ligereza en el hablar; porque de todo lo que no entienden, se admiran más y hacen más caso o aplauso. Marco Tulio, en cuyo favor se dijo aquel testimonio de alabanza hermosísimo : Demóstenes te ganó por la mano, para que no fueses el primer orador y tú fuiste ocasión, que no lo fuese solo él, en la oración, que hizo en favor de Quinto Galo, dice muchas cosas de los favores del vulgo y de los predicadores y oradores, sin letras ni suficiencia; consideradlas con atención, porque no os dejéis llevar de estos engaños. Una cosa os contaré, de que soy testigo de vista y no ha muchos días que sucedió; y es,

que oí un cierto poeta, hombre muy nombrado y gran letrado, y de quien son aquellos coloquios de los poetas y filósofos que andan por ahí, en que introduce a Eurípides y Menandro hablando entre sí; y en otro lugar a Sócrates y Epicuro, disputando uno con otro: cuyas edades, sabemos que distan, no con años, sino con siglos. ¡ Oh qué de aplausos, favores y voces mueve con estas patrañas y mentiras! Y no me maravillo, que al fin tiene en el teatro muchos condiscípulos que no aprendieron letras juntamente con él. En lo que toca al vestido, guardad siempre un medio, de manera que no sea muy negro ni muy resplandeciente; la curiosidad y la suciedad, igualmente deben ser huídas; porque lo uno huele a regalo y deleite, y lo otro a vanagloria y deseo de ser estimado. Cosa loable es en un clérigo no andar sin la vestidura de lino que se usa entre los clérigos; y juntamente con eso, no traer vestidura de lino que sea de mucho precio y estima. Y sin duda, es cosa digna de risa y aun muy afrentosa, tener la bolsa muy llena de dineros y por otra parte gloriarse que no trae pañizuelo de narices, ni tobaja o paño de manos. Algunos hay, que dan a los pobres algunas limosnas, para que viendo los otros hacer esto, les den mucho más que repartan, y so color de buscar para dar limosna, tratan de adquirir y amontonar riquezas, y esto mejor se llama cazar que dar limosna, porque con esta misma traza vemos que se cazan los animales, las aves y los peces. Así estos tales ponen un poco de cebo en el anzuelo de la limosna, para traer con eso para sí

los talegones enteros de las matronas. Mire mucho el obispo a quién ha encomendado la Iglesia y a quién da el cargo de las necesidades de los pobres y de sus menesteres. Mejor es no tener que dar, que pedir desvergonzadamente para esconder y atesorar. También es género de arrogancia en un clérigo querer parecer más clemente y piadoso que es el prelado de Cristo. No podemos todos todas las cosas igualmente; y así en la Iglesia uno ha de servir de ojo, otro de lengua, otro de mano y otro de pie, oído o vientre, y de las demás cosas necesarias. Leed la epístola de San Pablo, para los de Corinto (*Cor.*, 12), y veréis cómo diferentes miembros tienen y constituyen un cuerpo. **NOTA:** El hermano rústico y simple, no se tenga por santo, por no saber nada, ni haber estudiado; ni tampoco el que es sabio y elocuente, juzgue la santidad por el hablar y por la elocuencia, porque de dos cosas imperfectas, mucho mejor es tener una santa y simple rusticidad, que una elocuencia pecadora y arrogante. Muchos prelados hay que edifican paredes y levantan columnas para iglesias, y los mármoles que ponen son muy escogidos y de gran pulimento; y procuran que los lazos y chapiteles de las columnas resplandezcan con oro; y el estar éste adornado de piedras preciosas y en elegir buenos ministros, que sirvan en las iglesias y altares, no tienen consideración ninguna, ni miran que sean los más santos y doctos, sino como se vienen o se les antoja. Y no me diga nadie en contrario de esto: Mirad, que en Judea hubo un templo muy rico, con una mesa

preciosa y también lo eran las lanternas, los incensarios, platillos, jarros de pico, y los almiireces o morterillos, que todo era hecho de puro oro; porque a eso digo, que entonces agradaban estas cosas al Señor: cuando los sacerdotes sacrificaban y ofrecían aquellos sacrificios carnales y la sangre de los animales brutos, era redención de los pecados; aunque todas estas cosas, como dice San Pablo (*Cor.*, 10), hayan precedido en figura y se hayan escrito por amor de nosotros, a quien han llegado los fines de los siglos. Mas como ahora el Señor, hecho pobre por nuestro amor, haya consagrado con pobreza su Casa e Iglesia, pensemos en su sacratísima cruz, que poniendo en ella los ojos, tendremos las riquezas por un poco de lodo (*Luc.*, 6); ¿por qué estimamos tanto lo que Cristo llamó riquezas inicuas y malas? (*Act.*, 3). ¿Por qué reverenciamos y amamos aquello, que San Pedro testifica con gran gusto y gloria, que no lo tiene? Y por el contrario, si solamente seguimos la letra y nos deleita la historia en el oro y en las riquezas, guardemos todo lo demás que allí se manda juntamente con el oro. Bueno sería por cierto, que ahora se casasen los prelados de Cristo con mujeres doncellas; y que aunque uno tenga bueno y sano juicio, si tiene una señal de herida, y es feo, por esto sea privado del sacerdocio; y que la lepra del cuerpo sea preferida y estimada por mayor impedimento que los vicios del alma. Bueno sería por cierto guardar literalmente ahora aquello que dijo Dios: Creced y multiplicad y llenad la tierra; y que no sacrificuemos el Cordero, ni celebre-

mos la Pascua mística y figurativa, porque esto no se puede hacer sin Templo, y manda la ley, que sin él no se haga. Bueno sería, que quisiésemos sentar ahora el Tabernáculo en el séptimo mes, y que a trompeta tañida publicásemos un solemne ayuno. Pues si todas estas cosas, comparando las temporales a las espirituales y sabiendo con el apóstol (*Rom.* 7), que la ley es espiritual y cantando las palabras de David (*Ps.*, 118) : Abrid, Señor, mis ojos, y consideraré las maravillas de vuestra Ley; las entendemos así como las entendió Nuestro Señor y como declaró que se había de entender el sábado, o desechemos el oro con todas las demás supersticiones de los judíos (*Mat.*, 2. *Mat.*, 12) : o si nos agrada y da gusto el oro y plata, agrádenos y dennos gusto los judíos, los cuales es necesario y forzoso aprobarlos con el oro o condenarlos con él, pues todo anda junto.

IV

Evitad cuanto pudiereis los convites de gente seglar, y especialísimamente de aquellos que están muy hinchados con las honras del mundo; porque cierto es cosa fea y muy indecente que delante las puertas del sacerdote de Cristo Crucificado y pobre, que se sustentaba del pan ajeno, que le daba de limosna, estén los maceiros de los cónsules y los soldados y gente de su guarda;

y que el juez de la provincia coma en vuestra casa más regalada y abundantemente que comiera en palacio. Y si me decís, que hacéis esto para tenerle obligado, cuando le rogareis por los miserables y pobres súbditos. NOTA : A eso respondo que el juez secular más honra hará y más respeto tendrá a un clérigo casto y virtuoso, que al rico y poderoso; y más reverenciará vuestra santidad que vuestras riquezas. Y si es tal, que no oye los ruegos de los clérigos, por cualesquiera atribulados, que le ruegan, sino es entre las garrafas, y vasos, de muy buena voluntad careceré yo de semejante beneficio y volveré mis ojos a Cristo, y le suplicaré en lugar del juez, pues que es más poderoso que él y me puede socorrer mejor y más presto que él; porque sin duda es mejor confiar en el Señor, que en el hombre (*Ps.*, 117); y mejor es esperar en el Señor, que en los príncipes del mundo. Bebed siempre con tanta templanza que jamás oláis a vino; porque no os digan aquello que dijo un filósofo a otro : Esto no es darme beso de paz, sino escopetada, y regüeldo de vino. Mirad, que el apóstol San Pablo (*Timot.*, 2) condena y abomina de los sacerdotes bebedores de vino y la ley antigua los prohíbe; y así dice : Los que sirven al altar (*Lev.*, 10), no beban vino, ni sidra o cerveza; y por este nombre de sidra, en la lengua hebrea, se entiende cualquiera bebida que puede embriagar y turbar el juicio; ora se haga de alguna especie de grano, ora de zumo de manzanas, o cuando cociendo los panales, hacen una bebida dulce y bárbara; o cuando expri-

men los dátiles de las palmas, y les sacan el licor, y cociendo algunas hierbas o frutos, el agua más crasa y espesa recibe color. Guardaos y huid de todo lo que embriaga y trastorna el juicio de la misma manera que si fuese vino (*Mat.*, 11). Y no digo esto yo para condenar la criatura de Dios (pues que del Señor dijeron que bebía vino). Y a Timoteo (*Tim.*, 5), que padecía dolor de estómago, le permite San Pablo que beba un poco. Lo que yo aquí pretendo no es sino que se guarde tasa y medida en el beber, según la edad de cada uno, y según su necesidad, y según lo pide su salud o enfermedad, y según la calidad de los cuerpos humanos. Porque si aun no bebiendo vino me abraso con la mocedad, y me inflamo con el ardor de la sangre y tengo mi cuerpo grueso y fuerte, razón es, que de muy buena voluntad me prive y abstenga del vino en que hay sospecha de ponzoña. Graciosamente se dice en la lengua griega y aun no sé si en la nuestra se dirá con el mismo donaire : Que el vientre grueso no engendra entendimiento sutil y delicado.

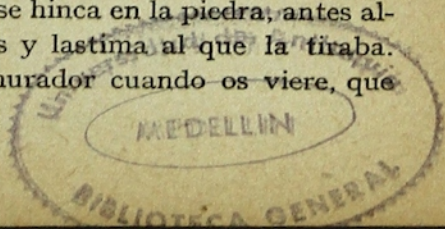
En lo que toca a los ayunos, digo que no os carguéis más de lo que pueden vuestras fuerzas llevar buenamente; y éstos sean limpios y castos, sencillos y moderados, y no supersticiosos ni con devociones impertinentes. ¿Qué aprovecha no comer aceite y por otra parte andar buscando mil invenciones de manjares y cosas dificultosas de hallarse, como higos, pasas, pimienta, nueces, dátiles, sémola, miel y alfónsigos? Por no comer algunos del pan común y ordinario, atormen-

tan todas las hortalizas y cocineros buscando manjares de hierbas y hortalizas; buscando regalos nos desviamos del cielo. Díchome han también que algunos, contra la naturaleza de las cosas y de los hombres, no beben agua ni comen pan, sino unos caldillos y unas hortalizas machacadas, y que sorben el jugo de las hierbas, no con vaso o escudillas, sino con una concha. Lastimosa cosa es que no nos corramos de estas impertinencias ni tengamos fastidio de estas supersticiones, y que busquemos fama de abstinentes en los regalos y deleites.

Fortísimo y rigurosísimo es el ayuno de pan y agua sola; mas porque es común y no se gana con él tanta honra, y todos nos sustentamos con pan y agua, como cosa pública y común, no se tiene por ayuno, y por esto buscan algunas otras maneras de ayunos. NOTA : Guardaos asimismo de no buscar las alabanzas de los hombres, porque no troquéis la alabanza humana con la ofensa divina. Si aún (dice el apóstol, *Galat.*, 1) tratase de agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo. Dejó de agradar a los hombres y con eso se hizo siervo de Cristo. El soldado de Cristo camina al cielo por buena y mala fama (*1 Cor.*, 6); a la diestra y a la siniestra, y ni con alabanza se desvanece ni con el vituperio desmaya, ni se hincha ni entona con las riquezas, cuando las tiene; ni se encoge y abate con la pobreza, cuando le faltan (*Ps.*, 120). Todo lo menosprecia y estima en poco (*Mat.*, 23), así las cosas alegres y prósperas, como las tristes y adversas; ni el sol le

quema y abrasa de día, ni la luna de noche : a todo hace buen rostro. Cuando hiciereis oración, no sea en los rincones de las plazas, porque alabanza y viento del pueblo no impida el camino derecho a vuestras oraciones. No querría que trajeseis muy larga falda ni hicieseis otras demostraciones de hipocresía, como los fariseos; ni que contra lo que dicta vuestra conciencia fueseis rodeado con una ambición fariseaica y con apariencia de santidad fingida. ¡ Oh cuánto mejor sería y de mayor perfección traer estas cosas en el alma que no en el cuerpo, y tener a Dios en nuestro favor, que no la vista y aprobación de los hombres ! En esto viene a parar toda la doctrina del Evangelio : esto pretenden enseñarnos la Ley y los profetas, y toda la Doctrina Sagrada y Apostólica no tratan de otra cosa; porque mejor es, sin duda ninguna, tratar todas estas cosas en el alma que en el cuerpo. Fiel y cristiano lector, ya entendéis juntamente conmigo qué es lo que callo y dejo de decir, y qué es lo que callando digo mejor que si hablase; querría, pues, que lo meditaseis bien y que os viniesen a la memoria tantas reglas y documentos, cuantas son las especies y maneras que hay de vanagloria para huir y guardaros de ellas : y si queréis saber, en una palabra, qué atavíos y galas os pide el Señor y quiere que tengáis, no en el cuerpo, sino en el alma, tened prudencia y justicia, templanza y fortaleza, y encerraos debajo de estas cuatro regiones del cielo. Esté coche de cuatro ruedas os lleve con gran velocidad, como a cochero de Cristo,

al paradero y fin que caminan los buenos. No hay cosa de más precio que este joyel, ni cosa de mayor variedad que la que se causa con estas piedras preciosas : si éstas tenéis, por todas partes estáis hermoso y muy galán, ceñido y defendido, y os servirán no sólo de ornamentos y atavío, sino aun de defensa y amparo, y las perlas se convertirán en escudos. Guardaos también mucho de no tener comezón en la lengua o en las orejas. Quiero decir, que ni vos murmuréis de otros ni deis oídos a los que murmuran de sus prójimos y hermanos, porque no os cuadre aquello que dice David : Hablabas de asiento y muy de propósito contra tu hermano y ponías escándalo contra el hijo de tu propia madre. Estas cosas y otras semejantes hiciste, y yo callé; ¿pensaste, mal hombre, que yo he de ser tu semejante? Yo te convenceré y te pondré tus pecados delante tus ojos. Pues enfrenad vuestra lengua y no la dejéis murmurar de las faltas ajenas; y sabed que por todo lo que habláis de los otros os condenáis con vuestra propia conciencia, y en las mismas cosas sois vos reprendido que reprendierais en los otros; y mirad que no es buena excusa decir, como dicen algunos : Señor, yo no puedo ir a la mano de los otros que lo dicen, y refieren que sería hacerles injuria : si ellos murmuraran no puedo yo taparles las bocas; porque a eso digo, que ninguno cuenta de buena gana la cosa que él oye de mala. La saeta jamás se hinca en la piedra; antes algunas veces vuelve atrás y lastima al que la tiraba. Aprenda, pues, el murmurador cuando os viere, que



no le oís de buena gana a no murmurar fácilmente. Salomón dice (*Prov.*, 24) : No te juntes con los murmuradores, porque son muerte y perdición, vendrán repentinamente y cuando menos pensaren : y ¿quién sabe si caerán entrambos juntos, así el que murmura como el que le da oídos y lo escucha?

A vuestro oficio toca visitar los enfermos y afligidos ; saber las cosas de las matronas santas y conocer sus hijos y guardar los secretos de los hombres nobles. También pertenece a vuestro oficio guardar castidad, no sólo en los ojos, sino también en la lengua ; y así, jamás tratéis la hermosura de las mujeres, ni qué rostro y facciones tienen ; ni por vos sepan en una casa lo que pasa en otra, llevando y trayendo nuevas. Hipócrates tenía costumbre de conjurar sus discípulos antes de començarles a enseñar, y les compelió a jurar y hacer protesta de guardar las reglas y mandamientos que les daba ; y así le prometían con juramento de guardar silencio el tiempo que les señalaba como una cosa sagrada, y que hablarían en la forma que les enseñaba y andarían con la modestia y hábito que les decía, y en todo guardarían las costumbres y leyes que les ponía. ¿Pues con cuánta más razón nosotros, a quien está encomendado el cargo y cuidado de las ánimas, debemos amar las cosas de todos los cristianos como propias ? Más razón es que seamos sus consoladores en sus tristezas, que sus convidados en sus prosperidades. NOTA : Con facilidad es menospreciado y tenido en poco el clérigo que, siendo convidado a comer muchas veces, no se excusa de

ir al convite. Nunca jamás recibamos cosa pidiéndola, y muy pocas veces aun siendo rogados con ella (*Act.*, 20), porque sin duda mejor cosa es y más bienaventurada, dar a otros que recibir de ellos. NOTA : Y no sé qué se es, que aun el mismo que os ruega que recibáis, cuando ve que habéis recibido lo que os daba, os tiene en menos que antes; y es cosa maravillosa, que si no queréis lo que os ofrece y ruega con ello, os estima en mucho más de ahí en adelante. Mirad, al que predica y enseña continencia, no le está bien ser casamentero; y el que lee lo que dice el apóstol (*Cor.*, 7). Lo que resta es que los que tienen mujeres vivan como si no la tuviesen. ¿Por qué hace fuerza a la doncella para que se case? Y el que después de haber sido casado una vez se hizo sacerdote, ¿por qué amonesta a la viuda que se case segunda vez? Los que son mayordomos y procuradores de las casas ajenas (*Tim.*, 3), y de sus cortijos y heredades, ¿cómo pueden ser clérigos, pues les es mandado dar de mano a sus propias haciendas? Tomar algo al amigo por fuerza, hurto es; y defraudar a la Iglesia, es sacrilegio. Tomar lo que se había de dar a los pobres, y viendo que muchos perecen de hambre, ser recatado y temeroso, o lo que es manifiesta maldad, tomar algo de allí sobrepuja la crueldad de todos los robadores. Bueno es que esté yo pereciendo de hambre y que os pongáis vos a juzgar cuánto bastará para mi vientre. O partid luego con los pobres lo que os dieron para eso; o si sois dispensero temeroso, dejad que el que lo da distribuya sus bienes por sí mismo; que yo no

quiero, que con mi ocasión llenéis vuestros sacos y bolsas; porque mis cosas ninguno las guardará mejor que yo. Aquél sin duda es buen dispensero, de lo que le han dado que distribuya no guarda nada para sí. (*Conclusión de la carta.*) Forzádome habéis, carísimo amigo Nepociano, estando ya como apedreado aquel librito de la Virginidad que escribí en Roma a la Santa Virgen Eustoquia, diez años ha, abrir otra vez la boca en Belén, donde vivo al presente, y ponerme con esto en ocasión que todos me alanceen con sus lenguas; porque, o no había de escribir yo cosa ninguna, por no ser juzgado de los hombres (lo cual vos me estorbasteis y no disteis lugar a ello), o escribiendo, debía presuponer que todos los maldicientes habían de asestar contra mí sus lanzas: a los cuales yo les suplico que sosieguen su pecho y dejen de maldecir y murmurar; porque yo no les he escrito aquí como a mis contrarios, sino como a mis amigos; ni he reprendido a los que pecan, sino persuadiéndoles que no pequen. Y no sólo he sido juez severo y riguroso contra ellos, sino aun contra nosotros mismos; y queriendo sacar la paja del ojo ajeno, primero saqué la viga del nuestro. Yo no he agraviado a ninguno ni nombrado en esta escritura a nadie por su nombre, ni mis palabras han tocado a ninguno en particular, sino tratado generalmente y en común de los vicios; y así, si alguno por esto se enojare y tomare cólera contra mí, sepa que primero confesará de sí mismo que es tal como los que yo aquí he pintado.

EPÍSTOLA III

Para uno que se llamaba Rústico, natural de Francia, y hacía vida de monje en su patria propia. Enséñale lo que debe hacer conforme a su estado; y dice que es más seguro vivir en algún monasterio en compañía de otros que en soledad y sin compañía. Hay en esta Epístola doctrina no sólo para religiosos, sino aun para toda suerte de personas.

NINGUNA cosa hay más feliz y dichosa que el cristiano, al cual se promete por premio de sus obras el reino de los cielos; pero ninguno vive en mayor trabajo y miseria, pues nada en peligro de perder cada día y momento la vida de su alma. No hay cosa más fuerte que él (*Job.*, 42), pues vence al demonio : ninguna hay más flaca que él (*Isaí.*, 40), que se deja vencer de su carne. Del uno y del otro hay muchos ejemplos. Cuanto a lo primero, estando el buen ladrón en la cruz, creyó que Cristo era Dios verdadero, y luego mereció oír aquellas dichosas

palabras (*Luc.*, 23, *Joan.*, 12, *Luc.*, 22) : Yo te doy mi palabra de que hoy entrarás conmigo en el Paraíso. Cuanto a lo segundo, Judas estando en la cumbre del estado apostólico, cayó en abismo de traición; y no bastó para enfrenarle y detenerlo que cometiese tan gran maldad, ni vendiese, como a puro hombre, al que había echado de ver que era Dios verdadero, ni el sentarlo el Señor a su mesa con tanta familiaridad, ni el darle el pan mojado en su plato, ni el recibirlo con beso de paz cuando iba a entregarle a sus enemigos. ¿Qué cosa puede ser más baja ni más vil que la Samaritana? Pues no solamente creyó ella en Cristo (*Joan.*, 4), y después de haber tenido seis maridos halló uno que era el Señor, y conoció al Mesías junto a la fuente; al cual no conoció el pueblo Judaico en el Templo; sino que además de esto fué principio y autor de la salud de muchos; y mientras los apóstoles habían ido a comprar de comer, ella recreó al que tenía hambre y sustentó al Señor que venía cansado. ¿Quién fué más sabio que Salomón? (*Reg.*, 5), y con todo eso, el amor y afición de las mujeres le hizo sacar cosas de loco. Buena cosa es la sal, y así Dios no admitía ningún sacrificio (*Lev.*, 20) si no iba rociado con ella. Y por esto manda el apóstol (*Col.*, 4), que nuestras pláticas vayan siempre saboreadas con gracia y sal de sabiduría: mas si la sal pierde su virtud (*Mat.*, 9), arrójanla en la calle y en tanto grado pierde la dignidad del nombre, que no vale ni aun para el muladar con que suelen sazonarse los campos de los que creen y engrosarse y hacerse fértil

el suelo estéril de las almas. Todas estas cosas digo, hijo mío Rústico, para enseñaros luego al principio que habéis comenzado un negocio muy grande, y que la empresa que seguís está muy alta; y que hollando ya como holláis, y acoceando como acoceáis, las pasiones y malas inclinaciones que como mozo, y aun barboponiente es forzoso tener, subís a un grado y estado de edad perfecta; y así, advertid que el camino por donde entráis es muy peligroso y resbaladizo, y que no será tan grande la honra que se sigue saliendo con victoria, como la deshonra y afrenta no saliendo con ella después de la caída. No hay para que yo andarme floreando y guiando mi arroyuelo de elocuencia por los prados de las virtudes, ni para que cansarme en mostraros la hermosura de diferentes flores; qué pureza tengan en sí los lirios y azucenas; y qué vergüenza las rosas, ni qué prometa la púrpura de la violeta con su color en el reino de los cielos, ni tampoco lo que la pintura de varias piedras rutilantes nos ofrece, porque yo pienso que lo sabéis muy bien todo; pues por la misericordia divina tenéis en la mano la esteva del arado espiritual, y habéis subido ya al techo y terrado con el apóstol San Pedro (*Luc.*, 9., *Act.*, 10). El cual estando hambriento entre los judíos, mató la hambre con la fe de Cornelio, y apagó la sed que tenía de la incredulidad de ellos con la conversión de los gentiles, y conoció que todos los hombres podían salvarse en aquella sábana cuadrada que vió bajar del cielo a la tierra que fué un retrato de los Cuatro Evangelios. Y lo que había

visto bajar en la figura de aquella sábana blanquísima, vió otra vez subirlo a lo alto y que arrebatava la muchedumbre de los creyentes, y los llevaba de la tierra al cielo (*Mat.*, 5), para que se cumpla la promesa del Señor, que dice : Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Todo lo que deseo ahora daros a entender, como si os llevase de la mano, y lo que como marinero experimentado y que se ha visto en muchos peligros quiero enseñaros como a bisoño pasajero y nuevo en el oficio de guiar a otros, es en qué ribera está el corsario que quiere robarnos la castidad, y que sepáis dónde está aquella roca que llaman Caribdis, y la raíz de todos los males, que es la avaricia, dónde los perros de los murmuradores, semejantes a Ecylo, de los cuales habla el apóstol (*Galat.*, 5), cuando dice : Porque mordiéndonos unos a otros, no nos consumamos los unos a los otros. Enseñaros he también, cómo algunas veces estando seguros, a nuestro parecer, y en grande tranquilidad y bonanza, vamos a fondo con las sirtes líbicas de los vicios. También os diré qué animales ponzoñosos cría el desierto de este siglo. Sabed, pues, que los que navegan por este mar bermejo, en el que hemos de desear que sea ahogado el verdadero Faraón con su ejército, con muchas dificultades y peligros llegan a la gran ciudad del cielo, y que en entrambas riberas hay gentes vagabundas, o por mejor decir, moran en ellas unas bestias ferocísimas, siempre solícitas y siempre a punto de guerra, que llevan su provisión y manteni-

miento para todo el año. Mirad, que todo este mar del mundo está lleno de peñascos escondidos y duros y de vados no conocidos; y así el atalayador y experimentado se ha de sentar en lo más alto del mástil o gavia, para avisar desde allí cómo se ha de regir y gobernar el navío y rodearlo de una parte a otra. Prósperamente sucede esta navegación cuando en seis meses llegan los navegantes al puerto de la sobredicha ciudad, desde el cual se comienza a descubrir el gran mar Océano; por el cual con mucha dificultad se llega a las Indias en un año entero y continuo, y al río Ganges, que llama la Santa Escritura Sifón (*Gen.*, 2); el cual rodea la tierra de Jevilath, y dicen que trae muchas especies de olores aromáticos de la fuente del paraíso, donde nace el carbunclo y la esmeralda y las margaritas resplandecientes y las perlas y aljófar con que las señoras ilustres gustan tanto de adornarse; y donde están los montes de oro a los cuales es imposible llegar los hombres por los grifos y dragones y otros monstruos de cuerpos inmensos que hay en ellos, con que mostró Dios cuánto aborrece el vicio de la avaricia, pues tales guardas puso a estas cosas. Pero ¿diréisme por ventura, que a qué propósito digo todo esto? NOTA: Ello mismo casi se lo dice; y es para mostraros que si los hombres del siglo negociadores pasan tan grandes trabajos para alcanzar unas riquezas perecederas e inciertas, y que por ventura después de haber trabajado, no podrán llegar adonde están; y por guardar después con tantos peligros de sus ánimas lo

que con tantos adquirieron; ¿qué será razón que haga el negociador de Cristo que habiendo vendido todos sus bienes busca aquella preciosa margarita de la Gloria? El cual, con el precio de todas sus riquezas (*Mat.*, 13), compró la heredad y campo en que halló el tesoro que ni lo podrá descubrir el ladrón ni llevárselo el robador.

II

Bien sé que de lo que quiero decir aquí se han de ofender muchos; porque lo que se dice en común y en general contra los vicios, lo toman por afrenta suya, como si se dijese en especial contra cada uno de ellos: y lo que granjean en esto, es que enojándose contra mí, muestran lo que hay en sus conciencias. NOTA: Y con eso juzgan mucho peor de sí mismos que de mí; porque yo no pienso nombrar a nadie, ni usando de la licencia de la comedia antigua escogeré algunas personas para irlas reprendiendo. De hombres prudentes es, y aun de mujeres cuerdas, cuando se reprende algún vicio, disimular, o por mejor decir, enmendar lo que ven que les toca y enojarse más contra sí mismos que contra mí, y no amontonar maldiciones contra el que les amonesta lo que les conviene. El cual, aunque acaso tenga los mismos pecados, a lo menos en esto les hace ventaja, que no le agradan sus males.

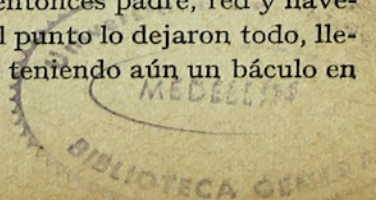
Hanme dicho que tenéis una madre muy religiosa y que ha muchos años que está viuda, la cual os crió y doctrinó desde niño; y después de haberos sustentado en los estudios de Francia, que sin duda son floridísimos, os envió a Roma, no perdonando ningún gasto y llevando con paciencia la ausencia de su hijo con la esperanza de los bienes futuros, y con intención que la gravedad que en Roma se aprende sazonese y diese sabor a la abundancia y resplandor del lenguaje de Francia, y no fuese necesario con vos usar de espuelas, sino antes de freno; lo cual sabemos hicieron así muchos varones doctísimos y elocuentísimos de Grecia; los cuales templaban la hinchazón del estilo y lenguaje de Asia con el modo de hablar cortado y liso de Atenas; y a guisa de podadores cortaban los tallos más viciosos para que al lagar de la elocuencia que habían alcanzado no diese follaje de palabras, sino fruto copioso de sentencias, como el buen mosto que se exprime de las uvas en el lagar. Pues sea el primer consejo, que a esa señora la reverenciéis como a madre, y la améis como a la que os dió sus pechos, y la honréis como a Santa y no imitéis el mal ejemplo de otros, que dejando sus propias madres buscan las ajenas; cuya afrenta, deshonra y vituperio, está claro y patente a todos, pues con nombre de piedad buscan compañías sospechosas; y aun yo he conocido algunas de edad ya madura que gustaban de tratar con algunos mancebos que habían sido esclavos, y buscaban hijos espirituales, y poco a poco, perdiendo la vergüenza y respeto

debido, fingidos los nombres de madres, se trocaban en licencia de maridos. Otros hay que desamparan a sus hermanas doncellas y se van a la compañía de las viudas extrañas : y otras hay que aborrecen a sus deudos y parientes, y aun a sus maridos, y no tienen gusto ni afición a ninguno de ellos; y su misma impaciencia, que es indicio de su ánimo, no admite excusa ninguna; y así rompe esas cubiertas flacas de la honestidad y vergüenza, como si fueran telas de arañas. Por ahí veréis ir otros muy ceñidos de lomos y con una túnica negra y barba larga, que no hay quien los aparte de las mujeres, y viven con ellas en una casa, convidándose a comer unos a otros, y tienen en sus servicios unas criadas mozas, y fuera de los nombres de casados todo lo demás es como si lo fuesen. NOTA : Y no por esto hemos de echar la culpa a nuestra religión y estado de cristianos, sino al que finge que lo es no teniendo sino el nombre; antes es confusión de los gentiles cuando ven, que a las iglesias de Cristo desagrada lo que a todos los buenos no agrada (Consejo) : Pues si vos tratáis de ser monje de veras y no parecerlo solamente, tened cuidado de no ser visto de otros ni andar entre las gentes, y no cuidéis de la hacienda, pues dándola de mano comenzasteis a serlo. Un cuidado sólo debéis tener, y es de la salud y bien de vuestra alma; y el vestido pobre sea indicio que menosprecias el mundo; pero sea de tal suerte, que el ánimo no se ensoberbezca por esto y no desdiga el hábito de las palabras, siendo lo uno humilde y lo otro hinchado y soberbio. No busque regalo

de los baños el que desea apagar el calor demasiado del cuerpo con ayunos y penitencias; los cuales también conviene que sean moderados, porque siendo demasiados también, no enflaquezcan el estómago, y pidiendo después mayor regalo y reparo, venga a parar en crudeza, la cual es madre de los apetitos deshonestos. La comida templada y moderada es provechosa al cuerpo y al alma. NOTA : Si visitareis a vuestra madre, sea estando sola, porque si hay con ella otras quedarán en vuestro corazón la semejanza de sus rostros, y será ocasión de tener en vuestro pecho alguna llaga secreta. Mirad, que las criadas que la sirven, todas son vuestros enemigos, que os andan en asechanzas para haceros daño; porque cuanto ellas son más viles y bajas, tanto son más aparejadas para cualquiera caída y bajeza. Santa era por cierto la madre de San Juan Bautista, y su padre era pontífice (*Luc.*, 1), y ni bastaron la afición de su madre ni los regalos y riquezas de su padre para vencerlo a que viviese en la casa de sus padres con peligro de su castidad y limpieza. Allí vivía en un yermo apartado (*Mat.*, 3), y no se dignaba con los ojos que deseaba ver a Cristo ver otra cosa ninguna. Su vestido era áspero, su cinta era un pedazo de una piel (*Math.*, 1), su manjar unas langostas y miel silvestre; todo acomodado para la virtud y continencia. Los hijos de los profetas, que (según leemos en el testamento viejo) (*Reg.*, 6) fueron monjes, edificaban para sí unas casillas o chozas pobres junto a las riberas del Jordán; y dejando el bullicio de las ciudades se sustentaban con

unas poleas y hierbas silvestres. Mientras viviereis en vuestra patria, tened vuestra celda por un paraíso, y coged en ella diversas frutas de las Santas Escrituras (*Mat.*, 5); usad de estos regalos y gozad de sus dulces abrazos; y si vuestro ojo os escandaliza, o vuestro pie, o vuestra mano, apartad la ocasión y no tengáis piedad de nadie, a trueco de mirar por sola vuestra alma. El que viere — dice el Señor — la mujer para desearla, ya en su corazón pecó con ella. ¿Quién se podrá gloriarse que tiene corazón casto? Las estrellas aún no son limpias en los ojos del Señor, ¿cuánto más los hombres cuya vida es una tentación continua? ¡Ay de nosotros que todas las veces que codiciamos mujeres fornicamos! Embriagada, dice el Señor (*Isaí.*, 34), está mi espada en el cielo, y mucho más en la tierra que engendra abrojos y espinas. El apóstol San Pablo (*Cor.*, 9), vaso de elección, en cuya boca resonaba Cristo, quebrantaba su cuerpo y lo ponía en servidumbre; y con todo eso, sentía que el ardor natural de la carne contradecía a sus intentos y sentencia; de tal manera que le compelia a hacer lo que no quería; y así, como hombre que padecía fuerza y violencia, daba voces y decía: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? (*Rom.*, 7). Pues siendo esto así, pensáis vos que podéis pasar esta carrera sin resbalar, ni caer, ni recibir herida, sino es guardando vuestro corazón con todo cuidado y vigilancia, diciendo lo que dijo el Salvador (*Prov.*, 4, *Luc.*, 8): Aquellos son mi madre y hermanos que hacen la voluntad de mi Padre. Esto

que parece crueldad, no es sino piedad; y por mejor decir, ¿qué cosa hay tan piadosa como guardar el hijo santo para la madre santa? Ella es tan cuerda que desea que viváis y deja de veros algún tiempo para veros después siempre con Cristo. Aquella santa matrona Ana no engendró para sí a su hijo Samuel, sino para servir a Dios en el Tabernáculo. Los hijos de Jonadab (*Reg.*, 1, *Jer.*, 35), que no bebían vino, sino sidra, y moraban en unas tiendas, y no tenían otro lugar, sino donde les cogía la noche, según se escribe en un Salmo (*Ps.*, 70), fueron los primeros que fueron cautivos; porque por huir del ejército de los caldeos, que andaban destruyendo el reino de Judea, les fué forzoso entrarse a vivir en las ciudades (que para ellos fué cautiverio), diga cada uno lo que siente, o sientan los otros lo que quisieren, que al fin cada uno tiene su gusto y juzga las cosas conforme a él. Para mí esto es cierto, que la ciudad y pueblo me es como cárcel; y el desierto y soledad me es como paraíso. ¿Para qué deseamos vivir entre el bullicio y ruido de las ciudades, pues tenemos nombre de solitarios y profesamos esto? Moisés, para ser capitán y guía del pueblo judaico, fué enseñado primero en el yermo por espacio de cuarenta años; y él, que era pastor de ovejas, fué hecho pastor de hombres. Y los apóstoles (*Exod.*, 1, *Luc.*, 5, *Mat.*, 4, *Mat.*, 1), de la pesca que hacían en el lago de Genefareth, pasaron a pescar hombres; y teniendo entonces padre, red y navicilla, siguieron al Señor, y al punto lo dejaron todo, llevando cada día su cruz, y no teniendo aún un báculo en



su mano a que arrimarse. Estas cosas digo, porque si tenéis también algún apetito de ser clérigo, aprendáis primero lo que podéis enseñar a otros, y cómo ofrecer a Cristo sacrificio verdadero y conforme a razón; y no presumáis ser capitán antes de ser soldado bisoño, y maestro antes que discípulo. No toca a mi bajeza y poco caudal juzgar de los clérigos ni decir cosa siniestra de los ministros de las iglesias; tengan allá ellos su grado y orden de vivir diferente del nuestro. Si vos vinieréis a tener este estado, en el libro que escribí a Nepociano sobre esta materia podéis aprender cómo habéis de vivir en él. Lo que aquí tenemos entre manos y examinamos, es los principios y costumbres que ha de guardar un monje, y no cualquiera, sino tal como vos, que habiendo estudiado las ciencias y artes liberales en su mocedad, ha puesto sobre su cuerpo el yugo y ley de Cristo; y lo primero hemos de averiguar si habéis de vivir solo o con otros en algún monasterio.

III

Cierto, yo soy de parecer que viváis en compañía de algunos santos y siervos de Dios en algún monasterio. **NOTA:** Y que no queráis ser maestro de vos mismo ni entrar sin guía por camino que jamás habéis andado, porque no os perdáis luego, echando a alguno de los

lados y deis en algún error o andéis más o menos de lo que conviene, para que ni por correr y apresuraros demasiado os canséis; ni por descuidaros os durmáis, y os halléis muy atrás de lo que pretendíais. Al que vive en soledad, luego sin sentir se le entra en el corazón el vicio de la soberbia; porque en ayunando dos días y no viendo otros hombres, luego se tiene por santo, y piensa que es muy perfecto y olvidado de sí mismo y de lo que es y de donde y adonde vino : anda allá dentro vagueando con su corazón por todo el mundo, y acá fuera, con su lengua y contra lo que manda el apóstol (*Rom.*, 4), juzga los siervos ajenos. Come cuando se le antoja, duerme cuando le da gusto, no se recata de nadie, hace cuanto quiere, y todos piensa que son menos que él y no le igualan en merecimientos; y más a menudo está en las ciudades que en su celda; y cuando topa con otros hermanos, finge tener vergüenza, él que está abrumado de topar con las gentes en las plazas y calles. ¿Diréisme por ventura que parece pongo falta en la vida solitaria? Nunca Dios tal quiera, que no me pasa por el pensamiento, antes lo he loado muchas veces; pero querría que los que han de vivir en soledad se ejercitasen primero muchos años en la vida monástica y de obediencia, para que después los ejercicios y principios ásperos del desierto no los espanten, y que hayan dado ejemplo de buena vida y santa conversación muchos años antes de venir a esto; y que hayan sido primero los más mínimos de todos para que después sean hechos los mayores; y que ni se hayan jamás

dejado vencer de la hambre ni de la gula; y que sean tales que se alegren con la pobreza; cuya compostura y hábito, palabras, semblante y manera de andar, sea todo ejemplo y enseñanza de virtudes; y que no sean como unos tontos que fingen que pelean con los demonios y otras cosas espantosas, para que los necios y gente vulgar los estimen en algo y se admiren de ellos, y con esto sacan sus intereses y ganancias. Poco ha que sucedió un caso harto lastimoso y sobre que yo derramé muchas lágrimas; y fué que murió uno de éstos y le hallaron tantas riquezas como tuvo el rey Creso, y las limosnas, que había allegado como para dar a los pobres, las dejó a sus hijos y descendientes. Entonces el hierro, que estaba escondido en lo hondo del río, nadó encima del agua (*Reg.*, 6, *Exod.*, 7); y entre las palmas dulces se halló una mirra o murta amarga; y no hay que maravillarnos de ello, tal compañero y maestro había él tenido, el cual, haciendo morir de hambre a los pobres, se había enriquecido; y lo que otros habían dejado para socorrer a los miserables, lo guardó él para su miseria eterna. Mas al fin el clamor y voces de ellos llegaron al cielo y vencieron a las orejas de Dios, con ser pacientísimas, para que enviando un ángel pésimo le dijese como a Naval Carmelo : loco, y sin juicio, esta noche te quitarán la vida y el alma (*Reg.* 1). Dime, ¿para qué serán estas riquezas que habías juntado? NOTA : Querría, pues, hijo Rústico, que no vivieses en compañía de vuestra madre : lo uno por las causas y razones arriba puestas; y lo

otro y más principal, porque ofreciéndooos ella los manjares delicados, no la entristezcáis dejando de admitirlos; o si los comiereis, no sea añadir aceite al fuego que arde en vuestra carne; y porque andando de día entre el concurso de sus criadas y doncellas, no sea forzoso ver lo que penséis de noche. Nunca se caiga de vuestras manos ni se aparte de vuestros ojos algún libro devoto : aprended el Plasterio palabra por palabra; vuestra oración sea sin intervalo; el sentido esté siempre muy despierto y no patente a los pensamientos vanos; vuestro cuerpo y vuestro ánimo se encaminen juntamente al Señor. Amad mucho la ciencia de las Santas Escrituras y así no amaréis los vicios de la carne. No vaque vuestra alma a varias perturbaciones ni les abráis las puertas de vuestro corazón; porque si una vez hacen asiento en vuestro pecho, tomarán dominio sobre vos y os traerán a cometer un pecado gravísimo. Haced siempre alguna cosa (*Ps.*, 18), para que el demonio os halle siempre ocupado y así no tenga entrada en vuestra alma. Si los apóstoles (1, *Cor.*, 4), pudiendo (según las leyes del Evangelio) recibir la comida de aquellos a quienes enseñaban, trabajaban con sus manos por no ser pesados a nadie y daban refrigerio a los otros, de quien por el beneficio espiritual podían recibir el corporal; ¿por qué vos no haréis aquellas cosas que han de redundar en provecho y utilidad vuestra? Tejed, pues, alguna cestilla de juncos, o haced alguna canastilla de mimbres tiernos, labrad la tierra de vuestro huerto y haced las herillas iguales

para sembrar las semillas; y para que después que estuviesen sembradas y plantados en ellas algunos árboles con orden y concierto los deis sus riesgos, para que estéis allí contemplando aquellos muy hermosos, que dicen : Mirad cómo baja el agua graciosa y suavemente por aquellas quebradas de aquel camino montuoso a dar en el huerto (*Virgil.*); y cayendo por lapiedrecillas del arroyo, hace un apacible y suave aunque ronco murmullo; y llegada a lo llano templá los campos secos y llenos de grietas y apreturas : engerid también árboles silvestres y sin fruto, y esto o con lyemas y de escudete o con púas, para que en pocos años cojáis de ellos, en pago de vuestro trabajo, frutos dulces y sabrosos : tened también algunos colmenares de abejas, á las cuales nos remite Salomón en sus proverbios (*Ecles.*, II), y aprended de aquellos pequeños cuerpos el orden y concierto que debe haber en los monasterios y en las casas de los reyes, en obedecer a los superiores y en no consentir ningún zángano sin provecho que coma y no trabaje, tejed también algunas redes de lino para coger peces; escribid algunos libros para que la mano gane la comida y el ánimo se recree y sea mantenido en la lección santa. El que está ocioso luego es combatido de mil pensamientos y deseos; por esto en los monasterios de Egipto guardan hasta el día de hoy inviolablemente esta costumbre, que no admiten a ninguno sin que sepa algún oficio o pueda trabajar en algo; y esto, no tanto porque gane la comida necesaria, cuanto por la salud de su ánima; y

porque no ande su corazón vagueando con pensamientos dañosos (*Ecles.*, 16). Siendo yo mancebo y estando encerrado en la soledad del desierto, no podía sufrir los incentivos de los vicios y el ardor de la naturaleza: el cual, aunque yo quebrantaba con ayunos muy frecuentes, con todo eso mi ánima hervía con pensamientos varios que en ella habían hecho presa; y así, para domarla, acordé hacerme discípulo de uno de aquellos hermanos que habiendo sido hebreo de nación se había convertido a la fe católica, para que después que aprendí las agudezas de Quintiliano y la copia y abundancia de Cicerón, la gravedad de Fontón y la suavidad y llaneza de Plinio, aprendiese también el A B C hebreo, y estuviese meditando las palabras que se han de pronunciar anhelando o rechinando; cuanto trabajo me haya costado esto y cuantas dificultades haya sufrido; cuantas veces haya perdido la esperanza y cuantas lo haya dejado, y cuantas haya tornado a comenzar y porfiar de nuevo con deseo de aprenderlo; testigo es no sólo mi conciencia y alma, que lo padeció, sino también la de los que vivían en mi compañía; mas yo doy muchas gracias al Señor, porque de aquella semilla amarga de las letras cojo ahora dulces frutos. Quiero contar otra cosa que sucedió (*Ejemplo notable*): Allí había en el monasterio un mancebo, griego de nación, el cual con ninguna abstinencia ni con ningún trabajo, por grande que fuese, podía apagar la llama de su carne; mas el superior del monasterio lo curó con grande artificio e industria; para

lo cual usó de esta traza : Mandó a un varón de los más graves que le hiciese algunas injurias y le dijese algunos baldones; y que hecho esto viniese a quejarse primero que el agraviado : Hízolo así, y llamados algunos testigos, dijeron en favor del que hizo la injuria. El otro, viendo esto, comenzó a llorar y decir que le levantaban falso testimonio; de los demás ninguno creía la verdad, sólo el prelado le defendía disimuladamente porque con la demasiada tristeza no peligrase aquel hermano; y acortando razones pasóse un año en estas demandas y respuestas; y al cabo de él llamó el prelado al sobredicho mancebo, y preguntándole si le daban pena aún aquellos pensamientos, respondió él : ¡ Oh pecador de mí ! Pues no me dejan vivir, ¿ y habré en mí pensamientos de carne ? Pregunto yo, hijo Rústico, si este monje viviera en soledad, ¿ con qué ayuda vencería sus tentaciones ? Pues ahí veréis lo que importa vivir en compañía de otros.

Los filósofos del siglo suelen echar del corazón el amor viejo con otro amor nuevo, como quien saca un clavo con otro, del cual artificio usaron los siete príncipes de los Persas con el rey Asuero, para templar el amor que tenía a la reina Bastí con el amor de las otras doncellas. Aquéllos, como gentiles, curaban un vicio con otro vicio y un pecado con otro pecado; mas nosotros, como cristianos, hemos de vencer los vicios con el amor de las virtudes. Apártate del mal y haz bien (dice *David*, Ps., 30), busca la paz y síguela hasta alcanzarla: si no aborrecemos lo malo, no podemos amar lo bueno;

antes, para huir del mal, hemos de hacer bien. La paz se ha de buscar para evitar las guerras (*Mat.*, 23); y no basta buscarla, si después de hallada, si se va huyendo, no la seguimos con toda diligencia; la cual, dice San Pablo (*Fil.*, 4), que es un bien tan grande que sobrepuja todo sentido. Y en ella dice el profeta (*Psal.*, 65) que hace Dios un asiento y morada; y fué hecho — dice — paz en su lugar. Hermosamente — dice — que hemos de seguir la paz, según aquello del apóstol (*Rom.*, 12) : Proseguid la hospitalidad, y quiere decir que no convidemos a los huéspedes por cumplimiento y de sola palabra, sino deteniéndolos con toda afición y voluntad como a quien nos ofrece mucho interés y ganancia.

Ningún arte, por fácil que sea, se puede aprender sin maestro : los animales mudos y las manadas de las bestias también siguen sus guías; y entre las abejas hay también sus reyes. Las grullas siguen a una en forma de una A o de una Y. En un gran Imperio no hay más de un emperador; y en una provincia un juez o gobernador. Roma, luego que fué edificada, no pudo sufrir a dos hermanos que la fundaron reyes juntamente, sino que fué necesaria la muerte de uno. Esaú y Jacob, en el vientre de su madre Rebeca (*Gen.*, 25), peleaban entre sí. En cada iglesia no hay más que un obispo, un archipreste y un arcediano; y todo el orden eclesiástico estriba en sus rectores. En la nave, uno que la gobierne, y en la casa, un señor que mande; y en un ejército, por grande que sea, todos aguardan

la señal que uno hace para dar la batalla. Y para no cansar al lector repitiendo muchas cosas, lo que en todo esto pretendo es daros a entender que no debéis regiros por vuestro albedrío, sino que debéis vivir en algún monasterio, debajo de la disciplina y obediencia de algún prelado, y en compañía de muchos; para que de uno aprendáis la humildad y de otro la paciencia; y para que éste os enseñe el silencio y aquél la mansedumbre; y para que no hagáis lo que quisieréis y comáis los que os mandaren y vistáis lo que os dieren y cumpláis vuestra tarea señalada, y estéis sujeto al que no os da gusto, y vayáis a la cama hecho mil pedazos; y aun cuando andáis os vais dormitando, y no habiendo dormido harto os hagan levantar por fuerza; y para que también digáis vuestro salmo a coro y en vuestro orden. NOTA: En lo cual no se nos pide tanto la melodía de la voz como el afecto y devoción del alma, según aquello que dice el apóstol: Cantaré con el espíritu y cantaré con el alma. Y lo que dice en otro lugar (*Cor.*, 14): Cantad al Señor en vuestros corazones. Y esto decían porque habían leído aquel precepto que dice: Cantad sabiamente. Allí serviréis a los demás hermanos (*Ephes.*, 5) y lavaréis los pies a los huéspedes, y haciéndoos injuria habréis de callar. Al prelado temedlo como a señor y amadlo como a padre (*P.*, 46); y creed que todo lo que os mandare os es provechoso y saludable, y nunca juzguéis de la sentencia y parecer de los mayores ni si es justo o injusto lo que os mandan; pues vuestro oficio no es otro sino obedecer y

cumplir lo que está mandado, según aquello que dice Moisés (*Deut.*, 6 y 7) : Oye, Israel, y calla. Y estando ocupado con tantos y con tan graves negocios, no habrá lugar de vacar a algunos malos pensamientos; y habiendo de pasar de una cosa a otra y habiendo de seguirse una obra a otra, solamente tendréis en la memoria aquello que os mandan y fuerzan a hacer luego. Yo he conocido algunos que después que renunciaron y dieron de mano al siglo, sólo con el vestido y con las palabras y no con las obras, no mudaron cosa ninguna del trato y conversación antigua, porque su hacienda está más acrecentada que disminuída; teníanse los mismos criados y servicio que antes; la mesa y aparato del convite o de la comida, era la misma : es verdad que comían en platos de barro y bebían en vasos de vidrio; pero lo que comían y bebían eran cosas preciosas y compradas a peso de oro. Y lo bueno es que viviendo entre una gran multitud y enjambre de criados, atribuyen a sí el nombre de solitarios. Y algunos que son pobres y tienen poca hacienda y les parece que saben algo, salen en público muy acompañados de gente, como si fuesen en andas, para ejercitar su elocuencia canina (que es ladrar y decir mal de otros). Otros hay que, levantados los hombros en alto, van hablando entre dientes, como las cornejas, y puestos sus ojos en tierra, como atónitos, dicen luego unas palabras muy hinchadas; en tal manera, que si fuese allí el pregonero, pensaríais que iba allí el corregidor o gobernador del pueblo. Otros hay que con el humor de

las celdas y con los ayunos demasiados y con la pesadumbre de la soledad y con el leer demasiado, porque les están leyendo de día y de noche, o tienen zumbido de oídos o se convierten en melancolía; y estos tales más necesidad tienen de la medicina de Hipócrates que de nuestros consejos. Los más no aciertan a dejar las artes y negocios en que antes se ocupaban, y quitados los nombres de mercaderes y tratantes, ejercitan los mismos comercios que antes; no buscando, como dice el apóstol (*Tim.*, 6), sólo comida y el vestido, sino mayores intereses y ganancias que los seglares. Y hay otra cosa, y es que antes los fieles y almotacenes reprimían la rabia y codicia de estos tales, y su pecado no quedaba sin castigo (1). Mas ahora con títulos de religión ejercitan tratos injustos sin castigo ni pena; y la honra del nombre cristiano, más hace engaño que lo padece: y lo que tengo vergüenza de decir, aunque es necesario decirlo (para que a lo menos así tengamos empacho de nuestra deshonra), es que extendiendo las manos públicamente cubrimos el oro con remiendos, y contra la opinión de todos morimos ricos y llenos los talegones, los que habíamos vivido como pobres y mendigos. A vos, hermano Rústico, cuando estuviereis en el monasterio no os será lícito hacer cosas semejantes, y acostumbrándoos poco a poco, lo que al principio hacíais como por fuerza, comenzaréis a quererlo de grado y con gusto y os deleitará vuestro trabajo; y

(1) Esto dice porque los extienden para tomar limosna o para hacer oración.

olvidado de las cosas pasadas siempre seguiréis las que están presentes, y pasaréis adelante no mirando en ninguna manera las faltas de los otros, sino lo bueno que vos estáis obligado a hacer. Mirad que no os dejéis llevar de la multitud de los que pecan, ni basta la turbamulta de los que se pierden para que digáis en vuestro pecho lo que muchos han dicho : ¿Pues qué, por ventura condenarse han todos los que viven en las ciudades? Mirad cómo ellos gozan de sus haciendas, sirven a las iglesias, van a los baños y no menosprecian los olores y ungüentos; y con todo eso los alaban todos. Ya he respondido antes a esto y ahora torno a responder brevemente, que en este librito no trato de los clérigos, sino de instruir al monje. Santos son los clérigos y la vida de todos es loable; vivid, pues, vos, de tal manera y proceded de tal suerte en el monasterio, que merezcáis ser sacerdote y no manchéis vuestra juventud en alguna mácula de pecado para cuando vaya a ofrecer sacrificio en el altar de Cristo. *NOTA* : Salgáis como una virgen del tálamo y tengáis buena fama aun con los de fuera; y así, las mujeres os conozcan por el nombre y no hayan visto vuestro rostro.

IV

Cuando llegareis a perfecta edad, si Dios os diere vida, y el pueblo o el obispo de la ciudad os eligieren por

su cura, vivid como tal y entre ellos seguid siempre las pisadas de los mejores; que al fin, en cualquiera estado y grado que sea, con los muy buenos están mezclados los muy malos; y si hubiereis de componer algún libro, no os arrojéis luego a hacerlo con la liviandad y locura, sino aprended mucho tiempo y muy despacio lo que habéis de enseñar a otros. No deis crédito a los que os alaban, o por mejor decir, no deis oídos livianamente y de buena gana a los que se burlan de vos y os escarnecen; los cuales, después de haberos adulado y untado el casco, y en alguna manera tornado tonto, si súbitamente volvéis a mirar atrás, veréis que están haciendo burla de vos; o contrahaciendo la cigüeña con arquear el cuello, o moviendo las manos como quien menea las orejas del asno, o sacando la lengua y extendiéndola como el perro que viene sediento y carleando. No murmuréis de nadie ni pongáis vuestra santidad en despedazar a los otros; porque muchas veces acusamos en los otros lo que nosotros mismos hacemos y somos elocuentes contra nosotros mismos; y sin pensarlo, reprendemos nuestros vicios juzgando los mudos de los elocuentes. Un hombre llamado Grunio, cuando salía a hablar, iba con el paso que va la tortuga o galápago; y habiendo andado algunos pasos, apenas decía unas pocas palabras, y de tal manera, que más pensaréis que sollipaba que no que hablaba; y puesto en la mesa, juntaba una hacina y montón de libros, y luego, con un sobrecejo y encogiendo las narices y arrugando la frente, hacía ruido y daba un golpe con dos dedos, pro-

vocando con esta señal a sus discípulos a estar atentos; y entonces no decía otra cosa sino niñerías e impertinencias y puras burlerías, y dar voces contra cada uno de los otros. Y así dijerais, sin duda, que era aquel Longinos de Creta, y juez de la facundia romana, que tenía autoridad para notar a quien él quisiese, y aun para echarlo de la junta y senado de los doctores. Éste era un hombre adinerado y daba más gusto en los convites que hacía que en esto: y no hay que maravillar que el que solía cebar a muchos con sus comidas, haciendo un escuadrón de charlatanes que iban alrededor de él haciendo ruido, saliese acompañado de ellos en público. En lo interior era un Nerón cruel y carnicero, y en lo exterior parecía un Catón, todo dudoso, en tanto grado que dijerais que era un monstruo o una nueva bestia ajuntada y compuesta de diversas y contrarias naturalezas semejantes a aquella que dijo un poeta que la primera parte tenía del león y la postrera del dragón y la de en medio era la misma quimera. Nunca, pues, pongáis los ojos en estos tales ni os juntéis con semejantes hombres porque no sea ocasión de hablar palabras de malicia, y así oigáis aquello que dice Dios (*Ps.*, 49): Estando sentado hablabas contra tu hermano y ponías escándalo contra el hijo de tu hermano. Y lo que dijo otra vez (*Psalms.*, 56, 54): Los dientes de los hijos de los hombres son armas y saetas; y en otro salmo dice: Sus palabras son más blandas que el aceite, y en resolución son saetas. Y más a la clara lo dice el eclesiástico (*Eccl.*, 10): Así como la serpiente muer-

de callando y sin ruido, así hace el que secretamente murmura de su hermano. Pero me diréis : yo no murmuro; si los otros lo hacen, ¿qué puedo yo hacer? ¿Heles por ventura de tapar las bocas? Todas estas excusas y achaques buscamos para colorear nuestros pecados, pues a Cristo no podemos engañarlo con maña ni artificio; y esto no lo digo yo de mi cabeza, que sentencia es del apóstol que dice (*Galat.*, 6) : No queráis errar, que a Dios no se puede engañar ni echarle dado falso, porque él ve los corazones y nosotros sólo lo de fuera; y como dice Salomón en sus proverbios : Así como el cierzo esparce y vuela las nubes, así el semblante triste, las lenguas de los que murmuran. Y así sucede que como la saeta si la tiran a alguna cosa dura, algunas veces resurte y se vuelve contra el que la tira y llaga al que quería llagar a otro; y así sucede a éstos, y se cumple aquello que dice Oseas (*Ose.*, 7) : Hánseme hecho como arco malo y torcido; y lo que dice en otro lugar (*Ecles.*, 27) : El que arroja la piedra hacia lo alto, caerá sobre su cabeza; pues así sucede al murmurador, que cuando ve triste el rostro del que le oye, o por mejor decir, del que no le quiere oír, sino que cierra sus oídos por no oír el juicio de sangre, luego calla y se le pone el rostro amarillo y se le pegan los labios y se le seca la saliva de puro corrido; y así dice el mismo sabio en otro lugar (*Prov.*, 14) : No te mezcles con los murmuradores, porque repentinamente vendrá su perdición : ¿Y quién conoció la caída de entrambos? Esto es, así del que murmura como del que le oye.

La verdad no es amiga de rincones ni busca charlatanes que la publiquen. El apóstol, aconsejando a su discípulo Timoteo, le dice estas palabras : No admitáis con facilidad ninguna acusación contra el presbítero; y al que pecare repressedlo delante de todos para que los demás teman (*Tim.*, 4). No hemos de creer ligeramente lo que se dice contra un hombre anciano a quien la buena fama de la vida pasada lo defiende y el nombre de la dignidad que tiene le honra; pero porque al fin somos hombres y algunas veces no bastan los muchos años para no hacer cosas de muchachos. NOTA : Si viereis que he caído en algo y queréis corregirme, repressedme cara a cara con tal que no me estéis mirando escondidamente : Corregirme ha el justo con misericordia (dice David, *Psalms.*, 140), y reprenderme ha : mas el aceite y lisonja del pecador no untará mi cabeza. Esta es la condición nobilísima del Señor (*Heb.*, 12), que al que él ama y quiere mucho, lo corrige cuando peca y castiga a todos aquellos que recibe por hijos. Y por Isafas dice, y da voces al Señor (*Isai.*, 3) : Pueblo mío : los que os alaban y lisonjean y os llaman dichosos, os engañan y arman zancadillas a vuestros pies para derribaros. Decidme, ¿de qué provecho es para mí contar a otros mis faltas y pecados? ¿Y sin saberlo yo, con mis pecados, o por mejor decir, con vuestras murmuraciones, llegar a los otros? ¿Y contándoles a porfía a todos, decirlo a cada uno como si no los hubierais dicho a otros encargándoles el secreto? Esto no es enmudecerme, sino satisfacer a vuestro

vicio y mala costumbre. NOTA : ¿El Señor (*Mat.*, 18) nos manda corregir a los que pecan cara a cara y en secreto, o trayendo un testigo; y que si no se enmendaren avisemos de ello a la Iglesia y a sus ministros, y que si con todo esto estuviesen pertinaces en el mal los tengamos por públicos pecadores y paganos? Estas cosas os digo con más claridad que otras, por si pudiese con ellas, a vos, que ahora sois mancebo, hijo mío Rústico, libraros de la comezón que algunos parece que tienen en la lengua y en las orejas : y para que, pues, habéis nacido de nuevo en Cristo (*Efes.*, 5, 2, *Cor.*, II, *Mat.*, 25), seáis como una doncella honesta, sin arruga ni mancha, casto, así en el alma como en el cuerpo, porque no os gloriéis de solo el nombre; y teniendo apagada la lámpara y fin el aceite de las buenas obras, seáis echado del tálamo por mano del esposo como las vírgenes locas. Ahí tenéis presente al santo y doctísimo pontífice Procul, el cual con su voz os enseñará mejor que yo con mis cartas, y con sus tratados y pláticas cotidianas enderezará vuestro camino, no dando lugar para que apartándoos a alguno de los lados dejéis el camino real y seguro por el cual prometió el pueblo de Israel pasar cuando caminaba con toda prisa a la tierra de promisión. Plegue a la Majestad Divina tener por bien oír las voces de la Iglesia que pide misericordia con estas palabras : Señor (*Num.*, 2), pues todas las cosas nos habéis dado y tantas mercedes nos habéis hecho, dadnos paz, que es un bien soberano : y pléguete también que los que dejamos el siglo y le damos

de mano, no sea por alguna necesidad, que a ello nos fuerce y contriña, sino por pura voluntad y deseo de servirle para que la pobreza tomada de voluntad nos sea meritoria de gloria, que si nos es forzosa e involuntaria no servirá sino de tormento y pena. NOTA : Pero según los tiempos miserables que hemos alcanzado y en que vivimos, y las guerras crueles y sangrientas que hay en todas partes, por harto rico puede tenerse el que tiene (como dicen) día y vida y no le falta un pedazo de pan; y muy poderoso es el que no tiene necesidad de servir a otro. El santo padre Exuperio, obispo de Tolosa, imitando a aquella noble viuda de Sarepta, padeciendo él mucha hambre y necesidades, sustenta y da de comer a otros muchos; y teniendo rostro amarillo, por los muchos ayunos, es atormentado de ver que otros padecen hambre, y ha dado toda su hacienda a las entrañas de Cristo (que son los pobres), ninguno hay más rico que él (*Rog.*, 37); pues por haber dado sus bienes a los pobres, lleva alguna vez el cuerpo de Cristo en una cestica de mimbres y su sangre en un vaso de vidrio; y ha echado la avaricia del templo y sin azote ni reprensión ha derribado las cátedras de los que vendían palomas, quiero decir los dones del Santo Espíritu, y trastornado las mesas de la mala riqueza y derramado los dineros de los cambiadores y banqueros, para que la casa de Dios se llame casa de oración y no cueva de ladrones. Seguid, pues, vos, muy cerca las pisadas de este tal prelado y de los demás que le parecen en las virtudes, a los cuales el sacerdocio hace

más humildes y pobres, y si deseáis cosas aún más perfectas, salid como Abrahán, de vuestra tierra y de vuestra parentela, y caminad adonde no sabéis; y si os ha quedado alguna hacienda, vendedla antes de iros y dadla a los pobres; y si no la tenéis, dad gracias a Dios que os ha librado de muy gran carga y seguid desnudo a Cristo desnudo. Esto que os he aconsejado, no hay que dudar, sino que es cosa áspera y dura, grande y dificultosa; pero mayores son los premios que esperamos por ello si lo hacemos; y con esta consideración todo se hace fácil, muy gustoso y llevadero.



EPÍSTOLA IV

Para Florencio, en que loa sus limosnas y otras obras buenas.

DE aquí podréis entender cuán llenas están las bocas de diversos pueblos de vuestras alabanzas, pues esto ha sido ocasión de que yo haya primero comenzado a amaros que a conocer; porque así como dice el apóstol (*Tim.*, 5) que los pecados de algunos son notorios antes que venga el juicio universal; así, al contrario, la fama de vuestras virtudes está tan esparcida, que no tanto es juzgado por digno de alabanza al que os ama, cuanto parece que comete gran maldad y alevosía el que no lo hace. No quiero hacer memoria de innumerables personas en las cuales habéis sustentado, mantenido, vestido y visitado a Cristo : sólo haré mención de la limosna y buena obra que hicisteis al hermano Eliodoro; la cual fué tan grande, que basta para hacer hablar a los mismos mudos en vuestra alabanza : ¡ Oh, con qué gracias y con qué pregones contaba él cómo le habíais acudido en todos los trabajos de su peregrinación ! Eran tales, que

con ser yo pesadísimo y estar fatigado de una larga enfermedad, parece (como dicen) que me han nacido alas en los pies; y a lo menos con el amor y deseo os he ya saludado y aun abrazado. Huélgome mucho de todo y suplico a Nuestro Señor sea servido de confirmar y fortalecer la amistad que ahora nace entre nosotros: y porque el hermano Rufino, el cual ha venido de Egipto a Jerusalén en compañía de la santa matrona Melania, es mi íntimo amigo, recibiré merced toméis trabajo de encaminarle una mfa que va con ésta: y no juzgéis por sus virtudes las mías, porque en él veréis expresas señales de santidad, y yo, que soy ceniza y un poco de lodo vilísimo y ya me voy tornando pavesa, haré lo que si la flaqueza de mis ojos puede mirar algún resplandor de sus santas costumbres (*Psal.*, 30). Él está recién bautizado y ha quedado limpio y blanco como la nieve, y yo manchado con todas las fealdades de los pecados, estoy de día y de noche con temblor, esperando cuándo me pedirán estrechísima cuenta de todas mis obras y pensamientos (*Mat.*, 5, *Ps.*, 145). Mas porque el Señor suelta a los encadenados y reposa en el humilde, y que tiembla de sus palabras; por ventura se apiadará de mí, que estoy echado en el sepulcro y sima de mis maldades, y dirá como a Lázaro (*Isai.*, 66): Jerónimo, sal fuera. El santo sacerdote Evagrio os envía finos recuerdos, y los dos juntamente los enviaremos al hermano Martiniano, al cual yo deseo mucho ver, mas no puedo por estar preso con la cadena de una enfermedad.



EPÍSTOLA V

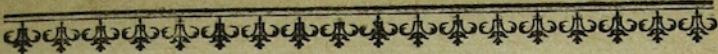
*Para el mismo Florencio; respóndele a otra suya
pídele algunos libros y ofrécele otros.*

ESTANDO en aquella parte del yermo que se junta con los sarracenos por la parte de Siria, recibí una vuestra, y en acabándola de leer me tomó tanto deseo para partirme para Jerusalén, que acaso hiciera daño para la obra, e intento lo que había sido provechoso para la caridad. Ahora, pues, en la manera que puedo, os envío y represento mis cartas en mi lugar y por mi persona; que aunque estoy ausente cuanto al cuerpo, con el ánimo y espíritu voy allá, donde vos estáis, suplicando a Nuestro Señor afectuosísimamente que no haste ni la distancia del lugar ni del tiempo, con ser tan grande, a apartar las amistades que ahora nacen entre nosotros pegadas con la liga de Cristo (que es la caridad), antes las confirmemos enviándonos cartas el uno al otro, las cuales corran de una parte a otra entre nosotros y se encuentren en el camino y nos hablen; porque yo pienso que no perde-

rá mucho la caridad si habla consigo con semejante lenguaje. El hermano Rufino, como me escribís, aún no ha llegado; y si llegare, no será de mucho provecho como yo no lo haya ya de ver, porque él está tan apartado de este lugar que no podrá venir acá, y yo estoy tan encerrado en esta soledad que he escogido para mi reposo, que ya no puedo hacer lo que querría. Por tanto, yo le ruego, y a vos os suplico, que le pidáis encarecidísimamente que me preste los comentarios del bienaventurado Reticio, obispo Agustudunense, para trasladarlos; en los cuales él declaró el libro de los Cánticos de Salomón en sentido muy levantado. Un viejo de la patria del sobredicho Rufino, que se llamaba Pablo, también escribió que le tenía un libro de Tertuliano, el cual pide con grande instancia. Demás de esto, me haréis placer que los libros que éste mi pequeño súbdito o criado os dijere que yo no tengo, hagáis que me los traslade algún escribiente. También os ruego con las mismas veras, que me enviéis la declaración de los salmos de David, y un gran libro de Sínodos de San Hilario que yo con mi propia mano trasladé estando en la ciudad de Tréveris; porque ya sabéis que el mantenimiento del alma cristiana es meditar en la ley del Señor de día y de noche. NOTA: Yo sé que hospedáis a los demás y los alentáis con vuestro consuelo y los ayudáis con vuestra hacienda en las cosas necesarias (*Ps.*, 1). Si por mí hacéis lo que os ruego, haré cuenta que me habéis concedido todas las cosas; y porque por la misericordia Divina tengo abundancia de muchos libros

sagrados, pedidme también los que quisiereis, que yo os los enviaré; y no penséis que me dais pena en pedirlos, porque tengo en mi compañía algunos paniaguados que se ocupan en recoger cosas antiguas y recónditas: y no pido cosa ninguna por esto que os ofrezco. El hermano Eliodoro me ha dicho que buscáis muchas cosas de las Santas Escrituras y que no las halláis así fácilmente; y que si las tenéis todas, la caridad os hace desear más y pedir más. Sabed que estando yo aún en Antioquía, en mi presencia corrigió muchas veces Evagrio, el sacerdote, al maestro de vuestro muchacho (de quien tuvisteis por bien de escribirme), el cual no hay duda, sino que es su encubridor, siendo esclavo ajeno, al cual él respondió: Yo no temo nada, porque el muchacho dice que su señor lo envió o dió libertad. Sabed que está aquí; si gustáis de ello, enviadlo adonde quisiereis. Yo pienso que no peço en esto si a un hombre vagabundo no le consiento huir más lejos. Y así, pues, que yo puesto en esta soledad no puedo hacer lo que me mandasteis, rogué a mi grande amigo Evagrio que, así en vuestro nombre como en el mío, lleve adelante este negocio con grande instancia.





EPÍSTOLA VI

Para una noble señora romana, llamada Leta, mujer de Toxocio, hijo de Santa Paula; del cual tenía una hija llamada como su abuela, y la abuela había deseado que guardase virginidad: y así enseña el santo doctor a Leta cómo la ha de instruir, de quién la ha de guardar y en qué la ha de ocupar y ejercitar; y persuadiéndola que la envíe presto a Belén, donde vivían su abuela y su tía Eustoquia, para que se críe con ellas y con las demás religiosas; prometiéndola, si lo hace, de ser él su maestro y ayo. Puede servir esta epístola para que aprendan todas las madres cómo han de criar sus hijas doncellas, aunque no hayan de ser monjas; y podrá tomar cada uno lo que fuere a su propósito.

ESCRIBIENDO el apóstol San Pablo a los de Corinto (Cor., 7), e instruyendo con doctrinas sagradas la Iglesia de Cristo, que comenzaba entonces, y no estaba aún bien enseñada. Entre los demás mandamientos que les dió, puso tam-

bién éste : Si alguna mujer cristiana está casada con algún varón infiel, y él gusta de vivir en su compañía, no lo deje ni se aparte de él, porque algunas veces ha sucedido que el marido infiel vino a ser santo por medio de la mujer cristiana y fiel : y al contrario, que la mujer infiel se convirtió a la fe por la compañía de su marido fiel. Y si esto no fuera así, no fueran vuestros hijos limpios como ahora lo son. Si hasta aquí acaso le parecía a alguno que estaban muy flojas las riendas y vínculos de la doctrina y mandamientos, y que la permisión del maestro era muy fácil, ponga los ojos en la casa de vuestro padre, esclarecidísimo y doctísimo varón (aunque hasta ahora anda en tinieblas (*esto dice, porque aún era gentil*), y entenderá que el consejo del apóstol aprovechó allí, de tal manera, que se recompensó la amargura de la raíz con la dulzura de los frutos que de allí nacieron ; y los pimpollos y varillas de poco precio sudaron un bálsamo preciosísimo. Esto he dicho porque vos nacisteis de matrimonio desigual, siendo vuestra madre cristiana y vuestro padre no ; y de vos y mi amigo Tuxocio fué engendrada vuestra hija Paula. ¿Quién creyera una cosa como esta, que la nieta del pontífice Albino había de nacer de la promesa de la madre ? ¿Y que estando presente su abuelo y gustando de ello, antes de convertirse, la lengua balbuciente de la niña había de pronunciar con grande consonancia el aleluya de Cristo ? ¿Y que el viejo había de criar entre sus brazos a la doncella y virgen de Cristo ? Por cierto, bien y felizmente hemos esperado : ya

la casa santa y fiel santifica al varón infiel, ya está señalado para recibir la Fe, el cual está rodeado de la compañía de hijos y nietos cristianos : yo tengo para mí, que si el mismo Júpiter tuviera tal parentela, pudiera creer en Cristo; y aunque murmure y haga burla y escarnio de mi carta, y diga a voces que soy un tonto y desvariado, no se me da un clavo, que eso mismo hacía su yerno antes que creyese. No nacen los hombres hechos cristianos; después de nacidos se hacen. El capitolio muy dorado está ya sucio, y todos los templos de Roma, en que eran adorados los ídolos, están cubiertos de polvo y de telas de arañas. La ciudad se mueve de sus asientos antiguos; todo el pueblo a porfía, y atropellándose unos a otros, van a los templos caídos a hacer reverencia a los mártires en sus sepulcros; y si la prudencia no les fuerza a ser cristianos, fuérceles a lo menos la vergüenza y empacho. Esto he dicho a mi hija religiosísima en Cristo, Leta, para que no desconfiéis de la salud espiritual de vuestro padre (1) y para con la misma fe que me merecisteis alcanzar la hija, esperéis alcanzar al padre convertido, para que así gocéis de la felicidad de toda la casa; teniendo por cierto aquello que promete el Señor (*Mat.*, 20) : Que las cosas que son imposibles a los hombres, a Dios le son fáciles (*Luc.*, 23) : Nunca jamás es tarde la conversión y penitencia. NOTA : Si no, mirad lo que sucedió al buen ladrón, pues de la cruz pasó al paraíso (*Dan.*, 4).

(1) Aquí significa que la había prometido a Dios.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, después de haber estado hecho bestia en el cuerpo y en el corazón, y haber vivido en el campo en compañía de las bestias, tornó a recibir entendimiento de hombre. Y dejando las cosas antiguas, porque a los incrédulos no les parezcan muy fabulosas; ya se sabe cómo vuestro pariente Graco, que con su nombre dice ser linaje de los patricios, siendo prefecto de la ciudad, derribó y arruinó y abrasó la cueva de la diosa Myrha, y todos aquellos espantosos simulacros o ídolos con que eran reverenciados Corax, Nisies, Milies, Leo, Perses, Helios, y el padre Bromio; y habiendo dado antes estas como prendas y fianzas de su virtud, alcanzó el bautismo de Cristo. Ya por la misericordia de Dios, la gentilidad padece soledad y se va acabando, aun en medio de Roma; y los dioses que en otro tiempo adoraban las naciones, ya se han quedado solos con los buhos y lechuzas en solas las cumbres y techos de los templos. Ya la señal y divisa de los soldados son las insignias de la Cruz, y esas ponen en sus banderas. Ya la púrpura de los reyes y sus collares y las perlas de sus coronas muy encendidas, están adornadas con la pintura saludable del Madero en que Cristo murió. Ya también se ha hecho cristiano el ídolo llamado Serapis, Egipto. Ya el otro ídolo llamado Marnes, encerrado en Gaza, llora su soledad y está temiendo continuamente la destrucción de su templo. Y cada día, por la misericordia de Dios, recibimos grandes compañías de monjes de la India y de Persia y de Etiopía; los de Armenia han dejado ya las aljabas; y

los Hunos aprenden el Salterio : y aunque la provincia de Escitia, donde viven los Tártaros, es muy fría, los moradores de ella están muy fervorosos con el calor de la Fe católica. El ejército de los Getas, resplandeciente y rojo, trae alrededor ya las tiendas de las iglesias; y por esto por ventura pelea contra nosotros con igual ejército, y nos gana tantas victorias como nosotros a ellos, porque profesan la misma Fe y religión que nosotros, y tienen la misma confianza en Cristo. Casi me he salido de la materia que había comenzado a tratar y entrádome en otras; y así me habrá sucedido lo que al alfarero; que queriendo hacer un jarro, dejando correr la rueda, hizo un cántaro; porque mi intento era convidado con los ruegos de la santa matrona Marcela y vuestros, enderezar mis palabras a la madre, que sois vos, y enseñaros en qué manera habéis de instruir a nuestra Paula, la cual fué consagrada a Cristo (*esto dice porque la había prometido a Dios*) (Reg. I) (I), antes que fuese engendrada y concebida primero de vos, con votos y promesas, que con el vientre (*esto dice porque concebía, pero malparía todos los hijos, hasta que parió esta hija*). Y así hemos visto en nuestro tiempo alguna cosa semejante a las que leemos en los libros de los profetas. Ana, que solía ser estéril,

(I) Que en todas las epístolas de latín dice: Quis hoc crederet, ut Albin Pontificis neptis de repromisioni Martyris nasceretur? Y ha de decir: Matris; porque la madre de la niña había prometido al Señor, que si le daba una hija procuraría que fuese monja con su abuela y tía en Belén; y esto se collige de seis o siete lugares de esta misma epístola; y no hay por quien se pueda entender el Martyris, porque su padre no lo fué y su abuelo aún andaba en tinieblas.

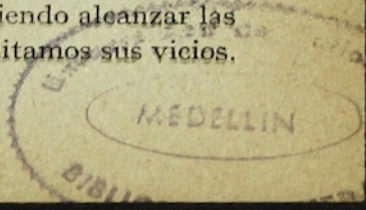
concibió y fué fecunda; mas vos habéis trocado la fecundidad llorosa en hijos vivos. Muy grande confianza tengo, y así lo digo, que por haber vos ofrecido a Dios lo primero que paristeis, os ha de dar otros muchos hijos. Estos son sin duda los primogénitos verdaderos que mandaba Dios en su ley que le ofreciesen. De esta manera nació Samuel, y de la misma salió a luz Sansón; y así también se alegró San Juan Bautista cuando entró la Virgen, y saltó de contento en el vientre de su madre, porque oyó las palabras del Señor que hablaba por la boca de la Virgen, y deseaba salir del vientre de su madre a recibirlo y reverenciarlo. (*Aquí dice que la había prometido a Dios*). Razón es, por cierto, que la que nació de promesa y por favor particular del cielo, sea doctrinada y criada de sus padres con tanto cuidado que corresponda esto a su nacimiento. El profeta Samuel desde niño se crió en el templo, y San Juan Bautista se aparejó en el yermo para ser digno precursor de Cristo. El primero traía el cabello largo y venerable, y no bebía vino ni sidra, y siendo aún muy pequeño hablaba con el Señor. El segundo huyó desde niño de las ciudades y del bullicio de la gente, y traía ceñida una cinta de pieles, y su comida era langostas y miel silvestre; y para representar la penitencia que había de predicar, traía vestida una piel de camello, animal torcidísimo y muy giboso. A esta traza, pues, conviene que sea enseñada el ánima que ha de ser templo de Dios vivo; y así no debe oír ni hablar cosa ninguna que no pertenezca al temor Divino: y si se hablaren algunas palabras tor-

pes y deshonestas, no entienda semejante lenguaje ni sepa los cantares y canciones mundanas, antes desde niña se ensaye en cantar los dulces y devotos salmos; y no consintáis que traten con ella muchachos deshonestos ni entren en vuestra casa; y aun las mismas doncellas y criadas que la sirven no deben tratar con gente secular; porque no sea ocasión que lo que ellas aprendieron mal se lo enseñen a ella peor. Cuando fuera de edad para aprender a leer, háganle unas letras de boj o de marfil, a cada una su nombre, y juegue con ellas para que el mismo juego sirva de aprender y jugar juntamente: no os contentéis con que las sepa por orden y arreo; de manera que la memoria de los nombres se le convierta en canción, sino procurad muchas veces trocar el orden y mezclar unas con otras, y poner con las de en medio las últimas, y con las primeras las de en medio; para que no solamente las conozca por el sonido, sino también por la vista. Y cuando ya comenzare a escribir con su mano tierna y temblando, haced que otra persona ponga la mano sobre la suya para que vaya guiando sus dedos tiernos, o que en una tabla la entallen las letras para que, puesto encima el papel, por las mismas señales haga ella otras, entre algunas rayas o reglas, porque no haya lugar de torcer el renglón ni salir fuera de él: junte las sílabas unas con otras; y para que lo haga con gusto y cuidado, prometedla algún regalillo de los que suelen mover a los de su edad. Y para que mejor aprenda, sea en compañía de otras, de quien tenga alguna envidia, si la ha-

cen ventaja; y oyendo que las alaban más que a ella, reciba alguna afrenta y empacho. Y si acaso fuere algo ruda y tarda en aprender, no hay para qué reñirla mucho; mejor es despertar su ingenio con alabanzas : para que cuando lo hiciere mejor que las otras reciba contento; y cuando las otras mejor que ella, quede corrida y afrentada. NOTA : En una cosa es menester poner mucho cuidado, y es en que no aborrezca el aprender; porque si en la niñez aborrece los estudios, no le quede el mismo aborrecimiento cuando sea más grande. Los mismos nombres con que poco a poco se ha de acostumbrar a juntar las partes no sean cualquiera, sino ciertos y determinados y escogidos de industria, para esto, como son los de los profetas y los de los apóstoles, y toda la lista de los patriarcas, desde Adán, procedan desde San Mateo (*Mat.*, 1), y desde San Lucas (*Luc.*, 3), para que sin pensar lo que hace, tenga después memoria de ellos. Buscadla un maestro de edad aprobada y de vida honesta y de erudición y ciencia competente : y yo pienso que habrá entre vuestros parientes algún varón docto, que no se afrente de hacer con una doncella, parienta suya y noble, el oficio que hizo Aristóteles con el hijo de Filipo, rey de Macedonia, enseñándole él mismo las primeras letras del A B C, aunque era oficio humilde y propio de los que componían o trasladaban libros. Mirad que no se han de despreciar como cosas pequeñas aquellas sin las cuales no se pueden haber ni conservar las grandes. NOTA : Y esto digo, porque la misma pronunciación de

las letras y la enseñanza de los primeros preceptos, de una manera los pronuncia y da a entender el hombre docto, y de otra el rústico. Y así debéis advertir y poner cuidado al principio, en que vuestra hija no se acostumbre a pronunciar las palabras medio entre dientes y comiéndose la mitad con algunos melindres necios y propios de mujeres, ni tampoco a vestir seda, brocado o púrpura, u otros trajes ricos y galanos : porque lo primero es dañoso para la lengua y lo segundo para las costumbres. No aprenda, pues, en su tierna edad, lo que sea necesario desdeñarse después. De las historias humanas sabemos cuánto aprovechó a los Gracos, para ser tan elocuentes, el enseñarlos su madre Cornelia, que lo era desde su niñez. La oración y elocuencia tan pura que usa Hortensio, entre los brazos de su padre tuvo principio y cobró fuerzas. La experiencia nos enseña que lo que aprendemos en la niñez y se mama con la leche, dificultosamente se olvida y rae del casco, como es dificultoso que la lana pierda el color y tinta que le dieron al principio y le vuelvan su propia blancura por más que la laven, y que la olla pierda el olor y sabor de lo primero que echaron en ella.

La Historia de los Griegos cuenta que Alejandro el Magno, con ser un rey poderosísimo y que sujetó a todo el mundo, no pudo desechar las faltas que siendo niño aprendió de su ayo Leonides, así en el andar como en las costumbres. De nuestra cosecha somos siempre inclinados a imitar lo malo; y no pudiendo alcanzar las virtudes de los otros, con facilidad imitamos sus vicios.



Procurad, pues, que la que diere leche no sea bebedora ni amiga del vino, ni deshonesta, ni parlera, y que la criada que la trae en brazos sea modesta, y que su ayo sea hombre grave, y que tenga tanto amor a su abuelo, que cuando le viere, se arroje a sus pechos y esté colgada de su cuello, y le cante el aleluya, aunque él no quiera ni guste de ello. Tómla de allí su abuela y conozca su padre en la risa, sea amable a todos de tal manera que toda su parentela se alegre en ver ha nacido de su linaje una rosa. Conozca también luego la otra abuela que tiene y la otra tía, y para esposa de qué Emperador se creía, y para qué ejército y compañía está doncellita, que es para el de las religiosas, con esas desee estar, y amenáceos que os dejará y se irá con ellas. El mismo hábito y vestido la enseñe a qué esposo está prometida, que es Cristo.

II

Guardaos, señora mía, de romperle las orejas por traer arracadas ni de pintar jamás con arrebol ni albayalde el rostro de la que está consagrada a Cristo. Tampoco debéis fatigar su cuello con cadenas de oro ni con joyeles, ni cargar su cabeza de perlas ni enrubiar sus cabellos; porque no la pronostiquéis con eso alguna cosa de los fuegos del infierno. Otras perlas han

de ser las suyas (*Mat.*, 3), que vendiéndolas después, compre con ellas aquella preciosa margarita del Evangelio (*Cosa notable*) : Mirad que Pretextata, que fué una matrona nobilísima en otros tiempos, mandádoselo su marido Hymecio, tío de la virgen Eustoquia, le mudó el hábito y atavió y enrizó y peinó el cabello que ella traía sin cuidado ninguno, deseando vencer con esto, lo uno, el intento de la santa doncella; y lo otro, el deseo de su madre. Y luego la misma noche vió entre sueños venir hacia sí un ángel que con voz terrible y espantosa la amenazaba con algunas penas, y decía estas palabras : ¿Es posible que te hayas atrevido a anteponer el mandamiento de tu marido a Cristo? ¿Es posible que has osado tocar con tus sacrílegas manos y manosear la cabeza de la doncella consagrada a Dios? Pues hágote saber que se te han de secar luego por este pecado para que sientas atormentada el mal que has hecho. Pasados, pues, cinco meses, serás llevada al infierno; y si perseverares en tu maldad serás privada juntamente de tu marido y de tus hijos. Todo se cumplió por su orden, y la muerte temprana de la desventurada fué indicio manifiesto que su penitencia había sido tardía. Veis aquí, señora Leta, cómo castiga Dios nuestro Señor a los que ensucian su templo, y cómo defiende sus piedras preciosas y sus ornamentos de mucha estima. Esto he referido, no por dar en cara a los desventurados con sus desgracias y calamidades, sino para mostraros con cuánto temor y recato debéis guardar lo que a Dios nuestro Señor habéis prometido.

El sacerdote Helf ofendió a Dios por no castigar y corregir los pecados de sus hijos. Y según el apóstol San Pablo (1, *Reg.*, 2), no puede ser elegido por obispo el que tuviere hijos viciosos y no sujetos y obedientes. Y por el contrario, se escribe de la mujer, que se salvará por la generación de sus hijos si permaneciese en fe y caridad, y en santificación con honestidad. Pues si los pecados de los hijos, que son ya grandes y de perfecta edad y cumplido entendimiento, se les impusiera a sus padres por no castigarlos, ¿cuánto más se les atribuirán los de los pequeños y tiernecitos, y que según la sentencia del Señor (*Joan*, 4), apenas saben cuál es su mano derecha, o la izquierda, que es distinguir lo malo de lo bueno? Si ponéis todo el cuidado y solicitud en que a vuestra hija no la muerda una víbora (*Hier.*, 50, *Idem*, 11, *Gen.*, 34), ¿por qué no pondréis el mismo que no sea herida con el martillo de toda la tierra, que es el pecado? ¿Y en que no beba en el vaso dorado de Babilonia? ¿Y en que no salga, como dama, a ver las mujeres de la religión extranjera? ¿Y en que no juegue con los pies ni traiga arrastrando los vestidos por el suelo?

Mirad, señora, que la ponzoña nunca se ha de beber, sino mezclada con miel; y los vicios y pecados nunca nos engañan sino con sombra y apariencia de virtudes. Mas diréisme ¿que cómo es esto, pues dice Dios (*Ezeq.*, 18), que ni los hijos pagarán los pecados de sus padres ni los padres los de los hijos, sino cada uno lo que hiciere, porque el alma que pecare esa perecerá? A

esto digo, que aquello se entiende de los que pueden conocer lo bueno y lo malo; de los cuales está escrito (*Joan* 9): Edad tiene, responda por sí mismo. Mas no del que aún es pequeño y no tiene discreción, ni ha llegado a edad de poder conocer los dos caminos que significa la letra de Pitágoras; y así sus buenas obras como las malas se atribuyen a sus padres. Y no os engañéis pensando que los pecados que cometen los hijos de los cristianos antes de recibir el bautismo se atribuyen sólo a ellos y no a sus padres que no quisieron que los bautizasen, especialmente cuando eran tan pequeños que no podían contradecir los que lo habían de recibir, como por el contrario la salud y bien de los niños redunda en interés y ganancia de sus padres y superiores. Vos pudisteis libremente ofrecer a Dios vuestra hija, o no ofrecerla, como las demás madres, que nadie os hizo fuerza; mas después de haberla ofrecido, muy gran peligro os corre si no tenéis de ella muy grande cuidado y para que sea la que debe, y aun mucho mayor que a las otras madres, porque la ofrecisteis antes de concebirla. Cualquiera que ofrece a Dios algún animal cojo o manco, o manchado con alguna fealdad, comete pecado de sacrilegio, y como tal será punido (*Luc.*, 21). Pues con tanto mayor rigor lo será el que aparece alguna parte de su cuerpo, o la pureza de su alma, para que Dios, Rey de los reyes, se abraze con ella; si fuere negligente en que vaya como debe (*Luc.*, 2). Después que la niña fuere algo mayor y, a imitación de su esposo, comenzare a crecer en sabiduría y en edad

y gracia en los ojos de Dios y de los hombres, acostúmbrase a ir al templo de su verdadero Padre con sus padres carnales; mas sea tan devota, que cuando ellos salieren de allí, ella se quede; y cuando la buscaren en el camino del siglo entre la gente común y entre las compañías de sus deudos, no la hallen en otra parte ninguna sino leyendo los misterios secretos de las Santas Escrituras y preguntando a los profetas y apóstoles lo que se encierra en las bodas espirituales. Imite a la Sacratísima Virgen María, a la cual halló el Arcángel San Gabriel sola en su aposento; y por eso por ventura se espantó, porque le vió en traje de hombre, a lo cual no estaba acostumbrada. Procure mucho imitar a aquella de quien se escribe: Toda la gloria de la hija del rey y su hermosura, es en lo de dentro (*Ps.*, 44). Y diga lo que la misma dijo a su escogido esposo habiéndola herido con la saeta de la caridad y amor divino (*Cant.*, 1): Entróme el rey a su aposento secreto. Nunca jamás la dejéis salir fuera, porque no la encuentren los que andan callejeando y la hieran y llaguen en el alma y la quiten el manto de la honestidad y la dejen desnuda, revolcándose en su propia sangre; antes debe estar tan encerrada, que cuando alguno tocara a su puerta, diga: Yo soy un muro y mis pechos una torre; heme lavado los pies y no puedo ensuciármelos otra vez (*Cant.*, 5 y 6). Dadle su comida aparte y en secreto; quiero decir, que no coma con sus padres porque no vea los manjares que ellos comen y desee comer de ellos. NOTA: Y aunque algunos tienen por mayor virtud menospreciar el

deleite presente y abstenerse de lo que pueden gozar, yo tengo por cosa más segura, o no tener noticia de las cosas que, conocidas una vez, nos incitan a buscarlas mil. Acuérdome haber leído en la escuela, siendo niño, un proverbio que decía así : Con dificultad podéis corregir y enmendar lo que habéis consentido muchas veces hacer. Acostúmbrese desde niña a no beber vino, con el cual se fomenta la lujuria; y en lo que toca a los ayunos, hasta que sea de edad robusta no la carguéis mucho de ellos, porque es cosa peligrosa ayunar mucho los que tienen las fuerzas tiernas; y hasta tener bastante edad, si fuese necesario, use de los baños y beba un poco de vino por amor del estómago; y sustentarse con carne porque no le falte la fuerza de los pies antes que comience a correr (*Tim.*, 3). Y esto digo por vía de permisión y no de mandamiento, temiendo su flaqueza y no enseñando lo que es regalo y vicio. Porque ¿qué causa hay para que no haga la virgen consagrada a Cristo en todo lo que hace en parte la superstición Judaica, no comiendo algunos animales y algunos manjares? ¿Y lo que también hacen los brahmanes de los indios y los sabios de los egipcios que no comen sino unas poleas y arroz, y sólo manjar de manzanas? ¿Si en tanto se estima el vidrio, en cuanto más debe estimarse la perla o la margarita? Procurad que viva la que nació de promesa como vivieron aquellos que fueron engendrados de repromisión; y pues la gracia y favor es igual, razón es que lo sea el trabajo que se toma. No oiga música ni sepa para qué se hicieron la

flauta ni la guitarrilla ni el harpa. Haced que cada día os traiga cierta tarea cogida de las flores de la Santa Escritura, y que sepa el número de los versos griegos; y tras eso, sea luego enseñada en la lengua latina; la cual, si desde la niñez no habituamos la boca tierna a ella, suele corromperse y dar un sonido peregrino; y así el lenguaje materno se mancha con las faltas de los extraños.

III

El maestro principal de vuestra hija habéis de ser vos, y vivir de tal manera, que la niña tierna se admire de ver vuestras santas costumbres, y no vea en vos ni en su padre cosa que si la hiciere sea pecado. Acordaos, pues, de que sois padre de una doncella y que podrá mejor ser enseñada con ejemplos que con voces y gritos. Mirad que los niños son como las flores y violetas, como el azucena y azafrán, que fácilmente perecen y que cualquier aire frío y pestilencial los abrasa y corrompe. No la dejéis jamás ir a parte ninguna si no fuere en vuestra compañía, y ni aun a visitar las capillas de los mártires y a las iglesias, no vaya sin su madre. No consentáis tampoco que se ría y burle con ella ningún mancebo, ni de los que traen copete. Y cuando hubiereis de velar o trasnochar para celebrar la fiesta solemne

de algún Santo, hágalo nuestra doncellita de tal manera que no se aparte de su madre, ni aun por espacio de una pulgada. No querría tampoco que entre las criadas que la sirven amase más a una que a las otras, sino que lo que dice a una lo sepan todas, y que aquella la guarde más y sea su compañera, no la que estuviere más afeitada ni fuere más hermosa o chocarrera y lasciva, ni la que hiciere de garganta cuando cantare algún soneto, sino la que fuere grave y estuviere descolorida y no muy compuesta ni aseada y fuere medio triste. Tenga por superior o aya, alguna doncella experimentada y antigua, de buen crédito y honestidad; la cual la enseñe y con cuyo ejemplo se acostumbre a levantarse de noche para orar y cantar los salmos; y a la mañana para cantar los himnos; y a la hora de tercia, sexta y nona, a estar en el escuadrón como soldadica de Cristo; y encendida la linterna, pagar el sacrificio de la tarde. Pase el día con estos ejercicios y hállela la noche en estas ocupaciones y trabajos. Tras la oración, tenga lección; y tras la lección, tenga oración; y así le parecerá breve el tiempo que se gasta en tanta variedad de obras. Aprenda también a labrar cosas de lana y tener la rueca; y a poner el canastillo de las mazorcas en sus rodillas, a rodear y torcer el huso, y a guiar el estambre en su dedo pulgar y sacarle de la rueca. No cure de labrar cosas de seda ni telas de brocado ni cosas profanas; sean sus telas y las vestiduras que tejere, más para defenderla del frío que no para que estando los cuerpos vestidos estén

como desnudos (como lo son los cendales y velos delicados por do se ven las carnes, aun estando cubiertas). Su comida ordinaria sea alguna hortaliza y sémola, y raras veces algunos pececillos; y por no alargarme mucho en dar preceptos contra la gula, de la cual he tratado en otro lugar más cumplidamente, digo que coma con tanta templanza, que siempre quede con hambre y pueda en comiendo leer y orar y cantar, sin pesadumbre. A mí me desagradan mucho, especialmente en los de poca edad, los ayunos largos y sin templanza, de semanas enteras, y en que echar aceite en el manjar y comer manzanas, es cosa prohibida. La experiencia me ha enseñado, y con los ojos lo he visto, que cuando el jumentillo va cansado por el camino, anda buscando por do salirse de él y echarse. *NOTA* : Estos ayunos desatinados no son para nosotros, háganlos los que adoran a la diosa Ysida y a Cibeles : los cuales con abstinencia golosa tragan después faisanes y tórtolas, babeando sin pan, por no ensuciar los dones de la diosa Ceres, a quien este manjar es consagrado. Esta regla y precepto se debe guardar siempre en los ayunos perpetuos, que se hagan con tal moderación, que conservemos las fuerzas para la jornada larga, por que no nos suceda que corriendo demasiado al principio con indiscretas abstinencias, caigamos en tierra al medio de la jornada. Mas como antes de ahora tengo escrito, en la cuaresma debemos tender más las velas de la penitencia y aflojar las riendas a los caballos de nuestros cuerpos, que caminan apriesa, aunque también en esto de algu-

na manera se han de haber los seglares y de otra las doncellas y monjes; porque el seglar en la cuaresma gasta y cuece lo mucho que ha comido entre año, y susténtase con su jugo y humor, como las conchas y caracoles en el invierno, y parece que apareja su estómago para comer regaladamente y engordar, pasado este tiempo. Mas la doncella y el religioso de tal manera ayunen en la cuaresma, que puedan ayunar siempre. NOTA : El trabajo con tasa y moderado, es mayor, el que es sin tasa, es menor y dura menos, porque en el primero hay lugar de respirar y pasar adelante; y así, caminamos perpetuamente, mas no en el segundo; y así se acaba presto. Si alguna vez, señora, fuereis a las huertas y jardines fuera de la ciudad, no dejéis vuestra hija en casa, vaya con vos; y esté tan acostumbrada a vivir con vos, que no sepa ni pueda estar sin vos una sola hora y tiemble de verse sola. No trate ni converse con personas seglares, ni tenga amistad con doncellas de mal trato; y si algunos criados, o esclavos vuestros se casaren, no se halle en las bodas, ni esté presente en los juegos y baile de la familia. Ya sé que algunos varones espirituales han enseñado, que la doncella consagrada a Cristo no debe bañarse en compañía de los eunucos, ni aun de las mujeres casadas, porque ellos nunca dejan de tener pensamientos de hombre, y ellas con sus vientres hinchados traen a la memoria y representan las torpezas carnales; mas yo soy de parecer que la doncella ya grande y crecida, jamás se bañe; porque es razón, que se avergüence de sí misma

y no pueda verse desnuda; y porque si ella fatiga su cuerpo con ayunos y viglias, y procura sujetarlo al espíritu y desea apagar con el frío de la abstinencia el calor del apetito deshonesto y las llamas de la edad juvenil, que está hirviendo; y si trabaja, por asear la hermosura natural con manchas deseadas y procuradas, ¿para qué, por el contrario, ha de tornar a resucitar con el regalo de los baños los fuegos que estaban ya apagados y medio muertos? Pues como otros gustan de tener perlas y cosas de seda, guste ella de tener en lugar de eso muchos libros sagrados, en los cuales más le agrade el verlos enmendados y distintos con fidelidad, que encuadernados con pieles traídas de Babilonia, doradas y esmaltadas con varias pinturas. Lo primero que ha de estudiar, es el Psalterio, y con estos cantares se podrá entretener y aliviar del trabajo, u animar a la virtud; y luego tras esto estudie en los proverbios de Salomón, cómo ha de ordenar y disponer su vida. En el Eclesiastés aprenda a menospreciar las cosas del mundo; y en el libro de Job siga los ejemplos de virtud y paciencia que allí se hallan. Tras esto leerá los Santos Evangelios, y nunca los dejará de las manos. Lea también con toda voluntad y afición los Actos de los apóstoles y las Epístolas, empapándolas en sus entrañas; y después que hubiere enriquecido su pecho con estas riquezas, aprenda de memoria los profetas, los libros de Moisés y de los reyes; y del Paraliponemón y los de Esdras y Ester: y últimamente, aprenderá sin peligro el Cántico de los Cánticos; porque habiendo

leído en el principio el misterio de las bodas espirituales, debajo de las palabrars carnales, no sea llagada su alma no entendiéndolo. Guárdese mucho de leer todos los libros apócrifos y sin autoridad, y si alguna vez los quisiere leer, no para aprender de ellos los dogmas y reglas, sino para reverenciar las señales, sepa que no son de los autores cuyos títulos tienen, y que hay en ellos muchas cosas falsas y viciosas, mezcladas con esotras; y así es menester grande prudencia para buscar el oro entre el lodo. Tenga siempre en las manos los Opúsculos de San Ciprián, y podrá leer sin escrúpulo ninguno las Epístolas de San Atanasio y los libros de San Hilario, y deléitese mucho con los tratados e ingenios de aquellos en cuyos libros no titubee la piedad de la Fe. Pero los demás léalos de tal manera que más sea juzgando y examinando lo que dicen, que siguiéndolo a ojos cerrados. Respondermeeis por ventura, señora, ¿qué cómo podrá una mujer seglar viviendo en Roma, y entre tanta multitud de hombres, guardar todas estas cosas? A eso digo, que si no las podéis hacer como lo he dicho, no toméis carga, que no la podáis llevar; y así, el remedio será, que en detestándola como a otro Isaac (*Gen.*, 21), y en vistiéndola el hábito como a otro Samuel (*Reg.*, 1), la enviéis a Belén a su abuela y tía, para que la críen y enseñen como conviene. Ofreced esta preciosa margarita y perla al aposento donde parió la Virgen Sacratísima, y ponedla en la cuna, donde lloró el Santísimo Jesús, siendo Niño. Créese en el monasterio y hállese en compañía de las vírgenes. No

sepa qué cosa es jurar y el mentir tenga por sacrilegio; no conozca el mundo y viva como ángel, haciendo en la carne una vida, como si no fuese de carne; y piense que todos cuantos hombres y mujeres hay en el mundo son semejantes a ella, y viven como ella. Y dejando otras menudencias, con esto os libraréis de la dificultad que hay en guardarla y del peligro que no se os pierda. Mejor os está a vos desearla, porque está ausente, que andar cada hora y momento con temor y sobresalto de lo que habló y con quién habló, y a quién hizo del ojo; a quién miró con gusto y contento y otras cien cosas de esta suerte. Entregarla, pues ahora, que es niña, a su tía Eustoquia, monja, que sus llores, estando en su monasterio, no serán sino oraciones que presentará por vos a Cristo. Entregadla a su tía, para que sea compañera de su santidad y después heredará sus virtudes. Véala de continuo, ámela y quíerala mucho, y desde su niñez la tenga por espejo y dechado, de cuya virtud se admire; porque sus palabras y su manera de andar y su hábito y vestido, y todo cuanto hace, no es otra cosa, sino doctrina y ejemplo de virtudes. Crése en el regazo de su abuela, para que torne a hacer en la nieta todo lo que había hecho antes con su hija; la cual con larga experiencia y ejercicio ha aprendido cómo se han de criar, guardar y enseñar las doncellas en toda virtud y santidad, para cuya corona se teje cada día la castidad del número centenario. ¡Oh dichosa doncella! ¡Oh dichosa Paula, hija de Toxocio, la cual por las virtudes de tu abuela y de tu tía eres

más noble e ilustre en la santidad que en el linaje, aunque es nobilísimo ! ¡ Oh señora Leta, si pudierais ver a vuestra suegra, y a vuestra cuñada, y penetrar cuán grandes ánimos y espíritus se encierran en aquellos pequeños cuerpezuelos ! Yo no dudo, según vuestra natural castidad, que iríais delante a vuestra hija y trocaríais la primera sentencia y orden que dió Dios Nuestro Señor, por la segunda Ley del Evangelio, y que tendríais en poco los deseos de los demás hijos, y os ofreceríais vos misma a Dios, guardando castidad. Mas porque (como dice el sabio, *Ecc.*, 3, *Cor.*, 7) hay tiempo de estar casados, y tiempo de no estarlo, y la mujer casada no es señora de su cuerpo, y cada uno debe permanecer en la vocación y estado que Dios lo llamó, en el Señor ; y el que está sujeto al yugo del matrimonio, ha de correr de tal manera, que no deje a su compañero en el lodo ; procurad dar al Señor en la hija, lo que dejéis de dar en vos misma por ahora. La santa matrona Ana (*Reg.*, 2), después que ofreció al Señor en el tabernáculo el hijo que le había prometido, nunca jamás se le tornó a tomar ; juzgando por cosa indecente que el que había de ser profeta creciese y se criase en la casa de aquella que aún deseaba tener otros hijos. Finalmente, después que concibió y parió, no osó ir al templo y aparecer vacía delante del Señor, sin pagarle primero lo que le debía. Y habiéndole ofrecido tal sacrificio como éste, volviendo a su casa, le dió Dios otros cinco hijos para sí misma ; porque había parido el primogénio para Dios. ¡ Admiraos la felicidad

y buena suerte de esta santa mujer ! Imitad su Fe, y hará Dios con vos otro tanto. Y si enviarais acá a vuestra hija Paula, yo me ofrezco, aunque estoy viejo, y muy ocupado, a ser su maestro y ayo; yo la traeré en mis brazos y la enseñaré, viejo como estoy, a formar las primeras palabras balbucientes, y me tendré por más honrado con esto, que el filósofo del mundo Aristóteles, pues no enseñaré, como él, al rey de Macedonia, que había de morir con el veneno de Babilonia, sino a una sierva y esposa de Cristo, que ha de ser ofrecida a los reinos de los cielos.



EPÍSTOLA VII

Para uno, que se llamaba Gaudencio, en que le enseña cómo ha de instruir y doctrinar una niña, hija suya, que se criaba para religiosa : la cual se llamaba Pacatula : y el mismo Gaudencio había pedido al santo doctor que le escribiese lo que debía hacer en esto.

NEGOCIO dificultoso es escribir a una niña, que no entiende lo que decís y cuya inclinación no conocéis y de cuya voluntad es peligroso prometer y asegurar alguna cosa; y así, según el exordio del esclarecido orador, más se pueden loar en ella las esperanzas que las obras; ¿pues para qué hemos de persuadir, que guarde castidad y sea continente, a la que aún desea rosquillas y cosas dulces, y a la que aún está en los brazos de su madre y con voz risueña habla entre dientes? ¿Y a la que le son más sabrosas las cosas dulces que las palabras devotas? Porque ¿cómo oirá las cosas profanas y misteriosas que dice el apóstol, la que gusta más de fábulas y cuentos de viejas

que de ellas ? ¿ Y cómo entenderá las figuras de los profetas, la que atormentada con ver algo triste el rostro de la que la trae en brazos? ¿ Y cómo penetrará la majestad y profundidad del Evangelio, pues todo el sentido de los hombres se embota con sus rayos y resplandores? ¿ Y cómo podré yo amonestar que esté sujeta a su padre y madre, la que con manecita tierna hiere a su madre cuando se está riendo? Reciba, pues, nuestra Pacatula esta epístola para leerla cuando sea grande; y entre tanto conozca las letras del A B C y junte las sílabas, y aprenda los nombres, y hermane los verbos; y para que con su voz sonora medite estas cosas, prométala algo dulce y roscones, y cualquiera cosa sabrosa y algún ramillete de flores, o alguna perla o muñeca hermosa, si lo hace como debe. Y a ratos también comience a hilar y sacar las hebras con su dedo pulgar tierno; y rompa muchas veces el estambre, para que algún día no lo rompa. Y después que haya trabajado, juegue, y entreténgase un poco y cuélguese del cuello de su madre y reciba algunos besos de sus deudos. Y porque cante los salmos, denle alguna cosa, y ame aquello que la fuerzan a aprender, para que el aprenderlo no le sea trabajo, sino deleite y contento; y no lo haga por necesidad, sino por gusto y voluntad. Suelen algunas madres, cuando han prometido que su hija ha de ser virgen y religiosa, vestirla luego un hábito negro, y cubrirla con un manto partido, y quitarle las cosas de lienzo, y no consentir que traiga en su cuello ni en su cabeza cosa de oro ni otras galas. NOTA : Y cierto, y

está bien hecho, para que no aprenda, siendo niña, a tener cosas que después sea compelida a dejarlas. Mas a otras les parece al contrario : ¿Qué importa, dicen, que ella no tenga estas cosas, pues verá que las tienen las otras? Todas las mujeres naturalmente son amigas de componerse y parecer bien; y de muchas honestísimas sabemos, que aunque no es por dar gusto a hombre ninguno, le reciben ellas de componerse y afeitarse; y dicen éstas, que es mejor que la niña se componga y vista como quisiere, para que cansada de esto y enfadada, y oyendo loar a los demás que eso no hacen, lo menosprecie y deje esas cosas; y no, que no teniéndolas, desee tenerlas y gozarlas. Y así vemos, que lo hizo Dios con el pueblo israelítico, porque a los que deseaban las carnes de Egipto (*Exod.*, 16), les proveyó de tantas codornices, que vinieron a vomitarlas y tener asco de ellas. Y muchos hombres del siglo hallaréis que carecen con más felicidad de los deleites del cuerpo, ya experimentados y probados, que otros que desde niños han sido castos y honestos y no saben qué cosa sea eso; porque los unos menosprecian y huellan las cosas que tienen noticia y los otros apetecen lo que no han probado. Los primeros, con pesar de lo pasado huyen las ocasiones y asechanzas del deleite, de que ya se apartaron. Y los segundos, procurando con blanduras y halagos de la carne probar esas cosas, cuando piensan topar con la miel, hallan rejalgar y ponzoña muy dañosa (*Prov.*, 5); porque ven por experiencia que los labios de la ramera destilan miel, que por algún

tiempo da gusto y unta la garganta de los que la comen; mas al cabo hallan, que es más desabrida que la miel amarga (*Lev.*, 2); y así vemos, que en los sacrificios del Señor no se ofrecía miel; y menospreciando la cera, que en ella se cría, sólo ardía en su templo el aceite, que se exprime del amargor de las olivas. Y también mandaba en su Ley (*Exod.*, 12, *Cor.*, 5) que el cordero Pascual se comiese con lechugas amargas y pan sin levadura de sinceridad y verdad; las cuales, si alguno las tuviere, padecerá persecución en el siglo. Por lo cual el profeta (*Jere.*, 15), en figura de esto, canta, y dice: Estaba yo sentado a solas, porque estoy lleno de amargura. Pues que os parece, ¿será bien darnos a los vicios en la mocedad, para que después los aborrezcamos más fuertemente? Ni por pensamiento (dicen), sino cada uno permanezca en la vocación que Dios lo llamó; ¿llamó Dios a algunos estando circuncidado, esto es, siendo virgen? (*Lor.*, 7, *Gen.*, 13). Pues no traiga prepucio (quiero decir) que no busques las túnicas de pieles de las bodas, con que Adán fué vestido, siendo echado del paraíso de la virginidad (*Prov.*, 5); y si fué llamado teniendo prepucio, esto es, siendo casado y estando rodeado con la piel del matrimonio, no busque la desnudez de la virginidad y de la honestidad eterna (*Jer.*, 2), que una vez dejó de tener, sino use de su vaso en santificación y honestidad y beba de sus fuentes y no busque las cisternas rotas de las bodas, que no pueden tener las aguas purísimas de la honestidad; y así, disputando San Pablo en el mismo capítulo, de la virginidad y de

las bodas, llama siervos y esclavos a los que están casados; y libres a los que sirven a Dios con toda libertad y sin el yugo de las bodas (*Cor.*, 7). Mas esto que decimos, no lo decimos en general, sino tratámoslo en parte; ni lo decimos por todos, sino por algunos. Porque nuestra plática y razonamiento no se endereza sólo al vaso flaco de las mujeres, sino también al de los hombres. NOTA : ¿Sois virgen? ¿Pues para qué os deleitáis con compañía y conversación de la mujer? ¿Y para qué echáis la navecilla delicada y quebradiza en las grandes y espantosas olas y entráis con seguridad en el peligro grande de la navegación incierta? No sabéis lo que os deseáis, y con todo eso os juntáis con ella, o como si antes lo hubierais deseado, o por decirlo claro y brevemente, como si después lo hubieseis de desear. No se puede negar, que para servir son más acomodadas las mujeres; pues si tenéis necesidad de sirvros de alguna, buscadla vieja y fea y de conocida honestidad en el Señor. ¿Para qué os deleita la mozueta hermosita y la retozona y deshonesta? Yo veo, que usáis de baños y tenéis curada la tez y las mejillas muy coloradas; que coméis carne y os sobran las riquezas; que andáis vestido de vestiduras ricas. ¿Pues siendo esto así, cómo pensáis estar seguro, durmiendo junto a la serpiente mortífera? Diréisme : Señor, no vivimos en una casa. Digo, que es así; pero esto es sólo a la noche, mas todo el día gastáis en hablar con ella. Pregunta : ¿Por qué la habláis a solas, y no delante de otros? ¿Es por ventura para que piensen que pecáis,

no pecando? ¿No veis que dais ocasión a los flacos para que con vuestro ejemplo y autoridad ellos caigan? Y vos también, doncella o viuda (que con vosotras hablo), ¿para qué estáis hablando tanto tiempo con los hombres? ¿Cómo cuando a solas con ellos no os tiemblan las carnes? Fingid, siquiera alguna vez, que os aprieta la necesidad de la orina o de cosa semejante, para que con esa ocasión saliros fuera y dejar aquel con quien hablabais más libremente que si fuera vuestro hermano carnal, y con menos recato y vergüenza que si fuese vuestro marido. Diréisme por ventura, que le estabais preguntando algunas dudas de la Santa Escritura. Yo lo quiero creer; pero decidme, ¿por qué no se lo preguntáis en público y que lo puedan oír las criadas que os acompañan y vuestras compañeras? Todo lo que se manifiesta es luz, y la plática, que es buena y santa, no se esconde de nadie, antes se deleita con sus propias alabanzas y con el testimonio de muchos. ¿Por cierto, que es donoso maestro el que menosprecia los hombres y no hace caso de los hermanos y se fatiga y trasnuda, enseñando en secreto y a solas una sola mujercilla? Bien echo de ver que me he descuidado un poco de lo que iba tratando, por ocasión de otros; y enseñando, o por mejor decir, criando y diciendo cómo se ha de criar la niña Pacatula, comencé a reñir de repente y tomar las prudencias con muchas que no están muy bien conmigo. Quiero, pues, tornar a mi intento; y digo lo primero, que la niña trate con otras niñas y no sepa qué cosa es jugar con muchachos, y

aun tiemble de tratar con ellos, ni oiga palabra deshonestas, ni sepa qué cosa es. Y si acaso oyere alguna de los criados que andan por la casa, esté tan ajena de eso, que no lo entienda. Sea tan obediente a su madre, que aun hacerla del ojo, o cosa semejante, sea para ella como palabras y amonestaciones, y aun como si se lo mandase con imperio. Ámela como a madre y estéla sujeta como a señora, y témla como a maestra. Y cuando esta doncellita tierna y sin dientes, llegare a tener los siete años, y comenzare a tener vergüenza y saber lo que ha de callar y dudar, y lo que ha de hablar, aprenda de memoria el Salterio; y hasta los doce años haga tesoro de su corazón los libros de Salomón, los Evangelios y los libros de los Apóstoles y de los Profetas, y no salga en público libremente y cuando quisiere, ni vaya siempre a las iglesias, donde hay más celebridad y concurso de gente. Todo su regalo y recreación sea dentro de su aposento. Y nunca jamás vea a los mancebillos y a los que traen enrizado el cabello y andan con copetes. No permitáis que oiga jamás las canciones y músicas, que en entrando por la oreja lleguen al alma; ni las cosas deshonestas que hablan las mozuelas, las cuales, cuanto más libremente las dejan venir y entrar en casa, con tanta más dificultad se pueden echar fuera y evitar el daño que hacen; y lo que aprendieron fuera, eso enseñan secretamente y corrompen (como dijo Virgilio) a la doncella Danao encerrada, con las palabras del vulgo.

Esté siempre su maestra con ella, y su aya sea la que

la guarde y ésta no sea muy dada al vino, ni (como dice el apóstol *Tim.*, 5) ociosa, ni habladora, sino templada, grave y hacendosa, y que hable solas aquellas cosas que puedan servir para instituir el ánimo de una doncella en cosas de virtud y buenas costumbres. NOTA : Porque como el agua en las eras de las huertas se va tras el dedo o herramienta que la guía, así la edad blanda y tierna es fácil de doblar a una parte y a otra, a lo bueno y a lo malo, y así la llevaréis por donde quisiereis y adonde quisiereis. Suelen los mancebos deshonestos y muy pulidetes, buscar entrada en las casas de las señoras por medio de las amas y compañeras, con halagos y buenas palabras, con afabilidad y con donecillos, y después que han entrado con blandura y suavidad, de unas pequeñas centellas levantar muy grandes fuegos; y poco a poco se atreven a cosas deshonestas, sin poderlo estorbar los padres y señores; cumpliéndose en aquéllos aquel proverbio, que dice : Con dificultad podréis corregir aquello que habéis consentido mucho tiempo. Vergüenza tengo de decirlo, mas helo de decir y conviene que se diga; y es que hay algunas mujeres nobles y principales que no estiman en nada a unos hombres más nobles que ellas, que les traían por maridos, y después se juntan con unos hombres bajísimos y con los esclavillos, y con nombre y título de religión y sombra de castidad, algunas veces dejan los maridos de Elena, y siguen los Alejandros, y no temen a sus Menelaos. Cosas son estas que las ven todos, y las lloran muchos, y nadie las castiga, porque

el ser tantos los que pecan, parece que da licencia a otros para pecar. ¡ Oh qué gran lástima ! ¡ que esté el mundo para perecer, y que con todo eso no dejemos los pecados ! La ciudad señalada y cabeza del Imperio Romano, se ha consumido con un incendio, y no hay nación, ni provincia, donde no haya algunos romanos desterrados. Las iglesias consagradas en otro tiempo, han sido abrasadas y convertidas en cenizas y pavesas, y con todo eso somos avarientos y codiciosos. Vivimos como si no hubiese mañana y edificamos casas y palacios como si hubiéremos de vivir en este mundo para siempre. Las paredes resplandecen con el oro; y las bóvedas y zaquizamfés y los lazos y capiteles de las columnas, de la misma manera; y Cristo está desnudo, y pereciendo de hambre en el pobre delante de vuestras puertas (*Lev.*, 10). Leído hemos que Aarón pontífice salió al encuentro a unas llamas furiosas y que, echando brasa e incienso en un incensario, aplacó la ira de Dios. Púsose este gran sacerdote entre la vida y la muerte y no osó el fuego pasar de donde él había puesto los pies. También dijo Dios a Moisés (*Exod.*, 32) : Déjame y destruiré este pueblo. Cuando dice : Déjame, muestra que puede ser temido, para que no haga lo que había amenazado, porque las oraciones y ruegos del siervo detendrían la potencia de Dios (*Rom.*, 9, *Isaí.*, 24). ¿ Quién os parecerá a vos, que hay ahora debajo de la capa del cielo, que pueda resistir a la ira de Dios ? ¿ Y que pueda oponerse a las llamas ? ¿ Y que pueda decir con el apóstol : Deseaba yo ser maldito y excomulgado por el

bien de mis hermanos? Los rebaños perecen juntamente con los pastores, porque cual es el pueblo tal es el sacerdote. Moisés decía con afecto de compasión: Señor, si perdonáis a este pueblo, perdonadlo en hora buena; mas si no lo perdonáis, borradme de vuestro libro. Quiere perecer con los que perecen y no se contenta con sola su salud propia. Gloria es, cierto, del rey tener muchos vasallos; pues en estos tiempos trabajosos y miserables ha nacido nuestra Pacatula; entre estos juegos pasa la niñez, para que sepa a qué saben primero las lágrimas que la risa y sentir primero el llanto que el gozo; y no habiendo apenas entrado en el mundo ya ve la salida. Piense, pues, que siempre fué así el mundo; no sepa de las cosas pasadas, huya de las presentes y desee las venideras. Vuestra caridad y amor, hermano Gaudencio, me ha constreñido a dictar estas cosas de priesa y a que después de la muerte de los amigos y llanto perpetuo, yo, lleno de canas y viejo, escribiese a una niña, volviendo a las cosas de atrás mucho, y más quise dar poco que nada a quien me lo pedía; porque en lo primero se muestra la voluntad oprimida del llanto; y en lo segundo, la disimulación de la amistad.



EPÍSTOLA VIII

Para Paulino, varón docto, que aún era mancebo y después fué obispo de Nola, cerca de Nápoles; y habiendo ahora escogido hacer vida de monje y dado de mano al mundo, escribió al santo doctor (que ya era viejo) loándole, porque servía a Nuestro Señor muchos años hacía en los lugares de la Tierra Santa, que él consagró con su nacimiento, significando que quería irse allá por gozar de las consolaciones espirituales que Dios comunicaba a los que allí vivían. El cual responde, alabando su elocuencia y facilidad en hablar, y amonéstale que se dé al estudio de las Santas Escrituras y enséñale el modo de vivir, que le conviene seguir conforme al estado que ha escogido; y dícele, que no vaya a la Tierra Santa, porque acudía a ella mucha gente y no le dejarían vivir con quietud; y sin esto dice otras muchas cosas.

EL hombre bueno, dice Cristo nuestro Redentor, saca el buen tesoro de su corazón, las cosas que son buenas. Y en otro lugar dice (Mat., 12, Luc., 24): que la bondad o mal natural del

árbol se conoce por el fruto que da. Así vos, como bueno, me juzgáis a mí por vuestras virtudes; y siendo vos grande y aventajado, me ensalzáis a mí, que soy pequeño, y os ponéis en el más bajo lugar del convite, para que el padre de las familias os mande subir más arriba. Digo esto, porque ¿qué cosa hay en mí digna de estimación ni precio, para que merezca ser loado por la boca de un varón tan docto? ¿Y para que me ensalce, siendo pequeñuelo, con aquella boca que es defendido el religiosísimo príncipe? (*Entiende a Teodosio*) : No queráis, pues, hermano carísimo, juzgar mi bondad por el número de mis años; ni penséis que la sabiduría consiste en tener canas, antes verdaderas canas son la sabiduría, que así lo dice Salomón (*Sal.*, 4) : Las canas del hombre, dice, son su prudencia. Y a Moisés (*Exod.*, 12) le mandó Dios escoger setenta ancianos, mas no los había de juzgar conforme a sus años, sino conforme a su prudencia. Y Daniel (*Dan.*, 13), siendo aún muchacho, tuvo prudencia para juzgar a los de muy larga edad; y la edad, que suele ser deshonesta, condenó a los viejos deshonestos y torpes. Digo, pues, hermano, que no queráis juzgar la fe por los años que ha que la recibimos, ni por eso me debéis tener por mejor, porque comencé primero que vos a pelear en el ejército de Cristo. San Pablo (1, *Cor.*, 15), apóstol del Señor, mudado de perseguidor en vaso escogido, el último es en el orden y el primero en merecimiento; porque aunque era el postrero, trabajó más que todos los otros Judas (*Salm.*, 54) que en otro tiempo había oído; y tú, hom-

bre, que comías conmigo dulces manjares, capitán y compañero mío, y que anduvimos conformes en la casa del Señor, hecho vendedor de su amigo y maestro, fué reprendido con la voz del Salvador y no bastó para enmendarse, y así paró en ahorcarse con una soga. Y al contrario, el buen ladrón trocó la cruz en que estaba colgado por el paraíso (*Mat.*, 27, *Luc.*, 23, *Mat.*, 23); y la pena del homicidio, que estaba padeciendo, la convirtió en martirio. ¿Cuántos y cuántos hay el día de hoy, que viviendo muchos años traen sobre sí sus cuerpos como ya muertos, y como sepulcro blanqueado, están llenos de huesos de difuntos? Mirad, que un color repentino suele vencer y sobrepujar una tibieza larga.

NOTA : Finalmente, vos, oyendo la sentencia del Salvador, que dice : Si quieres ser perfecto, ve, y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven y sígueme convertís las palabras en obras, y siguiendo desnudo la cruz desnuda, subís la escala de Jacob más desembarazado y más ligero, y mudáis la túnica juntamente con el ánimo, y no sois como algunos, que teniendo la bolsa llena procuran andar mugrientos y rotos, para ser estimados por buenos : antes, trayendo las manos limpias y el pecho cándido, os gloriáis de ser pobre de espíritu y de obra. Por cierto, no es negocio grande y dificultoso, con un rostro triste y amarillo, o fingir muy grandes ayunos o mostrar los que hacemos, y tener por una parte muchos réditos de nuestras pasiones, y por otra andar como pobres con una capa vil y de poco precio. Aquel filósofo, llamado Crates, natural de

Tebas, hombre riquísimo en otro tiempo, yendo a Atenas a darse al estudio de la filosofía, arrojó una gran suma de oro en la mar, pareciéndole (como a prudente) que no podía poseer juntamente las virtudes y las riquezas; y nosotros, cargados de oro, seguimos a Cristo pobres, estando siempre sobre nuestras riquezas antiguas guardándolas so color de tener que dar limosnas. ¿Pues cómo podemos distribuir las cosas ajenas fielmente, los que guardamos con temor las nuestras propias? El que tiene su vientre lleno de manjares fácilmente disputa del ayuno y manda a otros que lo guarden. NOTA : No es cosa digna de alabanza el haber estado en Jerusalén, sino el haber vivido allí bien (*Luc.*, 13, *Salm.*, 45, *Luc.*, 11, *Galat.*, 4, *Heb.*, 22, *Gen.*, 12) : por aquella ciudad hemos de suspirar y anhelar, no por la que mató los profetas y derramó la sangre de Cristo, sino por la que se alegra con el ímpetu y corriente del Río de la Gloria; la cual puesta en el monte no se puede encubrir, a la cual llama muchas veces el apóstol, Madre de los Santos y en la cual se alegra él de tener privilegio de ciudadano con los justos. Y tampoco, no porque digo esto, me reprendo de inconstancia ni condeno lo que hago, de manera que parezca que dejé en vano, a imitación de Abrahán, mis padres, deudos y patria : más dígolo, porque no me atrevo a estrechar la omnipotencia de Dios en un rincón angosto y a encoger en un pequeño lugar de la tierra al que no puede comprender el cielo ; sino para que se entienda, que aquí y en todo lugar nos puede Dios

hacer bien y mercedes, y nosotros servirle doquiera.

Estad cierto, que el merecimiento de cada uno de los cristianos no se mide ni se pesa por la diversidad de los lugares en que viven, sino por la Fe viva que tienen; y los verdaderos adoradores, ni adoran al padre en el monte Garicin, ni en Jerusalén (*Joan*, 3 et 4), porque Dios es espíritu y conviene que sus adoradores le adoren en espíritu y verdad; y el Espíritu Santo sopla y aspira donde quiere, y el Señor es la tierra y toda su plenitud. Y después que secado el vellocino de Judea (*Salm.*, 23, *Luc.*, 10), todo el mundo fué bañado en el rocío celestial, y muchos viniendo del Oriente, se sentaron y descansaron en el seno de Abrahán (*Mat.*, 18, *Ps.*, 75, *Ps.*, 18). Dejó Dios de ser conocido en solo Judea, como antes, y su nombre de ser grande en solo Israel. Antes salió la voz y sonido de los apóstoles por toda la tierra, y su palabra por todos los fines y términos de ella. Estando el Salvador en el templo, y hablando con sus discípulos, dijo : *Levantaos, y vamos de aquí*. Y a los judíos les dijo (*Joan*, 14, *Luc.*, 13, *Mat.*, 24) : Vuestra casa será dejada desierta. Y si el cielo y la tierra han de perecer y acabarse, sin duda que también perecerán todas las cosas terrenas. NOTA : Digo, pues, hermano mío, que a aquellos aprovecha el vivir en los lugares de la cruz y de la resurrección del Señor, que llevan su cruz y resucitan cada día con Cristo y se hacen dignos de tan grande morada, mas los que dicen, Templo del Señor, Templo del Señor, y no hay más, oigan lo que dice el apóstol (*Jer.*, 7, 2, *Cor.*, 8) : Vos-

otros sois el templo del Señor y el Espíritu Santo mora en vosotros. Tan patente está el cielo y tan cerca de Bretaña, como de Jerusalén; porque el reino de Dios está dentro de nosotros. San Antonio (*Cor.*, 3, 2, *Cor.*, 6), y todos los enjambres de monjes de Egipto y Mesopotamia, Ponto y Capodocia y Armonia, no vivieron en Jerusalén, ni la vieron de sus ojos; y con todo esto, sin vivir en esta ciudad les está abierta y patente la puerta del cielo. El bienaventurado San Hilarión, como fuese natural de Palestina y viviese en Palestina, sólo una vez vió a Jerusalén, para que ni pareciese que menospreciaba los Lugares Santos, estando tan cerca de ellos, ni por el contrario pareciese que encerraba a Dios en un lugar particular. Desde el tiempo del emperador Adriano, hasta el Imperio de Constantino, casi por espacio de ciento ochenta años, era adorada de los gentiles una figura de Júpiter, que estaba en el lugar de la resurrección; y en la peña donde estuvo la cruz, una estatua de mármol de la falsa diosa Venus; pensando los autores de la persecución que habían de quitar la fe de la resurrección y de la cruz, si con los ídolos contaminaban los Lugares Santos. Ahora nuestro Belén, lugar angostísimo y de los más pequeños del mundo, del cual canta el salmista (*Salm.*, 82): La verdad nació de la tierra; estaba obscurecida con un bosque dedicado a Tamuz; esto es, de Adonis; y en la cueva en que antiguamente lloró Cristo siendo niño, lloraban ellos al querido de Venus y hacían otras cosas profanas. Diréisme por ventura, ¿que a qué propósito cuento todas

estas cosas tan largas? Digo, que no con otro intento verdaderamente sino para que os persuadáis que no falta cosa ninguna a la perfección de vuestra fe, por no haber visto a Jerusalén; y para que tampoco me juzguéis a mí por mejor, por gozar de la morada de este lugar; sino que ahora viváis aquí, ahora en cualquiera otro lugar, estéis cierto, que os dará el Señor el premio conforme a vuestras obras, sin que haya nada menos por ello; y realmente confesando con llaneza mi sentir; considerando lo uno, vuestro santo propósito, lo otro, el favor con que disteis de mano al siglo; yo hallo diferencia en los lugares, si dejando las ciudades, y el concurso de ellas, morís en una ermita o alquería del campo, y busquéis a Cristo en la soledad (*Marc.*, 6, *Luc.*, 6), y hagáis oración a solas en el monte con Jesús, y gocéis tan solamente de la vecindad de los santos lugares; que esto es carecer de la ciudad, y no dejar el instituto y vida de monje. Y lo que digo, no lo digo por los obispos ni sacerdotes ni clérigos, cuyo oficio es muy diferente, sino por el monje, y monje como vos, que en otro tiempo en el siglo era noble, el cual puso el precio de sus posesiones a los pies de los apóstoles, para enseñar que el dinero se debe hollar; porque viviendo vida humilde y apartada, siempre menosprecie lo que una vez menospreció. Si los lugares de la cruz y resurrección no estuvieran en una ciudad celeberrima, donde reside la corte y el palacio de los caballeros, donde hay ramerías, truhanes y representantes y todas las cosas son las que suelen ser en las demás ciudades, o si sola-

mente fuere frecuentada de las compañías de monjes; con razón, por cierto, debieran desear esta morada todos los monjes; mas habiendo todo lo que he dicho, muy grande desatino es renunciar al siglo, y dejar su patria, desamparar las ciudades, y profesar vida de monje y vivir con más peligro entre más gente, que habáis de vivir en vuestra patria. Mirad, que viene aquí gente de todo el mundo y así la ciudad está llena de toda diversidad de hombres, y hay tanta apretura, así de hombres como de mujeres, que lo que huáis en otro lugar en parte, aquí será forzoso sufrirlo todo junto.

¿Pues por qué me preguntáis, como hermano, por qué camino debáis ir? Os hablaré muy claro; y así, si queréis hacer oficio de sacerdote, o si acaso os deleita la carga y dignidad y honra episcopal, digo, que viváis en las ciudades y villas, y que procuréis hacer ganancia de vuestra alma la salud de los otros. Mas si deseáis ser monje, como os llamáis, esto es, solitario; ¿qué hacéis en las ciudades? Que cierto no son moradas de los solitarios, sino de muchos. En cada estado hay sus príncipes y guías; los capitanes romanos imiten a los Camilos, Fabricios, Régulos, Escipiones. Los filósofos tengan delante sus ojos a Pitágoras, a Sócrates, a Platón y Aristóteles. Los poetas imiten a Homero y Virgilio, a Menandro y a Terencio. Y los historiadores podrán seguir a Tucídides, a Salustio, a Herodoto y Livio. Los oradores, a Lisias y a los Gracos, a Demóstenes y a Tulio. Y viniendo a nuestro propósito, los obispos y

sacerdotes, tomen por dechado a los apóstoles y varones apostólicos, y gozando de la honra y dignidad que ellos tuvieron, procuren alcanzar sus virtudes y merecimientos. Y nosotros los monjes hemos de tener por príncipes y guías de nuestros institutos a los Paulos, Antonios, Julianos, Hilariones y Macarios. Y volviendo a la autoridad de las Escrituras, nuestros príncipes son Elías y Elíseo (*Reg.*, 6), y nuestros capitanes son los hijos de los profetas, que viven en los campos y soledades y hacían sus moradas cerca de las riberas del Jordán. De éstos eran aquellos hijos de Recab, que no bebían vino ni sidra, moraban en unas tiendas, los cuales son loados de Dios por la boca de Jeremías (*Jer.*, 34), y les es prometido, que jamás faltará de su linaje quien esté en presencia del Señor, como ministro suyo. Yo tengo para mí, que significa esto que digo, el título del salmo septuagésimo de los hijos de Jonadab, y de los primeros que fueron llevados cautivos; y éste es Jonadab hijo de Recab, de quien se lee en el libro de los reyes, que subió en el coche con Hieú (4. *Reg.*, 10). E hijos suyos son los que morando en los tabernáculos, a la postre, por la entrada del ejército de los Caldeos (*Jer.*, 35), fueron forzados a entrarse en Jerusalén : y esta fué la primera cantidad que dicen que sufrieron; porque después de haber gozado de la libertad que hay en la soledad, fueron encerrados en una ciudad, como en una cárcel. NOTA : Ruégoos, pues, mucho, que por que estáis atados con el vínculo de vuestra santa hermana y no camináis con paso del todo libre, que ahora

viváis aquí, ahora en otro lugar, siempre huyáis del concurso y muchedumbre de los hombres y de los cumplimientos, visitas y convites, como de unas cadenas de deleites : vuestra comida sea tarde y de poco precio, como hortalizas, legumbres, y alguna vez, como por gran regalo, podéis comer algunos pecezuelos. El que desea gozar de Cristo y come de aquel pan, no cura mucho buscar preciosos manjares, que se han de convertir en estiércol. Cualquiera cosa, que después de pasada de la garganta, no se sienta, séaos lo mismo que pan y legumbres. Allá tenéis unos libros míos contra Joviano, que tratan muy a la larga del vicio de la gula. Jamás se os caiga de la mano algún libro sagrado; haced oración a menudo inclinando el cuerpo a la tierra; enderezad y levantad el corazón al cielo. Vuestras vigiliass sean muy a menudo, y procurad que las más veces, que durmiereis, sea teniendo vacío el estómago. Huid, como de enemigo, de los chismes y vanagloria de los linsojeros, que andan al placebo; y dad con vuestra propia mano a pobres y a los hermanos el refugio necesario; porque hay pocos hombres que guarden fidelidad en esto, y si creéis que lo que digo es verdad, considerad lo que hacía Judas; que traía la bolsa del Señor y de sus discípulos. No procuréis traer vestido pobre y humilde, con ánimo hinchado y lleno de soberbia. Huid de la compañía y trato de la gente del siglo y especialísimamente de la de los ricos y poderosos. ¿Qué necesidad tenéis de ver vos a menudo aquellas cosas con cuyo menosprecio comen-

zasteis a ser monje? Vuestra hermana también debe huir de la compañía de las matronas, porque viéndose pobremente vestida, entre las vestiduras de seda y entre las galas y perlas de las que están sentadas alrededor de ella, no la venga algún pesar o alguna vanagloria, que lo uno es arrepentimiento del estado que ha escogido, y lo otro, seminario de vanagloria (*Mat.*, 10); guardaos mucho de recibir dinero ajeno para distribuirlo a pobres, como fiel y famoso distribuidor de vuestras cosas propias en otro tiempo. Muy bien pienso que entendéis lo que digo, porque nuestro Señor os ha dado entendimiento de todas las cosas.

III

Procurad tener simplicidad de paloma, para no andar armando a nadie lazos. NOTA : Y junto con esto, procurad tener astucia de serpiente, para que no os derriben los otros con sus asechanzas, que en un cristiano poca distancia hay en el vicio, o en poder engañar a otros, o en poder ser engañado de ellos; y tan lejos ha de estar de lo uno como de lo otro. Al que vos viereis que siempre o muy a menudo os está tratando de dineros, si no fuese para dar limosna, que ésa indiferentemente se ha de dar y la han de dar todos a ese tal, más le debéis tener por mercader o tratante que

por monje. En lo que toca al distribuir de las limosnas, guardad esta regla, que no deis a ninguno cosa más de lo necesario para la comida y vestido y para las necesidades manifiestas, porque no se coman los perros el pan de los hijos. El verdadero templo de Cristo es el alma del cristiano, ésta habéis de adornar, ésa habéis de vestir con virtudes, a ésa habéis de ofrecer los dones, y en ella habéis de reverenciar a Cristo. ¿Qué provecho hay en que las paredes resplandezcan con piedras preciosas, estando Cristo para perecer de hambre en los pobres? Mirad, que ya no son vuestras las cosas que poseéis, porque sólo os han hecho dispensero de ellas. Acordaos de lo que sucedió a Ananías y Safira (*Act.*, 5), ellos guardaron con temor sus cosas y vos debéis considerar, que no derraméis la hacienda de Cristo imprudentemente; quiero decir, que no deis la hacienda de los pobres sin discreción a los que no lo son (*Cicer.*); y según el dicho del varón prudentísimo, en la liberalidad perezca la liberalidad. No miréis a los atavíos y jaeces, ni a los hombres vanos de los cantones (*Persius*); ya yo, dice, te conozco interior y exteriormente. NOTA : El ser cristiano, por cierto, que es cosa grande, y no el parecerlo; y no sé cómo agradan más al mundo los que desagradan a Cristo. Estas cosas os digo, no por enseñaros, que sería, como dice el proverbio, instruir el puerco a la Minerva o Sabiduría; no presumo hacer tal cosa, sino como un amigo amonestar a otro amigo, que entra en el piélago, para que huya de los peligros que en él he visto; teniendo por mejor, que echéis de ver

en mí alguna falta de posibilidad que de amor y voluntad, para que adonde yo resbale, vos caminéis con paso firme. El libro que compusisteis en loor del emperador Teodosio, con mucha prudencia y gallardía, y tuvisteis por bien de enviármelo para que lo viese, leí con mucho gusto; y lo que principalmente me agradó en él fué su división. Y como en las primeras partes sobrepujáis a los demás, y en las penúltimas os aventajáis a vos mismo; y la misma manera de hablar es grave y clara; y como resplandezca con la pureza de Tulio, tiene muchas sentencias (que es de mucha estima), porque, como dice cierto autor, va muy caída y muerta la oración en que solamente se pueden loar las palabras; sin esto, tienen gran trabazón y consecuencia en las cosas, y una se sigue de otra y todo lo que comenzáis o es fin de las cosas dichas o principio de las que se siguen. Dichoso por cierto es Teodosio en ser defendido de tal orador de Cristo. Verdaderamente, que habéis ilustrado su púrpura y consagrado el provecho de las leyes a los siglos venideros: hombre virtuoso y en quien tales principios se hallan, ¿qué tal soldado seréis cuando estéis muy ejercitado? ¡Oh si yo pudiera guiar tan gallardo ingenio, no como cantar los poetas por los montes Aonios y por los collados de Helicón, sino por Sión y el Ytavirio, y por las alturas de Sina! ¡Oh si pudiese yo enseñarle lo que he aprendido, y cómo entregarle por mis manos los misterios de las Escrituras, sin duda nos naciera algún varón tan docto, que en toda la docta Grecia no hubiese otro semejante.

IV

Oidme, compañero, amigo y hermano, escuchadme un poco y diréos por qué camino habéis de entrar en las Santas Escrituras. Mirad, que todo lo que leemos en los divinos libros tiene hermosura y resplandor, aun en la corteza; mas aún, sin comparación, más dulce en el tuétano y médula; pues ya sabéis, que dice el común proverbio (*Plaut.*), que quien quiere comer el meollo, conviene que quiebre las cáscaras de las nueces. David, hablando con Dios, dice (*Salm.*, 118) : Abrid, Señor, mis ojos y consideraré las maravillas que en vuestra santa Ley están encerradas. Pues si un profeta tan grande y tan alumbrado, confiesa las tinieblas de su ignorancia, ¿con qué obscuridad y noche de poco saber pensaréis que estamos rodeados nosotros, que somos niños y aun casi tomamos el pecho de nuestra madre? Y este velo no sólo está puesto en el rostro de Moisés, sino también en el de los evangelistas y en el de los apóstoles (*Cor.*, 3, *Mat.*, 13, *Luc.*, 18, *Apoc.*, 5); nuestro Salvador hablaba a las compañías en parábolas y semejanzas; y testificado, que decía era figurativo y misterioso, decía : El que tiene oídos para oír, oiga. Si todas las cosas que están escritas no fueran descubiertas y manifestadas, porque el Señor, que tiene la llave

de David, y sólo él abre, y ninguno cierra, cierra, y ninguno abre, aunque otro cualquiera las manifieste, se quedarán a obscuras. Si vos tuvierais este fundamento, o a lo menos fuera como la última perfección y perfil de vuestra obra, sin duda, que no tuviéramos cosa más docta, ni más sabrosa, ni más gallardo latín, que vuestros libros.

Tertuliano está muy lleno de sentencias, mas su lenguaje es dificultoso. Si Cipriano, aunque a manera de una fuente clarísima, va muy dulce y apacible; como todo se emplea en tratar del ejercicio de las virtudes y estuvo ocupado con los trabajos y angustia de las persecuciones, no pudo tratar de las Divinas Escrituras. Victorino, que fué coronado con un notable martirio, no puede declarar lo que entiende. Lactancio, que es como un río de elocuencia de Tulio, ojalá hubiera podido confirmar las cosas de nuestra santa fe con tanta facilidad como destruyó los errores de otros. Ambrosio es desigual y demasiado confuso por no dividir su obra. San Hilario va levantando con la gallardía de Francia; y aunque va adornado con las flores de Grecia, algunas veces va obscuro con unas cláusulas largas, y así, no sólo pueden leer la gente sencilla y sin muchas letras. No quiero decir nada de los demás, ora sea de los que ya han muerto, ora de los que aún viven, de los cuales, después de nosotros, juzgarán otros por ambas partes, ya en favor, ya en contra. Quiero decir lo que siento de vos, que sois mi semejante en el sacerdocio y profesión, mi compañero y amigo. Digo, amigo mío,

antes de haberos conocido, y ruégoos que no imaginéis que en la amistad hay olor de lisonja, antes pensad o que yerro, o que con el amor me engaño, que no que pretendo engañar a mi amigo con lisonjas. Digo, pues (a gloria de Dios), que tenéis grande ingenio e infinitas alhajas de lenguaje, y que decís lo que queréis con facilidad y esto con pureza de palabras; y la misma facilidad y pureza va mezclada con prudencia.

Cuando la cabeza está buena y sana, todos los sentidos tienen vigor y fuerza. NOTA : Ciertó, si con esta prudencia y elocuencia, se juntara o el estudio o la inteligencia de las Santas Escrituras, yo pienso que os viera dentro de poco tiempo en la cumbre de los nuestros, y que subíais con el patriarca Jacob al techo de Sión, y que contabais en los tejados lo que hubieseis aprendido en lo secreto de los aposentos. NOTA : Aparejaos, pues, aparejaos, por amor de Dios (*Horat.*). Mirad, que nuestra vida no da jamás a los hombres cosa sin grande trabajo. Razón es que la Iglesia os tenga en el número de los hombres nobles y señalado de ella, como os tuvo el senado en otro tiempo entre los suyos. Aparejad y adquirid para vos aquellas riquezas que podáis distribuir cada día, y nunca distribuyéndolas se agoten ni disminuyan. Ahora, pues, debéis trabajar, que sois mozo y robusto; ahora, mientras que no se os cubra la cabeza de canas y antes que comiencen a cargar las enfermedades, y la vejez triste y melancólica, y el trabajo y la inclemencia de la muerte cruel lo arrebatte todo y se lo lleve (*Virgil.*). Mirad, que no me

satisfago con que haya en vos cosa mediana, todo querría que fuese en sumo grado y muy perfecto y acabado. Con qué gusto haya recibido al santo presbítero Vigilancio, mejor es que lo sepáis de su misma boca que de mi carta, el cual yo no puedo decir por qué se fué tan presto de nuestra compañía y nos dejó, porque no parezca ofender a alguno; mas con todo esto lo detuve un poco, como a hombre que iba de paso y de priesa, y le di alguna muestra y gusto de nuestra amistad, para que por él conozcáis qué es lo que en mí tenéis, y qué no tenéis que desear. A vuestra santa compañera, y que sirve al Señor en vuestra compañía, dad mis encomiendas.



EPÍSTOLA IX

Para Marcela, matrona romana, en que trata de la maravillosa conversión de una doncella, llamada Asela, y de su vida y virtudes, para mover con su ejemplo a las demás doncellas.

NINGUNO nos reprenda ni se ofenda, que en cartas loemos a algunos o los reprendamos; porque reprendiendo a los malos corregimos a los demás, para que no lo sean; y loando los muy buenos, despertamos a otros, para que se den a la virtud y los imiten. Tres días ha que traté de las virtudes de la santa matrona Lea, de memoria bienaventurada, y apenas había acabado de escribir de ella, cuando me tocó al corazón y me vino a la memoria este pensamiento, que habiendo tratado del segundo orden y grado de castidad no debía callar de la virgen que guarda el primero; y así pienso escribir brevemente la vida de nuestra Asela. Ruégoos mucho que no la leáis a ella esta carta, porque la da mucha pena oír sus

alabanzas. A quien la podréis leer es a otras mocitas de poca edad, para que ordenen su vida a imitación y ejemplo suyo, y tengan su trato y conversación por regla y dechado de vida perfecta. No quiero tratar aquí de cómo fué bendita en el vientre de su madre antes que naciese; ni de cómo fué revelada su santidad a su padre entre sueños por una garrafa de vidrio muy resplandeciente y más claro que un espejo cristalino; ni de cómo estando aún envuelta en los paños de la niñez y que apenas pasaba de diez años, fué consagrada a Dios con la honra de la bienaventuranza venidera. Téngase por negocio de gracia y misericordia de Dios todo lo que se nos da sin nuestro trabajo y diligencia; aunque nuestro Señor, como sabedor de las cosas venideras, a Jeremías (*Jer.*, 1) santificó en las entrañas de su madre, y a San Juan (*Luc.*, 1) le hizo alegrarse en el vientre de la suya, y a San Pablo (*Rom.*, 1) escogió antes del principio del mundo y lo apartó para la predicación del Evangelio de su hijo. Dejando, pues, todo lo que parece puras gracias de Dios, quiero tratar de solas aquellas cosas que ella misma escogió por su propio sudor y trabajo, de aquellas en que puso la mano y estuvo firme; y no solamente las comenzó, sino que las llevó al cabo. Escogió, pues, para su morada una celdilla estrecha; y puesta en aquella estrechura gozaba de la anchura del paraíso; en un mismo lugar oraba, dormía o reposaba. El ayuno era para ella recreación o entretenimiento, y la hambre tenía por refección y hartura; y cuando le era forzado comer, no por deseo o

apetito, sino por estar la naturaleza debilitada y gastada, con pan y sal, y agua fría, que era su sustento, despertaba más la hambre que la apagaba y quitaba, según lo poco que comía. Y (porque casi se me había olvidado lo que debía decir al principio) luego que comenzó esta manera de vida, vendió la cadena de oro que traía a su cuello, sin decir nada a sus padres, y vestida de una túnica negra, la cual no había podido alcanzar de su madre, se consagró al Señor repentinamente con un piadoso pronóstico de negociación, para que entendiese todo su linaje que no podían alcanzar de ella otra cosa, habiendo ya condenado el siglo con el traje y vestidos que se había puesto. Mas como comencé a decir, siempre procedió con tanta modestia y guardó tanta clausura en su aposento, que jamás daba un paso fuera de él, ni hablaba con hombre ninguno. Y lo que pone más admiración, es que a una hermana doncella que tenía, la amaba más que la vida (2, *Tehs*, 3). Siempre hacía alguna obra de manos, porque sabía que está escrito : El que no trabaja, no coma. A su esposo hablaba o rezando o cantando. Cuando iba a visitar el templo de los mártires, iba tan aprisa y con tanto recato, que no era oída ni vista; y estando contenta con su estado, lo que más alegría le daba era que no la conociese nadie. Y aunque ayunaba todo el año, no comiendo bocado en dos ni tres días; empero la cuaresma tendía más las velas de su navío, juntando casi todas las semanas con alegre rostro. Y lo que parece por ventura imposible de creer a los hombres, aunque es

posible con el favor y ayuda de Dios, con todo esto llegó a edad de cincuenta años, sin achaque ni dolor de estómago, ni de tripas, ni le dolían los huesos, aunque dormía sobre la tierra desnuda; ni el cuero de su carne, que se había tornado áspero con el cilicio, había adquirido algún mal olor o suciedad, antes estaba sana en el cuerpo, y más sana en el ánima, y tenía la soledad por recreación; y en medio de la ciudad turbada e inquieta, hallaba para sí un yermo de monjes. Y estas cosas que digo, mejor las sabéis vos, señora Marcela, de quien yo supe y aprendí algunas pocas, y visteis con vuestros ojos, que en aquel santo cuerpecillo, con la continuación de orar se había hecho en sus rodillas una dureza, como de camello; y así no digo aquí más de lo que he podido saber.

Ninguna cosa se puede imaginar más alegre que su severidad; y ninguna más severa que su alegría; ni ninguna más triste que su suavidad; ni ninguna más suave que su tristeza. Y de tal manera trae su rostro amarillo, que aunque se echa de ver en él su abstinencia, no huele a ostentación ni vanagloria. Su habla y palabras son con mucha modestia y casi como si no hablase, y su silencio, como de quien habla. Su andar, ni muy de aprisa ni muy despacio. Su hábito y vestido siempre es de una manera. Su limpieza, sin descuido y sin curiosidad. Y en la vestidura limpia, un aseo sin demasía. Sola ella mereció con la igualdad de su vida que en una ciudad de tanta pompa, vicios y deleites, en la cual se tiene por miseria ser humilde,

los buenos la alaben y los malos no osen murmurar de ella. Que las viudas y las vírgenes la imiten, y las casadas la honren y reverencien : que los ruines la teman y los sacerdotes la tengan sobre sus cabezas.



EPÍSTOLA X

Para Asela, la cual escribió estando ya en la nave para partirse de Roma, con algún sentimiento, respondiendo a las murmuraciones y malicias de algunos, cerca de amistad, que él había tenido con Santa Paula y su hija Eustoquia y Melania, personas principalísimas en Roma; a las cuales había persuadido el santo doctor que hiciesen vida más santa y viviesen como religiosas: por lo cual muchos le cobraron grande odio y sospecharon que la amistad no era limpia; y así, enfadado de esto, se salió de la ciudad, doliéndose mucho en sus malas entrañas. Da las gracias a Asela por lo bien que de él sentía.

Si pensase, señora mía Asela, poderos dar las gracias debidas por las mercedes que me habéis hecho, no sabría cómo; mas el Señor es poderoso para pagar a vuestra santa ánima por mí lo que merece. Que yo, indigno pecador, ni aun pensar ni desear supe jamás que me mostrarais tanto amor,

como en Cristo nuestro Señor me habéis mostrado; y dado caso que algunos me tengan por hombre malvado y lleno de todos los vicios y todo esto sea poco, respecto de lo que mis pecados merecen; mas vos, señora, andáis muy acertada, y como sois buena, juzgáis aún a los malos por buenos. *NOTA* : Bien ciertamente, que es muy peligroso juzgar del siervo ajeno, y no es pecado que se perdone ligeramente, el decir mal de los buenos. Vendrá aquel día, en el cual os doleréis conmigo, viendo arder a muchos en vivas llamas. Yo, diciendo, que soy el perverso, el malvado, el engañoso, astuto, taimado y mentiroso y el embustero, que engaña con arte de Satanás : Pregúntoles yo, cuál es más seguro, haber creído o fingido estas cosas de los que están sin culpa, y no haberlas querido creer; aun de los malos y perjudiciales. Algunos me besaban las manos, y por otra parte murmuraban de mí con boca de víbora; mostraban con las palabras dolerse de mis trabajos y en su corazón tenían mucho de contento de ellos. Vefalo todo el Señor, y reíase de ellos y guardárame a mí, miserable siervo suyo, para determinar mi causa, junta con la de ellos, en el juicio venidero.

Unos ponían falta en mi manera de andar y en mi modo de reir; otros ponían lengua en la compostura de mi rostro, y otro en la sinceridad y llaneza ponía mala sospecha. Al pie de tres años viví con ellos, en los cuales vinieron a mi posada, y me rodearon muy a menudo gran número de doncellas; a algunas de ellas declaré muchas veces, lo mejor que pude, los Divinos Libros : la

lección fué causa de trato y comunicación frecuente entre nosotros; y del trato y comunicación nació la familiaridad; y de la familiaridad procedió la confianza y seguridad. Digan, pues, ahora los malintencionados, si vieron en mí jamás, con todas estas ocasiones, cosa ajena de un cristiano. ¿Por ventura, recibí dinero de nadie? Los presentes que me traían, ora fuesen grandes, ora pequeños, ¿no los desprecié y deseché todos igualmente? ¿Sonó jamás en mis manos la moneda de alguno? ¿En mis palabras hubo descompostura? ¿Mis ojos mostráronse deshonestos y lascivos? Ninguna cosa me oponen, sino el ser hombre, y aun ésta nunca me la pusieron hasta que vieron que Paula y Melania se partían para Jerusalén. Sea como ellos mandaren. Mas como creyeron al que mentía, ¿cómo no creen ahora al que niega y se desdice? El mismo hombre es que era antes; y ahora dice que soy sin culpa el que poco ha decía que era culpado; pues cierto, que para sacar la verdad, más fuerza tienen los tormentos que la risa; sino que por nuestros pecados más fácilmente se hace lo que sabiendo que es fingido, se dice de buena gana; o no siendo fingido niegan muchos que se finja, y los inducen a ello.

A vos os da gusto bañaros cada día y a otros parece suciedad esa limpieza. Vos regoldáis a faisanes y os gloriáis de haber comido una lamprea o cosa semejante; pues yo satisfago a mi estómago con unas habas. A vos os dan gusto las manadas de los que ríen y dan carcajadas, pues a mí me lo da Paula y Melania, que lloran

y gimen. Vos codiciáis los bienes ajenos; pues ellas desprecian los suyos propios. Vos gustáis de beber vinos adobados; pues ellas beben agua fría, que es más suave. Vos tenéis por perdido todo lo que en esta vida no alcanzáis, coméis y tragáis; pues ellas desean sólo las cosas venideras y creen que son verdaderas todas cuantas cosas están escritas. Sea así como vos imagináis, que es necedad, y sin fundamento persuadirse, que ha de haber resurrección de los cuerpos, lo cual es herejía, ¿que se os da a vos? A nosotros, por el contrario, nos desagrada vuestra vida; estad gordo y bien mantenido, si os está bien, que a mí me da gusto estar flaco y amarillo. Vos tenéis por desventurados a los que están así; y nosotros os tenemos a vos por más desventurado: pagados estamos, pues unos a otros nos tenemos por locos y sin juicio.

Estas cosas, mi señora Asela, os escribo, estando ya para entrar en el navío de priesa y llorando y con har-to dolor y lástima, y doy muchas gracias a mi Dios porque me ha hecho digno de que el mundo me aborrezca. Rogadle, que me vuelva de Babilonia a Jerusalén, y que no se enseñoree de mí Nabucodonosor, sino Jesús, hijo de Judá, y que venga Esdras, que quiere decir ayudador, y me torne a mi propia patria (*Aggei*, 1, et 2). ¡Oh qué loco que he estado! pues quería cantar el cántico del Señor, en tierra ajena y dejando el monte Sinaí, pedía el socorro de Egipto (*Jer.*, 42), y no me acordaba de aquello del Evangelio: que el que salió de Jerusalén (*Luc.*, 10), cayó luego en manos de ladrones

y fué despojado y llagado y medio muerto; y aunque el sacerdote y levita lo despreciaron, aquel samaritano fué misericordioso; al cual, como le dijesen : sois un samaritano (*Joan*, 1), y tenéis demonio, aunque negó lo que era tener demonio, no negó ser samaritano; que lo que nosotros llamamos guarda los hebreos llaman samaritano. Algunos me llaman hechicero, y yo reconozco, como siervo, el título de la fe; que a mi Señor también llamaron los judíos encantador y también al apóstol llamaron encantador. Nunca otra tentación me venga sino la de los hombres (*Mat.*, 3, 2, *Cor.*, 6, *Cor.*, 10) hasta ahora, ¿qué, tan grande parte he padecido de trabajos y angustias militando debajo de la bandera de la cruz? Una infamia de un delito falso me han imputado; pues, yo sé, que por buena y mala fama se alcanza el reino de los cielos. Dad, señora, mis encomiendas a Paula y Eustoquia; que quiera o no quiera el mundo, son mis queridas en Cristo; dadlas también a la madre Albina y a la hermana Marcela y Marcelina, y a Santa Felicitas, y decidles que todos hemos de vernos juntos delante el tribunal de Cristo y allí se verá con qué intención ha vivido cada uno. Acordaos de mi ejemplo de honestidad e insignia de virginidad y amasad las olas del mar con vuestras oraciones.





EPÍSTOLA XI

Para la virgen Principia, en que trata de la muerte de Marcela, viuda, nobilísima matrona romana, y de sus grandes virtudes y ejemplo : y así se pone aquí como dechado, en que se deben mirar todas las demás viudas.

PEDISME muchas veces y con mucha instancia, Principia, virgen de Cristo, que haga memoria por escrito de la santa y venerable matrona Marcela, y que dé noticia del bien que nosotros hemos gozado mucho tiempo, a los demás, para que lo conozcan y lo imiten. Harto me pesa que amonestéis al que corre de su voluntad y que imaginéis que tengo necesidad de ruegos; porque no os dará la ventaja en amarla, aunque sé que la amabais mucho. Y porque en acordarme de tan grandes virtudes recibo yo mayor beneficio que hago a los demás en darles noticias de ellas; y el haberlas callado hasta ahora y haber pasado dos años en silencio, no ha sido como vos mal imagináis por disimular, sino por una tristeza increíble que he tenido

de su muerte; la cual de tal manera ha oprimido mi ánimo, que me pareció mejor callar por entonces que no decir cosa ninguna indigna de sus alabanzas. Y no penséis que tengo yo de loar ahora a vuestra Marcela, o por mejor decir mía; y hablando con más propiedad, nuestra y de todos los santos, y honra muy señalada de la propia ciudad de Roma, según las reglas y preceptos de los retóricos, de tal manera que primero pinte su ilustre familia y linaje, y la honra de su alta sangre, las insignias y armas de sus pasados, ganadas con los oficios que han tenido de cónsules, prefectos y pretores, y con las victorias que alcanzaron y hazañas que hicieron teniéndolos; porque no pienso loar en ella cosa que no sea propia suya; y tanto es más noble cuanto por haber menospreciado las riquezas y la nobleza, se ha hecho más noble con la humildad y pobreza. Habiéndose, pues, muerto su padre, la llevó nuestro Señor el marido a los siete meses después que se casaron; y como un caballero llamado Cereal, cuyo nombre y fama es bien esclarecida entre los cónsules, la pidiese con gran instancia, por ser moza y por la antigüedad en su familia, y por su notable hermosura de cuerpo (la cual de ordinario agrada mucho a los hombres), y por sus loables costumbres; y por ser algo viejo la prometiese sus grandes riquezas y la quisiese hacer donación de ellas, no como a mujer sino como a hija; y Albina, su madre, de su propia voluntad desease tan esclarecido amparo como éste para la viudez de su casa y lo persuadiese a su hija, respondió ella: Si yo

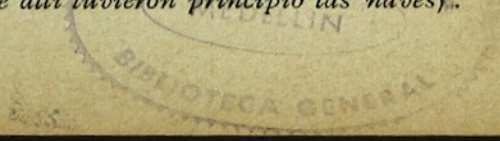
deseara casarme y no consagrarme a Dios con perpetua castidad, sin duda buscara marido y no hacienda. Y diciendo él que los viejos podían vivir mucho tiempo y los mozos morirse presto; ella jugó admirablemente de las palabras diciendo : Cosa cierta es que el mozo se puede morir presto, mas el viejo no puede vivir mucho. NOTA : Y despedido con esta sentencia digna de memoria, los demás desconfiaron con este ejemplo de casarse con ella. En el evangelio de San Lucas (*Luc.*, 2) leemos que había una mujer llamada Ana Profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Afer; la cual era de mucha edad y había vivido siete años casada con su marido, después de su virginidad, y tenía ya ochenta y cuatro de viudez; y con todo eso no se apartaba del templo, sirviendo al Señor de día y de noche con ayunos y oraciones. Y no hay que maravillarnos, que mereciese ver al Salvador buscándole con tanto trabajo. Cotejemos ahora los siete años con los siete meses; el esperar a Cristo con el poseerlo; el confesarlo recién nacido con creer en él crucificado; el no negarlo siendo pequeño con gozarse de que reina siendo varón perfecto. Yo no hago aquí diferencia o comparación entre las mujeres santas; la cual algunos acostumbraron a hacer entre los santos varones y príncipes de la iglesia neciamente (*contra la indiscreción de algunas religiosas*). Lo que pretendo dar a entender con mis palabras, es que el premio será igual y uno mismo en las que el trabajo fuese igual y de una misma suerte. Cosa es por cierto dificultosa, si en una ciudad maldiciente y en un pue-

blo donde en otro tiempo estaba cifrado todo el mundo y los vicios están en su punto y se llevan la palma, murmurasen de la virtuosa gente y pusiesen mácula en las cosas limpias, no pasar por alguna infamia; y así, como cosa dificultosa y casi imposible, la desea el profeta, aunque no presume alcanzarla, diciendo: Bienaventurados los que pasan su camino sin mancha y los que andan en la Ley del Señor (*Ps.*, 118). Y llama sin mácula en el camino de esta vida a aquellos (*Ps.*, 14). en quien no han puesto infamia ninguna ni los ha manchado el aire de ningún mal nombre, ni han admitido ninguna injuria ni afrenta contra sus prójimos, de los cuales dice el Salvador en el Evangelio (*Mat.*, 5): Ten buena voluntad o buen sentir en tu adversario mientras estás con él en el camino. ¿Quién jamás oyó de esta mujer cosa que le desagradase de manera que lo creyese? ¿Y quién jamás creyó cosa ninguna que no se condenase más a sí de malicia e infamia que a ella? Esta fué la primera que confundió la gentilidad, enseñando a todos con ejemplo y obras, qué cosa era la viudez cristiana; la cual mostraba y representaba con la conciencia y con el hábito interior y exteriormente; porque las viudas gentiles acostumbraban a andar muy afeitadas, sus rostros con arrebol y albayalde, y muy lucidas con vestiduras de seda y resplandecer con piedras preciosas, y traer al cuello cadenas de oro y cosas semejantes; y de sus orejas colgadas las piedras preciosas del mar Bermejo, e ir echando de sí fragancia de olores, y llorar sus maridos difuntos de

tal manera, que por otra parte se huelgan de carecer de su dominio; y luego buscan otros, no para servirlos como Dios lo manda, sino para ser señoras y mandarles; y así los buscan pobres, para que sólo tengan nombre de maridos y sufran con paciencia sus desenvolturas y libertades, y que si sobre ello hablaren alguna palabra, aunque sea entre dientes, los puedan echar de casa. Pues nuestra viuda usó de tales vestidos que con ellos se defendía del frío; y no de unos velos o cendales con que se ven las carnes y quedan desnudas. De oro y cosa tal, no lo usaba ni quería tener aun en su anillo para sellar; y más procuraba atesorarlo en los vientres de los pobres que en los bolsones : jamás fué ni se halló en ninguna parte sin su madre; y si alguna vez la grandeza de su casa la obligaba a hablar con algún clérigo o religioso, nunca lo hizo sin que hubiese algunas personas delante. NOTA : En su compañía siempre tuvo doncellas y viudas, y éstas habían de ser mujeres graves y honestas; porque sabía que muchas veces por la deshonestidad de las criadas juzgan que tales son las señoras, y que cada una gusta de tener tal compañía cual ella es. Su fervor y devoción en leer las Santas Escrituras era increíble, y siempre cantaba aquello de David (*Ps.*, 118) : En mi corazón, Señor, escondí vuestras palabras para no ofenderos. Y aquello que dice en otro salmo (*Salm.*, 1), hablando del varón perfecto : Su voluntad estará puesta en la Ley del Señor de día y de noche : entendiendo que esta meditación de la ley no había de estar en replicar y repetir muchas

veces lo que está escrito, como lo entienden los fariseos de los judíos, sino en ponerlo en obra según aquello del apóstol (*Cor.*, 10) : Ora comáis, ora bebáis, o hagáis otra cualquiera cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. Acordábase también de las palabras que dice el profeta (*Salm.*, 188) : De vuestros mandamientos entendí de tal manera, que después que hubiese cumplido los mandamientos merecía entender las escrituras. NOTA : Y esto mismo es lo que leemos en otra parte, cuando dice (*Act.*, 1) : Comenzó el Señor a obrar y a enseñar. Esto es cierto, que por esclarecida que sea la doctrina, se enseña con vergüenza cuando la propia conciencia reprende al que la enseña, y en balde predica pobreza y enseña a hacer limosnas el que es tan rico como Creso, y andando vestido de un hábito pobre y remendado, trae guerra contra las polillas que le roen las vestiduras de seda. Los ayunos de esta viuda eran moderados y con discreción, jamás comía carne ni bebía vino, y aunque lo olía algunas veces por la necesidad y flaqueza de su estómago y ordinarias enfermedades, mas no lo gustaba. Pocas veces salía de casa a visitar a otras, y especialmente huía mucho de entrar en casa de las matronas nobles, porque no la fuese forzoso ver lo que había menospreciado y dado de mano. Visitaba las iglesias y capillas de los apóstoles y mártires con oraciones secretas, huyendo lo más que podía del concurso y bullicio de la gente. Era tan obediente a su madre, que muchas veces hacía lo que no le daba gusto; porque como la madre amase a su propia san-

gre y parientes, y por verse sin hijos ni nietos quisiese darlo todo a sus sobrinos, hijos de su hermana, Marcela quería que se diesen antes a los pobres; y con todo eso no podía contradecir a su madre, y así permitía que se diesen a sus parientes, aunque eran ricos, las joyas ricas y todas las alhajas de casa, que son cosas perecederas, teniendo por mejor y menos mal perder el dinero que entristecer el ánimo de su madre. Al tiempo que Marcela emprendió esta manera de vida, ninguna matrona romana de las nobles había jamás vivido como viven los religiosos, ni habían osado emprender tal cosa, por ser nueva, ni tomar un nombre que entonces se tenía por bajo y afrentoso, especialmente entre la gente común y plebeya. Ella aprendió esta manera de vida primeramente de los sacerdotes de Alejandría y del obispo Atanasio, y después de Pedro; los cuales, huyendo la persecución de la herejía Arriana, habían venido a Roma como a un puerto segurísimo de su comunicación, y le enseñaron la admirable y santa vida de San Antonio, que aún vivía entonces; y la que hacían en Tebaida en los monasterios de Pacomio y en los de las vírgenes y viudas que allí había, su trato y conversación, y la gran perfección que guardaban. Y no se corrió esta noble matrona de profesar y guardar lo que conoció ser de más perfección y más agradable a Cristo. Muchos años después la siguió e imitó Sofronia, y otras muchas, a quien se puede aplicar con grandísima propiedad aquello que dijo Enio (*Esto dijo porque de allí tuvieron principio las naves*):



Ojalá, ni aun en el bosque Pelio. Con ella tuvo amistad la venerable matrona Paula, y en su aposento se crió Eustoquia, honra de la virginidad; y así se verá fácilmente qué tal sería la maestra de donde salieron tales discípulas. Por ventura algún infiel, leyendo esto, se reirá de mí, viendo que me detengo en alabanzas de mujercitas. Mas si se acuerda de aquellas santas mujeres, compañeras del Señor (*Mat.*, 27, *Joan.*, 19 y 20), que le servían continuamente con sus personas y hacienda de todo lo necesario; y de las tres Marías que estaban delante de la cruz; y de María propiamente Magdalena, que por su solicitud y ardor de fe mereció nombre de torreada y fortísima, y ver a Cristo resucitado antes que los apóstoles. ¿Ese tal, antes se condenará a sí de soberbia, que a mí de necio y poco considerado? Porque yo no juzgo las virtudes por la naturaleza de hombre o de mujer, sino por el ánimo y valor con que se obran; y tengo por mayor gloria y honra haber menospreciado las riquezas y nobleza por seguir las pisadas de Cristo; y así el Salvador amaba mucho a San Juan Evangelista (*Joann.*, 18), el cual por ser de noble linaje era conocido del pontífice, y no temía las asechanzas de los judíos; en tanto grado, que él entró a San Pedro en la sala, y sólo él entre todos los apóstoles tuvo ánimo para estar delante de la cruz; y así mereció recibir como cosa propia a la Madre del Salvador, para que el Hijo Virgen recibiese a la Madre Virgen, que era la heredad y posesión del Señor Virgen.

II

Pasó, pues, la noble matrona Marcela con tal manera de vida, que más presto se vió vieja que se acordaba de haberse visto moza; loando aquello de Platón que decía : que la más alta filosofía era meditar siempre en la muerte. Y así nuestro apóstol dice (1, *Cor.*, 15) : Cada día muero por vuestra salud. Y nuestro Salvador, según la traslación de los libros antiguos, dijo : Si alguno no trajere cada día su cruz y me siguiere, no puede ser mi discípulo (*Salm.*, 34). Y mucho antes había dicho el Espíritu Santo por el profeta : Por amor de vos, Señor, somos mortificados todo el día y juzgados como ovejas disputadas para el matadero. Y después de muchas edades, se dijo aquella sentencia (*Ecles.*, 7) : Acuérdate siempre del día de la muerte y jamás pecarás. Y también tenía en la memoria aquel precepto del elocuentísimo Satírico, que dice (*Persio*) : Vive con continua memoria de la muerte, mira que el tiempo va huyendo, y esto que habla, de ahí procede. Pasó, pues, como comencé a decir, su edad de tal manera, y vivió de tal suerte, que siempre se acordaba que había de morir (*Rom.*, 13), y de tal se vestía sus ropas que se acordaba de la sepultura, ofreciéndose a Dios como hostia racional, viva y agradable a su Divina Majestad. Finalmente, como cierta

necesidad de la Iglesia y del bien común me llevase a Roma en compañía de los varones santos Paulino y Epifanio, el uno obispo de Antioquía, la de Siria, y el otro de Salamina, la de Chipre, y con modestia me recatase de ver mujeres nobles, procuró tanto (como dice el apóstol *Tim.*, 4) importuna y oportunamente que yo la viese, que al fin con su buena industria venció mi encogimiento; y porque ya entonces tenían de mí alguna opinión en la inteligencia de las Santas Escrituras, jamás me habló vez que no me preguntase alguna cosa de ellas; y no se contentaba luego con cualquiera declaración y respuestas, antes movía algunas dudas y cuestiones en contrario, no por porfiar, sino para que preguntando supiese las soluciones de aquellas cosas que entendía se podían oponer. Verdaderamente temo decir lo que como testigo de vista hallé en ella, ¡cuántas y cuán grandes virtudes! ¡Qué agudeza de ingenio! ¡Cuán gran santidad! ¡Qué pureza de alma! Porque parecen cosas increíbles, y no querría causaros mayor pena y dolor viendo de cuán gran bien os ha privado Dios con su muerte. Sólo esto quiero decir: que todo cuanto yo había allegado con largo y trabajoso estudio y con la continua meditación, lo había convertido como en naturaleza: todo esto me lo cogió ella poco a poco y lo aprendió, y se hizo tan dueña de ello, que después que yo partí de Roma, si se ofrecía alguna duda, cerca de algún testimonio de las Escrituras, acudían a ella como a juez, para que declarase cómo se entendía, y quién de los demás sentía mejor. Y porque era muy

prudente y sabía aquello que dicen los filósofos, que cada uno haga lo que es decente y conforme a su estado; de tal manera respondía a lo que la preguntaban, que lo que era suyo, aun no lo vendía por suyo, antes decía que era declaración mía o de algún otro, para que en lo mismo que enseñaba confesase con humildad que era discípula de otros. Y porque sabía lo que dice el apóstol (*Tim.*, 2) : No permito a las mujeres enseñar a otros; y también lo hacía porque no pareciese hacer injuria a los hombres, y aun algunas veces a los sacerdotes que la preguntaban algunos lugares oscuros. Luego, hija mía, que partí de ese lugar, supe que en lugar mío os habíais juntado con ella, y que jamás os habíais apartado, aun (como dicen) una pulgada de su dedo, sino que vivíais en una misma casa y dormíais en un mismo aposento para que todos supiesen en esa esclarecida ciudad que vos habíais hallado en ella madre, y ella en vos hija. Una heredad suya, cerca de la ciudad, teníais por monasterio, y era vuestro campo escogido para la soledad y desierto, donde vivisteis de tal manera mucho tiempo, que de vuestra imitación y de las muchas que se convirtieron por vuestro ejemplo nos holgamos, viendo a Roma hecha otra Jerusalén, fundándose cada día monasterios de vírgenes, y habiendo una innumerable multitud de monjes de tal manera, que por los muchos que servían a Dios, lo que primero se había tenido por afrenta, ya se tenía por grandísima honra. En este tiempo consolábamos nuestra ausencia por cartas que nos enviábamos, vosotras a mí, yo a

vosotras : y lo que no podíamos con la presencia de los cuerpos, hacíamoslo con el espíritu; porque siempre se topaban las cartas vivas a otras en el camino, y cada cual de nosotros procuraba hacer ventaja al otro en los comedimientos y buenas obras que nos hacíamos; y nos preveníamos y ganábamos por la mano en las cortesías y saluciones; y así no perdía mucho la ausencia que se juntaba con continuas cartas. Estando en esta tranquilidad y bonanza, y en este servicio del Señor, se levantó en esta provincia una tempestad herética que lo turbó todo; y fué tan rabiosa y cruel, que ni perdonaba a sí ni a ninguno de los buenos; y como si fuera poco, o no le bastara haberlo alborotado aquí todo, llevó una nave llena de blasfemias, y entró con ella en el puerto romano; y luego en llegando, halló (como dicen) la olla cubierta a su propósito, y los pies lodosos enturbiaron con su cieno la purísima fuente de la fe romana. No hay que maravillar si en las plazas y en el mercado un adivino fingido hiere las narices de los necios y lastima los dientes de los que muerden con una varilla torcida; pues, ¿qué, una doctrina ponzoñosa halló en Roma a quien persuadiese y engañase? Entonces vimos la infame declaración del libro de los Principios. Entonces el discípulo hubiera sido dichoso y verdaderamente de su nombre, si no hubiera topado con tal maestro. Entonces vimos la contradicción entre los nuestros, y se turbó la escuela de los fariseos; y en esta sazón, la santa Marcela, que se había detenido y reportado mucho tiempo, porque no pareciese que

hacía alguna cosa por competencia y envidia, después que entendió que la fe alabada por la boca apostólica (*Rom.*, 1) era violada y corrompida en los más, de tal manera, que aun los sacerdotes y algunos monjes, especialmente los hombres del siglo, ya iban a consentir en ella, y engañaban la simplicidad del obispo romano que pensaba todos eran semejantes a él; resistió públicamente, teniendo por mejor agradar a Dios que a los hombres. Alaba el Señor en el Evangelio (*Luc.*, 16) al mayordomo de maldad, porque aunque usó de fraude contra su señor, fué prudencia en favor suyo. Viendo, pues, los herejes que de una pequeña centella se levantaban grandes fuegos, y que la llama que poco ha habían puesto debajo, llegaba ya a la cumbre, y que no podía encubrirse lo que había engañado a muchos, pidieron cartas al obispo y alcanzáronlas, porque pareciese que se habían ido, teniendo paz y comunicación con la Iglesia. No mucho después sucedió en la silla apostólica el insigne varón Anastasio, el cual no mereció Roma gozar mucho tiempo, porque la cabeza del mundo no fuese cortada en tiempo de tal pontífice, o por mejor decir, arrebatólo Dios, y trasladó de este siglo porque no procurase con sus oraciones mudar la sentencia que una vez tenía dada según aquello que dice Jeremías (*Jer.*, 14) : No me ruegues por este pueblo ni me pidas que les haga bien, porque si ayunaren, no oiré sus ruegos, y si me ofrecieren holocaustos y víctimas, no las admitiré, que los pienso consumir con espada, hambre y pestilencia. Pero diréisme, hija mía : ¿Qué

tiene que ver esto con las alabanzas de Marcela? Digo que sí tiene, porque ella fué el principio de condenar la herejía, acusando los dogmatizantes delante del Papa, y presentado por testigos a los mismos que ellos habían primero engañado y después habían sido corregidos; y enmendándose del error, mostrando también gran multitud de gente engañada, y presentando muchos libros impíos de los principios; los cuales se mostraban enmendados con la mano del escorpión, haciendo también que fuesen citados los herejes con cartas frecuentes para que se defendiesen, los cuales no osaron venir ni parecer, porque los acusaba tanto su mala conciencia, que tuvieron por mejor ser condenados en ausencia que redarguidos y convencidos en presencia. El principio, pues, de esta tan gloriosa victoria fué Marcela, y vos, la cabeza de estas cosas y causa de estos bienes, sabéis que digo verdad y que apenas digo unas pocas cosas de muchas que pudiera decir, porque no enfade al lector la repetición odiosa y parezca a los malévolos que con ocasión de loar a una persona, quiero digerir y vaciar mi estómago; y así, dejando esto, quiero pasar a lo que resta.

III

Una tempestad se movió entonces muy espantosa, y pasó de las partes del Occidente al Oriente; la cual

amenazaba a muchos con grandes naufragios : y entonces se cumplió lo que dijo el Señor por San Lucas (*Luc.*, 18) : que cuando venga el hijo del hombre hallará Fe sobre la tierra. Habíase enfriado la caridad de muchos, y así, unos pocos que amaban la verdad de la fe se juntaban a nuestro lado y públicamente trataban de quitarles las vidas, y todas las fuerzas se aparejaban contra ellos, de tal manera, que aun Bernabé (*Galat.*, 2) era llevado también a aquella ficción, o por mejor decir, manifiesto parricidio; el cual cometió con voluntad, ya que no con obras; pero por la misericordia Divina toda esta tempestad se deshizo con un soplo del Señor, y se cumplió la profecía que dice (*Psal.*, 103) : Quitarles has el espíritu y acabarán y convertirse han en su polvo; y aquel día perecerán todas sus trazas y pensamientos; y también aquello del Evangelio que dice (*Luc.*, 12) : Loco y desatinado, esta noche te quitarán tu alma : estas cosas que habéis aparejado, ¿para quién serán? Al tiempo que estas cosas sucedieron en Jerusalén, vino una triste y muy terrible nueva de la parte del Occidente, de cómo Roma estaba cercada, y que a peso de oro se redimía la vida de los ciudadanos, y que despojados una vez, los tornaban a cercar para que después de haberles quitado las haciendas les quitasen también las vidas. La voz se me pega a la garganta y los sollozos, o zollopis, cortan las palabras del triste que esto está dictando. Fué entregada la ciudad de Roma, que en otro tiempo conquistó todo el mundo, o por mejor decir, pereció con hambre an-

tes que con espada; y así, cuando entraron los enemigos, apenas hallaron unos pocos que cautivar, y fué tan rabiosa la hambre que los tristes cercados habían pasado, que vinieron a comer manjares abominables y despedazar sus miembros unos a otros; pues hubo madre que no perdonó al que daba leche a sus pechos y recibió en su vientre al que poco ha había salido de sus entrañas. De noche fué tomada la ciudad de Moab: de noche cayeron sus muros: ¡Dios mío! los gentiles han entrado en vuestra heredad y han ensuciado vuestro Santo Templo (*Isaí*, 15, *Ps.*, 18), y han puesto a Jerusalén, vuestra ciudad, como una choza para guardar una arboleda, y han echado los cuerpos de vuestros santos por manjar a las aves del aire; y las canas de vuestros siervos a las bestias de la tierra, y derramaron su sangre como agua, alrededor de Jerusalén, sin haber quien los enterrase. ¿Quién podrá contar la destrucción de aquella noche? ¿Quién hablando podrá explicar las muertes que allí hubo? (*Virgil.*) ¿O quién bastará a igualar el dolor con las lágrimas? La ciudad antigua cayó en tierra, habiéndose enseñoreado de otras por muchos años. A cada paso y en cada camino había esparcidos por el suelo muchos cuerpos, sin orden ni concierto, y en cada casa lo mismo, con muchas figuras de muerte. Entretanto, pues, que esto pasaba, y en tan gran confusión, entró también el cruel vencedor en la casa de Marcela. ¡Oh Dios mío! ¡y quién podrá contar aquí las cosas que ha oído, o por mejor decir, referir lo que vieron muchos santos varones que se hallaron

presentes y me lo contaron? Los cuales dicen, que vos también, hija mía, estuvisteis en el peligro. Y dicen también, que cuando entraron los enemigos los recibió con tan grande ánimo, que no se le alteró ni mudó el rostro; y que como le demandasen el oro y plata que tenía, y ella con la pobre túnica que traía vestida mostrase que no tenía escondidas ningunas riquezas; con todo eso, no creyeron que la que había sido tan rica como les habían dicho, se hubiese hecho tan pobre voluntariamente; y habiéndola herido con muchos palos y azotes, dicen que no sintió los tormentos, sino que postrada a sus pies sólo les suplicó con lágrimas, que no os apartasen a vos de su compañía, para que no padecieseis vos, que erais moza, lo que ella como vieja no podía temer. Fué servido Cristo nuestro Redentor de ablandar aquellos corazones empedernidos, y entre las espadas sangrientas halló lugar la piedad; y como a vos y a ella os hubiesen llevado los bárbaros a la capilla del bienaventurado San Pablo, o para mostraros que ya os dejaban libres, o para enseñaros la sepultura en que habían de enterraros, dicen que recibió tanta alegría la santa matrona, que dió infinitas gracias a Dios por haberos guardado sin daño ninguno para su consuelo y regalo, y por ver que la cautividad no la había hecho pobre, sino halládola en ese estado; y también por verse tan necesitada, que no le quedaba la comida necesaria para cada día; y porque satisfecha y contenta con Cristo, no sentiría la hambre, y porque podría decir con obras y con palabras (*Job. 1*): Des-

nuda salí del vientre de mi madre y desnuda tornaré a él, como el Señor fué servido, así se ha hecho, sea su nombre bendito por todo. Pasados algunos días y teniendo ya a su cuerpecillo sano, entero y robusto, durmió en el Señor y os dejó a vos por heredera de su pobreza grande, o por mejor decir, a los pobres de Cristo por vuestro medio, cerrando los ojos en vuestras manos y volviendo el espíritu a Dios en vuestra presencia; y cuando vos llorabais, ella se reía por la seguridad de su buena conciencia y por la esperanza del premio venidero que tenía. Estas cosas he dictado en una breve trasnochada, para vos, venerable Marcela, y para vos, hija mía Principia; no con mucha elegancia de palabras, empero con mucha voluntad de ánimo agradecidísimo y reconocidísimo para con vosotras deseando agradar a Dios y a los que las leyeren.



EPÍSTOLA XII

Para Marcela, matrona romana, en la que le persuade se vaya a vivir a Belén, y para esto representa las comodidades de la vida solitaria; y cómo en Roma no se puede gozar de quietud y en Belén la hay muy grande y con grandes ocasiones.

AMBROSIO (el que ayudó con papel y escribientes, y con todo lo demás que era necesario a nuestro amigo, que era verdaderamente de diamante y de acero, y así declaró tan innumerables libros) cuenta en cierta epístola que había escrito al mismo desde Atenas, que nunca comió bocado jamás, estando presente Orígenes, sin lección, y que tampoco se echó jamás a dormir sin que antes alguno de los hermanos le refriese algo de las Sagradas Escrituras; y que siempre guardó esta costumbre, así de día como de noche, para que la lección fuese como disposición para la oración y la oración para la lección.

¿Qué cosa hemos hecho jamás nosotros, animales del vientre, semejante a ésta? Pues si alguna vez pasamos

una hora leyendo, luego bostezamos y fregando el rostro con la mano la ponemos sobre el estómago; y como si hubiésemos pasado mucho y largo trabajo, nos tornamos otra vez a ocupar en negocios del mundo.

No quiero tratar de los convites y comidas con que cargada nuestra alma es oprimida. *NOTA* : También tengo empacho de contar las continuas visitas en que gastamos mucho tiempo, yendo nosotros cada día a ver los otros, o esperando a los demás que a nosotros vienen; de lo cual resulta, que en estas dos juntas se trataba la conversación y pláticas, y encendiéndose la lengua comenzamos a murmurar, y aun a despedazar a los ausentes y a pintar las vidas ajenas, y mordiéndonos unos a otros nos consumimos los unos a los otros, y con esto comenzamos y acabamos, y esto nos sirve de ante y de postre. Mas luego que los amigos se han ido, lo que hacemos es traer a la memoria todas las razones y discursos que hemos pasado con ellos; y unas veces nos enojamos y tomamos tanta ira y cólera que parecemos unos leones, y otras veces con cuidado superfluo y demasiado, comenzamos a pensar las cosas que han de durar muchos años sin acordarnos de lo que se dijo a uno en el Evangelio : Loco y sin juicio, esta noche te han de arrancar el alma; ¿pues para quién serán estas cosas que habías allegado? Los vestidos ya no los buscamos para el uso y necesidad, sino para vanidad y deleite; y en ofreciéndose alguna ganancia o interés, ponemos en ello grande diligencia, y parece tenemos los pies más ligeros y las palabras más a mano

y el oído más atento. Pero si nos hacen saber que en nuestra hacienda ha sucedido algún daño, como suele muchas veces, luego nos ponemos tristes y melancólicos. Cuando se gana un ochavo, luego nos alegramos; y cuando se pierde una blanca, luego nos entristecemos; por lo cual, viendo el profeta tanta diversidad de ánimos en un hombre, por los diversos rostros que muestra, suplica al Señor diciendo: Señor, destruid en vuestra ciudad la imagen de ellos; porque habiendo sido criados a imagen y semejanza de Dios (*Ps.*, 72), solamente por nuestro vicio y pecado nos vestimos de muchas y muy diferentes personas; y así sucede que, como en las comedias de los teatros, un mismo representante, ahora como hombre robusto nos representa a Hércules; y luego como blando y afeminado hace la persona de Venus, y de ahí a poco, sale temblando como Cibeles; así nosotros (los cuales si no fuésemos del mundo seríamos aborrecidos de él) tenemos tanta semejanza de personas, cuantos son nuestros pecados; por lo cual, porque ya hemos pasado muchos espacios de vida bamboleando, y vuestra nave está herida unas veces con el torbellino de las olas, y otras está turbada con los golpes de los peñascos, lo más presto que pudiéramos debiéramos entrarnos a lo más apartado del yermo como a un puerto seguro. Allí el pan ordinario y la hortaliza regada con nuestras propias manos, y la leche, que son los regalos que hay en el yermo, nos dan los manjares necesarios de poco precio y estima, pero sin culpa y escrúpulo. NOTA: Y comiendo de estos

tales, ni el sueño que causarán nos impedirán la oración, ni la hartura de ellos nos apartará de la lección. Si fuere verano, la sombra de un árbol nos dará lugar apartado y acomodado para esto; y si fuere el otoño, la misma templanza del aire y las hojas tendidas debajo de él nos muestran el lugar de quietud y reposo; en verano el campo está pintado y matizado de flores, y entre las dulces voces de las aves se cantarán los salmos con mayor melodía. Si hiciere frío, hubiere grandes hielos y nieves, no compraré leña, y así velaré con más calor o dormiré; y cierto, a lo que yo sé y entiendo, a menos costa que allá, no me helaré de frío. Allá se lo haya Roma con sus tumultos, goce en buena hora de las luchas y peleas desatinadas que se ejercitan en la arena y de sus representaciones y locuras y de todo lo demás que con demasía y superfluidad se representa en los teatros. Y porque también hemos de hablar de los nuestros, ándense visitando cada día el senado de las matronas, que a lo que nosotros conviene y está bien, es allegarnos al Señor y poner nuestra esperanza en el Señor Dios (*Salm.*, 72); para que cuando se trocare esta pobreza por los reinos de los cielos, digamos a grandes voces: ¡Oh qué gran cosa es lo que yo he hallado en el cielo, y qué poco es lo que buscaba yo fuera de vos sobre la tierra! Significando con estas palabras que, viendo las muchas riquezas que hallamos en el cielo, nos pesa mucho de haber andado buscando las cosas pequeñas y perecederas sobre la tierra. Mas dejando aparte estas cosas, tratemos ya del mesón y

aldea de la Virgen María, que al fin cada uno alaba más lo que posee. ¿Pero con qué palabras y con qué voces podré yo declararos la grandeza y dignidad de la cueva del Salvador? Pues aquel santísimo pesebre en que Cristo siendo niño tierno lloró, e hizo puchericos, más debe ser honrado con silencio que con palabras bajas y cortas. ¿Dónde están aquí aquellos anchos y espaciosos zaguanes? ¿Dónde aquellos capiteles y lazos dorados? ¿Dónde las casas vestidas y adornadas con las penas de los miserables y con el trabajo de los condenados? ¿Adónde están las salas de los hombres particulares, edificadas a modo de un palacio, para que el vil cuerpecillo del hombre se pasee por una casa muy preciosa? Y como si pudiese haber cosa más adornada que el mundo, gustan más de ver sus techos que el cielo. Mirad, señora, que en este pequeño rincón de la tierra, llamado Belén, nació el Hacedor de los cielos : aquí fué envuelto en pañales, aquí fué visitado de los pastores, y aquí le mostró las estrellas y le adoraron los magos : yo sin duda ninguna tengo este lugar por más santo que la peña o torre de Tarpeya, que siendo herida muchas veces con rayos del cielo, muestra claramente que es a Dios desagradable. Yo confieso que está allí la santa iglesia y los trofeos y despojos de los apóstoles y mártires : allí está también la verdadera confesión de Cristo y la fe que predicaban los apóstoles, y siendo hollada de la gentilidad, es levantado y ensalzado cada día más el nombre de Cristo. Mas la ambición, la penitencia, la grandeza de la ciudad, el ser

vistos y ver, el ser saludados y saludar, el loar, murmurar, el oír estas cosas, o el decirlas, y el ver tanto concurso y multitud de hombres, cosas son ajenas del estado de los monjes y de la quietud y reposo que profesan; porque, o vemos los que vienen a visitarnos; y así perdemos el silencio, o no los vemos; y así nos tienen por soberbios y arrogantes, y algunas veces por pagar las visitas, vamos a las casas soberbias y de grandes portadas, y entre las lenguas de los criados y ministros, que nos roen la vida, entramos por las columnas doradas: mas en esta aldea de Jesucristo, como arriba dije, hay toda la rusticidad y llaneza del mundo; y allende de la música y cantar de los salmos, todo es un perpetuo silencio, y a cada parte que volváis los ojos oiréis al quintero y labrador, que teniendo la esteva en la mano canta el aleluya, y al segador que estando sudando, se recrea y repara con cantar los salmos; y al podador, que cuando con su hoz corva poda las vides, canta alguna cosa de las que David compuso; y estas son las poesías que se cantan en esta provincia; y estas son las canciones de enamorados (como dicen vulgarmente) que aquí se usan. Nuestro Señor os tenga de su mano.



EPÍSTOLA XIII

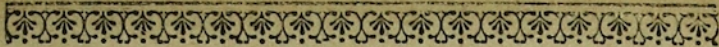
Para una doncella llamada Eustoquia, en la que él da las gracias por unos doncellitos que le había enviado; y explica su significación graciosamente para instrucción de las buenas costumbres.

HABER recibido de una doncella manillas o collares, cartas y palomas, pequeñas cosas son en substancia, pero grandes y de mucha estima, según la caridad con que se envían, y porque en los sacrificios de Dios no se ofrece miel, la mucha dulzura sea templada con artificio; y hablando así (*Lev.*, 2), sea saboreada con el picante de la pimienta; porque sin duda en las cosas de Dios ninguna hay para solo deleite, ni le agrada cosa tan solamente suave y sabrosa, sino es, que lleve en sí algo de verdad, que pique y muerda; y así vemos, que la pascua de Cristo se come con amarguras. Día es hoy de fiesta (*Exod.*, 12) en que se celebra el martirio de San Pedro; y así, es razón que lo festejemos con algún entretenimiento más del que solemos tener; mas sea con tal templanza

que las palabras, aunque parezcan de burla, no salgan de los términos de la Santa Escritura ni nos apartemos mucho de lo que conviene a nuestro estado y propósito. Con collares y ajorcas, dice Ezequiel (*Ezeq.*, 16), que es adornada Jerusalén, y Baruch recibe cartas de la mano de Jeremías (*Jer.*, 56); y el Espíritu Santo baja en figura de paloma; (*Joan.*, 1) y para que también a vos os pique y muerda algo la pimienta, y os acordéis ahora del librillo que os escribí días pasados (de la guarda de la virginidad), mirad, que no dejéis el atavío y ornamento de las buenas obras, que son las verdaderas manillas de los brazos. Mirad también, que no rompáis la carta que el Espíritu Santo ha escrito en vuestro pecho; la cual rasgó el rey profano con una navaja, habiéndosela entregado el profeta Baruch; porque no os digan lo que dijo a Efraín el profeta Oseas (*Ose.*, 7) : Haste hecho boba como paloma. Pero diréisme, que va esto muy áspero y que no parece que cuadra con la fiesta. A esto respondo, que vos tenéis la culpa, y me habéis provocado a ello con el presente que me enviasteis, juntando a él cosas amargas con las dulces; y así recibiréis de mí cosas iguales y semejantes, mezclando con alabanza la amargura de la corrección y aviso. Mas porque no parezca que menosprecio y deshago vuestros dones, digo que también recibí un canastillo lleno de cerezas, tan buenas y tan matizadas con su color virginal, que no parecía sino que las acababa de enviar Lúculo (*Plin.*, lib. 3, cap. 25); y digo esto, porque fué el primero que habiendo sujetado a Ponto y Armenia,

trajo este linaje de fruto a Roma, de la ciudad de Ceresantu; y así tomó el árbol el nombre de la patria de donde vinieron; pues porque en la Santa Escritura leemos canastillo lleno de higos, y no se hace mención en ella de cerezas, alabamos en el canastillo en que vinieron lo que vino en él; y así deseamos, que seáis vos de aquella fruta, que estaba frontera del templo de Dios, de la cual dice que era muy buena. Ciertamente nuestro Salvador no gusta de cosa ninguna mediana; y así como no huyendo del que está frío ni desechándolo, se deleita con los fervorosos, así dice en el Apocalipsis (*Apoc.*, 3), que vomita los tibios. Y por esto nosotros hemos de procurar con gran cuidado celebrar la fiesta, no tanto con abundancia de manjares, cuanto con alegría de espíritu; porque es muy grande grosería querer, comiendo demasiado, honrar al mártir que sabemos agradó a Dios con ayunos y abstinencias. NORA : Sea, pues, esta la regla, que comáis siempre con tal templanza, que en acabando de comer podáis rezar y leer alguna cosa; y si a algunos no les contentare esto, cantad vos las palabras del apóstol : Si pretendiese aún agradar a los hombres, no sería sierva de Cristo.





EPÍSTOLA XIV

Para Marcela, en que da gracias por unos donecillos que le había enviado, declarando con mucha gracia la significación de ellos, para provecho de las almas.

PARA consolar la ausencia de los cuerpos con plática del espíritu, cada uno de nosotros hace lo que puede; porque vosotras nos enviáis dones y presentes, y nosotros os tornamos a enviar cartas de agradecimiento; pero de tal manera, que por ser dones de monjas, declaramos haber en esos mismos donecillos algún misterio y significación saludable. Digo, pues, que el saco o cilicio que me enviasteis es insignia de los que hacen oración y ayunan. La silla significa que la virgen ha de guardar clausura; los cirios, que ha de aguardar al esposo de las almas, teniendo encendida la luz; los cálices significan la mortificación de la carne, y que el ánimo ha de estar siempre aparejado para el martirio. Excelente es por cierto, y muy esclarecido el cáliz del Señor (dice David), que

embriaga las almas. Y al ofrecer también vosotras unos pequeños mosqueadores a las matronas para ahuyentar las moscas, animales pequeños, es elegante significación, que debemos enfrenar luego el apetito deshonesto; porque (como dice el sabio) las moscas, que se han de morir, destruyen la suavidad del aceite. Esta sea la significación de estos dones en respecto de las vírgenes; y la figura, respecto de las matronas; pero también nos cuadran a nosotros vuestros dones, aunque en contraria significación; porque el estar sentados, es a propósito de la gente ociosa, y el dormir en cilicio es de penitentes, y el tener vasos es de bebedores, y el haber encendido los cirios es cosa agradable, por los temores de la noche y por los ánimos, que por el mal de su conciencia siempre están con sobresalto.



EPÍSTOLA XV

Para Paulo Concordiense, el cual era de cien años, y estaba robusto; alábale de algunas cosas y pídele algunos libros y envíale la vida de San Pablo primer ermitaño, la cual él había escrito y sacado a luz.

LA brevedad de la vida humana es pena y condenación de nuestros delitos; y morirse muchas veces los hombres en naciendo, es darnos a entender que cada día somos peores; porque luego que la serpiente antigua (enredado el primer morador del paraíso con los lazos de víboras) lo abatió a las cosas de la tierra (*Gen.*, 3), trocada la eternidad, de que gozara, si no se pecara en mortalidad; dilató la sentencia divina la vida del hombre, aunque maldito, por espacio de novecientos años y más, que era como segunda inmortalidad (*Gen.* 6 et 7). Y luego, yéndose el pecado poco a poco enconando, la impiedad de los gigantes fué causa del diluvio general del mundo; y después como si dijésemos, que Dios con aquel lavato-

rio limpió el Universo, se abrevió la vida del hombre y se redujo a más corto término; y éste aun casi lo hemos perdido también, peleando siempre nuestros pecados contra las cosas divinas; porque ¿quién entre mil pasa de cien años de vida? ¿Y quién llegó así a esa edad que no le pese de haber llegado a ella? Según lo que está escrito en el libro de los salmos (*Ps.*, 98) : Los días de nuestra vida son de ordinario setenta años; y si duraren mucho, serán ochenta, y lo que pasa de ahí, todo es trabajo y dolor. Pero diréisme : ¿a qué propósito decís estas cosas, tomando tan de atrás la corrida? Paréceme, que os podrán decir aquello que con gran donaire dijo Horacio del otro (*Horat., in Art., Poet.*), que queriendo contar la guerra de Troya, la comenzó desde los dos huevos que (según la fábula) puso Leda; digo, que lo he hecho así, para loar, como es razón, vuestra vejez, y esa cabeza blanca, a semejanza de Cristo; cosa es cierto maravillosa que andéis ya en cien años, y que guardando vos siempre los mandamientos divinos estéis meditando la bienaventuranza de la vida venidera por los ejemplos presentes. Vuestros ojos tienen su luz pura; vuestros pies asientan firmemente; el oído puede penetrar lo que oye; los dientes están blancos; la voz sonora y argentada; el cuerpo macizo y lleno de jugo; las canas no dicen con el color rojo o hacen variedad con él; las fuerzas no cuadran con la edad; la firmeza de la memoria no os la han quitado los muchos años, como vemos sucede en los más de ordinario : tampoco la sangre fría ha embotado en vos la agudeza del sutil

ingenio; ni la frente arada con rayas hace áspero el rostro encogido con arrugas. Finalmente, cuando escribís, por temblar la mano, no hace torcidos los renglones. Paréceme que nos muestra el Señor en vos aquella verdura y lozanía de que gozaran nuestros cuerpos después de la resurrección venidera; para que sepamos que el pecado es causa en los demás hombres de que viviendo aún en la carne, estén medio muertos; y la virtud, y la justicia lo es, de que vos siendo tan viejo parezcáis y estéis tan mozo. Y aunque es verdad que vemos aún a muchos pecadores gozar de esta misma salud corporal que vos tenéis; pero a ellos (pienso yo) que se la procura el demonio, para que cometan más pecados; mas a vos dáosla el Señor para que tengáis más contento. Los más doctos de los griegos, de los cuales dijo bien Cicerón, defendiendo a Flaco, que tenían natural liviandad y erudita vanidad, contaban las alabanzas de sus reyes y príncipes, porque se lo pagaban. Pues yo ahora, alabándoos a vos, pido mi premio; y porque no penséis que pido poco, sabed que pido aquella amargura o perla del Evangelio. Las palabras del Señor, dice David (*Ps.*, 11), son las palabras castas y limpias, y plata acendrada con fuego la más limpia de la tierra y al fin purificada siete veces; lo que pido es, los Comentarios de Fortunaciano, y por la noticia de las persecuciones, la Historia de Aurelio Víctor y juntamente las epístolas de Novaciano, para que conociendo por ellas la ponzoña de un hombre cismático, bebamos de mejor gana la medicina preservativa del

santo mártir Cipriano. Entretanto os envió ahí un retrato de vos mismo, quiero decir, a Pablo, viejo, la vida de otro Pablo más viejo; en la cual, por respeto de toda la gente simple y sin letras, trabajé mucho en abajar el estilo, mas no sé cómo me ha sucedido lo que al vaso, que aunque esté lleno de agua, siempre guarda el mismo olor de lo primero que le echaron cuando era nuevo. Si este donecillo os diere gusto, también tengo ya sazoadas otras cosas, las cuales os enviaré en esta navegación con otras muchas mercaderías orientales, si el Espíritu Santo soplaré en nuestro favor.



EPÍSTOLA XVI

Para Marcela, matrona romana, en que se trata de la enfermedad que tuvo Blesilla, hija de santa Paula y hermana de Eustoquia; la cual habiéndose casado, enviudó, y amonestada de nuestro Señor con una gravísima calentura, se convirtió toda a Cristo, y comenzó a hacer vida religiosa; y porque algunos murmuraban de esto, responde el santo a sus calumnias, y alaba mucho la vida santa que esta matrona hacía.

AUNQUE el gran patriarca y padre de nuestra fe, Abrahán, fué tentado de Dios grandemente, mandándole degollar un solo hijo que tenía y ofrecérsele en sacrificio, y fué hallado más fiel. El patriarca José (*Gen.*, 22, 37 y 35), por ordenación divina fué vendido y llevado a Egipto, para que a su tiempo mantuviese a su padre y hermanos. El santo rey Ezequías (*Reg.*, 20), fué asombrado con ver la muerte al ojo, y hecho arroyos de lágrimas, alcanzó quince años más de vida. El apóstol San Pedro fué

herido y derribado con la pasión de Cristo, y porque lloró su pecado amargamente, mereció oír : Apacienta mis ovejas (*Dan.*, 29, *Joan.*, 21, *Gen.*, 49, *Act* 9). San Pablo, lobo robador, figurado en Benjamín, el más mozo de sus hermanos, fué privado de la vista corporal en el éxtasis y arrobamiento para que cobrase nueva vista, y estando rodeado con un repentino horror y espanto de tinieblas, llama Señor a boca llena al que poco ha perseguía como a hombre puro y enemigo suyo. Así ha sucedido ahora, señora mía Marcela, pues hemos visto a nuestra querida Blesilla abrasando por espacio casi de treinta días continuos con unas grandes calenturas, para que aprendiese a desechar los regalos del cuerpo, que de ahí a poco había de ser comido de gusanos. Vino también a ella Nuestro Señor Jesucristo (*Luc.*, 4), y tocóla con su mano, y levantándose sana, veréis cómo ya le sirve. Oíla un poco a perezosa y envuelta, o embarazada con las fajas de la riquezas (*Joan.*, 11), estaba tendida en el sepulcro del mundo; pero bramó Jesús, y turbado su espíritu, dió voces, diciendo : Blesilla, sal fuera. La cual, en siendo llamada se levantó, y saliendo de la sepultura se sentó a comer con el Señor a la mesa. Amenacen los judíos, amotínense y conjúrense, y procuren dar la muerte a la que resucitó, y sólo los apóstoles se alegren y gloríen, que ella sabe muy bien que debe su vida al que se la volvió, y que está a emplearla en su servicio, y sabe ya abrazar los pies de aquel Señor de cuyo juicio temblaba poco antes. Ya el cuerpo estaba tendido casi sin alma, y la muerte próxima

atormentaba los miembros desalentados. Díganme ahora, ¿a dónde estaban los socorros de sus deudos y amigos? ¿Dónde las promesas y cumplimientos más vanos, que el humo? ¿No te debe nada, oh parentela ingrata, la que murió al mundo y revivió para Cristo? El que es cristiano de veras y siente bien de las cosas, alégrese de esta mudanza, que quien no lo hace así, él mismo muestra que no lo es sino de solo nombre. La viuda que se ve libre del vínculo del matrimonio, no tiene otra necesidad, sino de perseverar en ese estado; y si alguno se ofendiera de verla con vestido negro, triste y áspero, siendo tan moza, escandalícese también de San Juan Bautista (*Mat.*, 11, *Mat.*, 2), que fué el mayor entre los nacidos de las mujeres, el cual fué llamado ángel, y bautizó al mismo Señor, y anduvo vestido con una piel de camello, y traía ceñida una cinta de piel. Y si le desplacen los manjares groseros y viles que esta mujer comía, ninguna cosa hay más vil que las langostas que Juan comía. Más razón sería por cierto que los que tienen ojos cristianos se escandalizasen de las que se pintan los rostros y los ojos con arrebol y no sé qué otras cosas engañosas, cuyas caras de color de yeso, feas, por la demasiada blancura, parecen ídolos; y así, si por descuido se les destilan algunas lágrimas, luego hacen un surco con ellas a las cuales no basta el número de años, para que conozcan que son viejas, y componen sus cabezas con cabellos ajenos, y andan puliendo la mocedad pasada en las arrugas viejas; y finalmente, teniendo delante de sí una manada de nietos y están-

doles temblando el cuerpo, hacen muy de las doncellitas y se componen como damas.

Tenga, pues, empacho y vergüenza la mujer cristiana de violentar la hermosura natural que Dios la dió, y de cuidar de su carne con intenciones de apetitos malos; porque según el apóstol (*Rom.*, 8), los que tratan de eso, no pueden agradar a Dios. ¿Esta nuestra viuda solía antes gastar mucho tiempo en componerse y estarse todo el día al espejo preguntándose si le falta algo? Mas ahora con gran confianza dice: Nosotros todos, descubierta la cara, esto es, con vista clara, y sin velo, mirando con Fe la gloria del Señor (*Cor.*, 10), nos transformamos en la misma imagen; esto es, nos componemos y ataviamos a este espejo, conformándonos con su imagen y figura, pasando de una gloria a otra, y de una claridad a otra claridad, como del espíritu del Señor. Entonces sus doncellitas se ocupaban mucho tiempo en componer los cabellos; y la cabeza, sin ninguna culpa, era atormentada por hacerle en ella enrizados y copetes; y ahora sabe que le basta llevar cubierta la cabeza menospreciada. Entonces, aun la blandura de los colchones de pluma le parecía dura y apenas podía estar echada en unas camas y estrados aderezados con gran curiosidad y diligencia; mas ahora, ella es la primera que se levanta a hacer oración, con grande priesa y fervor y tomando a las demás de antemano el aleluya, y entona con su voz aguda y sonora, y primero que todas empieza a loar a su Señor; e hincando las rodillas sobre la tierra desnuda, con continuas lágrimas lava

el rostro, que antes estaba sucio con albayalde; y después de haber hecho oración con las demás, canta salmos; y apenas por su gran devoción pueden alcanzar de ella, teniendo la cerviz caída y las piernas que andan bamboleando, y los ojos que se están cerrando de sueño, que repose y descansen un poco. La túnica y vestido pardo que trae, hace esta ventaja a los demás, que si duerme en el suelo, se ensucia menos, o no se echan tanto de ver las manchas. Su calzado es unos choclos pobres, porque lo que solía gastar en chapines y jervillas doradas lo da en limosna a los pobres. Su cín-gulo no está adornado con oro, o perlas, como solía, porque no es sino de lana, y hermosísimo con toda sinceridad, porque sirva más de apretar el vestido que de romperlo (*Gen.*, 3, *Mat.*, 4). Si la serpiente antigua tiene envidia de esto y con sus palabras blandas persuade que coma del árbol vedado otra vez, sea acoceada, como maldita y excomulgada; y en lugar de suela, lleva una maldición, y muriendo en su polvo, séale dicho con gran brío: Ve atrás, Satanás, que quiere decir adversario de Cristo, y Antecristo, a quien desagradan los preceptos y mandamientos de Cristo. Decidme, os ruego, ¿cuándo hicimos nosotros tales cosas, como hacían los apóstoles (*Mat.*, 4), para que se escandalizasen con razón de ellas? Ellos dejaron a su padre viejo con la navecilla y redes, y sin más agradar, se fueron tras Cristo. El publicano (*Luc.*, 5 y 9) se levantó luego del campo y siguió al Salvador. Al otro discípulo (*Mar.*, 8), que quería volver a su casa y despedirse primero de los

MEDELLIN

BIBLIOTECA GENERAL

doles temblando el cuerpo, hacen muy de las doncellitas y se componen como damas.

Tenga, pues, empacho y vergüenza la mujer cristiana de violentar la hermosura natural que Dios la dió, y de cuidar de su carne con intenciones de apetitos malos; porque según el apóstol (*Rom.*, 8), los que tratan de eso, no pueden agradar a Dios. ¿Esta nuestra viuda solía antes gastar mucho tiempo en componerse y estarse todo el día al espejo preguntándose si le falta algo? Mas ahora con gran confianza dice : Nosotros todos, descubierta la cara, esto es, con vista clara, y sin velo, mirando con Fe la gloria del Señor (*Cor.*, 10), nos transformamos en la misma imagen; esto es, nos componemos y ataviamos a este espejo, conformándonos con su imagen y figura, pasando de una gloria a otra, y de una claridad a otra claridad, como del espíritu del Señor. Entonces sus doncellitas se ocupaban mucho tiempo en componer los cabellos; y la cabeza, sin ninguna culpa, era atormentada por hacerle en ella enrizados y copetes; y ahora sabe que le basta llevar cubierta la cabeza menospreciada. Entonces, aun la blandura de los colchones de pluma le parecía dura y apenas podía estar echada en unas camas y estrados aderezados con gran curiosidad y diligencia; mas ahora, ella es la primera que se levanta a hacer oración, con grande priesa y fervor y tomando a las demás de antemano el aleluya, y entona con su voz aguda y sonora, y primero que todas empieza a loar a su Señor; e hincando las rodillas sobre la tierra desnuda, con continuas lágrimas lava

suyos, se lo prohibió el Maestro; y aun enterrar a su padre no le fué consentido a otro, porque es género de piedad, no tenerla algunas veces por respeto del Señor. A nosotros ahora, porque no vestimos de seda nos tienen por religiosos y ermitaños. NOTA : Y porque no nos embriagamos y damos carcajadas de risa, dicen que somos continentes, templados y tristes; y si la túnica no anda muy limpia y curiosa, luego dicen aquello del vulgo : Este es un embaidor y nigromántico. Pues póngannos las faltas que quisieran, y juzguen otras mayores locuras que éstas y alaben mucho a los que están muy gordos, que nuestra Blesilla se reirá de ellos, y aun no se preciará de oír las injurias de las ranas vocingleras, considerando, como prudente y cristiana, que llamaron a su Señor, Belcebú y endemoniado.



EPÍSTOLA XVII

Para santa Paula, en que trata de la muerte de su hija Blesilla, que a los siete meses después de su casamiento había perdido a su marido y ahora murió ella; consuélala y repréndela, porque muestra demasiado sentimiento por ella, y cuenta alguna cosa de la vida de Blesilla.

QUIÉN dará agua a mi cabeza y una fuente de lágrimas a mis ojos, y lloraré, no como dice el santo profeta Jeremías (*Jerem.*, 9), los heridos y llagados de mi pueblo, ni como lloraba nuestro Salvador la miseria y desventura de aquella gran ciudad de Jerusalén, sino la santidad, misericordia, inocencia y castidad? ¿Lloraré, pues, por haber faltado juntamente las virtudes en la muerte de una sola mujer? (*Luc.*, 19). No lloraré por cierto; ¿por qué había de llorar y tener lástima a la que fué a descansar, sino porque debemos nosotros dolernos mucho, porque dejamos de ver y tener en nuestra compañía persona de tanta santidad? ¿Quién, pues, habrá, que con

ojos enjutos y serenos, pueda acordarse, cómo una moza de veinte años levantó la bandera y estandarte de la cruz, con tan ardiente fe y admirable fervor, que más parecía haberse dolido de haber perdido la virginidad, cuando se casó, que de haber perdido ahora a su marido? ¿Quién podrá pasar sin sollozos, la memoria del fervor que tenía en la oración? ¿La pureza del lenguaje? ¿La tenacidad de su memoria, y la agudeza de su ingenio? Era de tan grande y extremada habilidad, que si la oyerais hablar en griego, juzgaríais que no sabía latín ni otra lengua, sino aquélla; y si se volvía a hablar en su lengua romana y natural, no olíerais en ella ningún sabor de otro lenguaje peregrino; y lo que más admira, es aquello de que toda Grecia se admiró en Orígenes; y es, que no digo yo en pocos meses, mas en pocos días venció la dificultad de la lengua hebrea de tal manera, que en el aprender y cantar los salmos, competía con su madre. La humildad de sus vestidos no argüía, como en los más suele suceder de ordinario, hinchazón de ánimo, sino que se había humillado de corazón, y no había diferencia de su vestido al de sus criadas y doncellas, aunque en esto era fácil conocerla, que aún en esto que traía puesto, no ponía tanto cuidado como las otras. Estaba tan flaca con la larga enfermedad que había tenido, que le temblaban las piernas, y apenas su cuello delgado y flaco podía sustentar su rostro amarillo y que temblaba de flaqueza; y con todo eso, nunca dejaba de sus manos algún profeta, o algún Evangelio. El rostro se me llena de lágrimas y los sollo-

zos no me dejan hablar; las entrañas lastimadas no aflojan la lengua pegada al paladar. Cuando aquel santo cuerpecito se estaba abrasando, como estuviese en el lecho casi sin ánimo, rodeada de sus parientes, habló últimamente estas palabras queriendo ya respirar : Rogad a Nuestro Señor Jesucristo que tenga por bien de perdonarme, porque no he podido cumplir lo que deseaba en su servicio. NOTA : Estad segura, hija mía Blesilla, que yo confieso estéis aprobando ser verdad lo que digo, nunca para Dios hay confesión ni penitencia tardía. El buen ladrón (*Luc.*, 27) fué el primero en quien se cumplió y consagró esta promesa y conoció su verdad. Yo te digo cierto, que hoy estarás conmigo en el paraíso. Luego, pues, que su ánima dejada la carga del cuerpo voló al que la había criado ; y habiendo peregrinado mucho tiempo, subió a su antigua posesión y comenzaron, según la costumbre ordinaria, a aparejar lo necesario para sus exequias y entierro, yendo delante gran número de caballeros : echaron sobre su ataúd un dosel de brocado y parecíame a mí que daba entonces voces desde el cielo, recibiendo pena de esto y diciendo : No conozco ese vestido, esa ropa no es mía, ese atavío ajeno es, ¿pero qué hago? ¿Quiero persuadir a su madre que no llore y lloro yo primero? Yo confieso mi sentimiento y dolor, y que toda esta carta se escribe con llantos y no hay que maravillarnos, pues nuestro Salvador lloró a Lázaro, porque lo amaba (*Joan.*, II). No es buen consolador el que le vencen sus propios gemidos y cuyas entrañas enternecidas con el senti-

Dios vuestro marido, lloro mucho vuestro suceso; mas porque así fué la voluntad del Señor, llévolo con buen ánimo. Teníais un solo hijo, arrebatáoslo la muerte, cosa es áspera y muy pesada; pero hácese tolerable, considerando que os lo llevó quien os lo había dado. Si estuviere ciego, consólamme leyéndome mis amigos algunas cosas, y si estuviere sordo tendré menos ocasión de pecado y no pensaré en otra cosa ninguna, sino en Dios; y si tras esto me viniera alguna dura pobreza, frío, enfermedad o desnudez, esperaré la muerte, que es remate de todos estos trabajos, y tendré por breve mal aquél tras que se sigue mejor fin. Consideremos ahora antes de pasar adelante, qué filosofía moral hay en aquel salmo que dice (*Salm.*, 118): Justo sois, Señor, y recto vuestro juicio; esto no lo puede decir, sino aquél que en todas las cosas que padece, alaba y engrandece al Señor; y atribuyéndolo a sus pecados todo, se gloría en las adversidades de la mucha clemencia que usa con él. Los hijos de Judá, dice David (*Salm.*, 66), se regocijaron en todos los juicios del Señor. Si Judá quiere decir confesión, y toda ánima que cree confiesa, cosa es necesaria que el que dice que cree en Cristo, se alegre y regocije en todos los juicios de Cristo. Estoy sano y doy gracias a mi Criador. Estoy enfermo; pues también en eso alabo y bendigo la voluntad del Señor, porque como dice San Pablo: Cuando estoy enfermo, entonces estoy más fuerte, y la virtud del espíritu en la enfermedad de la carne se perfecciona. También el Sagrado Apóstol (*Cor.*, 12) padecía alguna cosa que

él no quisiera, por lo cual rogó al Señor tres veces; pero fuéle respondido: Bástate mi gracia, porque la virtud en la enfermedad se hace más perfecta. Y para humillarlo de la soberbia que podía tener por las revelaciones que había tenido, le dieron un amonestador, que fueron las tentaciones que padecía, para que le advirtiesen, que era hombre y flaco, como los demás, según se solía hacer con los que entraban triunfando; a los cuales, en el mismo carro que iban, les ponían detrás un hombre mal vestido y de baja suerte, que tras cada alabanza y aclamación de los ciudadanos, le decía él: Acordaos, que sois hombre como los demás. NOTA: ¿Por qué se nos ha de hacer áspero y duro lo que sabemos que forzosamente algún día lo hemos de padecer, queramos o no? ¿Y por qué nos pesa de ver muerto alguno, pues no nacimos para quedar en esta vida eternamente? El patriarca Abrahán y Moisés, caudillo del pueblo de Israel, y el profeta Isafas y San Pedro, Santiago, y San Juan y San Pablo, vaso escogido; y lo que es más que todo, el Hijo de Dios murió; y nosotros nos enojamos, porque alguno sale del cuerpo, que por ventura lo arrebató Dios (*Salm.*, 4), porque la malicia no mudase su entendimiento, que sin duda su ánima era agradable a Dios, y por eso se dió prisa a sacarla de en medio de la maldad, porque siendo larga la jornada de su vida, no se apartase del camino derecho por do van sus hermanos, con algunos rodeos y sendas torcidas. Razón es por cierto llorar al muerto; mas eso se entiende del que va al infierno y lo traga el abismo, para cuya pena

y tormento se enciende el fuego, y hierve. Mas a nosotros, cuyas ánimas acompañan los ángeles y Cristo las sale a recibir; más pena y gravamen es si nos dejan morar mucho tiempo en este tabernáculo de muerte; porque mientras aquí nos detenemos, andamos como peregrinos y apartados de el Señor. Tengamos, pues, aquel deseo y aquellas ansias que tenía David, cuando decía (*Salm.*, 119) : Ay de mí, que se ha alargado mi peregrinación, y he morado con los que viven en Cedar. Mucho tiempo ha peregrinado mi ánima. Si Cedar quiere decir tinieblas, y este mundo son tinieblas, ¿por qué la luz luce en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron (*Joann.*, 1)? Razón es, que favorezcamos a nuestra Blesilla, y nos alegremos, porque pasó de las tinieblas a la luz. Con el ardor de la Fe con que comenzaba ahora a servir al Señor, recibió la corona, como de obra perfecta y muy consumada.

II

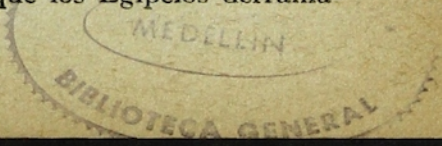
Real y verdaderamente, que si la muerte temprana hubiera arrebatado, con deseo del siglo, lo que Dios no permita en los suyos, y dádose a los deleites y pasatiempos de esta vida, razón había para llorarla y derra-

mar por ella fuentes de lágrimas; mas ahora, como por la misericordia divina, haya poco más de cuatro meses que se lavó en alguna manera con el segundo bautismo de su propósito y deseo (*esto dice porque deseó ser monja, y la profesión es como bautismo*); y después haya vivido de tal manera, que acocéando al mundo y teniendo sus cosas debajo de los pies, siempre pensaba en su vida a vivir en un monasterio, como no teméis que os diga el Salvador: Paula, ¿os enojáis porque la que era vuestra hija se ha hecho mía? ¿Os indignáis por mi juicio y con lágrimas rebeldes hacéis injuria al que la posee? Bien sabéis lo que yo pienso de vos y de todos los demás de vuestra casa: ¿Dejáis de comer y no por deseo de ayunar, sino por dolor y sentimiento? Pues no me agrada esa templanza; y esos ayunos son de mi adversario, y yo no admito en mi gloria a ninguna ánima, que sin mi voluntad y consentimiento sale del cuerpo; la loca filosofía reciba esos tales mártires, admita a Cenón, que se mató a sí mismo (*Isai.*, 66), y a Cleombrotó y a Catón; mi espíritu no reposa sobre ninguno, sino en el humilde y quieto, y que tiembla de mis palabras. Paula, ¿y eso es lo que me prometáis en el monasterio? ¿Y esto es lo que con el hábito diferente de las demás matronas os teníais como por más religiosa? Alma que de esta manera llora no es como las que andan vestidas como vos, sino de las que como mundanas andan con ropas de seda: vos sois entresacada de las demás y morís al mundo; y como si no hubieseis de venir a mis manos, huís del juez, que pensáis ha de ser

cruel. Huyó de mí en otro tiempo el animoso profeta Jonás (*Joann.*, 1 y 2), mas aun en lo profundo del mar estuvo debajo de mi poderosa mano. Si vos creyeseis que vuestra hija está viva (como lo está), no lloraríais por haber pasado a gozar de cosas mejores; esto es lo que yo había mandado por boca de mi apóstol (*Tim.*, 4), que no os entristecierais por los que duermen. Correos, pues, de que una mujer gentil os haga ventaja, y que sea mejor una sierva del demonio que mi sierva. Aquélla finge que su marido infiel ha sido trasladado al cielo; y vos o no creéis que vuestra hija mora en mi compañía o no lo queréis.

Pero diréisme, para justificar vuestra porfía, ¿cómo, Señor, me prohibís el llorar, pues el patriarca Jacob lloró a su hijo José con un cilicio? y habiéndose juntado en su casa todos sus deudos, para consolarlo, no quiso ser consolado, diciendo: Bajaré llorando al Limbo donde está mi hijo. Y como David (*Gen.*, 37), cubierta su cabeza, haya llorado a su hijo Absalón (*Reg.*, 18), repitiendo muchas veces aquellas palabras: Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón, ¿quién me concediera que muriera yo por ti, hijo mío Absalón? También lloraron solemnemente y con grandes exequias a Moisés, y a Aarón, y a los demás santos (*Deut.*, 54, *núm.*, 20). A todo esto se responde fácilmente, que Jacob lloró a su hijo, porque pensaba se lo habían muerto; y porque también él había de bajar al Limbo, adonde estaba, diciendo: Bajaré a mi hijo llorando, porque Cristo aún no había abierto las puertas del paraíso (*Gen.*, 13, *Gen.*,

3, *Luc.*, 26), en su sangre preciosa había aún apagado aquella espada de fuego, ni quitado aquella rueda de los Querubines que allí presidían; y así, aunque se lee que Abrahán estaba con Lázaro en el lugar del descanso, al fin era en el Limbo (*Reg.*, 13). Digo también, que David lloró juntamente a su hijo, por haber sido pecador; y así vemos, que el otro hijo pequeño, después que no pudo alcanzar de Dios que viviese, aunque murió, no lo lloró; porque sabía que no había pecado; en lo que toca a Moisés y Aarón, no hay que maravillarnos que los hayan llorado, conforme la costumbre antigua, pues aun en las actas de los apóstoles (*Act.*, 8), cuando ya comenzaba a resplandecer el Evangelio, lloraron mucho los de Jerusalén al mártir San Esteban, aunque lo que dicen muchos, no se ha de entender como vos pensáis, porque hayan derramado muchas lágrimas y tenido desmayos, sino porque se hizo con gran pompa, y acompañamiento de gente, que se halló en su entierro. Finalmente, se ve claro esto ser así, por lo que dice de Jacob (*Gen.*, 50) la Santa Escritura. Y subió, dice José, a enterrar a su padre, y subieron con él todos los criados de Faraón, así los mozos como los viejos de su casa, y aun los ancianos de toda la tierra de Egipto, y toda la familia de José y sus hermanos; y luego, un poco después de estas palabras, dice: Y subieron con él los cocheros y los caballeros y gente de a caballo, y así se juntó con él un grande ejército de gente; y luego añade: Y lloráronlo con grande llanto y muy fuerte. Este llanto se dice ser solemne, no porque los Egipcios derrama-



sen muchas lágrimas, sino por demostrar la pompa y aparato que hubo en las exequias; y de esta misma manera, es cosa clara, que también fueron llorados Moisés y Aarón.

NOTA : Verdaderamente, yo no puedo alabar, como es razón, los misterios que hay encerrados en la Santa Escritura, ni acabo de admirarme del sentido divino que muchas veces hay encerrado aún en unas palabras muy sencillas. Pregunto, pues, yo, ¿qué misterio hay en lo que dice, que Moisés cuando murió fué llorado; y de Josué, varón santo, no dice más de que fué sepultado y no hay memoria de que llorasen por él? Digo, que el misterio es éste : que en Moisés, esto es, en la Ley vieja, debajo del pecado de Adán, todos estaban condenados; y como iban al Limbo, era cosa consiguiente y puesta en razón que los llorasen, según aquello que dice el apóstol : Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, y aun en aquellos también que no pecaron más en Jesús; esto es, en el Evangelio, por lo cual fué abierto el paraíso; es razón que en las muertes haya contento, pues está el cielo ya abierto y pueden ir luego a gozarlo. Pero los judíos lloran todavía sus difuntos, los pies descalzos, revolcándose en la ceniza y vestidos de un saco; y porque no falte nada de la superstición, tomándolo de la vanísima costumbre de los fariseos, el primer manjar que comen es unas lentejas, para mostrar en eso con qué manjar perdieron su mayorazgo (*Gen.*, 25); y por cierto con razón hacen estas cosas, porque no creyendo la Resurrección de Cristo, se apa-

rejan para la venida del Antecristo. Mas nosotros, que nos hemos vestido de Cristo, y según dice el apóstol (*Petr.*, 5), somos ya hechos de linaje real y sacerdotal, no es razón que lloremos nuestros difuntos, sino que nos alegremos; y dijo, dice la Escritura, Moisés a Aarón y a Eleazar y a Tamar, sus hijos, que le habían quedado (*Lev.*, 10) : Mirad, que no descubráis vuestra cabeza, ni rompáis ni rasguéis vuestras vestiduras, porque no muráis, y venga la ira de Dios sobre toda la Sinagoga : no queráis, dice, romper vuestras vestiduras y llorar como los gentiles porque no muráis. Nuestra muerte es el pecado, y lo que por ventura a alguno parecerá crueldad, más es necesario para la fe : en el mismo levítico se escribe (*Lev.*, 23) cómo era prohibido que el gran sacerdote no llegase a su padre o a su madre, ni hermanos, ni hijos difuntos; porque el ánima, que se ocupaba en ofrecer sacrificios a Dios y estaba toda en sus ministerios, no fuese impedida con alguna aflicción o ternura. ¿No echáis de ver que eso mismo mandó en el Evangelio, aunque por otras palabras? Esto quiso Cristo enseñar cuando no dió licencia al discípulo (*Luc.*, 2, *Mat.*, 8) para que fuese a despedirse de los de su casa, ni que se detuviese en dar sepultura a su padre difunto. Y en otro lugar dice de los santos : No saldrá, y no estará contaminada la santificación de su Dios, porque está ungido con aceite santo de Dios. Ciertísimamente, después que creemos en Cristo (*Luc.*, 21), y recibido el óleo de su unción, lo traemos en nosotros por la Crisma, no debemos salir

del templo; esto es, del propósito y decoro cristiano, ni ir fuera, que es mezclarnos con la incredulidad de los gentiles, sino estarnos siempre dentro, que es servir a la voluntad del Señor y cumplirla.

Todas estas cosas digo, señora Paula, porque la ignorancia de las Escrituras no os sea ocasión de autorizar vuestro llanto y parezca que erráis con alguna razón y fundamento; y aun hasta ahora he hablado con vos como si hablara con alguna cristiana de las ordinarias; mas ahora que he sabido que habéis renunciado y dado de mano a todo el mundo; y que dejadas y acocedadas las delicias y regalos del siglo, os ocupáis cada día en oración y ayunos y lección; y que a imitación de Abrahán, deseáis salir de vuestra tierra, y parentela, para que dejando los caldeos, y a Mesopotamia, entréis en la tierra de promisión; y como hayáis dado toda vuestra haciendilla o a los pobres o vuestros hijos, antes de la muerte, como muerta ya al mundo; maravillome mucho que hagáis cosas, que si las hicieran otras, nos parecieran dignas de reprensión y culpables. Si os viene a la memoria su conversión, sus halagos, plática y compañía, no podéis llevar en paciencia el carecer de estas cosas; digo, que no me maravillo, que al fin sois su madre, y así, lo que os pido, es que templéis ese dolor y sentimiento con prudencia.

Cuando pienso que sois madre, no os reprendo por llorarla; mas cuando considero que sois cristiana y monja, veo que estos nombres excluyen el nombre de madre; y así no es razón que mostréis ya el sentimiento

de tal : bien veo que se está aún fresca la llaga ; y así este mi tocamiento con que os halago, no sirve tanto de curarla como de exasperarla y renovarla ; mas lo que el tiempo ha de curar, ¿por qué no lo curará la razón luego?

III

Muchos ejemplos hay en la Santa Escritura con que podréis consolaros ; y sea el uno el de Noemí, que huyendo la hambre de su tierra, perdió, no sólo su marido, sino también sus hijos en tierra de Moab ; y siendo desamparada de los suyos, Ruth, con ser una mujer extranjera (*Ruth.*, 51), no la desamparó ni se apartó de su lado : y mirad lo que estima Dios el socorrer y consolar a la que estaba desamparada, que por esto mereció que Cristo naciese de su linaje. NOTA : Considerad bien cuántas y cuán grandes cosas pasó el santo Job (*Job.*, 1 y 2), y veréis que sois vos muy delicada, mostrando tanto sentimiento de tan pocas ; y que él, levantados los ojos hacia el cielo, entre la ruina de su casa y las penas de sus llagas, y entre las innumerables muertes y horfanidades ; y finalmente, entre las asechanzas de su mujer, estuvo con una paciencia invencible, dando gracias a Dios. Bien sé que me responderéis, que esto le vino a él, como a justo, para su probación. Escoged, pues, vos una de dos : o sois santa, y

así sois probada como tal, o sois pecadora, y así os quejáis injustamente, pues padecéis menos de lo que merecéis. ¿Mas para qué me canso en traeros ejemplos antiguos? Seguid los presentes y mirad la santa matrona Melania, verdadera nobleza de nuestro tiempo, entre los critianos, con la cual nos conceda el Señor a mí y a vos alcanzar parte en su día. Muriósele el marido, y estando aún caliente el cuerpezuelo y no estando aún enterrado se le murieron dos hijos : Pues quiero decir una cosa increíble, pero, y pongo a Jesucristo por testigo, que es verdadera : ¿Quién pensara que ella, en tal ocasión, como furiosa y fuera de sí, esparcidos los cabellos y rasgadas las vestiduras, no pusiera las manos en su mismo pecho despedazadas, como lo hacen otras? Pues estuvo tan lejos de eso, que no derramó una sola lágrima, y estuvo tan sin alteración, como si tal no pasara por ella; echándose a los pies de un crucifijo, como si lo estuviera asiendo y abrazando, se sonrió, y dijo : Ahora, Señor mío, os serviré yo más desembarazada, porque me habéis librado de tan grande carga. Decir, pues, que se dejó vencer de las demás cosas; antes se echó de ver luego claramente con más ánimo, las había despreciado y desasido de su corazón, en lo que hizo con un solo hijo, que le había quedado; y fué, que le dió cuanta hacienda tenía, y aunque entraba ya el invierno, se embarcó para Jerusalén para servir mejor al Señor.

Ea, pues, Paula, apiadaos de vos misma, apiadaos de vuestra hija, que reina ya con Cristo; y a lo menos,

apiadaos siquiera de vuestra hija Eustoquia, que aún es niña, cuya edad pequeña y niñez aún ruda y por enseñar, es encomienda con vuestro ejemplo y magisterio. Encruelécese el demonio ahora, y porque ve que una de vuestras hijas está ya triunfando, sintiendo mucho el verse hollado, querría, si pudiese, alcanzar victoria en la que os queda, viendo que la perdió en la que va delante. NOTA : Creedme, señora, que ser muy piadosa con los hijos propios y con los demás deudos y amigos, es impiedad para con Dios. Abrahán (*Gen.*, 22), no tenía sino sólo un hijo, y con gran alegría iba a sacrificarlo, por mandarlo Dios : y vos teniendo muchas hijas, ¿os quejáis de que Dios haya coronado una en su gloria?

No puedo decir sin gemidos lo que ahora quiero contar ; y es, que cuando yéndola a enterrar os desmayasteis y os tuvieron que sacar de en medio de las gentes, quedaron todos murmurando entre sí y diciendo : ¿Por ventura no es esto lo que decíamos muchas veces? Dale mucha pena ver a su hija muerta a puros ayunos, porque quisiera haberla casado, para que ya que no tuvo nietos del primer matrimonio, los tuviera del segundo. ¿Hasta cuándo se ha de sufrir en Roma este linaje detestable de monjes? ¿Cómo no los destierran y apedrean? ¿Cómo no los despeñan en ese río Tíber? Ellos engañaron a esta pobre y miserable matrona, y ahora se echa de ver claramente que jamás la pasó por la imaginación ser monja, en que ninguna mujer gentil llora jamás sus hijos como ella llora los suyos. Decidme,

Paula, ¿qué tristeza darían a Cristo estas palabras? ¡Y cómo se holgaría Satanás, que ahora se da priesa por ganar vuestra alma, o poniéndoos delante las cosas de tan piadoso sentimiento y trayéndoos delante de los ojos siempre la imagen de vuestra hija, querría con esto matar juntamente a la madre de la vencedora y luego acometer a la hermanica que quedaría desamparada! No imaginéis que lo que quiero decir ahora es por espantaros; testigo me es nuestro Señor, que como si estuviera delante su tribunal, así lo digo, para allí os cito, si no hay enmienda. Mirad, que esas lágrimas son detestables y llenas de sacrilegio y llenísimas de incredulidad, por ser sin tasa ni medida y ponerlos a peligro de muerte. Mirad, que dais aullidos y voces, y encendida como con unas hachas, cuanto es de vuestra parte, siempre sois matadora de vos misma. Considerad, pues, que estando así, entra a vos el clementísimo Jesús, y dice: Paula, ¿por qué lloráis? Mirad, que no es muerta la moza, sino que duerme. Bien sé que se reirán los circunstantes de esto, mas esta incredulidad es propia de judíos: y si acaso quisieréis ir al sepulcro de vuestra hija y buscarla allí, el ángel del Señor también os reprehenderá, diciendo: ¿Por qué buscáis a la que vive en compañía de los muertos? Porque María Magdalena había hecho esto después que conoció la voz del Señor (*Luc.*, 24) que hablaba con ella, arrojándose a sus pies, oyó que le dijo (*Joan.*, 20): No me toques, porque no he subido aún a mi Padre. Como si dijera: No mereces tocar al que ha resucitado, porque pensabas que estaba

muerto en el sepulcro. ¿Qué tormento pensáis que causáis ahora a vuestra pobre Blesilla? ¿Y qué cruces pensáis que padece por ver a Cristo airado, algún tanto contra vos? Parece que, viéndoos llorar, da voces y dice: Madre mía, si en algún tiempo me tuvisteis amor, y si recibí leche de vuestros pechos y fuí enseñada con vuestras amonestaciones, hacedme placer de no tener envidia de mi gloria, ni hacer cosa por la cual estemos apartadas para siempre. ¿Pensáis que estoy sola? Pues os engañáis mucho, porque en lugar vuestro tengo por madre a María, madre de mi Señor Jesucristo; y a muchas veo aquí que antes no las conocía: ¡oh cuánto mejor es esta compañía! Aquí tengo por compañera a Ana, la que en otro tiempo profetizó en el Evangelio (*Luc.*, 2); y para que más os alegréis, lo que ella granjeó en tantos años, yo lo alcancé en tres meses; y así hemos recibido la misma palma de castidad. NOTA: Tenéisme lástima, porque partí de este mundo; pues yo la tengo de vosotros y de vuestra triste suerte, por veros aún encerradas en la cárcel del siglo, y que peleando cada día unas veces os derriba la ira y otras la avaricia, y ya el apetito deshonesto, y ya los incentivos de diferentes vicios os llevan arrastrando a dar una grande caída. Si queréis parecer mi madre, procurad agradar a Cristo, porque yo no conoceré por tal a la que desagrada a mi Señor. Estas cosas, y otras muchas que callo, dice ella, que está rogando por vos al Señor. Y para mí, como estoy seguro y cierto de su gloria y buena voluntad, alcanza perdón de mis pecados, reconociendo y

agradeciendo que la amonesté, exhorté, persuadí y recibí sobre mí la envidia y enojo de sus parientes, a trueco que ella se salvase y fuese libre. Así, que mientras el alma rigiere este mi cuerpo, y mientras me durare el curso de esta vida, os prometo, doy mi palabra, y aseguro, que jamás cesará mi lengua de loarla y engrandecerla, y dedicarla mis trabajos. Para ella sudará y trabajará mi ingenio, y no habrá plana en mis libros en que no se halle el nombre de Blesilla; y donde quiera que fueren los trabajos de lo que yo hablaré y escribiere, ella irá allá peregrinar con mis opúsculos; y si leyeren mis libros las doncellas y las viudas, o las monjas o los sacerdotes, todos echarán de ver que la tengo fija en mi alma: y la memoria eterna que de ella habrá recompensará el breve espacio que vivió en esta vida; y la que ahora vive con Cristo en los cielos, vivirá también en la boca de los hombres: pasará esta edad presente y seguirse han luego otros siglos, que juzgarán sin afición, ni envidia, que digo verdad; y entre el nombre de Paula y el de Eustoquia, estará puesto en medio, y nunca jamás morirá en mis libros, oirme ha hablar siempre con su madre y con su hermana.



EPÍSTOLA XVIII

Para Marcela, en que loa mucho la muerte de una santa mujer llamada Lea, abadesa de un monasterio, haciendo comparación de ella a la de un hombre infiel, señalado por cónsul, que murió a la misma sazón, y mostrando cuán grande diferencia hay entre la muerte de los santos y la de los infieles.

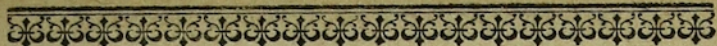
OMO yo hubiese comenzado hoy casi a las tres a leer el salmo setenta y dos, que es el principio del tercero libro, y me fuese forzoso enseñar que una parte del mismo libro pertenecía al fin del libro segundo y otra al principio del tercero y que aquellas palabras : Faltaron los himnos de David, hijo de Jefsé, eran fin del primero; pero aquellas : Salmo de Asas, eran principio del siguiente y hubiesen llegado hasta aquel lugar, en el cual dice el justo : Si decía, contarle he de esta manera : Mirad, Señor, que reprobé la generación de vuestros hijos : las cuales palabras no están así expresadas en los libros latinos,

me fué hecho saber de repente, que había salido del cuerpo mortal el ánima santísima de Lea; y luego allí se me representó como vos, señora Marcela, os pusisteis descolorida y triste; porque verdaderamente hoy hay pocas o ninguna ánima, que viendo quebrarse este vaso de barro, no se entristezcan; y yo sé cierto que no recibisteis pena porque no supieseis lo que había de suceder, sino por no haberle hecho las honras tristes que quisierais. Finalmente, en medio de las pláticas del que trajo la nueva, supe también cómo sus reliquias habían sido llevadas a Ostia. Pero diréisme, señora, ¿que a qué propósito digo estas cosas? Respondo con las palabras del apóstol (*Rom.*, 2), que vienen muy a cuenta: Lo primero, porque nos debemos holgar todos, y dar el parabién a la que haya recibido la corona de la seguridad, habiendo acoceado al demonio. Lo segundo, para contar su vida brevemente. Y lo tercero, para enseñar que aquel murmurador de los de sus siglos, que estaba ya señalado por el cónsul y murió a la misma sazón, está ardiendo en los infiernos. Y cuanto a lo primero, ¿quién habrá que pueda loar, como es razón, la vida y santa conversión de nuestra Lea? ¿Quién podrá decir cuándo de veras se convirtió toda al Señor? Aunque ya se echa de ver que mereció ser prelada de su monasterio y madre de tantas y tan santas hijas y vírgenes de Cristo. NOTA: Y aunque en el siglo había usado de vestidos muy blandos y regalados, en el monasterio domó sus carnes con un áspero cilicio; y era tan continua y fervorosa en la oración, que se le

pasaban las noches enteras en ella y enseñaba a sus compañeras y súbditas, más con ejemplo que con palabras. Su humildad fué tan profunda y con tanta sujeción a sus mayores, que la que en otro tiempo fué señora de muchos, ahora parecía criada y sierva de todos; aunque por esto era más sierva de Cristo, por humillarse tanto, que no se tenía por señora de los hombres. Su vestido era sin curiosidad; su comida, vil y pobre; de su cabeza no tenía ningún cuidado, pero procedía con tanta cordura, que haciendo todo lo que debía, huía la ostentación y vanidad de cada una de las cosas, porque no le pagasen en esta vida el premio y galardón de ellas. Ahora, pues, goza de la bienaventuranza eterna, por el breve trabajo que aquí padeció y es recibida en los coros de los ángeles, y regalada en el seno de Abrahán; y en compañía de Lázaro, pobre en todo tiempo, ve que el rico vestido de púrpura y el cónsul, que aún no había recibido la palma, sino que está negro y atezado, piden y buscan una gotilla de agua con que tocar el dedo meñique. ¡Oh cuán grande trueco, y mudanza de cosas! Aquel, que pocos días antes llevaba delante de sí los hombres de mayor dignidad, y que cuando subía al Capitolio iba tan acompañado que parecía triunfaba de los enemigos, que había sujetado, y al cual el pueblo romano recibió en otro tiempo con grande aplauso y regocijo, en cuya muerte toda la ciudad se movió e hizo sentimiento; ahora desconsolado y desnudo está aposentado, no como su desdichada mujer miente, en un palacio del cielo, lleno de placer,

sino en unas tinieblas tristes y sucias. Mas esta difunta, que estaba encerrada en una celdilla y parecía pobre y sin bienes, cuya vida era tenuta por locura y desatino, sigue ahora a Cristo, y dice (*Ps.*, 74, *Mat.*, 10, *Mar.*, 6, *Luc.*, 9) : Todas las cosas que oímos, las hemos visto de la misma manera en la ciudad de nuestro Dios. Por lo cual yo amonesto a todos, y ruego gimiendo y llorando, que mientras corremos la carrera de esta vida, no vamos vestidos con dos túnicas; quiero decir, que no tengamos vestida la fe de dos maneras; ni seamos agravados con calzado de pieles, que son las obras muertas, y que no carguemos tanto la alforja de las riquezas, que nos incline a la tierra; ni busquemos el favor de la vara, que es la potencia secular; y que no queramos tener a Cristo y al siglo juntamente, sino que en lugar de las cosas breves y caducas, entren las eternas : pues que cada día nos vamos muriendo según el cuerpo, no pensemos que somos perpetuos en lo demás, para que de esta manera podamos ser perpetuos.





EPÍSTOLA XIX

Para Pammachio, que fué yerno de santa Paula, casado con Paulina su segunda hija, la cual murió; y él, viéndose viudo, se entregó todo al servicio de Dios y comenzó a hacer vida religiosa, y para esto dió toda su hacienda a pobres y a un hospital que había edificado en el puerto romano. Consué-lalo el santo de la muerte de su mujer y lóala a ella y persuade a Pammachio que persevere en su santo propósito con grande contradicción y elocuencia y que se vaya a vivir en Belén con su suegra y cuñada.



Si cuando una herida está ya sana y ha comenzado a encorecer por encima de la señal, que llaman cicatriz, la Arte de la medicina pretende con medicamentos darle color como a lo demás, sucede muchas veces, que por darle hermosura, reprueban el dolor de la llaga. Así ahora, siendo yo consolador tardío, por haber callado dos años, sin

sazón, temo hablar más sin sazón, y manoseando la llaga que hay en vuestro pecho y que con el tiempo y con vuestro buen juicio y razón, creo está ya curada, renovarla, haciendo de ella de nuevo mención; porque ¿qué oídos puede haber en el mundo tan duros y qué entrañas cortadas de algún pedernal y criadas con leche de tigres, aunque sean de aquellas que se crían en Hircania la de Asia, que puedan oír el nombre de vuestra mujer Paulina sin derramar muchas lágrimas? ¿Y quién habrá, que con ojos enjutos y serenos pueda ver marchitarse una rosa cuando se abre, y un racimo como un pezón, cortado antes de tiempo y sin sazón; antes que haga aquel círculo redondo como canastillo, y que se extiendan sus hojas con toda gallardía y majestad? Quebrado se nos ha una preciosa margarita, y hecho se nos ha pedazos una verde esmeralda que iba creciendo como yema. *NOTA : La enfermedad nos enseña cuán grande bien encierra en sí la salud; y más echamos de ver y sentimos la falta de la cosa que tuvimos después que la dejamos de tener (Luc., 8).* Tres frutos diversos en número hemos leído que llevó aquel campo de la buena tierra, uno de a ciento y otro de a sesenta y otro de a treinta: pues yo reconozco tres premios de Cristo en tres mujeres parientas y conjuntas, no sólo con la sangre, sino también con la virtud; porque Eustoquia coge las flores de la virginidad, y Paula trilla la era seca y trabajosa de la viudez, y Paulina guarda la cama del matrimonio con toda castidad. Y así la madre adornada y sostenida con tan buena compañía de hijas, apropia

para sí en la tierra todo lo que Cristo prometió en los cielos. Y para que una misma casa enviase delante un coche con cuatro ruedas de santidad y los varones correspondiesen a las virtudes de las mujeres, es añadido por su compañero de ellas Pammachio, que es el verdadero querubín de Ezequiel (*Ezeq.*, 10 y 11) (por su mucha ciencia), pariente y yerno y marido, y por mejor decir, hermano amantísimo : porque la santa compañía del espíritu no guarda los bocados de las bodas.

Jesucristo es el que preside y guía este coche; y de estos caballos hablaba Abacuc (*Abac.*, 3), cuando dijo : Subid, Señor, sobre vuestros caballos, porque el ir vos en ellos será salud. Y aunque vais caminando con paso desigual, el ánimo es igual y el deseo de servir a Cristo y ganar la palma, es uno mismo en todos. Los caballos son de diversos colores, mas concuerdan en la voluntad, y así tiran de un mismo yugo sin esperar el azote del cochero, porque con sólo el grito de su voz caminan con gran brío. Pero digamos también alguna cosa a nuestro propósito, de lo que dicen los filósofos. Los estoicos pintan cuatro virtudes trabadas y asidas entre sí unas con otras, de tal manera, que el que carece de una, es imposible tener las demás y así carece de todas ellas; y éstas son la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza; pues éstas todas las tiene cada uno de vosotros, de tal manera, que en cada una sois tan eminentes y aventajados, como si no tuvieseis más de aquella.

La Prudencia resplandece en vos, la Justicia en la madre, la Fortaleza en la virgen, y en la casada la Tem-

planza. Porque, ¿quién puede ser más sabio y prudente que el que despreciando la locura del mundo siguió a Cristo, que es virtud de Dios y sabiduría suya? ¿Y quién más justo, que la madre, que distribuyendo sus riquezas entre sus hijos, demostró menospreciándolas lo que debían ellos amar? ¿Y qué cosa más fuerte que Eustoquia, que con el estado virginal que ha escogido hizo pedazos las puertas de la nobleza, y la arrogancia y soberbia que podía tener por descender del linaje consular; y fué la primera, que en Roma sujetó el primero y más noble linaje a la calidad guardándola ella? ¿Y qué cosa más templada puede haber que Paulina, que leyendo aquello del apóstol : Las bodas son honradas y la cama sin mácula; no atreviéndose a apetecer la facilidad de su hermana virgen, ni la continencia de su madre, quiso más caminar que las cosas más bajas, y camino más llano del matrimonio con seguridad, que andar con peligro y deslizar y caer por camino más alto y eminente? Aunque después que una vez se vió casada, ninguna otra cosa pensaba de día y de noche, sino cómo, en teniendo fruto del matrimonio, abrazaría el segundo grado de castidad y limpieza; y cómo, siendo (aunque mujer) guía de tan gran hecho, persuadiría lo mismo a su marido, no dejando el compañero de su salud en el camino, sino aguardándolo (*Vigil.*). Y viendo cuando malparía, muchas veces, que no era estéril, como otras muchas, no desconfió tenerlos; y anteponiendo el deseo de su suegra y la tristeza de su marido a su delicadeza y flaqueza, padeció algo de aquello de

Raquel (*Gen.*, 35); y en lugar del hijo de dolor y de la diestra, que parió la otra, parió ella un varón heredero de su deseo. Y yo he sabido de personas muy fidedignas, que ella no quiso ni deseó seguir aquella sentencia de Dios, que dice : Creced, y multiplicaos, y llenad la tierra; ni ocuparse en el oficio y actos del matrimonio, sino que solamente deseaba hijos para parir vírgenes y ofrecerlas a Cristo en su servicio. Leído hemos también, que la mujer de Finees, sacerdote, oyendo la cautividad del arca del Señor (*Gen.*, 1 y 9), con un súbito y repentino dolor de vientre, parió un hijo, que se llamó Ycabod (*Reg.*, 4), y luego, allí entre las manos de las que le ayudaban y servían, juntamente con parir el hijo, dió su alma a Dios. De la primera nació Benjamín, que quiere decir hijo de la virtud y fortaleza, y de la mano derecha; y de la segunda nació un sacerdote muy notable y señalado, que tomó nombre del sobrenombre del arca. A nosotros, después de la muerte y sueño de Paulina, nos ha la Iglesia, nuestra madre, dado a Pammachio monje, nació después de su muerte, patricio por la nobleza del padre de su mujer y rico por las limosnas que ha dado, y muy excelente por ser tan humilde. Escribiendo el apóstol San Pablo a los de Corinto (*Cor.*, 2), dice : Hermanos, abrid los ojos y considerad vuestra vocación y llamamiento, porque no son muchos los sabios, ni muchos los nobles. Esto pedían los principios de la Iglesia, cuando nacía y se fundaba; y así fué necesario que se hiciese cuando comenzaba, para que el granito de mostaza fuese creciendo poco a poco

y haciéndose árbol : y para que la levadura del Evangelio (*Marc.*, 4) sin ser sentida levantase más alto toda la mesa de la Iglesia (*Ruc.*, 13, *Corint.*, 5). Mas ahora en nuestros dichosos tiempos, sola Roma posee lo que antes no se conocía en todo el mundo; porque antes había muy pocos sabios y pocos poderosos y pocos nobles que fuesen cristianos : y ahora hay muchos monjes sabios, poderosos y nobles, y entre todos mi Pammachio es el más sabio, más poderoso y más noble, grande entre los grandes y primero capitán de los monjes. Tales son los hijos que Paulina nos dejó con su muerte, y tales los que había deseado poseer cuando vivía. Alé-grate, ¡oh estéril ! que no pares; rompe y da voces tú, que no sientes dolores de parto; porque tantos hijos has engendrado de repente cuantos son los pobres necesitados que hay en Roma : y las piedras preciosas con que antes eran adornados tu cuello y tu rostro, ahora se han convertido en mantenimiento y hartura de ellos. Y las vestiduras de seda y brocado se han tornado en vestidos blancos de lana, con que se desecha el frío del cuerpo y no con que se descubra la ambición y vanidad del alma; y así, consume ahora la virtud aquella grande recámara que no servía antes sino para deleites. Aquel ciego, que extiende la mano para que le den limosna, no habiendo allí muchas veces quien se la dé, es heredero de Paulina y juntamente heredero con Pammachio. Al otro, cojo y sin pies, y que anda arrastrando con todo el cuerpo, ya lo sustentan las manos de esta delicada señora; y las puertas, que en otro tiem-

po vomitaban una infinidad de gente que venían a visitarla y hacer sus cumplimientos, ahora están rodeadas de pobres y necesitados. Allí veréis un hidrópico, tan hinchado el vientre, que parece está expirando y peleando con la muerte. Allí veréis también un mudo, y sin lengua, que no tiene aún con qué rogar que le socorran, y por el mismo caso, que no tiene con qué rogarlo, lo ruega más. Otro hay, que habiéndole mancado y debilitado desde niño, no pide para sí la lismona. Otro, que podrido con una enfermedad de ictericia, parece que está ya muerto y sólo vive en el alma, estando su cuerpo muerto (*Vigil.*). Finalmente, si yo tuviera cien lenguas y otras tantas bocas, no bastaran para contar las penas de los pobres que allí acuden, y con este ejército va acompañado. En éstos sustenta a Cristo y lo regala; y con las manchas de éstos se pone él más blanco, de esta manera va caminando al cielo con mucha prisa este tesorero de los pobres, remediador de los necesitados.

Los otros maridos suelen derramar sobre los túmulos de sus mujeres difuntas, rosas, violetas y lirios, y otras flores de color de púrpura; y con estos oficios y ejercicios, mitigan el dolor de su pecho. Mas nuestro Pammachio no va por este camino, sino que en lugar de estas cosas, riega aquella santa ceniza y aquellos huesos venerables de su Paulina con el bálsamo de limosna: y con estas confecciones y olores, regala las cenizas que reposan; porque sabe que está escrito (*Ecles.*, 3): Así como el agua apaga el fuego, así la limosna ahoga

el pecado. El glorioso San Cipriano escribió un gran libro de las excelencias de la misericordia y de sus grandes fuerzas, y del gran premio que Dios ha de dar a los limosneros. Y el consejo de Daniel lo prueba; el cual dijo a impiísimo rey (*Dan.*, 4) : Que si le oía y hacía limosnas, se salvaría con el sustento de los pobres : también se alegra la madre Paula con ver que su hija deje tal heredero como éste, y no le pesa, como a otras, que sus riquezas hayan venido a tercera persona, porque ve que se dan a los mismos que ella quiso que se distribuyesen, antes se alegra de ver que sus deseos se cumplan sin tomar ella trabajo, porque no hay en ello disminución de la hacienda, sino mudanza de despensero.

II

¡Quién jamás creyera tal cosa ! ¿Un biznieto de los cónsules, y honra de la generación de Turiano, había de andar vestido con una túnica negra entre la púrpura de los senadores? No se había de correr que le viesen así sus compañeros, sino reírse de los que de él se riesen. *NOTA : Una vergüenza y confusión hay que es causa de muerte ; y otra que es causa de vida. La primera virtud, pues, que ha de tener un monje, es no hacer caso de los dichos y juicios de los hombres, y acordarse siempre de lo que dice el apóstol (Galat., 1, Ezeq., 3, Jerem., 1) : Si*

aún pretendiese agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo. Otra cosa semejante a ésta dice Dios hablando con sus profetas : Que puso su rostro como una ciudad de metal y como una piedra de diamante y como una columna de hierro, para que no temiesen ni se espantasen de las injurias de su pueblo, sino que menospreciasen la desvergüenza de los escarnecedores con una frente serena y grave. Los hombres nobles y ahidalgados más fácilmente se vencen con la vergüenza que con el miedo, y los que no se rinden con los tormentos, algunas veces lo hacen con el empacho. No es caso de poca consideración y estima que un varón noble, elocuente y muy rico, huya en las plazas la compañía de los poderosos y se mezcle con la gente común y se llegue a los pobres y gente rústica, y de príncipe hacerse hombre vulgar y común; pero cuanto es más humilde, tanto es más ensalzado y excelente (*Reg.*, 2). La piedra preciosa, o margarita, entre las cosas viles y sucias resplandece, y el resplandor de la perla purísima, aunque esté en medio del lodo, despide de sí rayos de luz. Esto es lo que Dios prometió cuando dijo : Yo honraré a los que me honran. Otros pretenderán esto de las cosas por venir y de premio futuro cuando la tristeza se convertirá en gozo y alegría; y acabándose el mundo no se acabará la corona de los Santos. Mas yo aun en esta vida veo que se cumplen las promesas de los Santos. Porque antes que Pammachio sirviese a Cristo de todo corazón, era conocido en el senado; pero otros muchos tenían insignias de procónsules, que al fin

todo el mundo está lleno de semejantes hombres; él era el primero entre los primeros y el más principal entre los principales; precedía a otros en dignidad, mas otros le precedían a él. NOTA : *Por grande y esclarecida que sea la honra, se estima en poco cuando el vulgo la alcanza y gozan de ella todos; y entre hombres cuerdos, por el mismo caso, muchos que indignos poseen la dignidad la tienen en menos, y así dijo Tulio discretamente hablando de César : Cuando quiso, dice, honrar a ciertos hombres, no los honró, sino afrentó los mismos ornamentos ; mas ahora, después que Pammachio se ha humillado y escogido esta manera de vida, todas las iglesias de Cristo hablan de él y no tratan sino de sus cosas ; y el mundo, que cuando era rico no le conocía, ahora le reverencia y se admira de él siendo pobre. ¿Qué cosa hay más ilustre que el consulado? Pues honra es que no dura más de un año, y en sucediendo otro, acaba el primero. Muchas coronas están ya escondidas en la muchedumbre porque son muchos los coronados y vencedores, y muchas veces los triunfos son afeados con las manchas de los triunfadores. Lo que antiguamente se daba por manos de los patricios y solamente lo poseía la gente noble; y aun al cónsul Mario, vencedor de Numidia y de los Teutones y Cimbros, lo tenían por indigno de ello por ser de bajo linaje; y lo que Escipión después de muchos años de trabajos mereció por su valor y virtud, ahora se da por sólo ser soldado y sólo ellos lo alcanzan; y ya vemos rodeados de una guirnalda resplandeciente a hombres que poco ha estaban trabajando en el campo*

como gañanes. Luego más recibimos nosotros de Dios que le dimos; pequeñas cosas dejamos y grandes las poseemos. Y así se pagan las promesas de Cristo (*Mat.*, 15), con ganancia bien doblada. En este campo sembró antiguamente el patriarca Isaac (*Gen.*, 26), que estando aparejado para morir llevó la Cruz evangélica antes del Evangelio : Si quieres, dice, ser perfecto, ve y vende todas las cosas que posees y dalas a los pobres, y ven y sígueme (*Mat.*, 19) : Si quieres, dice, ser perfecto, porque todas las cosas grandes se dejan al albedrío y voluntad de los oyentes, por esto el apóstol (*Cor.*, 7) no pone precepto de la virginidad; porque el Señor tratando de los eunucos que se privaron de los deleites de la carne, íntimamente concluyó diciendo (*Rom.*, 9) : El que puede alcanzar cosa de tan grande halago; porque no está en manos del que quiere ni del que corre, sino en las de Dios que se apiada de nosotros : Si quieres, dice, ser perfecto, no te obligan a ello porque la voluntad merezca alcance su premio : pues si queréis ser perfecto y deseáis ser lo que fueron los profetas y los apóstoles y lo que es Cristo, vended, no parte de vuestra hacienda, porque el temor de la pobreza no os sea ocasión de infidelidad y así perezcáis con Ananías y Safira (*Act.*, 5), sino todas las cosas que poseéis; y cuando las hayáis vendido, dadlas a los pobres, no a los ricos y soberbios, y dad con que se remedie la necesidad (*Cor.*, 9), y no con que se acrecienten las riquezas; y cuando hubiereis leído aquello del apóstol (*Tim.*, 6) : No echarás bozal al buey que trilla; y lo otro : Digno

es el jornalero de su salario y los que sirven al altar razón es que participen de él. Acordaos también de aquella sentencia del mismo : Teniendo comida y vestido, con esto estamos contentos. Y así, donde vieis vahear las cazuelas (*Tim.*, 6) y platos grandes, y cocer los faisanes a fuego manso y que hay bolsa, y caballos pequeños, briosos para ruar, y pajecitos con copetes, vestiduras ricas y tapicerías pintadas, ahí más rico es el que ha de recibir la limosna que el que la ha de dar. No la deis a esos tales, porque os hago saber que es alguna manera de sacrilegio dar lo que es de los pobres a los que no lo son. Y mirad que no basta al varón perfecto y consumado menospreciar las riquezas y disipar el dinero y arrojar lo que en un momento se puede destruir o perder y tornarse a hallar ; porque aun allá lo hizo Crates, el Tebano, y también Antístenes y otros muchos que leemos fueron viciosísimos, no obstante eso. A más está obligado y más ha de hacer el que es discípulo de Cristo que un filósofo amigo de vanagloria y viento popular o un esclavo que se venderá por alcanzar fama y que lo estimen en algo ; a vos no os basta menospreciar las riquezas si juntamente con eso no seguís a Cristo : y lo sigue aquel que da de mano a los pecados y toma por compañeras las virtudes.

NOTA : Ya sabemos que Cristo es sabiduría y que es tesoro inestimable (*Mat.*, 13, *Deut.*, 21, *Jer.*, 17) ; nace en el campo fértil y abundoso de las Santas Escrituras, y que esta perla preciosa se compra con muchas margaritas ; pero si amaréis la mujer cautiva, esta es la sabiduría

seglar, y os aficionaseis a su hermosura, raed la cabeza y cortad aquella deshonesta compostura de sus cabellos con las palabras afectadas, y también las uñas muertas, y lavadla con el salitre del profeta (Cant., 2), y entonces, descansando con ella, decid : Su mano izquierda está debajo de mi cabeza, y su mano derecha me abrazará ; y hecho esto os dará la cautiva muchos hijos y de Mohabita se hará Israelita. Cristo Nuestro Señor es nuestra santificación, sin la cual ninguno puede ver la cara de Dios. Cristo es nuestra redención y él mismo es nuestro Redentor y nuestro precio. Cristo es todas las cosas para que, el que dejare todas las cosas por él, halle una cosa por todas, y pueda dar voces y decir libremente (*Salm., 15*) : El Señor es mi parte. Yo sé que estáis encendido con las doctrinas divinas y que no hacéis lo que algunos atrevidos y temerarios, que es enseñar lo que no sabéis, sino que aprendéis muy bien primero lo que habéis de enseñar ; vuestras cartas, aunque son llanas y sin artificio, huelen a los profetas y tienen sabor de los apóstoles : y no apetecéis la elocuencia hinchada y fanfarrona ni amontonáis en cada cláusula sentenzuelas agudas, para mostraros sabio, como lo hacen los muchachos : la espuma hinchada presto se desaparece, y la gordura, por grande que sea, es contraria a la salud ; bien sabida es aquella sentencia y dicho de Catón que dice : harto presto se hace lo que se hace bien. *NOTA :* Aunque yo en otro tiempo, siendo mozuelo, me ref de ello, oyendo decir a un perfecto y consumado orador en una prefacioncilla : Bien creo os acordaréis del error

común que todos teníamos cuando en el teatro y junta de estudiantes a una daban voces diciendo : Har-to presto se hace lo que se hace bien. Dichosas, dice Fabio, serían las artes si los artífices que las entienden juzgasen de ellas; porque no puede entender al poeta ni juzgar de él, sino quien sabe hacer versos y sus pies y medidas; y a los filósofos tampoco los puede entender sino quien sabe la variedad de las sentencias y doctrinas que hay entre ellos. Las obras de manos y arquitecturas que están patentes a los ojos, mejor las juzgan los oficiales de ellas que los demás. Pues en esto veréis cuán duro y trabajoso es nuestro estado y oficio, que hemos de pasar por lo que el vulgo juzgare y hemos de tener en la turba y muchedumbre de muchos, al que estando solo lo despreciáramos sin hacer de él caso ninguno.

Esto he tocado así de paso para avisaros que en lo que hiciereis, contentándoos con el juicio y parecer de los doctos, no hagáis mucho caso de lo que dijeren los ignorantes de vuestro ingenio y habilidad; sino que bebáis cada día la médula de los profetas como dedicado a las cosas de Cristo y consagrado a las de los patriarcas; ora leáis, ora escribáis, ora veléis o dur-máis, siempre el amor de Dios toque a vuestros oídos con su bocina : esta trompeta despierte vuestra ánima (*Cant.*, 3 y 5), y alborozado con este amor, buscad en vuestra cama al que desea vuestra alma y decid con gran confianza : Yo duermo, mas mi corazón está en vela; y cuando lo hubiereis hallado y asido, no lo

dejéis de las manos; y si por estar dormitando se os deslizare un poco, no desconfiad luego (*Cant.*, 2, *Cant.*, 1 y 4): salid a las plazas y conjurad a las hijas de Jerusalén, y hallaréis que se está en el mediodía cansado y embriagado y humedecido con el rocío de la noche, entre las manadas de los compañeros, entre los vanos perfumes aromáticos y entre las manzanas del paraíso: dadle ahí vuestros pechos y mame ahí de vuestro pecho erudito, y repose entre las dos suertes del ala de la paloma plateada cuyo interior tiene un resplandor de oro (*Salm.*, 67, *Isaí.*, 7, *Genes.*, 18). Este niño pequeño que engorda con leche y miel y se cría entre los montes llenos de queso, presto crece y se hace mancebo, y con ligereza despoja en vos los enemigos y temprano roba a Damasco y vence al rey de los Asirios.

III

Dícheme han que habéis edificado un hospital en el puerto romano para recibir los peregrinos; y que habéis plantado en la ribera de Italia una vara o báculo del árbol de Abrahán; y que, como el famoso capitán Eneas, sentáis ahí nuevos reales; y que sobre las ondas del río Tíber, donde él en otro tiempo, forzado de la necesidad, no perdonó a los mendrugos de su hado y a las mesas en que estaban los pedazos, vos edificasteis

vuestra aldehuela en Belén, esto es, una casa de pan; y recompensáis la hambre larga con la hartura repentina. Alegraos, amigo Pammachio, que cierto pasáis (*Alias a nuestros principios, y estando en el sumo grado*) de los principios, y que tenéis ya el estado más alto y que llegáis de la raíz a la cumbre : y siendo el primero entre los monjes, en ciudad más principal del mundo, imitáis al primer patriarca Loth, que quiere decir : el que se aparta escoja los campos amenos y, según la letra de Pitágoras, siga las cosas más fáciles y de la mano izquierda. Mas vos con Sara aparejad vuestra sepultura en lo más alto y lleno de peñascos, y que esté también cerca de la ciudad de las letras; y destruídos los gigantes, hijos de Enachín, reciba vuestra heredad, el gozo y la risa (*Genes., 23, Josué, 15, Numer., 13*). Rico era por cierto Abrahán en oro y plata, ganados, posesiones y vestidos, y tenía tan gran familia que, viniéndole una nueva a deshora, pudo armar un ejército de solos los mancebos escogidos de su casa; y alcanzando en Dan a cuatro reyes (*Genes., 14 y 18*), de los cuales habían huído otros cinco, matáronlos; y con todo eso, después de haber ejercitado tan frecuentes oficios de hospitalidad, porque no desechó a los hombres, mereció recibir a Dios. NOTA : No encomendaba por cierto el servir a los huéspedes, a los esclavos ni a sus criadas, ni disminuía el bien que ejercitaba por hacerlo con manos ajenas, sino como si hubiera hallado un gran despojo, sólo él y su mujer Sara ejercitaban la obra de caridad. Él mismo lavó los pies a los huéspe-

des y él mismo trajo en sus propios hombros una ternera gruesa de la manada; y cuando los peregrinos estaban comiendo, estuvo él en pie como si fuera uno de sus criados, y puso en la mesa los manjares que Sara había guisado con sus propias manos no habiendo de comer de ellos. Estas cosas os amonesto, hermano carísimo, con la piedad que os amo, para que no solamente ofrezcáis a Cristo vuestro dinero, sino también a vos mismo en hostia viva santa y agradable a Dios, porque vuestro servicio sea conforme a razón; y que imitéis al Hijo de Dios (*Rom.*, 11), que no vino a ser servido, sino a servir; y lo que había hecho el santo patriarca con los peregrinos y extranjeros, eso mismo hizo el que era Maestro y Señor con sus discípulos (*Mat.*, 20) y siervos. Piel por piel y todo lo que un hombre posee puede dar por conservar su vida: mas tocadle, dice el demonio, en sus carnes y veréis si no os maldice a la cara (*Joan.*, 13). Bien sabe nuestro adversario antiguo que es mayor y más dificultosa la pelea que traemos sobre la continencia que la que traemos sobre el dinero: con gran facilidad desechamos lo que cae sobre nosotros, pero la guerra interior es más peligrosa sin comparación y más incierta la victoria. Las cosas conjuntas y pegadas, despegámoslas fácilmente; mas las que están unidas y trabadas, es menester descoserlas. Zacheo, rico era, y los apóstoles pobres (*Luc.*, 19); el primero restituyó cuatro veces doblado lo que había robado y dió a los pobres la mitad de la hacienda que le había quedado: y recibió a Cristo por su huésped y

así dió Dios salud a su casa; y con todo eso, porque era pequeño y no podía igualarse con la altura de los apóstoles, no fué del número de ellos; mas los apóstoles, en cuanto a las riquezas, no dejaron nada porque no lo tenían; mas cuanto a la voluntad, dejaron todo el mundo juntamente. Si ofreciéramos a Cristo las riquezas con el ánima juntamente, de muy buena gana las recibirá; pero si ofrecemos a Dios lo exterior y damos al demonio lo interior, no es igual la partija y diezmos; ¿por ventura si ofreces bien y no partes bien, no pecaste? Mirad con mucho cuidado que por ser el primero que del linaje de los patricios se ha hecho monje, y ser el primero entre los primeros monjes, os ensoberbeczáis; antes os debe ser ocasión de humildad sabiendo que el Hijo de Dios, siendo quien era, se hizo hijo del hombre; pues por más que vos os humilléis, no seréis más humilde que Cristo : porque dado caso que andéis descalzo y vestido de una ropa pobre y negra, y os igualéis a los mismos pobres, y entréis de buena gana y con mucha afabilidad en los aposentillos de los pobres y necesitados, y sirváis como Job (*Job*, 29), de ojos a los ciegos y de manos a los mancos y de pies a los cojos, y vos mismo traigáis el agua a cuestras y cortéis la leña y compongáis el hogar : todo eso es muy poco mientras no padecéis prisiones y bofetadas y salivas y azotes y cruz y muerte por Cristo; y cuando hayáis hecho todo lo que dije, vuestra cuñada Eustoquia y vuestra suegra Paula os hacen conocida ventaja, si no en las obras, al menos por ser mujeres. Yo no estaba en Roma, sino

en el yermo, de donde pluguiera a Dios no hubiera salido, cuando viviendo aún vuestro suegro Toxocio, ellas hacían vida seglar; pero he sabido por cosa muy cierta, que las que no podían entonces sufrir las inmundicias de las calles eran llevadas en las manos de sus eunucos y escuderos; y si el suelo no estaba muy llano no lo podían andar sin mucha pesadumbre, y la vestidura de seda les era muy pesada, y el calor del Sol les parecía un gran incendio; ahora, vestidas pobremente y con unos vestidos manchados y negros, o de luto, en comparación de los que solían llevar, más fortalecidas, o aderezan los candiles y lámparas, o barren el suelo de la casa y limpian las legumbres que se han de comer, y echan los navejuelos de la hortaliza en la olla, cuando hierve, o ponen las mesas y dan los vasos para beber, y cocinan o sacan los manjares de las ollas, y andan discurrendo de una parte a otra como las más mínimas criadas; y con tener en su compañía una infinidad de doncellas a quien mandar estas cosas, no lo hacen porque no las lleven ventaja en el trabajo corporal aquellas a quien ellas la hacen en la virtud, fortaleza de ánimo. Estas cosas os digo, amigo Pammachio, no porque dude en manera ninguna del fervor de vuestra alma, sino por alentar más y poner más brío al que corre, y por acrecentar el fervor del que veo que pelea fuerte y varonilmente con mi aliento y favor. Yo he edificado en esta provincia un monasterio y cerca de él un mesón (*Luc.*, 23), porque si acaso vinieren a Belén José y la Virgen, no dejen de hallar posada;

pero acuden tantas y tan grandes compañías de monjes de todas las partes del mundo, que nos ahogan de tal suerte que ni podemos dejar de llevar adelante la obra y fábrica comenzada, ni bastan nuestras fuerzas para ello : y porque casi me ha sucedido aquello del Evangelio (*Luc.*, 14), que no tanteé bien lo que costaría la torre que quería edificar, me ha sido forzoso enviar mi hermano Paulino a nuestra patria para que venda las riquezas y caserías que nos dejaron nuestros padres, las cuales escaparon de las manos de los bárbaros medio arruinadas y abrasadas, y junto con ellas las demás rentas que nos pertenecen; porque dejar así la obra comenzada para servicio de Dios y bien de los santos, no sea ocasión de reir y mofar a los maldicientes y envidiosos. En el fin de esta carta me he acordado que falta a vuestro coche la quinta persona, que es Blezilla, olvidado casi del todo de hablar de la que fué primera, que de vuestra compañía fué delante al Señor (*Luc.*, 12) : verdaderamente ahora vemos los cinco divididos en tres partes y en dos; aquélla goza de un dulce sueño en compañía de su hermana Paulina; y vos en medio de estorbar dos, que son Paulina y Eustoquia, volaréis a Cristo ligeramente.





EPÍSTOLA XX

Para un santo varón español, natural de Andalucía, llamado Lucinio; el cual, y su mujer Teodora, de común consentimiento guardaban castidad y vivían como hermanos, y con sus limosnas habían favorecido al santo doctor y a sus monjes, y trataban de irse a vivir a los lugares santos y pasar allí el resto de su vida. Amonéstale el santo doctor que persevere en su buen propósito y que se embarque lo más presto que pudiere; y envíale entre tanto ciertas obras suyas que le había pedido con cuatro cilicios pequeños y el libro de Isaías.

ESTANDO yo muy descuidado me trajeron súbitamente vuestra carta, la cual cuanto había sido menos esperada, tanto causó mayor contento, despertó mi ánima que dormía, para que luego abrazase con amor a quien no conocía de vista, y revolviere en mi pecho, sin hablar palabra, aquellas que dijo el profeta (*Salm.*, 54) : ¿Quién me dará alas como de

paloma, y volaré y reposaré y hallaré al que ama mi ánima? Verdaderamente se ha cumplido en vos ahora lo que dijo el Señor (*Mat.*, 8) : Muchos vendrán del Oriente y Occidente, y reposarán en el seno de Abraham. Cornelio, capitán de cien soldados de la escuadra de Italia, figuraba ya entonces la fe de mi amigo Lucinio. El apóstol San Pablo (*Rom.*, 14, *Act.*, 10), escribiendo a los romanos : Cuando hubiere, dice, comenzado a partir para España, espero que os veré yendo de paso, y que vosotros me guiaréis por ella. Con tantas olas y tempestades como pasó el apóstol(1), aprobó y mostró en cuánto estimaba aquella provincia y lo que pretendía y esperaba de ella : y echando en poco tiempo los fundamentos del Evangelio, desde Jerusalén hasta Dalmacia y Esclavonia, entró preso y encadenado en Roma para desatar y dejar libres a los que estaban atados con los errores de la superstición. Dos años estuvo en una posada alquilada para darnos a nosotros la casa eterna de los dos Testamentos; y el pescador de los hombres, echando su red apóstólica (*Act.*, 25), os trajo también a vos a la ribera como a una hermosa dorada entre otros innumerables géneros de peces. Dejado habéis las olas amargas y los lagos salados y las aberturas de los montes (*Job.*, 4), y subiendo a los desiertos de Cristo habéis despreciado a Leviatán, que reina en las aguas, para que podáis cantar aquello del profeta (*Salm.*, 62) : En la tierra desierta, sin camino y sin agua, me presenté a vos,

(1) Nota como significa San Jerónimo, que San Pablo vino a España, y predicó.

Señor, como si estuviera en el Sancta Sanctorum. Y lo que dije otra vez (*Salm.*, 54) : Mirad que me he alejado huyendo y he reposado en la soledad. Esperaba al que me libró de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad. Pues yo os ruego y amonesto con afectión y amor de padre, que pues dejasteis a Sodoma (*Genes.*, 19, *Luc.*, y 9), caminando apriesa para las montañas, no volváis a mirar atrás ni dejéis jamás la esteva del arado que una vez habéis asido, ni la orilla o rapacejo de la ropa del Señor, ni las guedejas de sus cabellos (*Cant.*, 1, *Mat.*, 24) humedecidos con el rocío de la noche; ni bajéis del techo de las virtudes a buscar los vestidos antiguos, ni volváis del campo a casa, ni escojáis con Loth los lugares llanos y deleitosos de los huertos que no se riegan del cielo como la Tierra Santa (*Genes.*, 13), sino del río Jordán, turbio y cenagoso, después que ha trocado las aguas dulces con la mezcla del Mar Muerto. NOTA : Mirad que el comenzar es común a muchos; mas el llegar a la cumbre de la virtud es de pocos. Los que corren en la plaza o palenque, todos corren, pero uno solo lleva la joya. Mas de nosotros se dice al contrario: Corred de tal manera que agarréis la joya (*Cor.*, 6, 1, *Cor.*, 9). Nuestro galardonador no es envidioso, ni con la palma que da a uno aparea ignominia a otro; todos sus luchadores desea que sean coronados. Mi ánima recibe tan grande contento considerando estas cosas, que la grande alegría le hace derramar lágrimas: las palabras de Ruth (*Ruth.*, 1) rompían en lágrimas. Zacheo Publicano, dentro de una hora

de su conversión, mereció tener por huésped al Salvador; Marta y María recibieron al Señor con un convite aparejado (*Joan.*, 12, *Luc.*, 7), y la que había sido mujer pública, lava sus pies con lágrimas y dedica la sepultura del cuerpo del Señor con ungüentos de buenas obras. Simón, leproso, convida al Maestro con los discípulos y no es menospreciado. A Abrahán (*Mar.*, 14, *Gen.*, 12), le dicen : Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, deja a Caldea y a Mesopotamia : y busca lo que no conoce por no perder, que había hallado, pareciéndole que no podía poseer juntamente a su patria y a Dios : mas aún ya entonces cumplía por obra aquello del profeta David (*Salm.*, 38): Extranjero soy ya cerca de vos, Señor, como lo fueron todos mis padres. El hebreo, que quiere decir hombre que pasa y va de camino, no contentándose con la virtud presente, sino olvidándose de las cosas pasadas, se extendió a lo porvenir y sabiendo aquello que dice David (*Salm.*, 83). Y tan de virtud en virtud, recibió nombre figurativo y os abrió a vos el camino para que no busquéis vuestros provechos e intereses, sino los ajenos, y que tengáis aquellos por padres y hermanos, deudos y parientes, que están ajuntados a vos en Cristo (*Mat.*, 12). Mi madre, dice, y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi padre. En vuestra compañía tenéis la que fué vuestra compañera primero, según la carne, y ahora según el espíritu, que de mujer se ha hecho hermana, y de hembra varón en el valor y brío, y de sujeto igual; la cual debajo del mismo yugo camina juntamente con vos a gran

priesa para los reinos celestiales. NOTA : Mirad que el recato, y cuenta en el gestar la hacienda con orden y por menudo, no se deja fácilmente y con presteza. El patriarca José (*Gen.*, 36) no pudo huir de la señora egipcia llevando su capa, y así se la dejó en sus manos. Aquel mancebo que seguía a Cristo cubierto de una sábana, porque le habían asido de ella los ministros (*Mar.*, 14), arrojando la vestidura terrena se escapó desnudo. Elías, siendo arrebatado en un carro de fuego hacia el cielo, dejó su capa en la tierra. Elíseo, siendo llamado del profeta Elías (*Reg.*, 1), sacrificó los bueyes y yugos con que primero trabajaba. El sapientísimo rey Salomón, dice : El que toca la pez será manchado con ella. Mientras tratamos en las cosas del siglo y nuestra ánima atada con el cuidado y solicitud de las posesiones y rentas, no podemos pensar en Dios libremente. NOTA : porque ¿qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿o qué compañía la luz con las tinieblas? (*Cor.*, 6) ¿y qué conformidad puede haber entre Cristo y el demonio? (*Mat.*, 6) ¿qué parte puede tener el fiel y cristiano con el que no lo es? No podéis, dice el Señor, servir a Dios y a las riquezas : dejar el oro y la plata es de los principiantes y no de los que ya son perfectos; y eso aún allá lo hizo Crates el Tebano siendo un filósofo gentil; y lo mismo hizo Antístenes. NOTA : El ofrecerse a sí mismo a Dios, es obra de cristianos y aun de apóstoles (*Luc.*, 21), los cuales, echando el dinero de su pobreza en el cepo con la vida, entregaron al Señor toda cuanta hacienda tenían; y así merecieron

oir : Os sentaréis sobre doce sillas para juzgar las doce tribus de Israel (*Mat.*, 19).

II

Vos mismo entendéis, amigo Lucinio, con qué intención digo y repito estas cosas, y que debajo de otras palabras os convido a vivir en los santos lugares. Vuestra abundancia y riqueza ha sustentado la pobreza de muchos para que sus riquezas redundasen en provecho de vuestra necesidad (*Luc.*, 6); y así habéis granjeado amigos con la hacienda mala para que os recibiesen en las moradas eternas. Por cierto que es cosa digna de ser loada e igualada con las virtudes que había en tiempo de los apóstoles (*Act.*, 4). NOTA : Cuando los cristianos, vendiendo sus posesiones, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los apóstoles, mostraban con este hecho que debía ser hollada y acoceada la avaricia; pero el Señor más querría que los cristianos le ofreciesen sus ánimas que su riquezas; y así leemos que dice la Escritura (*Prov.*, 13) : La redención del ánima del hombre son sus propias riquezas. Y podemos entender por riquezas propias las que no son de hacienda ajena ni robadas, según aquello que dice en otra parte (*Prov.*, 3) : Honra al Señor de tus justos trabajos. Pero mejor inteligencia es que por riquezas propias

entendamos los tesoros escondidos que ni puede el ladrón socabarlos ni el robador llevarlos por fuerza.

Mis opúsculos, los cuales dices que desáis ver más por vuestra bondad que por sus merecimientos, di a vuestros escribientes para que los trasladasen, y después de escritos los vi en sus cartapacios y les amonesté muy a menudo que los cotejasen con mucha diligencia y los enmendasen, porque yo no pude tornar a leer tantos volúmenes por el concurso grande de los que por aquí pasan y por los muchos peregrinos que aquí vienen, y como ellos estando presentes, lo vieron fatigado por una larga enfermedad, apenas comencé a respirar en los días de la cuaresma, cuando ellos se partían; y así, si hallareis algunas letras mal puestas, o algunas cosas menos que impidan el sentido de los que las leyeren, no debéis imputármelo a mí, sino a vuestros criados y a la impericia de los escribientes y descuido de los trasladadores, los cuales escriben, no lo que hallan, sino lo que entienden, y procurando enmendar los errores ajenos manifiestan los suyos. En lo que os han dicho que yo he traducido los libros de Josefo y los volúmenes de los santos Papas y Policarpio, hanse engañado, porque ni tengo lugar para ello ni me siento con caudal e ingenio para declarar cosas tan grandes como en ellos hay en otra lengua, con la misma gracia y donaire con que están ahora : unos pocos he traducido de Orígenes y del santo Dídimo, queriendo mostrar a los nuestros en parte, que contiene en sí la doctrina de los griegos. Ya di a vuestros criados y notario para que

tradujesen el canon de los libros de la verdad hebrea (*los ocho libros*), excepto el Octatheuco, que aún no tengo acabado. Yo no dudo que tendréis la traslación de los setenta intérpretes, la cual muchos años ha di a los curiosos enmendada con grandísima diligencia. El nuevo testamento he restituído a la autoridad y sentido que tiene en griego; porque como la verdad y fe de los libros antiguos se ha de examinar por los volúmenes hebreos, así la de los nuevos tiene necesidad de reducirse a la regla y nivel del texto griego. Acerca de lo que me preguntáis si hemos de ayunar el sábado y en lo de la Eucaristía, si se debe recibir cada día, lo cual dicen que se guarda en las iglesias de Roma y de España, ya escribió Hipólito, varón elocuentísimo, y muchos escritores, tomándolo de varios autores a pedazos, hablando de ello; mas lo que yo pienso amonestaros brevemente, es que se deben guardar las tradiciones eclesiásticas, especialmente las que no dañan la fe, como las recibimos de nuestros mayores, y que la costumbre de unos se destruye con la costumbre contraria de otros; y pluguiese al Señor que pudiésemos ayunar en todo tiempo como leemos en las actas de los apóstoles (*Act.*, 13, 20, 27) que lo hicieron el apóstol San Pablo y con él los fieles en los días de Pentecostés y del domingo; y no por eso deben ser acusados como seguidores de la herejía de Manicheos: pues el manjar carnal no se debía anteponer al espiritual. También debemos recibir la Eucaristía siempre, si nos sentimos sin pecado mortal (*Del comulgar a menudo*) ni cosa que nos acuse la con-

ciencia, y oír al salmista que dice : Gustad, y ved como es suave el Señor y cantad con él : Mi corazón echó de sí palabras buenas. Y no digo esto tampoco porque se piense que debemos ayunar los domingos (*Salm.*, 33 y 44), ni por quitar las cincuenta ferias, trabadas unas con otras con cincuenta días ; mas cada provincia abunde en sus sentidos, y tenga por leyes apostólicas los mandamientos de los mayores. Las dos capas pequeñas y la otra vestidura bellota, como zamarro, que me enviasteis, de lo que vos usáis, recibí, o para usar de ellas o para darlas a los siervos de Dios. Yo os envío a vos y a vuestra santa hermana cuatro cilicios pequeños, señales de pobreza y figuras de la penitencia cotidiana, y acomodados para vuestro intento y uso ; juntamente con un libro que trata de las visiones y revelaciones muy obscuras de Isaías, las cuales declaré pocos días ha historialmente. Y esto hago para que todas las veces que viereis mis opúsculos, todas ellas acordaos de vuestro amigo dulcísimo Jerónimo (*Jer.*, 10) deis prisa en aprestar la navegación que habíais dilatado un poco ; y porque no está en las manos del hombre su camino, y el Señor endereza los pasos de sus pies (*Ps.*, 66), si acaso hubiere algún impedimento (lo cual Dios no permita), ruégoos mucho que a los que junta a caridad, no los aparte la distancia de las tierras, y que sintamos acá presente siempre, mediante las cartas que nos escribáis, a nuestro Lucinio aunque esté ausente.

EPÍSTOLA XXI

Para Teófilo, obispo de Alejandría, en que se excusa de no haber podido traducir de griego en latín un librito que le envió, lo uno por no haber tenido salud, y lo otro por haber estado ocupado con la muerte de Santa Paula. Alaba el libro y pidele que le envíe los demás que ha compuesto poco ha, o para leerlos o para traducirlos..

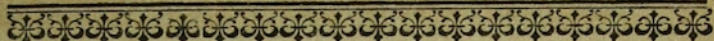
DESDE el día que recibí vuestras cartas juntamente con el libro que trata de la Pascua, hasta hoy, he estado tan fatigado y con tanta tristeza, llanto y congoja, por las diversas nuevas que vienen de una parte a otra, cerca del estado de la Iglesia, que apenas he podido traducir vuestro libro de griego en latín; porque ya sabéis que, según el proverbio antiguo, no hay elocuencia cuando hay tristeza; especialmente si con la enfermedad del ánimo se junta la del cuerpo: y aun esta misma carta he dictado harto depriesa y estando con calentura cinco días ha en una pobre camilla, sólo para haceros saber brevemente y con

pocas palabras, que me ha costado mucho trabajo el traducirlo por dejar y traducir todas sus sentencias con la misma elegancia y hermosura que tenían; y para que en alguna manera correspondiese el lenguaje latino a la elocuencia griega. NOTA : Al principio filósofáis; y hablando en general y enseñando a todos, degolláis con vuestra doctrina a uno : en lo demás juntáis los filósofos con la elocuencia retórica, que es cosa dificultosísima, y nos hermanáis a Demóstenes y a Platón. ¡ Oh qué de cosas decís contra lujuria ! ¡ Oh con cuántas alabanzas ensalzáis la continencia y dais razón del día y de la noche, y del discurso de la Luna y del Sol, y pintáis la naturaleza de este mundo con cosas muy secretas de las ciencias ! Y lo que es más que todo, confirmáis la misma disputa con la Santa Escritura, porque no parezca que habéis tomado algo prestado de las fuentes seglares en el libro de Pascua. No hay más que decir que temo loaros en estas cosas, por no caer en el vicio de la lisonja. El libro es excelentísimo, por tratar como trata lo primero, las cosas de los filósofos; lo segundo, por examinar lo que tomasteis entre manos sin perjuicio de nadie.

Por tanto, yo os suplico que perdonéis mi tardanza, que he estado tan lastimado con la muerte de la santa y venerable matrona Paula, que así, si no es la traslación de este libro, hasta hoy no he escrito cosa de las divinas letras, porque hemos perdido (como vos bien sabéis) repentinamente nuestro consuelo; lo cual, como sabe el Señor, testigo de nuestra conciencia, no lo siento tanto

por lo que toca a mis necesidades, cuanto por el refrigerio de los siervos de Dios, a quien ella servía con gran solicitud y cuidado. Vuestra santa y venerable hija Eustoquia (la cual no recibe consolación ninguna por la muerte de su madre) y todos los demás hermanos se os encomiendan y saludan con mucha humildad. Enviadme los libros que me escribisteis habíais compuesto poco ha, o para leerlos o para traducirlos. Y con esto nuestro Señor os tenga de su mano.





EPÍSTOLA XXII

Para Abigao, sacerdote español, en que se excusa de no haberle escrito, y lo consuela de su enfermedad.

AUNQUE sepa que tengo muchos pecados, y así digo cada día en la oración (*Salm.*, 24) : Señor, no os acordéis de los pecados de mi juventud y de mis ignorancias; con todo eso, como sé lo que dice el apóstol (*Tim.*, 3) : Porque hinchado con la soberbia, no caiga en las uñas del demonio; y lo que está escrito en otra parte : A los soberbios resiste Dios, y a los humildes da gracia (*Deut.*, 5). Por tanto, ninguna cosa he procurado huir más desde mi niñez que el ánimo hinchado y la cerviz erguida y levantada, que provoca contra sí el odio y aborrecimiento divino; porque sé que mi Maestro, Señor y Dios mío, viviendo en la pobreza de la carne, dijo (*Mat.*, 11) : Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y antes por boca de David había cantado (*Salm.*, 131) : Acordaos, Señor, de David y

de toda su mansedumbre; y en otro lugar leemos : Antes de la gloria y honra se humillará el corazón del varón, y antes de la caída se ensoberbecerá. Por tanto, os ruego mucho que no imaginéis (*Prov.*, 16), que habiendo recibido vuestras cartas dejé de responder a ellas, ni me carguéis a mí la infidelidad o negligencia de los otros; porque ¿qué causa podía haber, para que habiéndome vos escrito no os respondiese, y con mi silencio rechazase vuestra amistad? Pues suelo yo sin esas obligaciones y ocasiones procurar la amistad de los buenos y entrarme por las puertas de su caridad, sabiendo que es mejor estar dos que uno solo; porque el cordel de tres ramales con dificultad se rompe; y el hermano que ayuda a su hermano, será ensalzado (*Eccl.*, 4). Escribidme, pues, con osadía, y juntad los cuerpos ausentes con las cartas continuas, y no os dé pena no tener lo que tienen las hormiguillas, las moscas y las serpientes, que son los ojos carnales, sino holgaos por tener aquel ojo, de quien se escribe en el libro de los cánticos (*Cant.*, 4) : Herísteme, hermana mía esposa, con uno de tus ojos con que Dios es visto, y del cual dijo Moisés (*Exod.*, 3) : Pasando veré esta visión. Finalmente, también sabemos que algunos filósofos del mundo se sacaron los ojos para recoger su pensamiento a la pureza del entendimiento; y el profeta dice (*Jer.*, 9) : La muerte entró por nuestras ventanas, que son los ojos; y los apóstoles oyeron decir a Cristo (*Mat.*, 5, *Joan.*, 11) : El que viere la mujer para deseirla, etc., y así les mandan, que levanten sus ojos y miren las mieses blancas que estaban ya

dispuestas para segarse : y a lo que me rogáis que con mis consejos quite en vos la vida a Nabucodonosor, a Rapasazes, a Nabuzardán y a Holofernes, digo, que nunca vos pidierais mi socorro para eso si ellos vivieran en vuestra alma, mas porque ellos son muertos en vos, y vos habéis comenzado a reparar las ruinas de Jerusalén en compañía de Zorobabel y de Jesús, hijo de Josedech, gran sacerdote, y con Ezra y Neemías, y no echáis los jornales y premio en saco roto, sino que allegáis tesoros para vos en el cielo, por eso deseáis mi amistad pensando que soy siervo de Cristo (*Esdr.*, 3, y *Agg.*, 1). Encomiándoos mucho a mi santa hija Teodora, hermana de Lucino, de memoria bienaventurada, aunque ella por sí se está encomendada; y esto para que no se canse en lo que ha comenzado, que es venir a la tierra santa por el yermo con mucho trabajo (*Num* 33), ni piense que es virtud perfecta haber salido de Egipto, sino llegar al monte Nabó y al río Jordán por innumerables asechanzas, para que reciba en Galgala la segunda circuncisión, que es la del espíritu; y para que aquellos muros de Jericó caigan trastornados, con aquellas voces de las trompetas sacerdotales; y para que sea degollado Adonzedech; y para que las ciudades de Hay y Azor, hermosísimas en otro tiempo, caigan en tierra. Los hermanos que están en mi compañía en este monasterio, se os encomiendan y envían sus saludos, y yo los envío por medio de vos muy cumplidos a todos los santos que tienen por bien amarme.

EPÍSTOLA XXIII

Para uno que se llama Castrucio, natural de Pannonia. El cual había determinado navegar para Jerusalén por visitar al santo doctor Jerónimo; y así le da gracias por ello, y le consuela de su ceguedad, enseñándole cómo Nuestro Señor no siempre envía los trabajos y tribulaciones por pecados, sino por querernos bien y para probar nuestra paciencia, con que se da ejemplo a los demás; lo tercero, dice que lo aguarda el año siguiente.

MI santo querido hijo Eraclio, diácono, me dice que con deseo de verme habéis llegado hasta la ciudad de Cisa; y que siendo natural de Pannonia, y criado siempre en tierra firme, no habíais temido las grandes tempestades y olas del mar Adriático ni los peligros del mar Egeo y Jonio; y que si el amor piadoso de los hermanos no os hubiera detenido, hubierais puesto por obra vuestro intento: yo estimo en mucho vuestra voluntad y la agradezco tanto como si hubie-

rais acá llegado. NOTA : Porque en amigos no se han de mirar tanto las obras como la voluntad, pues lo primero muchas veces lo hacen por nosotros nuestros enemigos; mas a la voluntad sólo el amor y caridad puede moverla. Juntamente con esto os ruego que no penséis que la enfermedad del cuerpo que tenéis os ha venido por algún pecado, como pensaban los apóstoles que le había sucedido al que había nacido ciego del vientre de su madre. Y así, preguntando al Salvador si había nacido por sus propios pecados o por los de sus padres, él respondió : que ni por los unos ni por los otros, sino para que se manifestasen en él las obras de Dios (*Joan.*, 9); ¿cuántos y cuántos vemos por ahí, unos gentiles, y paganos, y otros judíos y herejes y de otras sectas diversas, revolcándose en el cieno de sus vicios y deleites; y otros que han cometido mil homicidios, y así están bañados en sangre, más feroces que los lobos y más robadores que los milanos; y que con todo esto no los toca Dios con ningún azote ni son castigados como los demás hombres? (*Salm.*, 27). Y por esto se ensoberbecen contra Dios, y no paran hasta poner su lengua descomulgada en el cielo. Como por el contrario vemos muchos varones santos ser atormentados con diversas enfermedades, miserias y necesidades, los cuales por ventura dicen en su corazón : parece que he santificado mi ánima en vano y lavé mis manos entre los inocentes (*Salm.*, 9); y luego, reprendiéndose a sí mismos, dicen : Mas si de esta manera juzgare las cosas, sin duda, Señor, reprobaré vuestra generación (que son

vuestros siervos). Si pensáis, hermano Castrucio, que el pecado es causa de la ceguedad y la ira de Dios, de aquello que los médicos curan a menudo, será poner culpa en el patriarca Isaac (*Genes*, 27, *Genes*, 24), el cual había tan poco, que engañado dió su bendición a quien no quisiera. Pondrás también culpa en Jacob, cuya vista había comenzado a enflaquecerse, y como con los ojos interiores y espíritu profético viese las cosas que habían de suceder mucho después, y que Cristo había de proceder del linaje real, no podía ver a Efraín y a Manasés. ¿Cuál de los reyes fué más santo que Josías? (*Reg.*, 23). Y con todo eso murió alcanzado por mano de los Egipcios. ¿Qué cosa más excelente y santa que San Pedro y San Pablo? Y vemos que murieron con la espada de Nerón. Y dejando aparte a los hombres: el Hijo de Dios murió en la Cruz afrentosamente. Pues viendo esto, ¿cómo podéis pensar que son dichosos los que gozan de la prosperidad de este siglo y de sus deleites? NOTA: Grande ira y enojo tiene Dios cuando no la muestra con los que pecan; y así dice por Ezequiel (*Ezeq.*, 16), hablando con la ciudad de Jerusalén: Ya no me enojaré contigo, porque mi amor y celo se apartó de ti; que al que ama el Señor, a ese corrige; y castiga al que admite por hijo: y el padre no enseña sino al hijo que más ama (*Heb.*, 19), ni el maestro reprende sino al discípulo que tiene más agudo ingenio: y cuando un médico cesa de curar al enfermo, es porque desconfía de poderle sanar: y si me respondéis ¿cómo Lázaro recibió males y trabajos en

esta vida siendo amigo de Dios? Digo, que yo también los padeciera aquí de muy buena voluntad, a trueco que me asegurasen la gloria que esperamos; porque estoy cierto que el Señor no castiga ninguna cosa dos veces (*Luc.*, 17, *Num.*, 2). En el mismo libro de Job se dice, y da la razón, por qué siendo este varón santo y sin mácula y justo en su generación, padeció tan grandes males y trabajos. Y por no ser largo contando historias antiguas ni exceder la medida y términos que pide una carta, quiero contaros una cosa que sucedió siendo yo niño; y fué, que como aquel gran santo patriarca Antonio hubiese sido llamado de Atanasio, obispo de Alejandría, para deshacer las herejías y confundir a los herejes, a la misma ciudad, y fuese Dídimo, varón doctísimo, que era ciego, adonde él estaba. Entre las otras pláticas que tuvieron de las Santas Escrituras, como se admirase de su ingenio y alabase la agudeza de su ánimo, preguntóle : ¿Por ventura estáis triste y desconsolado por estar ciego? Y como Dídimo callase de vergüenza, preguntádoselo segunda y tercera vez, le hizo confesar llana y sencillamente la tristeza de su alma : al cual dijo entonces San Antonio : Mucho me maravillo que un hombre prudente tenga pena por carecer de lo que tienen las hormigas, moscas y pulgas, y que no esté muy alegre y consolado de tener aquella vista que sólo los santos y apóstoles merecieron por especial gracia y privilegio (que es la inteligencia de las Santas Escrituras y Misterios Divinos); de lo que echaréis de ver, amigo Castrucio (*Luc.*, 9), cuánto me-

jor sea, y de mayor excelencia, ver con los ojos del espíritu que con los de la carne, y poseer aquellos ojos en que no puede caer la paja del pecado; pues aunque no nos habéis visto este año, no pierdo la esperanza que vendréis el que viene, y si el santo diácono portador de esta carta mereciera vuestros abrazos, y como enlazados con ellos, os vinierais con él, yo daré por bien empleada la tardanza, doblándose la ganancia doblemente con vuestra venida.



EPÍSTOLA XXIV

Para Juliano, consolándolo de la muerte de dos hijas suyas, doncellas, que le murieron dentro de veinte días, a la cual se siguió luego de la de su mujer y de un yerno, con la pérdida de toda su hacienda. Alaba su mucha caridad; y con el ejemplo de algunos le persuade que camine a la perfección, mostrándole con muchas razones que el ofrecer a Dios a sí mismo, es lo fino de ella; y excede mucho a todo lo demás que podemos hacer para esto.

AUSONIO, hijo mío, y hermano vuestro, estando ya de camino y habiéndome visto muy tarde, despidióse muy presto y dicho casi al punto : Estad enhorabuena y quedaos con Dios, juzgó que iba vacío, sino llevaba alguna cosilla de mis niñerías, aunque fuesen escritas de prisa y sin mucha consideración. Ya tenía quitada la ropa de autoridad y se aderezaba la posta, y el noble mancebo vestida la

ropa de grana o fieltro, se ponía su cinto de la espada; y con todo eso, teniendo un escribiente aparejado, me daba priesa que dictase algunas cosas, que dichas con presteza, se escribiesen con la misma : y apenas las palabras hubiesen salido de mi boca, cuando la mano de otro las tuviese escritas. Rompo, pues, el silencio largo que para con vos he tenido, más por mi atrevimiento que por la diligencia del escribiente, ofreciéndoo una voluntad llena de solo mi amor. Carta es esta escrita de repente, sin orden de sentidos y sin composición y ornato de palabras, de tal manera que echaréis de ver en ella que os escribo como verdadero amigo y no como orador y retórico; y que se escribió aprisa y la arrojaron como si dijéramos en la alforja, al que estaba ya al pie en el estribo. La Divina Escritura dice (*Eccl.*, 22) : que el cuento a deshora es como la música cuando otros están llorando : y así, yo, dejando la gracia y donaire de la retórica, y aquel aplauso que buscan los mozuelos en sus razonamientos, me acojo ahora a la ceguedad de las Escrituras Santas, donde está la verdadera medicina de nuestras llagas y los remedios ciertos de nuestros dolores, en las cuales hallamos, que la madre que no tenía más que un sólo hijo, y lo llevaban ya a enterrar, lo cobró vivo y sano (*Luc.*, 7); y a la compañía que estaba alrededor de una doncella difunta, fué dicho que no estaba muerta, sino dormida; y Lázaro de cuatro días difunto, salió del sepulcro atado a la voz del Señor (*Joan*, 11); esto digo, porque me han dicho que en pocos días se os han muerto

hijas doncellitas, casi juntas, y que vuestra honestísima y fidelísima mujer Faustina, o por mejor decir, hermana en el calor de la fe, con la cual solo descansabais, después de perdidos los hijos, se os ha muerto súbitamente : y como si escapando uno de la tempestad del mar, hallase en la ribera ladrones, o como dicen los profetas (*Amos*, 5), si huyendo de un oso, encontraseis un león, y extendiendo la mano hacia la pared, la mordiese una serpiente, así a vos, después de todo lo dicho, os ha sucedido la pérdida de vuestra hacienda, con el asolamiento que los enemigos bárbaros han hecho en toda la provincia, y en el robo común han sido arruinadas vuestras posesiones y llevadas las manadas de vuestros ganados mayores y menores, y vuestros esclavos presos y muertos, y el yerno nobilísimo que habíais escogido para una sola hija que os había quedado, a la cual la muerte de las demás hermanas había hecho más querida, también se os ha muerto ; de lo cual, callando todo lo demás, recibisteis más tristeza que habíais recibido gozo cuando lo hallasteis. Esta es la lista y catálogo de vuestras tentaciones, y esta la batalla que tiene el enemigo antiguo con Juliano, nuevo soldado de Cristo : las cuales cosas, aunque mirándoos a vos son grandes, respecto del batallador fortísimo, son juego y sombra de pelea. Al santo Job (*Job*, 2), después de los enjambres de males, le fué guardada su malísima mujer para que por ella aprendiese a blasfemar. Y a vos os quitó Dios la vuestra, que era buenísima, para que en ella perdiéis el consuelo de vues-

tras miserias. Diferente negocio es sufrir lo que no queráis, o desear la que amabais. Job en la muerte de tantos hijos tuvo por sepultura sola su casa, que se cayó sobre ellos, y rasgando sus vestiduras, para mostrar el afecto y sentimiento que como padre tenía, postrándose en tierra, adoró a Dios, y dijo (*Job*, 1) : Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tengo de tornar, el Señor me los dió y él me los quitó, como a él le ha agradado así se ha hecho, sea su nombre bendito. Vos, hablando ahora con mucha moderación, habéis celebrado las honras de los vuestros entre los cumplimientos de muchos parientes y entre muchos amigos que os consolaban : Job perdió juntamente todas sus riquezas, y viniendo los mensajeros de los males, uno en pos de otro, estaba como inmóvil a cada una de las heridas, cumpliendo en sí aquella excelencia y alabanza que se dice del varón sabio : Si el mundo abriéndose se cayera, no hará sentimiento ninguno con las ruinas : (*Horatia*). A vos la mayor parte de vuestra hacienda os ha quedado para que solamente seáis tentado cuanto podéis sufrir; porque aun no habéis llegado a tal grado de virtud que peleen contra vos con todos sus escuadrones. El que en otro tiempo fué señor rico, y padre más rico, en un punto quedó despojado y desnudo de todas estas cosas; y como en todos estos encuentros que le habían sucedido, no hubiese pecado contra el Señor, ni hubiese hablado palabra indiscreta, regocijándose el Señor con la victoria de su siervo y teniendo su paciencia por triunfo suyo, dijo al demonio : ¿Has

considerado la bondad de mi siervo Job (*Job*, 2), y cómo no hay otro semejante a él en la tierra? ¿hombre inocente y honrador de Dios verdadero, y que se aparta de todo el mal y persevera todavía en su inocencia? Graciosamente añadió aquella palabra, permanece aún en su inocencia, porque es negocio dificultoso no menoscarse la inocencia oprimida con males y trabajos y no peligrar la fe viéndose padecer sin culpa. A lo cual respondió el demonio al Señor. NOTA : Piel por piel dará el hombre y todo cuanto tiene, a trueco de conservar la vida, y así, extended vos, Señor, la mano, y tocadle en sus huesos y carne, y veréis si no os maldice en la cara.

II

Nuestro astutísimo adversario, y envejecido en días malos, muy bien sabe que son muy diferentes las cosas exteriores (y que aun los filósofos del mundo llaman indiferentes, y que no está la perfecta virtud en perderlas y menospreciarlas) de las interiores; y que siendo deseadas, fuerzan a tener pena al que las pierde : y así con osadía niega la alabanza que da Dios a Job y dice que en ninguna manera debe ser loado el que aun no había perdido cosas de las que hay en sí, sino solamente las exteriores : el cual, por conservar la piel, había ofre-

cido la de sus hijos, y por gozar la salud de su cuerpo, había vaciado su bolsa.

Entended, pues, como hombre prudente, que vuestras tentaciones han llegado a este punto, que es, haber dado piel por piel y que es poco dar todo cuanto tenéis por conservar vuestra vida; y aún no se ha extendido contra vos la mano divina, ni os han tocado las carnes, ni os han quebrantado los huesos; con cuyo dolor es cosa dificultosa no gemir y echar a Dios maldiciones en la cara: y así en los libros de los reyes se dice (*Reg.*, 21) que Nabutha maldijo a Dios y al rey, y por esto la apedreó el pueblo. Mas sabiendo nuestro Señor que su luchador, o por mejor decir, varón fortísimo Job, aun en esta última y perfecta pelea no había de poder ser vencido, dijo al demonio (*Job*, 1): Veslo, ahí te lo entrego, tan solamente no te doy licencia para quitarle la vida ni dañar en el alma; de lo demás haz de él lo que quisieres. La carne del varón santo es entregada al poder del demonio y es reservada la salud de su ánima; porque si hiriera el demonio aquella parte, en que está el sentido y juicio del entendimiento, no hubiera culpa en el que peca, sino en el que le trastornara el juicio. Alábennos, pues, otros, y ensalcen con públicas alabanzas vuestras victorias contra el demonio, por haber llevado con alegre semblante la muerte de vuestras hijas, y por haberos quitado el luto a los cuarenta días después de sus muertes; y porque la dedicación de los huesos de un mártir os fué ocasión de tornar a tomar la vestidura blanca, para no sentir el dolor de vuestra

horfandad y soledad, el cual sentía toda la ciudad, antes os alegrasteis con el triunfo del mártir, y por haber acompañado a vuestra mujer, no como a muerta, sino como a la que se partía para el cielo; que yo no os he de engañar con lisonjas, ni echaros zancadilla para derribaros con alabanzas engañosas, antes os he de decir lo que os conviene oír, y es, que como dice el sabio (*Eccl.*, 2), allegándoos al servicio de Dios, os aparejéis para ser tentado; y que cuando hubierais hecho todo cuanto estáis obligado, digáis (*Luc.*, 17) : Siervo soy sin provecho, pues no he hecho más de lo que debía. Señor, llevásteisme los hijos que vos mismo me habíais dado; y tomásteisme vuestra sierva, la cual me habíais prestado por un poco de tiempo para mi consuelo : no me entristezco, Señor, porque los tornasteis a tomar, antes os doy muchas gracias, porque me los habéis dado. Aquel mancebo, que en otro tiempo había sido rico, se gloriaba de haber guardado los mandamientos de la Ley; al cual dijo el Señor en el Evangelio (*Luc.*, 18) : Una cosa te falta, si quieres ser perfecto; ve, y vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres y ven y sígueme. El que decía que había hecho todas las cosas, no pudo vencer en la primera batalla las riquezas. Por esto con dificultad entran los ricos en el reino de los cielos (*Mat.*, 19), que quieren gente desembarazada y desean moradores que vuelen. Ve, dice, y vende, no parte de tu hacienda, sino todo cuanto posees, y dala, no a tus amigos, ni a tus parientes, ni a tu mujer, ni a tus hijos : y aún añadiré algo más, que

no guardé para ti cosa alguna de todos ellos, por temor de la pobreza, porque no seas condenado como Ananías y Safira (*Act.*, 5, *Luc.*, 16); sino dalo a los pobres y granjea para ti amigos con la hacienda mala, los cuales te reciban en las moradas eternas, porque me sigas y tengas por tu posesión al Señor del mundo, y puedas cantar con el profeta (*Salm.*, 15, 72 y 118) : El Señor es mi parte; y como verdadero levita (*Dent.*, 10), no poseas ninguna cosa de la heredad terrena. Esto, pues, es lo que os amonesto, si deseáis ser perfecto y llegar a la cumbre del citado apostólico, y tomando la cruz seguir a Cristo, y puesta la mano en el arado, no volver a mirar las cosas de atrás. Si puesto en lo alto del techo, no bajáis a tomar los vestidos antiguos y para escaparos de las manos de la señora egipcia, desamparáis la capa del siglo (*Luc.*, 9 y 17, *Mar.*, 13, *Gen.*, 39, 4, *Reg.*, 2). Y así veréis, que el profeta Elías, yendo caminando al cielo a gran priesa, no pudo ir con capa, y por eso dejó en el mundo las vestiduras del mundo. Pero decirmeeis : Esto ya pertenece a la divinidad apostólica y al que quiere ser perfecto; ¿pues por qué vos no queréis serlo? ¿Por qué, siendo el más aventajado en el siglo, no lo seréis en la familiaridad de Cristo? ¿Es por ventura por haber sido casado? Pues también lo fué San Pedro, y al fin dejó la mujer con las redes y el barco. El Señor, como providentísimo y deseosísimo de la salud de todos los hombres, y que gustaba más de la penitencia del pecador que de su muerte, os quitó ese achaque y excusa, para que ella no os aba-

tiese a las cosas de la tierra, antes vos la sigáis a ella, que os va tirando para los reinos de los cielos. Aparejad bienes para las hijas que os han ido delante a la casa del Señor, de tal manera, que sus partes no redunden en acrecentamiento de la de su hermana, sino en rescate de vuestra alma y sustento de los pobres y miserables. Estas son las galas que desde allá os piden, y con estas piedras preciosas quieren que les adornen sus cabezas; y lo que se había de perder en sedas y cosas semejantes, consérvase en vestidos dados a los pobres. *NOTA* : Mirad, que os piden sus legítimas, y estando ajuntadas a su esposo, gustan de parecer pobres y despreciadas y desean sus ornamentos propios.

III

Y no hay que excusaros con decir que sois caballero noble y muy hacendada : poned los ojos en el santo varón Pammachio, mirad la fervorosísima fe de Paulino sacerdote, los cuales, no solamente han ofrecido al Señor sus riquezas, sino también a sí mismos, y contra la calumnia, que ponía el demonio en las obras de Job, no ofrecieron a Dios sólo piel por piel, como él decía, sino también le consagraron sus carnes y huesos, y sus ánimas; y así os pueden encaminar a cosas mayores, no sólo con palabras, sino también con ejemplo de

obras; porque si sois noble, ellos también lo son y más nobles en Cristo; si sois rico y honrado, también ellos lo son. NOTA : O por mejor decir, de ricos y honrados se han hecho pobres y sin honra; y por la misma razón que se han hecho pobres y sin honra, con Cristo son más ricos y más honrados y más señalados y gloriosos. Muy bien hacéis en lo que me han dicho, que es acudir a las necesidades de los siervos de Dios, y alentar los religiosos y ofrecer muchos dones a las iglesias; mas todo eso son principios de vuestra caballería cristiana, porque si menospreciáis el oro, muchos filósofos lo menospreciaron : y uno de ellos (dejando ahora los demás) arrojó el precio de muchas posesiones en el mar, diciendo : id deseos malos al profundo, que yo quiero ahogaros, porque vosotros no me ahoguéis a mí. Un filósofo, que no trata sino de adquirir honra mundana, y por adquirirla anda hecho un vil esclavo, arrojó toda su hacienda y carga juntamente; ¿y vos pensáis que ya habéis llegado a la cumbre de la perfección y de las virtudes si ofrecéis una parte del todo? (*Rom.*, 31). Mirad, que a vos mismo quiere Dios en sacrificio vivo, y agradable a sus ojos, a vos, digo, que busca, y no a vuestras cosas, y por eso os amonestan con varias tentaciones, que Israel con muchas plagas y dolores es enseñado (*Heb.*, 1 y 2), y el Señor corrige a los que ama y azota a los que escoge por hijos. Aquella pobrecilla viuda, solos dos cornados echó en el cepo, y por haber ofrecido todo lo que tenía, dijo el Señor que había dado más que todos los ricos del mundo, porque no mira

Dios tanto la cantidad y peso de lo que ofrecen, como la voluntad y amor de los que lo ofrecen. Mirad, que aunque hayáis dado a muchos de vuestra hacienda, y algunos hayan gozado de vuestra liberalidad; con todo eso, son muchos más los que no han recibido de vos cosa alguna, porque hay tantos pobres en el mundo, que ni bastarían las alhajas de Darío, ni las riquezas de Creso, para satisfacer a todos ellos. Mas si os entregais vos mismo al Señor y con virtud apostólica, como perfecto, comenzais a servirle, entonces entenderéis adonde estabais, y cuán bajo lugar tenáis en el ejército de Cristo. Yo os confieso, que llorasteis a vuestras hijas muertas, y que las lágrimas de padre se secaron en vuestras mejillas con el amor de Cristo : ¿mas qué es todo esto respecto a lo que hizo Abrahán? El cual, con la voluntad y cuanto fué de su parte, degolló a su único hijo por mandárselo el Señor (*Gen.*, 22); y habiéndole prometido Dios que había de ser señor de todo el mundo, no desconfió que, después de haberlo muerto, tornaría a vivir para serlo. El capitán Jepté (*Jud.*, 12, *Heb.*, 11) ofreció a Dios una sola hija, que tenía doncella, y por eso mereció que San Pablo le pusiese en el catálogo que hizo de los santos : no me contento con que ofrezcáis al Señor sólo aquellas cosas que las puede llevar el ladrón y acometer el enemigo, y llevarlas alguna confiscación; las cuales hoy vienen y mañana se van, y como las olas del mar, y de los ríos, ahora son ocupadas de uno y luego de otros, que los suceden : y para decirlo todo en una palabra, las

habéis de dejar en la muerte, queráis o no queráis. Ofreced, pues, aquello que no os lo puede quitar ningún enemigo ni arrebatarse ningún tirano y lo que vaya con vos y os acompañe a la sepultura, o por mejor decir, a los reinos de los cielos, y los regalos del paraíso. NOTA : Dícenme que edificáis monasterios y sustentáis gran número de santos en las islas de Dalmacia : todo eso es muy bueno, pero mejor haríais si vos mismo vivieseis entre ellos y fueseis santo entre los santos (*Deut.*, 20, *Mat.*, 20). Sed santo, dice el Señor, porque yo soy santo.

IV

Los apóstoles se glorían de haber dejado todas las cosas y seguido al Salvador, y cierto, no leemos que hayan dejado sino una barca y unas redes, y con todo eso son coronados con el testimonio del que ha de ser nuestro juez, porque ofreciéndose a sí mismos dejaron todo lo que tenían. Esto digo, no para poner falta en vuestras obras, ni para deshacer vuestras limosnas y liberalidad, sino porque no querría que fueseis monje entre los seglares o seglar entre los monjes; y porque lo hagáis todo, pues me dicen que tenéis deseo de servir a Dios y estáis dado al culto divino : y si a este mi consejo contradijere algún amigo vuestro, algún criado o pariente, y os aconsejare que tengáis buena mesa y

buen plato, como soláis; entended que ese tal no trata del bien de vuestra alma, sino del provecho y gusto de su vientre : y mirad, que todas las riquezas y convites grandes se acaban con la muerte, que viene cuando menos pensamos. Dentro de veinte días habéis perdido dos hijas, una de ocho años y otra de seis; ¿y pensáis que el viejo puede vivir mucho? Mirad lo que dice la Divina Escritura por David (*Saln.*, 89), de la vida más larga del hombre : Los días de nuestra vida serán setenta años y a lo más ochenta, y si de ahí pasaren, todo será dolor y trabajo. Dichoso, pues, será y digno de toda bienaventuranza, el que la vejez lo hallare ocupado en servir a Cristo (*Ps.*, 126), el último día en servir a su Salvador; el cual no será confundido cuando hablare con sus enemigos a la Puerta, y le dirán a la entrada del paraíso : Recibiste males y trabajos en tu vida, alégrate aquí ahora; porque Dios no castiga una cosa dos veces (*Num.*, 1). Al rico, vestido de púrpura, recibió la llama del infierno; y Lázaro, pobre (*Luc.*, 16) y lleno de llagas, cuyas carnes podridas lamían los perros y apenas sustentaba su vida miserable con las migajas de la mesa del rico, es recibido en el seno de Abrahán y se alegra con tener tan gran patricio por padre. NOTA : Cosa es imposible que goce uno de los bienes presentes y de los venideros, y que llene aquí el vientre, y allí el alma, y que pase de unos deleites a otros, y sea el más aventajado en entrambos siglos, y que en el cielo y en la tierra aparezca glorioso. Y si decís secretamente en vuestro pecho, que porque yo os acon-

sejo estas cosas, no soy tal cual deseo que seáis vos, y que habéis visto a muchos caer malamente en medio de esta jornada : A esto respondo con brevedad, que lo que digo no es mío, ni lo saco de mi cabeza, sino de nuestro Señor y Salvador, y que yo no amonesto lo que puedo hacer, sino lo que ha de hacer el que ha de ser siervo de Cristo; y ya se sabe que los luchadores son los más fuertes que sus amonestadores, y con todo eso vemos, que el más flaco y débil amonesta al más fuerte que pelee varonilmente. No pongáis los ojos en Judas, que negó, sino en Pablo, que confesó. Jacob, siendo hijo de un padre riquísimo (*Gen.*, 28), solo y desnudo, con un báculo en la mano, camina a Mesopotamia, y está echado en el camino de puro cansado; y el que había sido criado de su madre Rebeca con grande regalo, tuvo por su almohada de cabeza una dura piedra, y allí vió una escalera, por la cual subían y bajaban los ángeles : y el Señor arrimado a ella por la parte de arriba para dar la mano a los cansados y para provocar al trabajo con su presencia a los que subían : por lo cual se llama aquel lugar Bethel. NOTA : Que quiere decir, casa de Dios, en la cual cada día suben unos y bajan otros; porque aunque los que eran santos, caen si se descuidan y son negligentes; y los pecadores, si limpian sus manchas con llantos, tornan a cobrar el lugar que tenían antes. Esto os he dicho para que no os espanten los que caen antes, os provoquen y animen los que suben, que nunca el ejemplo se toma de los malos; y aun en las cosas del siglo, siempre los des-

pertadores para la virtud se toman de la mejor parte. Más cosas quisiera deciros, olvidado de mi intento y de la brevedad que pide una carta; porque considerando la dignidad de la materia y de vuestra persona el merecimiento, todo lo que se dice es poco; y lo bueno es que nuestro Antonio comenzó a pedir algún papelillo, y daba prisa a los escribientes; y con el relincho del brioso caballo, reprendía el mancebo diligente la tardanza de mi pequeño ingenio. Acordaos, pues, de mí y procurad tener salud en Cristo; y callando lo demás, procurad seguir e imitar las pisadas y ejemplo que tenéis dentro de vuestra casa en la santa matrona Vera, que habiendo seguido a Cristo verdaderamente, sufre con paciencia las pesadumbres y descomodidades de la peregrinación, y séaos una mujer guía de tan grande hecho.



EPÍSTOLA XXV

Para Exuperancio, caballero noble y virtuoso, al cual amonesta, que dejando el servicio del emperador y su caballería, se retire a nuestro Señor con más perfección; y que para esto, dé su hacienda a los pobres y se vayan a Belén él y su hermano Quintiliano.

EN TRE todos los provechos que saqué de la amistad del santo hermano Quintiliano, este tengo por el mayor : que aunque no os conozco corporalmente, me dió ocasión que os haya abrazado, cuanto al alma, y metídoos en mis entrañas : porque ¿quién habrá tan sin consideración y grosero, que no ame a un hombre tan virtuoso y tan santo, cuanto aun armado como soldado y trayendo vestido militar, hace obras de profetas y vence con el hombre interior, que fué formado a imagen de su Criador, el exterior, que representa y promete otra cosa? Por lo cual yo primero y sin ser incitado, os provoqué y convidé a que nos escribamos el uno al otro, y os ruego que me deis

oportunidad para tornaros a escribir muchas veces, porque después os escriba con más confianza : y por ahora bastará amonestaros brevemente, como hombre de prudencia, que os acordéis de aquello que dice el apóstol (*Cor.*, 2) : ¿Estás atado con vínculo de matrimonio? No trates de desatarte; y si estás suelto no trates de atarte; y eso se entiende de la atadura, que es contraria a la soltura. Conforme a esto, el que sirve el oficio conyugal, atado está; y el que está atado, siervo y esclavo es; mas el que está suelto, está libre : pues como vos gocéis de la libertad de Cristo, y haciendo una cosa, prometáis y representéis otra, y casi estéis ya puesto en el techo y cumbre de la casa, no debéis bajar a tomar la túnica (*Luc.*, 17 y 29), ni volver a mirar lo que queda a las espaldas, ni dejar la esteva del arado, que una vez habéis tomado en la mano (*Gen.*, 30), sino, si es posible, imitar al patriarca José, y dejar la capa en la mano de la señora egipcia, para que desnudo sigáis al Señor; el cual dice en el Evangelio (*Luc.*, 9 y 14) : Si alguno no dejare todas las cosas y tomare su cruz y me siguiere, no puede ser mi discípulo (*Mat.*, 19). Arrojad, pues, la capa del siglo y no busquéis las riquezas, que son comparadas a las gibas o corcobas de los camellos, volad desnudo y ligero al cielo, y no deis lugar a que la carga del oro apesgue y abata las alas de vuestras virtudes. Y esto digo, no porque yo sepa ni entienda que sois avariento, sino porque entiendo que la causa de ocuparos en la milicia es por llenar vuestra bolsa, la cual nos manda el Señor vaciar.

Pues si a los que tienen heredades y riquezas les es mandado que las vendan todas y las den a los pobres, y que sigan al Salvador; o vos sois rico, y debéis hacer lo que os mandan, o sois aún pobre, y en tal caso no debéis buscar lo que habéis de distribuir.

NOTA : Cierta cosa es que Cristo, nuestro Redentor, cuando la voluntad es grande y muy resignada, todo lo da por recibido : Ninguno ha habido más pobre que los apóstoles, y ninguno ha dejado tanto por el Señor como ellos. Aquella pobrecilla viuda del Evangelio (*Luc.*, 11), que echó en el cepo solos dos cornados pequeños, es antepuesta a todos los ricos, porque dió cuanto tenía, y diera más si más tuviera; pues vos no debéis buscar que dar, sino dar lo que ya tenéis adquirido, para que Cristo nuestro Redentor conozca en vos su fortísimo soldado, aunque bisoño : y para que el padre salga muy alegre a recibiros, como al que viene de una región muy remota y os dé la estola y el anillo (*Luc.*, 15), y sacrifique por vos una ternera muy gruesa, y para que desocupado y sin estorbo ninguno os haga navegar presto, en compañía del santo hermano Quintiliano, para nosotros. Con esto he tocado a las puertas de la amistad; si vos me abris y dais entrada, muchas veces me tendréis por huésped.



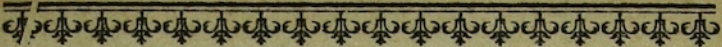
EPÍSTOLA XXVI

Para una tía suya llamada Castorina; la cual parece había estado enojada con él aunque no se sabe por qué; y así la ruega con la paz y concordia que otras veces la había ofrecido, trayendo, para persuadirla a ello, muchos lugares de la Santa Escritura.

EL glorioso San Juan, apóstol y evangelista, dice en una epístola (*Joan*, 3) : Cualquiera que aborrece a su hermano es homicida y matador : y tiene razón; porque como el homicidio procede muchas veces de odio, cualquiera que tiene odio a su prójimo, aunque no lo haya herido con espada, a lo menos con el ánimo y voluntad ya lo ha hecho. Diréisme por ventura, ¿que a qué propósito comienza mi carta de esta manera? Digo, que para persuadiros que dejando el rencor antiguo y envejecido aparejemos a Dios morada en nuestro corazón. Enojaos (dice David) (*Salm.*, 4), pero de manera que en ello no pequéis ni osendáis a Dios. Y declarando el apóstol más lo que

quiso decir David en esto, dice así (*Eph.*, 4) : No dure vuestra ira hasta ponerse el sol.

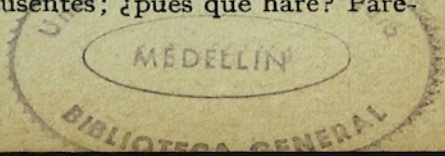
¿Qué haremos, pues, nosotros el día del juicio, sobre cuya ira se ha puesto el sol, no un día sólo, sino muchos años, como testigo de vista de ella? El Señor dice en el Evangelio : Si trayendo algún don para ofrecérselo en altar, estando allí, te acordares que tu prójimo tiene alguna queja de ti, deja tu ofrenda delante del altar y ve a reconciliarte con el primero, y cuando lo hayas hecho, vuelve a ofrecerla. ¡ Ay de mí, miserable ! Y no sé si diga también de vos (*Mat.*, 15), pues ha tanto tiempo que no ofrecí don en altar ; y si lo ofrecí, durando la ira misma, la ofrenda fué sin provecho para mí : ¿ cómo osamos decir en la oración cotidiana, perdónanos, Señor, nuestras culpas (*Mat.*, 6), como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido, discrepando tanto el ánimo de las palabras y la oración de las obras ? Torno, pues, tfa, a suplicaros otra vez lo que ha más de un año que os rogué en la primera carta ; y es, que tengamos paz, que es la posesión que nos dejó nuestro Señor, y vea Cristo nuestro Redentor mi deseo y buena voluntad ; pues dentro de poco tiempo, delante de su tribunal, o la concordia reconciliada tendrá premio o la paz rompida pena y castigo : y si vos, lo que Dios no permita, no la quisierais tener conmigo, yo quedaré sin culpa ; porque esta mi carta, luego que la leyereis, me excusará y absolverá de ella.



EPÍSTOLA XXVII

Para Juliano, diácono, escrita desde el yermo a Escridón ; excúsase de no haberle escrito y pídele que le avise de lo que allí pasa, y si su hermana persevera en el intento de conservar la virginidad ; y dice que no hace caso de uno que murmura de él.

REFRÁN es muy antiguo y muy probado, que los mentirosos son ocasión que no se dé crédito a los que dicen verdad : lo cual veo que me ha sucedido a mí en lo que me reprendéis, por no haberos escrito, porque si dijere que lo he hecho muchas veces, sino que se han descuidado en daros las cartas los que las llevaban, diréis vos que esa excusa es muy vieja en todos los que no escriben, y si dijere que no hallé quien llevase las cartas, diréis vos que ha habido mil mensajeros de aquí para esa tierra ; y si yo tornare a porfiar que ya escribí también con ellos, por ventura lo negarán, por excusar su negligencia en no haberla dado. Y así quedará el pleito indeciso y sin averiguarse entre los ausentes ; ¿pues qué haré ? Paré-



came que será bien pedir perdón, sin haber cometido culpa, teniendo por mejor pedir paz, el que ha sido echado de su puerto y lugar, que mover guerra con fuerzas iguales : y aunque es cierto que estoy tan consumido con las continuas enfermedades del cuerpo y del ánimo, que teniendo la muerte al ojo, casi aun de mí no me acordaba : y porque no penséis que no es así, presentaré testigos, como lo hacen los oradores después que han puesto sus argumentos y razones (1). El santo hermano Eliodoro se halló aquí, el cual quisiera vivir conmigo en este desierto, pero fuése ahuyentado con mis pecados y maldades. Mas si he tenido culpa en callar y no escribiros, ahora lo desquitaré con lo contrario, porque, como dice Horacio en una sátira, todos los cantores tienen esta falta, que no quieren cantar cuando se lo ruegan sus amigos; y otras veces, sin mandárselo nadie, no saben cerrar la boca. Así yo os enviaré tantas cartas, que pienso me rogaréis que no os escriba. Mucho me he holgado de saber que mi hermana, según la carne, e hija vuestra en Cristo, permanece en el buen propósito que había comenzado, que vos sois el primero de quien lo he sabido; porque aquí donde ahora estoy, no sólo no sé lo que pasa en nuestra patria, mas ni aun si ha quedado rastro de ella; y dado caso que la serpiente ultramarina me despedace con su boca malvada, no temeré el juicio de los hombres, porque tengo de tener a Dios por juez, según aquello que dijo uno, ha-

(1) Esto dice, porque no se atribuya a liviandad de Eliodoro el haberse ido, cargando como humilde sobre sí la culpa, que no tiene.

blando del que tiene segura la conciencia : aunque se abra el mundo y se caiga el cielo, no le darán penas las ruinas. Por tanto os ruego, que acordándoos del mandamiento apóstolico, con que enseña que debemos estar firmes en lo comenzado, procuréis su salud, que en ello granjearéis del Señor vuestro premio, y que procuréis con vuestras cartas frecuentes darme nueva alegría de la común gloria de Cristo.



EPÍSTOLA XXVIII

Para Teodosio y los demás ermitaños que viven en su compañía, a los cuales pide que rueguen a nuestro Señor lo lleve a vivir con ellos en el yermo, como desea.

QUÁNTO holgara hallarme ahora en vuestro santo convento, y abrazar vuestra admirable y santa compañía con todo regocijo y contento, aunque no la merecen ver estos mis ojos! Viera, sin duda, ese desierto más ameno y deleitable que todas las ciudades: viera también los lugares desamparados de los moradores, rodeados de compañías de santos, a semejanza de un paraíso; mas porque mis pecados no dan lugar a que mi cabeza, rodeada de toda maldad, sea puesta en compañía de los santos, yo no dudo poder vosotros alcanzarme de vuestro Señor esta merced: por tanto os ruego afectuosísimamente le pidáis que me saque por vuestras oraciones de las tinieblas de este siglo. Ya antes lo había dicho en presencia, y ahora no ceso de significar por cartas mi deseo, y es,

que mi ánima es arrebatada y llevada con grandes ansias a esa manera de vida. A vosotros, pues, pertenece ahora alcanzar de nuestro Señor que tras la voluntad se siga el efecto : mío es el quererlo, y de vuestras oraciones que pueda poner por obra lo que deseo. Mirad, que yo soy como aquella oveja enferma que andaba descaminada y apartada de toda la manada (*Luc.*, 13); y así, si el buen pastor no me pone sobre sus hombros y me vuelve al aprisco y manada, por más que haga y porfíe a levantarme, resbalaré y caeré. Yo soy aquel hijo pródigo y desperdiciador, que habiendo malbaratado toda la hacienda que mi padre me había dado, aun no me he arrojado a los pies del que me engendró, ni he comenzado a desechar y apartar de mí las blanduras del vicio y demasías primeras; porque puedo decir mejor que he comenzado a quererme apartar de mis faltas, que no he comenzado a apartarme de ellas. Ahora el demonio me enreda, y ata con nuevas ataduras; y proponiéndome nuevos impedimentos, rodea por todas partes los mares y el puerto de que estoy cercado : y puesto ahora en medio de este elemento, no puedo volver atrás ni pasar adelante; y así, lo que resta, es que con vuestras oraciones me alcancéis el soplo del Espíritu Santo, el cual me haga pasar adelante y me lleve hasta el puerto de la ribera deseada.

EPÍSTOLA XXIX

Para las vírgenes que vivían en el monte Hermón ; en que se queja que habiéndolas escrito muchas veces no le han respondido ; y dice, que aunque él no lo merece, Dios recibe a los pecadores y los busca, y que miren no juzguen mal de nadie, que es negocio peligroso, y en que de ordinario se engañan los hombres.

LA pequeñez de esta carta, y el escribiros en tan poco papel, es indicio y señal de que vivo en soledad, y por eso puse en poco espacio muchas razones ; porque si va a decir verdad, yo os quisiera escribir más largo, mas el poco papel me forzaba a callar y ser breve ; y así con industria he suplido mi pobreza, y aunque las letras son menudas, el razonamiento es largo, y así podréis echar de ver en este artículo de necesidad, el amor que os tengo, pues no bastó el haber tanta falta de papel a estorbar, que no os escribiese. Perdonad, pues, por caridad al que está lastimado, que agraviado y con lágrimas lo dice ; pues

habiéndoos escrito muchas veces, aún no me habéis querido responder una letra. Ya yo veo (1, *Cor.*, 6) que no lo merezco, porque no hay comunicación entre la luz y las tinieblas, ni entre el pecador y las siervas de Cristo puede haber alguna amistad y compañía. Mas considerad (*Luc.*, 7, *Mat.*, 15), que Jesucristo se dejó lavar los pies de una pecadora (*Luc.*, 5); y que los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores; y el mismo Salvador dijo que no vino a llamar los justos, sino los pecadores. Ni tienen necesidad los sanos del médico (*Ezq.*, 18, *Mat.*, 10), y el Señor más desea que el pecador haga penitencia, que su muerte, y él busca la oveja perdida y la trae sobre sus hombros, y el padre recibe con alegría al hijo pródigo (*Luc.*, 5, *Cor.*, 10) y perdido, cuando vuelva a su casa; y aún el apóstol dice (*Rom.*, 14, *Cor.*, 10) : No queráis juzgar antes de tiempo. ¿Quién eres tú, que te atreves a juzgar el siervo ajeno? A cuenta de su Señor está en pie, o cae; y el que está en pie, guárdese no caiga; y el mismo apóstol dice (*Galat.*, 6) : Ayudaos a llevar las cargas y faltas unos a otros. Mirad, hijas muy amadas, que juzgan muy diferentemente las cosas la pasión y enconamiento de los hombres y Cristo nuestro Señor. Muy de otra manera se sentencia en su santo y justo tribunal, de cómo se juzga por los rincones de los chismeros y murmuradores : muchos caminos parecen a los hombres justos y santos, que después se hallarán torcidos y aviesos; y muchas veces en ollas de barro está escondido un tesoro. Y aunque San Pedro (*Luc.*, 22)

había negado a su maestro tres veces, las lágrimas amargas que derramó le restituyeron en su lugar y dignidad antigua, y el Señor dice que a quien más le perdonan, ama más a quien le perdonó. De toda la manada no se hable palabra, y por la salud de una sola oveja enferma (*Luc.*, 7 y 15) se alegran y hacen fiesta los ángeles en el cielo. Y si a alguno le parece esto cosa indigna, oiga lo que dice el Señor (*Mat.*, 10) : Amigo, si yo soy bueno, ¿por qué tu ojo es malo y perverso?



EPISTOLA XXX

Para su amigo Rufino, natural de Alquileya, el cual supo que había aportado a Egipto, y así lo convida a que se venga con él a Siria, diciendo que, si no es Evagrio, todos los demás compañeros le han desamparado, porque Inocencio e Hilas murieron, y Bonaso se retiró a cierta isla para hacer más áspera penitencia.

AUNQUE por las Santas Escrituras tenía yo antes de ahora, carísimo Rufino, conocimiento de la liberalísima condición de Dios, y como da más de lo que le suplicamos y concede muchas veces aquellas cosas, que ni ojo las vió, ni oreja las oyó, ni cayeron jamás en imaginación, o en corazón de hombre, mas ahora lo he probado y experimentado en mi propia causa y negocio (*Isaí, 64*). Y digo esto, porque pareciéndome que era harto, según mi deseo y las ansias que tengo de veros, que con escribirnos el uno al otro, nos pudiésemos pintar como presentes, ha llegado a mi noticia que andáis penetrando los desier-

tos de Egipto, y visitando las campañas de los monjes, que en ellos viven, y rodeando la familia celestial en las tierras. ¡ Oh ! si Nuestro Señor Jesucristo tuviera por bien de hacer conmigo repentinamente lo que en otro tiempo hizo con San Felipe (*Act.*, 8), llevándole en un punto por los aires donde estaba el eunuco, mayordomo de la reina Candace; o lo que hizo con el santo profeta Abacuc (*Dan.*, 14), llevándolo a Babilonia, donde estaba Daniel en el lago de los leones. Y si esto me sucediera, y qué abrazos tan apretados os diera, y qué ósculos tan amorosos imprimiera en esa boca, que en otro tiempo, o erró juntamente conmigo o acertó juntamente. Mas porque no merezco, no tanto el no venir vos a mí de esa manera, como el no ir yo a vos así, y las frecuentes enfermedades han quebrantado tanto mi cuerpo, que aun estando sano, es flaco; por tanto, os envío en mi lugar esta carta, que os salga al encuentro, y enlazándoos con el vínculo de amor, os traiga hasta donde yo estoy. Estando yo muy descuidado de esto, me dió la primera dichosa nueva de este gozo no esperado el hermano Eliodoro; y tanto lo deseaba, que no creía que era cierto lo que deseaba que lo fuese especialmente, que decía él haberlo oído a otro, y la novedad del caso parece que quitaba el crédito a lo que se decía. Estando, pues, así suspenso y dudoso, vino otro mensajero cierto y digno de crédito, que fué un monje, natural de Alejandría, el cual había sido enviado del pueblo devoto, días hacía, a visitar los santos confesores que viven en Egipto, y ya en voluntad son mártires,

y a llevarles algún regalo, el cual hizo que mi voluntad dudosa se inclinase a creerlo, yo os confieso que aun en esto tenía duda, porque ni sabía vuestra patria ni vuestro nombre; mas con todo eso, como decía las mismas cosas que ya el otro había dicho, parece que se le podía dar más cumplida fe : finalmente, se supo la verdad enteramente, porque la multitud continua que por aquí pasa afirmaba que Rufino estaba en Nitria y había ido a visitar al bienaventurado padre Macario; y ya aquí yo lo creí totalmente y entonces verdaderamente sentí el verme enfermo, y si las fuerzas del cuerpo gastado y consumido no me hubieran tenido trabado como con una cadena, ni el calor grande que hace, por ser en medio del verano, ni la inconstancia e incertidumbre, que siempre hallan en el mar los que navegan, bastaran a estorbarme que no fuera a veros con piadosa apresuración. Creedme, hermano, que no mira con tanto gusto y afición el puerto un marinero a quien una tempestad ha arrojado hacia él; ni desean los campos secos y sedientos las lluvias; ni aguarda y mira con tantas ansias la madre congojada a su hijo, puesta en la ribera, cuando viene a desembarcar, como yo os deseo ver a vos; porque después que aquel furioso y arrebataado torbellino me arrancó de vuestro lado, y después que aquella impía y acelerada partida apartó al que estaba apegado con la liga del amor y caridad, luego estuvo sobre mi cabeza un nublado y tempestad obscura y espantosa; y no vi por un lado y otro sino cielo y mares : y finalmente, andando en

esta peregrinación incierta, vagueando de una parte a otra como Tracia, Ponto y Bitrinia, y todo el camino de Galacia y Capadocia, y la tierra de Sicilia con su gran calor, me hubieran quebrantado, vine a parar en Siria, que me fué tan agradable, como un puerto seguro al que ha padecido naufragio y tormenta; adonde, habiendo yo experimentado todas las enfermedades y trabajos, perdí uno de los que eran como mis ojos; porque una calentura repentina me arrebató a Inocencio, que era como parte de mi ánima; y así ahora solamente gozo de nuestro Evagrio, que es toda mi luz, al cual yo soy pesado con estar siempre enfermo, porque tenga ocasión de más merecimientos: en nuestra compañía estaba también Hilas, criado del santo varón Melanio, el cual con la pureza de sus costumbres había llevado la mancha de la servidumbre; y con su muerte me renovó la llaga que aún no estaba sin señal (*Tím.*, 4). Mas porque el apóstol nos prohíbe entristecernos por los muertos y la gran fuerza de la tristeza se ha templado con la nueva alegre que ha sobrevenido, hacemos saber estas cosas, para que si no las sabíais las sepáis; y si antes las sabíais, nos alegramos juntamente. Sabed, pues, que nuestro Bonoso, o por mejor decir, mío; y hablando con más verdad, nuestro, sube ya aquella escala figurativa que vió Jacob entre sueños (*Gen.*, 1, *Mat.*, 16, *Luc.*, 9, *Salm.*, 125, *Num.*, 21), y lleva su cruz, y no tiene cuidado de las cosas de mañana, ni vuelve a mirar atrás; siembra en lágrimas para coger en gozo; y con el misterio de Moisés cuelga la ser-

piente en el desierto... Ríndanse, pues, y den ventaja a esta verdad los milagros fingidos con mentiras, así en el estilo griego como en el latino. Veis aquí un mancebo que se crió en nuestra compañía y fué enseñado en las disciplinas honestas del siglo; el cual tenía abundancia de bienes; y en dignidad pocos le hacían ventaja de los de su calidad : y dejando su madre y hermanas y a un hermano, está como un nuevo morador de paraíso en una isla, donde oye continuos bramidos del mar que le rodea y azota con sus olas, donde unos peñascos, y riscos ásperos y unos guijarros pelados, y una soledad, que todo pone espanto : allí no hay labrador ninguno que labre la tierra, ni monje ninguno, ni aun el pequeño siervo Onésino, que vos conocisteis, el cual le servía como a hermano, con mucha caridad, no está a su lado, como compañero en tan grande soledad y así está solo allí, o por mejor decir, estando ya acompañado de Cristo, no sólo ve la gloria de Dios, la cual tampoco la habían visto los apóstoles, sino en el desierto. No pone por cierto los ojos en las ciudades soberbias y torreadas, antes ha dado su nombre y está empadronado en la renta de la nueva ciudad. Sus miembros secos, ponen horror y espanto, con el saco de que está vestido; mas de esta manera será mejor arrebatado en las nubes para ir a recibir a Cristo. No goza por cierto allí de ninguna amenidad de jardines, fuentes y estanques, que con nuevas y secretas invenciones de despedir las aguas, lo recreen; mas bebe agua de vida del costado del Señor. Poned, pues, dulcísimo

amigo, delante de los ojos todo este negocio y contempladlo en vuestro ánimo con toda atención y cuidado; y entonces podréis loar la victoria, cuando hubiereis conocido el trabajo del que así pelea. Considerad, pues, cómo el mar brama así furioso alrededor de toda la isla; y cómo hiriendo en aquellos peñascos y cavernas, torna hacia atrás con grandes bramidos; mirad cómo la tierra que allí hay, no tiene la hermosura que otras suelen tener con la grama y otras hierbas; y cómo en el verano no hay en aquel campo las sombras espesas que en otros, sino unas peñas abiertas que parecen cárcel espantosa; y con todo eso, él está con grande seguridad, y sin temor ni espanto, y armado todo con la doctrina del apóstol (*Ephes.*, 6), unas veces oye a Dios, leyendo las cosas divinas, otras veces habla con él cuando le ruega alguna cosa, y por ventura ve algunas cosas divinas, estando en la isla como el evangelista San Juan. ¿Mas cuántas trazas pensáis que andará dando ahora el demonio para engañarlo, y cuántos lazos y asechanzas andará armando para cogerlo? Por ventura, acordándose del antiguo engaño de que usó con Cristo, intentará persuadirle que tiene hambre y que es bien que coma: mas ya a esta tentación se le ha respondido que no se sustenta el hombre de sólo pan (*Deut.*, 8, 1, *Tim.*, 6, *Galat.*, 6). También podrá ser que le ponga delante las riquezas y honras; más diráles a esos: Los que desean ser ricos, caen en el cepo y en tentaciones; y lo que dice en otra parte: Toda mi honra y gloria está en Cristo, y podrá ser que hiera y golpee los miem-

broso cansados, con los ayunos, con alguna enfermedad pesada; más rebatirlo ha él con las palabras que dice el apóstol (*Cor*, 2): Cuando estoy enfermo, entonces me hago más fuerte y la virtud en la enfermedad se perfecciona (*Fil.*, 1). Si le amenazare con la muerte, dirá él (*Ephes.*, 6): Yo deseo ser ya desatado de este cuerpo y estar con Cristo. Arrojarle ha saetas encendidas, mas él las recibirá con el escudo de la fe: y por no cansar, repitiendo muchas cosas, combatirlo ha Satanás, mas defenderlo ha Cristo. Muchas gracias os doy, Señor mío Jesucristo, porque me habéis dado quien pueda rogar por mí y ser mi abogado en vuestro día: vos mismo, Señor, lo sabéis (porque los corazones de todos os están manifiestos y patentes, y penetráis los pensamientos, como veáis al profeta cuando estaba en el vientre de la ballena en el profundo del mar) en qué manera yo y él nos criamos juntos desde muy niños hasta ser ya de edad florida; y cómo tuvimos las mismas amas de leche, y cómo gozamos de los mismos senos y brazos de los que nos traían de una parte a otra; y cómo después de los estudios de Roma, yéndonos por las mismas riberas, medio bárbaras, del río Revo, comíamos de un mismo manjar y morábamos en la misma posada, y cómo primero comencé yo a querer honraros. Suplícoos, Señor, que os acordéis que este nuestro batallador en otro tiempo fué soldado bisoño en mi compañía; promesa tengo de V. Majestad, que el que enseñare y no obrare, será llamado mínimo en el reino de los cielos, mas que el que enseñare y obrare será lla-

mado muy grande. Goce él enhorabuena de la corona de la virtud, y adornado de estola siga al cordero sin mancilla (*Mat.*, 5), por los cotidianos martirios que padece, que al fin en la casa de vuestro padre hay muchas mansiones. Y una estrella difiere en la claridad de otra; y concededme a mí, Señor, que a lo menos pueda levantar mi cabeza entre los calcañales de los santos; y que cuando yo comenzare a querer, haya él acabado. Perdonadme a mí, porque no puedo cumplir lo que deseaba y dadle a él el premio que merece. Pienso que me he alargado más de lo que pedía la brevedad de una carta; lo cual me suele suceder siempre que se ofrece decir algo de las alabanzas de nuestro Bonoso.

NOTA : Mas tornando al principio, de donde me aparté, suplicoos que no permitáis que el alma pierda juntamente con los ojos el amigo que se busca mucho tiempo y apenas se halla y con dificultad se conserva. Dé gusto a quien quisiera el oro resplandeciente, y los metales radiantes, y lo que con ellos se adorna, y compone con tanta pompa, e invenciones, que al fin la caridad no se puede comparar con cosa ninguna y el amor no tiene precio, y la amistad que puede tener fin y acabarse nunca fué verdadera. Cristo nuestro Señor os tenga de su mano.



EPÍSTOLA XXXI

Para Nicea, subdiácono, compañero antiguo : pídele que le escriba alguna vez, como lo hacen los hermanos Cromacio y Eusebio.

TURPILIO, poeta cómico, tratando del escribirnos cartas unos a otros, dice : Sólo esto hace que los hombres ausentes estén presentes : y cierto no fué falsa esta sentencia, aunque lo dijo en una cosa no verdadera (como es la comedia); porque ¿ qué cosa hay (hablando así) tan presente entre los ausentes, como hablar con los amigos y oírlos por medio de las cartas? Que aun aquellos hombres groseros de Italia, a los cuales Enio poeta llamó cascós (que quiere decir viejos), los cuales, según dice Cicerón en su retórica, buscaban para sí la comida a manera de brutos; antes que se hallase el uso del papel y pergamino se escribían a menudo unos a otros en tablillas de palo acepilladas, o en cortezas de árboles : y por esto a los que las llevaban llamaron tabelarios, que quiere decir : llevadores de tablillas; y a los escritores llamaron liberos de las cortezas de los árboles, en que escribían. Es-

tando, pues, ya el mundo tan limado con las artes, ¿cuánta más razón hay para que no dejemos nosotros de hacer esto que ellos hacían, entre los cuales no había sino una cruda rusticidad y que apenas sabían qué cosa era trato humano? Mirad, que el bienaventurado Cromacio, hermano (no menos según la igualdad de las costumbres que según la naturaleza) de Eusebio, me ha incitado con sus cartas a que le escriba, y vos yéndooos ahora de nuestra compañía, rompéis la nueva amistad de un golpe, y no la deshacéis poco a poco; lo cual prohíbe prudentemente Lelio en un libro de Cicerón; si no es, que acaso aborrecéis tanto el Oriente que teméis aún enviar cartas vuestras acá. Ea, pues, ea, pues despertad y sacudid el sueño y enviad siquiera un billetillo a quien os ama, y suspirad alguna vez, acordándoos de las recreaciones y regalos que tuvimos juntos en nuestra patria y de las peregrinaciones que anduvimos juntos fuera de ella; y si me queréis bien, escribid al que os ruega; y si os enojáis, escribidme aunque sea con enojo, porque será para mí gran consuelo tener cartas de mi amigo, aunque esté enojado.



EPÍSTOLA XXXII

Para Cromacio y Eusebio, hermanos, juntamente con Jovino, su amigo, y su madre y hermanas, doncellas, que vivían en una misma casa santamente en Estridón : loa en ella a Bonoso, y encárgales el cuidado de su hermano.

No hay para qué escriba yo a cada uno de por sí, de aquellos a quien ha juntado el amor; ni para qué haga cumplimientos con cada uno en particular, pues os amáis de tal manera unos a otros, que no estáis menos unidos los tres con el vínculo de la caridad, que los dos hermanos con el de la naturaleza : antes si sufriera y el negocio diera lugar a ello, encerrara en un rasguillo de una letra los nombres indivisos, provocándome a ello también vuestra carta en nombre de todos, de manera, que en uno juzgara haber tres; y en tres uno; porque después que me la envió el santo varón Evagrio a aquella parte del yermo muy ancha que está entre los sirios y sarracenos, recibí tanto contento con ella, que fué mayor que el que recibió

Roma con aquella felicísima nueva de haber Marcelo, su capitán, destruído primeramente los ejércitos de Aníbal, junto a Nola, después de la batalla de Cannas.

Y aunque el sobredicho hermano me visita muchas veces, y me ama en Cristo, como a sus mismas entrañas; pero mora tan desviado de este lugar, que no me dejó con menos deseo, yéndose, que me había dado alegría viniendo. Ahora hablo con vuestra carta y la abrazo, y ella me habla, porque ella sola sabe aquí latín, que en esta tierra o se ha de aprender un lenguaje medio bárbaro, o no hemos de hablar palabra. Todas las veces que por la letra de la carta escrita de vuestra mano se me vienen a la memoria vuestros rostros, de mí muy amados, o salgo de aquí, o venís vosotros acá. Creed al amor, que dice verdad; aun cuando esta escribía, me parecía que os veía; de quien lo primero de quien me quejo, es que habiendo tan grande espacio de mares y tierras en medio de nosotros, me escribáis una carta tan corta, si no es que yo no lo mereciese, por no haberos escrito primero, como me decís, pues no pienso que fué por falta de papel, habiendo como hay contratación de esa tierra a Egipto: y si, como en otro tiempo Tolomeo, cerrara las puertas del mar a alguno el rey Atalo, con todo esto había enviado pieles y pergamino de Pérgamo para que con ellos se supliera la falta del papel, que de allí ha venido de mano en mano a guardarse hasta el día de hoy el nombre de pergamino: ¿pues, qué será bien que piense? ¿Que daba prisa el mensajero? No por cierto, porque para escribir

una carta, por larga que sea, basta una noche. ¿Pues, qué diremos? ¿Que estabais ocupados? Tampoco, porque de ninguna cosa hay más necesidad que de la caridad : luego una de dos, o lo dejasteis por pereza o yo no lo merecí; pero más quiero atribuirlo a pereza que a falta de amor; porque más fácilmente se puede enmendar la negligencia que nacer amor donde no lo hay. Bonoso, según me escribe, como si fuera hijo de algún pez, es amigo de lugares donde hay agua : y yo, manchado con la antigua suciedad, busco los lugares secos y peñascos, como los basiliscos y escorpiones : él ya pisa sobre la cabeza de la culebra y yo soy manjar de serpiente; a quien fué dada por la sentencia divina la tierra por mantenimiento (*Gen.*, 7); él puede ya cantar el último salmo de los graduales (*Ps.*, 120); y yo, estando aún llorando en el primer escalón o grada del altar, no sé aún si podré decir en algún tiempo (*Ps.*, 150) : Levantado he mis ojos a los montes de donde me ha de venir el socorro. Él entre las olas amenazadoras del siglo, estando asentado en lo seguro de la isla, quiero decir, en el gremio o regazo de la Iglesia, por ventura como otro San Juan traiga ya el libro (*Apoc.*, 10), y yo, estando echado en el sepulcro de mis maldades y atado con los lazos de mis pecados, estoy esperando aquel clamor del Señor en el Evangelio (*Joan.*, 10) : Jerónimo, sal fuera : digo, pues, que Bonoso (porque según la voz del profeta toda la fuerza del demonio está en los lomos) llevó su cinto a la otra parte del río Eufrates, adonde lo escondió en el agujero de una piedra; y ha-

llándolo después desmenuzado, cantó aquello de David (*Job.*, 40, *Hier.*, 13) : Señor, vos poseísteis mis rehenes y rompisteis mis lazos; y yo os sacrificaré sacrificio de alabanza. Mas a mí Nabucodonosor me ha llevado encadenado a Babilonia : esto es, a la confusión de mi entendimiento : y allí me puso el yugo de mi cautividad; y echándome una argolla de hierro en las narices me mandó cantar alguna cosa de los cantares de Sión (*Ps.*, 138, 115, *Reg.*, 25, *Is.*, 27), al cual yo respondí : Andad, que el Señor suelta los presos y él alumbra a los ciegos, y finalmente, por concluir con brevedad la semejanza que comencé a poner los dos, yo estoy aún pidiendo perdón de mis pecados, y él está ya aguardando la corona y premio de sus obras. Mi hermana, por la diligencia del bienaventurado Juliano, es fruto suyo en Cristo, él puso la planta, cultivadla vosotros, que el Señor la hará crecer en su servicio (*Cor.*, 3). Esta me ha dado, como de nuevo tornándomela viva después de muerta, por aquella gran llaga que el demonio le había hecho. Por esta, como dice el poeta gentil (*Virgil.*), estoy temeroso aún de las cosas seguras; porque bien sabéis vosotros cuán resbaladizo y aparejado para caer es el estado de la juventud, en el cual yo también deslicé y vosotros no pasasteis sin temor; y así, ella ahora, entrando en él, tiene necesidad de ser ayudada con los consejos y mandamientos de todos grandemente, y sustentada con los consuelos de todos, quiero decir, fortalecida con vuestras continuas cartas : y porque la caridad lo sufre todo, ruégoos mucho que procuréis

que también la escriba el obispo Valeriano (1, *Cor*, 3), para confortarla, pues sabéis cuánto importa, para que las doncellas estén firmes, usar de estos remedios y que entiendan que sus padres y superiores tienen cuidado de ellas; y pídoos esto porque en mi patria la rusticidad y grosería es muy casera, y tienen por Dios al vientre, y les parece que no hay mañana, según tratan de holgarse y gozar del buen día (*Fil.*, 3), y tienen por más santo el que es más rico, y hase juntado (como dice el proverbio común y muy trillado del pueblo) a esta olla una cobertera tal como ella, que es un sacerdote llamado Lupicino; y también cuadra allí aquello de que se rió, como dice Lucilio, una sola vez Creso en su vida, que viendo comer a un jumento unos cardos espinosos, dijo: Y hallado han por cierto los labios lechugas semejantes a ellos. Pues a una nave que hace agua por muchas partes, la guía un marinero bisoño; y un ciego guía a otros, para que todos caigan en la hoya, y es tal el gobernador como aquellos a quien gobierna (*Luc.*, 6). A vuestra madre común dad mis encomiendas, con la reverencia que sabéis, ya que yo la tengo; la cual, siendo vuestra compañera en la santidad, en esto os hace ventaja, que es, en haber engendrado tales hijos, cuyo vientre puede llamarse verdaderamente de oro. En la misma forma encomendadme a vuestras hermanas, dignas de que todos las reverencien, las cuales han vencido su naturaleza femenil, juntamente con el siglo; y teniendo aparejadas sus lámparas con mucho aceite, están aguardando la venida

del esposo (*Mat.*, 25, *Luc* , 2, 1, *Rom.*, 1, *Mat.*, 2). ¡ Oh dichosa casa, en la cual podemos decir que moran otra Ana viuda y otras doncellas profetisas y dos Samueles, criados en un templo ! ¡ Oh pechos bienaventurados, donde vemos una madre mártir, rodeada de la corona de los Macabeos mártires ; porque allende, de cada día confesáis a Cristo guardando sus mandamientos ; con todo eso, se ha juntado a la hora particular vuestra una confesión pública y manifiesta, con que por vuestra industria y trabajo ha sido lanzada de vuestra ciudad la ponzoña de la doctrina antigua de Arrio ! ¿ Os admiráis, por ventura, de que al fin de la carta haya tornado a comenzar ? ¿ Qué tengo de hacer ? No puedo dejar de decir lo que tengo en el pecho. La brevedad que pide la carta me fuerza a callar, y el amor que os tengo me compele a hablar. Palabras son dichas aprisa, y la oración va turbada y confusa ; pero al fin, el amor no sabe guardar orden.



EPÍSTOLA XXXIII

Para Crisógono, monje en Aquileya, en que se queja de que no le ha escrito y parece se ha olvidado presto de su amistad.

Mi grandísimo amigo y no menos vuestro Eliodoro, os pudo decir fielmente el amor que os tengo; el cual os ama no menos que yo, que siempre traigo vuestro nombre en mi boca y en cualquiera plática que se ofrece me acuerdo la alegrísima compañía que me hicisteis, para admirarme de vuestra humildad y ensalzar vuestra virtud y predicar vuestra caridad; mas vos me parecéis a los linceos, o lobos cervales (*Plinio*), que no se acuerdan, naturalmente, más de lo que ven delante; y en volviendo los ojos a mirar otra cosa, se les va de la memoria lo que miraban primero. Así vos os habéis olvidado tanto de mi amistad, que parece habéis borrado aquella carta que dice el apóstol que está escrita en el corazón de todos los cristianos (*Cor*, 5), y no parece que la habéis borrado como quiera, sino rayendo las letras del todo con uñas,

como dicen, agudas; y cierto, aquellos animales fieros, que dije, estando cazando cabras montesas debajo de la sombra de algún árbol, si toman algunos ciervos, animales tímidos, y algún robo o despojo, que corre en balde, por llevar tras sí su enemigo, despedázalo con sus dientes; y en tanto se acuerdan de cazar y robar, en cuanto la hambre del vientre lastima la garganta seca; mas en llenando las entrañas con aquella fiereza bañada en sangre, tras la hartura viene el olvido, para no acordarse más de cazar, hasta que la hambre se lo acuerde. Pero vos, sin haberos hartado de mi amistad, ¿por qué juntáis el fin con el principio? ¿Por qué dejáis la cosa antes de tomarla? Si no es que deis la excusa que dan siempre los negligentes y perezosos, diciendo: No tenía que escribiros: pues esto mismo debierais escribir, que no tenáis que escribir.



EPÍSTOLA XXXIV

Para uno que se llamaba Antonio, que habiéndole rogado muchas veces que le escribiese, no lo había querido hacer; y así le reprende de arrogante y altivo.

ESTANDO los apóstoles contendiendo sobre cuál había de ser mayor, Nuestro Señor, que fué maestro de humildad, asió de un niño, diciendo (*Mat.*, 18) : Cualquiera de vosotros que no se convirtiere como niño, no puede entrar en el reino de los cielos; y porque no pareciese que enseñaba esto y no lo hacía, púsolo por obra cuando lavó los pies a sus discípulos (*Joan*, 13, *Luc.*, 22), y cuando a Judas, que lo entregaba, lo recibió con beso de paz; y cuando habló con la Samaritana; y cuando estando asentada a sus pies María Magdalena, trata del reino de los cielos; y cuando resucitando de los muertos apareció a unas mujercitas primero que a los demás (*Joan*, 4, *Luc.*, 7, *Mat.*, 18). Mas por el contrario, Satanás cayó de la cumbre del estado de los arcángeles, no por otra causa,

sino por la soberbia contraria a la humildad; y el pueblo judaico, que le parecía merecer las primeras sillas y saluciones en la plaza, fué destruído, y en su lugar sucedió el pueblo de los gentiles, que estaba antes diputado para ser como una gotita de una herrada.

San Pedro y Santiago (*Isaí.*, 14 y 40) fueron enviados para confundir los sabios del mundo y maestros del siglo; por lo cual, dice la Escritura: Resiste Dios a los soberbios y da gracias a los humildes (*Petr.*, 5). **NOTA:** Mirad, hermano, cuán grande mal es el que tiene a Dios por contrario; por esto es menospreciado en el Evangelio el fariseo arrogante, y oído el publicano que era humilde (*Luc.*, 18). Si no me engaño, ya os he enviado diez cartas tan llenas de comedimientos como de ruegos, y vos aún no habéis tenido por bien de hacerme una inclinación de cabeza, o hablarme una palabra: y hablando el Señor con sus siervos, vos no queréis hablar con vuestro hermano. Diréisme que os escribo muy afrentosamente. Creedme que si la vergüenza del estilo no me detuviera, que os dijera injuriado y con sentimiento tantas cosas, que comenzaíais a escribirme siquiera de enojado; pero porque el enojarse es de hombres y no hacer injuria es propio del cristiano, tornándome a mi antigua costumbre, os torno a rogar que améis al que os ama, y habléis al que juntamente con vos es siervo de Cristo, el cual os tenga de su mano.



EPÍSTOLA XXXV

Para San Dámaso, Papa, en que le dice que aunque la herejía arriana había sido desterrada, todavía habían quedado algunos rastros de ella en las iglesias del Oriente, la cual favorecía el obispo de Antioquía con los campenses, y le daban mucha prisa porque confesase tres hipostases; y así el santo varón, viéndose muy apretado, acude al papa y a la Iglesia romana, como madre de las demás, y a quien se ha hecho acudir en todas las dudas: y pregunta qué es lo que debe creer, y muestra cómo en las palabras que quieren que diga, hay engaño y ponzoña.

PORQUE la parte Oriental, quebrantada entre sí con la antigua furia de los pueblos, despedaza muy a menudo la túnica no partida y tejida por lo alto del Señor (Joan, 19, Cant., 2, Jer., 2, Cant., 4, Rom., 1), y las raposas destruyen la viña de Cristo de tal manera, que es dificultoso entender

y atinar dónde está la fuente sellada, y aquel huerto cerrado entre las cisternas rotas que no tienen agua : Por tanto, me pareció que debía acudir a consultar la cátedra de San Pedro y la fe loada por la boca apostólica (como puerto seguro) pidiendo ahora mantenimiento para mi ánima, de allí donde en otro tiempo recibí la vestidura de Cristo (que es el bautismo); y no ha sido parte para estorbar, que no busque esta preciosa margarita, este mar tan ancho que está en medio lleno de aguas, ni tampoco la muchedumbre de tierras con que estamos apartados; adondequiera que estuviere el cuerpo allí también se juntarán las águilas. Habiendo la generación malgastado y consumido su patrimonio (*Luc.*, 7), sólo acerca de vosotros se guarda y conserva sin corrupción la heredad de los padres, ahí es donde la tierra con terruño fértil, recibiendo la semilla limpia del Señor, acude a ciento por uno, que aquí los buenos granos (*Isaí*, 41), envueltos en los surcos, como la tierra es ruin, se convierten en vallueca y avena. Ahora nace y se levanta el sol de justicia en el Occidente; mas en el Oriente, aquel Lucifer que había caído ha puesto su trono sobre las estrellas. Vosotros sois luz del mundo y sol de la tierra (*Mat.*, 5) : Vosotros sois vasos de oro y de plata, y aquí los vasos de barro, o de madera, están aguardando la barra de hierro y el fuego eterno que los quebrante y consuma. Pues aunque, Padre Santísimo, me aterrorice y espante vuestra grandeza y majestad; por otra parte me convida y alienta vuestra humanidad y blandura; y así, pido como a sacerdote

el sacrificio de salud; y como oveja a su pastor, el socorro que he menester : vaya, pues, fuera toda envidia y apártese toda la ambición de la cumbre y fausto romano, que yo hablo aquí con el sucesor del pecador y discípulo de la cruz, y yo, que a ninguno sigo por primero, sino a Cristo, estoy arrimado y asido a vuestra beatitud : quiero decir, que comunico y estoy unido con la cátedra de San Pedro (*Mat.*, 16, *Exod.*, 14) : Porque sé que sobre aquella piedra está edificada la Iglesia, y que cualquiera que comiere el cordero fuera de esta casa, es profano, y no hace lo que debe; y sé también que si alguno no estuviere dentro del arca de Noé mientras dura este diluvio y tempestad (de las herejías), perecerá sin duda ninguna : y porque deseando hacer penitencia de mis grandes pecados me he venido a esta soledad, que divide a Siria con sus mojones, junto a Berbería; y habiendo en medio tantos espacios, no puedo pedir a vuestra santidad siempre lo que deseo y he menester, el pasto del Señor; por tanto, sigo aquí a los santos confesores egipcios, vuestros compañeros; y como navichuelo pequeño, estoy debajo del amparo de los navíos grandes y de alto bordo. No conozco a Vital, a Meleccio lo desecho, e ignoro a Paulino; cualquiera que no recoge con vuestra santidad, esparce y desperdicia, esto es, aquel que no es de Cristo, es contra Cristo; pero ahora (*¡ ay dolor !*) después de la fe que se declaró en el concilio Niceno, y después del decreto que se hizo en Alejandría acudiendo allí el Occidente, me piden a mí, que sigo la Iglesia romana, un nombre

nuevo de tres Hipostases, la cabeza de los Arrianos y los Campenses. ¿Ruégoles mucho que me digan cuál o cuáles de los apóstoles salió con estas invenciones y novedades? ¿O qué nuevo maestro de las gentes, Pablo, enseñó estas cosas? ¿Preguntámosles qué piensan, qué se entiende por los tres hipostases? Y dicen que tres personas subsistentes. Respondo que yo también lo creo así; dicen que no basta sentirlo así, que lo diga por estos nombres, porque hay en las sílabas no sé qué ponzoña. Doy voces si alguno no confiesa tres hipostases o tres enhipostases; esto es, tres personas subsistentes, sea descomulgado : y porque no aprendo de memoria los vocablos, júzgame por hereje; pues si alguno, entendiendo por hipostasia usía, no dice y confiesa que hay en tres personas una hipostasí, ajeno es de Cristo; y debajo de esta confesión, soy señalado con el cauterio de la unión, juntamente con vuestra santidad. Suplico, pues, a vuestra santidad, que si es servido lo determine y declare que yo tomaré decir tres hipostases; si vuestra santidad lo manda hágase un nuevo decreto de la fe después del Niceno, y confesemos los católicos con semejantes palabras a la de los Arrianos. Toda la escuela de las letras seglares ninguna otra cosa entiende por hipostase sino usía; ¿pues ruégoles que me digan quién osará con boca descomulgada predicar tres substancias? Una y sola es la naturaleza de Dios, la cual es verdadera, y tiene verdadero Ser, porque lo que subsiste y tiene Ser por sí, no tiene nada de otra parte, sino lo que es suyo : las demás cosas cria-

das, aunque parecen ser, no son; porque en algún tiempo no fueron, y pueden otra vez no ser; lo que en algún tiempo no fué. Sólo Dios, que es eterno, quiero decir que no tiene principio, tiene verdadero nombre de esencia; y así, hablando con Moisés desde la zarza, dijo: Yo soy el que soy; y Moisés dijo: El que es me envió; clara cosa es que había entonces ángeles, cielo, tierra y mares; pues ¿cómo apropia Dios a sí propiamente el nombre común de la esencia? Mas porque sola aquella naturaleza es perfecta, y hay una deidad en tres personas, que tiene Ser verdadero, y es una naturaleza cualquiera que dice que hay tres seres, esto es, tres hipostases, o usías, y debajo de nombre de deidad procura decir y poner tres naturalezas: y así es, ¿por qué nos apartamos de Arrio con las paredes, estando unido con el error? Júntese con vuestra beatitud Ursicino, y haga compañía Auxencio con Ambrosio; pero Dios nos libre que la fe de la Iglesia romana tal confiese, ni que los corazones religiosos de los pueblos beban tal sacrilegio; bástenos a nosotros decir que hay una substancia y tres personas subsistentes, perfectas, e iguales y coeternas, no se nombre tres hipostases si sois servido y sea tenido una. Cosa es sospechosa cuando en un mismo sentido difieren las palabras, bástenos a nosotros la credulidad que hemos dicho; y si a vuestra beatitud le parece acertado que debemos decir tres hipostases, con sus declaraciones yo no lo negaré; pero créame que hay ponzoña escondida debajo la miel (Cor 13); y que el ángel de Satanás se ha transfigurado en ángel de luz.

Bien declaran la voz hipostases, y cuando yo digo que siento lo que declaran, júzganme por hereje; ¿para qué se fatigan tanto por una palabra? ¿Por qué se esconden debajo de una voz ambigua y dudosa? Si creen así como declaran, yo no condeno lo que conservan y tienen: si yo creo como ellos fingen que creen, déjenme también hablar lo que dicen que sienten con mis propias palabras. Por tanto, suplico a vuestra beatitud por reverencia de Cristo crucificado, y por la salud del mundo y por aquel que es trino y uno, que me avise con sus cartas y me dé licencia y autoridad, o de callar o afirmar esto de los hipostases; y porque acaso por no saber el lugar en que vivo no sea ocasión de engañarse, sírvase encaminarme las cartas con los mensajeros, que escribiere a Evagrio presbítero, a quien conoce muy bien, y juntamente me significará con quién de los tres prelados de Antioquía debo comunicar; porque los campenses, unidos con los herejes Tarsenses, ninguna cosa procuran, ni pretenden más de que con la autoridad de que están adictos a vuestra santidad, y con su arrimo y amparo, predicar tres hipostases en el sentido antiguo.



EPÍSTOLA XXXVI

Para el mismo Dámaso, en que, por haber respondido a lo pasado, torna a importunarle y suplicarle que se compadezca de él, y le saque de esta angustia como padre, pastor y sucesor de San Pedro.

AQUELLA mujer de quien hace mención el Evangelio (*Luc.*, 18), por ser porfiada e importuna en pedir lo que había menester, al fin mereció ser oída y alcanzar lo que pedía. Y el otro que fué a pedir los panes a su amigo a media noche, aunque halló cerrada la puerta, y que ya él y sus criados estaban acostados, por la importunación alcanzó lo que había menester (*Luc.*, 18, *Joan.*, 3) : y aun el mismo Dios, que con ningunas fuerzas puede ser vencido, lo fué con los ruegos del publicano; y la ciudad de Nínive que había perecido por sus pecados, se reparó con las lágrimas y penitencia. Mas diráme vuestra beatitud, que ¿a qué propósito tan larga arenga y exordio? Digo, pues, que para suplicaros que como grande miréis a mí, que soy pequeño; y como pastor rico y poderoso,

no menospreciéis la oveja enferma. Cristo nuestro Redentor, desde la cruz llevó al paraíso al buen ladrón; y para que ninguno pensase que la penitencia y la conversión era tardía en algún tiempo (*Luc.*, 32), convirtió la pena que padecía por el homicidio que había hecho en martirio y merecimiento. Ya se sabe que Cristo recibe con alegría y brazos abiertos al hijo pródigo cuando vuelve; y que dejando las noventa y nueve ovejas, trae en sus hombros el buen pastor una oveja que se había quedado rezagada. San Pablo (*Luc.*, 11), de perseguidor, es hecho predicador, y aún le cegaron los ojos corporales para que viese más y mejor con los del alma; y el que llevaba primero presos los siervos de Cristo al tribunal y concilio de los judíos (*Act.*, 7), él mismo se gloriaba después de ser atado y puesto en prisiones por amor de Cristo. Pues yo, como en otra os escribí, recibí en Roma la vestidura de Cristo, y ahora vivo en los desiertos (*Cor.*, 11), que parten términos entre Siria y los bárbaros; y porque no penséis que alguno me condenó a este destierro, yo mismo lo escogí para hacer penitencia de mis pecados, como sabedor de ellos. Mas como dice el poeta gentil (*Horacio*), los que pasan la mar, aunque muden el clima y el aire, mas no el alma y las costumbres. Así a mí, aunque me mudé de una tierra a otra, no dejó de seguirme y venirme a las espaldas el enemigo, sin cansarse, de tal manera, que en este desierto padezco mayores batallas; porque por una parte la rabia y furor de la secta arriana, favorecida con la potencia del mundo, se embravece; y po-

otra, la Iglesia, partida en tres partes, cada una procura llevarme para sí. Y los monjes que viven aquí cerca con la autoridad antigua se levantan contra mí; mas yo, puesto en este conflicto y aprieto, doy voces diciendo: El que se junta con la cátedra de San Pedro, ese sólo es mi amigo. Melacio, Vidal y Paulino, dicen cada uno, que están arrimados a vos; y si uno solo lo dijera, pudiéralo creer, pero ahora, siendo de contrarias sectas, es imposible; y así, o todos tres mienten, o los dos por lo menos. Por tanto, os suplico humildemente por la cruz del Señor, por la reverencia y honra que se debe a la fe, y por la pasión de Cristo, que pues vuestra beatitud sigue a los apóstoles en la dignidad y honra, los siga en el merecimiento; y así se vea asentado a juzgar con los doce, y así le ciña otro cuando sea viejo; como a San Pedro; y así alcance la morada del cielo con San Pablo, que avise y enseñe con sus cartas a quién de éstos debo seguir y comunicar aquí en Siria, y no desprecie un alma por la cual dió Cristo su vida.





EPÍSTOLA XXXVIII

Para Marcela, matrona romana, en que se excusa haberla escrito corto por estar ocupado en cotejar la traslación de Aquileya de los libros de los hebreos; y por haberla escrito tan corto, pone con esta carta otras dos que había escrito para otras dos personas, para que ella también las lea.

DOS causas hubo para escribiros tan breve carta; la una fué que el mensajero estaba de priesa; y la otra que yo estaba coupado en otra cosa y no quise ocuparme en esta, ajena de mi intento. ¿Diréisme que qué causa pudo haber tan grande y de tanta necesidad que bastase a estorbar el escribiros una carta? Digo, que ha ya muchos días que estoy confiriendo la traslación de Aquileya con los libros de los hebreos, para ver si acaso la Sinagoga, en aborrecimiento de Cristo, ha mudado alguna cosa; y para decir la verdad con amistad, muchas cosas hallo que son muy a propósito para confirmar y fortalecer nuestra fe. Ahora miraos desde los profetas Salomón y el

Psalterio, y los libros de los reyes por menudo y por orden; tengo ya entre manos el Éxodo, el cual ellos llaman Ellofemoth, con intención de pasar al Levítico: pues ya veréis que esto no se debió dejar por ninguna otra obra; mas porque nuestro amigo Currencio no vaya vacío y así haya corrido en balde, me pareció juntar con esta cartilla otras dos que escribí los días pasados para vuestra hermana Paula y para su querida prenda Eustoquia, para que cuando las leyereis y hallareis en ellas alguna cosa de doctrina y de donaire y gracia, penséis que también escribieron para vos como para ellas. Decidle a nuestra madre Albina que deseo tenga salud, y hablo de la del cuerpo, porque no ignoro cuánta tenga en el alma; y ruégoos mucho que le deis mis encomiendas y la favorezcais y regaléis con doblado oficio de piedad, porque en ella es amada juntamente una que es cristiana y madre.



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
SALA DE COLECCIONES ESPECIALES
INVESTIGACIONES

EPÍSTOLA XXXIX

Para San Agustín y Alipio su amigo, en que les da la enhorabuena de haber, con su diligencia, apagado la herejía de Celestino o de Pelagio; y excúsase de no haber respondido contra los libros de Arriano diácono, el cual era discípulo de Celestino y había escrito contra la carta de este santo.

EL santo sacerdote Inocencio, que lleva esta, no llevó el año pasado ninguna mía para vosotros, como hombre que no había de volver a África; mas doy gracias a nuestro Señor por haberlo ordenado de tal manera. Con vuestras cartas habéis vencido mi silencio, porque me es muy agradable sin duda ninguna cualquiera ocasión que tengo de escribiros; y pongo a Dios por testigo que si pudiera tomar alas de paloma, yo me envolviera en vuestros brazos; y aunque esto lo hubiera hecho yo siempre por el gran merecimiento de vuestras virtudes, pero ahora mucho más, porque con vuestro trabajo y ayuda ha sido degollada la herejía celestina, la cual, de tal manera

había inficionado los corazones de muchos, que viéndose vencidos y condenados, con todo eso, no dejan la ponzoña de sus ánimos : y ya que no pueden otra cosa, aborrecennos como a personas por las cuales piensan que han perdido la libertad de enseñar la herejía. Y a lo que me preguntáis si torné a escribir contra los libros de Anniano, falso diácono celedense, el cual se apacienta muy a sus anchuras para administrar palabras sin substancia de la blasfemia ajena; sabed que envié sus libros, enviados en cedulillas, o abreviados por el santo hermano nuestro Eusebio, sacerdote pocos días ha : y desde entonces, o por mis muchas enfermedades o por la muerte de la santa y venerable Eustoquia, vuestra hija, estando tan lastimado, que casi me pareció que no había que hacer caso de ellos, porque está atollado en el mismo lodo, y fuera de unas palabras sonoras y mendigadas, ninguna otra cosa habla : mas con todo eso, yo he trabajado mucho para que procurando el responder a mi carta, se manifestase más claramente y mostrase a todos sus blasfemias; porque todo lo que niega haber dicho en aquel miserable concilio Diospolitano, lo confiesa en esta obra : y no es muy gran valentía responder a unas necísimas necedades; mas si el Señor me diera vida, y yo tuviere abundancia de escribientes, con pocas trasnochadas le responderé, no para convencer la herejía ya muerta, sino para confutar con mis palabras su impericia y blasfemia; aunque esto mejor lo hicierais vosotros, por no obligarme yo a loar mis cosas contra un hereje. Vuestros hijos y

míos, Albino, Apiniano y Melania, se os encomiendan mucho. Esta carta de Belén di al santo presbítero Inocencio para que la llevase. Vuestra nieta Paula os pide lastimadamente que os acordéis de ella, y os envía muy grandes encomiendas. Nuestro Señor, por su clemencia, os guarde todo mal; tened memoria de mí, señores y verdaderamente santos y padres, dignos de toda honra y reverencia.



EPÍSTOLA XL

Para el mismo San Agustín, en que le da el parabién y las gracias por haber con su industria ahogado las herejías de los Pelagianos.

EN todo tiempo he honrado con la reverencia que es de razón, y amado al Señor que mora en vuestra alma; y ahora, si es posible, añadido algo al montón y lo lleno cumplidamente, porque no se pasa una sola hora sin hacer memoria o mención de vos, que con el ardor de la fe habéis resistido y estado firme contra los vientos que soplaban; y cuanto ha sido de vuestra parte, habéis querido más salir solo de Sodoma libre, que morar en compañía de los que perecían. Bien sabe vuestra prudencia lo que digo: aventajado en virtud, en Roma sois muy estimado, los católicos os honran como a fundador otra vez de la fe antigua, y os tienen sobre sus ojos; y lo que es señal de mayor gloria, todos los herejes os aborrecen, y a mí de la misma manera,

para matar con el deseo a los que no pueden con las espadas. Nuestro Señor Jesucristo por su clemencia os guarde y libre de todo mal. Acordaos de mí, señor, digno de toda reverencia y padre beatísimo.



EPÍSTOLA XLI

Para el mismo San Agustín, en que le da a entender que las herejías que habían sido convencidas, apagadas y condenadas públicamente, andaban solapadas a lo secreto, y procurando sus autores resucitarlas torcidamente, y que el obispo de Jerusalén a lo disimulado favorecía a los Arrianos.

MUCHOS hay que cojean de entrambos pies, y que con tener quebrantadas las cervices, no se inclinan ni sujetan, conservando el afecto e inclinación del error antiguo, aunque no tienen la misma libertad que antes tenían para predicar. Los santos hermanos que viven en nuestra pequeña compañía, y en especial vuestras santas y venerables hijas, os envían muchos saludos, con toda humildad y reverencia. Hacedme merced de darlos de mi parte a vuestros santos hermanos y señores míos, Alipio y Evodio. Nabucodonosor tiene cautiva a la ciudad de Jerusalén, y no quieren oír los consejos de Jeremías, antes desea volver a Egipto para morir en Tafnes, y perecer allí con sempiterna servidumbre y esclavitud.

EPÍSTOLA XLII

Para un gran orador romano, el cual por persuasión de Rufino le había preguntado por qué en sus libros usaba de ejemplos de las letras seglares y gentílicas, con que parecía obscurecer el resplandor de la Iglesia, y mancharlo con las cosas de los gentiles. Respóndele y da la razón por qué lo hace, y dice a quién imita en esto.

LEGADO ha a mi noticia el provecho que vuestras amonestaciones hicieron a nuestro amigo Sebesio; y esto no tanto por lo que vos me escribís como por la penitencia que él hace, y en gran manera nos ha agradado más viéndole corregido, que nos había latismado y hecho daño cuando erró. Contendieron entre sí la misericordia y el perdón del padre y la piedad del hijo; y esto no acordándose el uno de las cosas pasadas y prometiendo el otro hacer también lo que debe en el tiempo venidero; por lo cual nos debemos holgar nosotros, y vos juntamente, porque nosotros recibimos a nuestro hijo y vos aprobáis a vuestro discí-

pulo. Y a lo que me preguntáis en el fin de vuestra carta, que ¿por qué en mis libros pongo algunas veces ejemplos de las letras seglares, y mancho la hermosura de la Iglesia con la suciedad de los gentiles? Respondo brevemente, que nunca vos me preguntarais esto, si no estuvierais del todo entregado a Tulio y si leyerais las Santas Escrituras y dejando a Volcacio revolvierais los expositores de ellas : porque ¿quién hay que no sepa que en los libros de Moisés y profetas hay tomadas algunas cosas de los libros de los gentiles? ¿Y que Salomón propuso algunas dudas a los filósofos de Tiro y los respondió a otras que ellos propusieron? Y así en el principio de los proverbios amonesta (*Prov.*, 1) que entendamos y penetremos las palabras de la prudencia, y las astucias o equivocaciones de las palabras, y parábolas y semejanzas, y la obscuridad de las palabras, y razones, los dichos de los sabios y sus enigmas, que todas son cosas propias de los dialécticos y filósofos. Mas también el apóstol San Pablo, escribiendo a su discípulo Tito, se aprovechó de un versezuelo del poeta Epimenides, que dice así : Siempre los de Creta son mentirosos, malas bestias, vientres perezosos. De cuyo verso heroíco tomó después Calínaco la mitad. Y no hay que maravillar si entre los latinos la traslación expresa, palabra por palabra, no guarda la medida puntual en el verso ; pues aun Homero, puesto en prosa en la misma lengua, apenas tiene trabazón y coherencia. Y en otra epístola el mismo apóstol (*Cor.*, 31) pone un senario del poeta Menandro, que dice así : Las malas

palabras corrompen las buenas costumbres (*Act.*, 17). Y estando en Atenas disputando en la Audiencia o templo de Marte, citó por testigo al poeta Arato, diciendo : Y somos de su mismo linaje y casta, lo cual es cláusula de un verso heroico. Y porque aun no pareciese poco todo aquello, el capitán del ejército de Cristo, y orador invicto, haciendo el negocio de la causa de Cristo, aun en la inscripción de la estatua, que leyó acaso, la torció con grande arte, para argumento de la fe : y esto hacía, como quien había aprendido del verdadero David a sacar por fuerza la espada de las manos de sus enemigos y cortar la cabeza del fervorísimo Goliat con su propio alfange (*Reg.*, 17); y también había leído en el Deuteronomio (*Deut.*, 17), que estaba mandado por palabra del Señor, que a la mujer cautiva o esclava la rayasen la cabeza y las cejas, y que la cortasen todos los cabellos y uñas del cuerpo, y que así la podrían tomar por mujer : pues ¿qué hay que maravillar de que yo procure hacer de la ciencia secular por su hermosura y gallardía en el lenguaje, y por la gracia de sus miembros, de esclava y cautiva, una israelita? ¿Y si todo lo que hay en ella muerto y mortífero de idolatría, de deleite, de errores y de apetitos malos, o lo corto o lo raigo, y engendro de ella, para el Señor de los ejércitos, unos esclavillos, nacidos en casa, mezclados al cuerpo purísimo? Todo mi trabajo redundo en provecho de la familia de Cristo; y el estrupo de la ajena acrecienta el número de los que juntamente son sus siervos. El profeta Oseas (*Ose.*, 1) tomó por mujer a una fornicaria

llamada Gomer, hija de Debelain; y de ella nacióle un hijo, que se llamó Jezrael, que quiere decir semilla de Dios. Isaías (*Isaí.*, 7) rayó con una navaja aguda la barba y las piernas de los que pecaban. Y Ezequiel (*Ezeq.*, 5), en figurá de Jerusalén fornicante, se corta el cabello de la cabeza para que se le quite todo lo que carece de sentido y de vida en ella. San Cipriano, varón de grande elocuencia y mártir, es reprendido, según refiere Firminiano, porque escribiendo contra Demetrio, usó y se aprovechó de los testimonios de los profetas y apóstoles, los cuales él decía eran fingidos e inventados, pudiendo aprovecharse mejor de los filósofos y poetas, a cuya autoridad, como gentil, no pudiera contradecir. Escrito han contra nosotros Celso y Porfirio; al primero respondió Orígenes, y al segundo Metodio, Eusebio y Apolinario, y esto con grandísima fuerza: de los cuales Orígenes escribió ocho libros, y Metodio llegó a diez mil versos, y Eusebio y Apolinario compusieron veinticinco, y treinta libros; leedlos, y veréis como yo, en comparación suya, soy imperitísimo; y que después de tan largo tiempo como ha que no leo estas cosas apenas, y como por sueños me acuerdo de lo que aprendí siendo niño. Juliano Augusto vomitó siete libros contra Cristo nuestro Redentor yendo a la guerra de los Partos, y como dicen las fábulas de los poetas, se despedazó con su misma espada. Si yo pretendiere escribir contra ese tal, pienso que me lo estorbaréis, porque no hiera a un perro rabioso con la doctrina de los filósofos y estoicos; esto es, porque no le

torne a herir con la maza de Hércules; aunque luego en la batalla sintió y conoció el poder de nuestro Nazareno o Galileo, que así solía llamar a Cristo, y recibió el premio de su lengua hediondísima, atravesado por las entrañas con una lanza. Josefo, aprobando la antigüedad del pueblo judaico, escribió dos libros contra Apion Alejandrino, gramático, y pone en ellos tantos ejemplos y testimonios de las letras seculares, que a mí me parece milagro cómo un varón hebreo y dado desde su niñez a las letras sagradas, había podido revolver toda la librería de los griegos. ¿Qué diré de Filón, al cual los críticos o censores llaman otro Platón, o el segundo Platón, judío? Quiero discurrir sobre cada uno de ellos: ¿No sabéis que Cuadrato, discípulo de los apóstoles, y obispo de Atenas, presentó a Adriano, príncipe, que visitaba el templo, o los sacrificios de Eleusina, un libro en favor de nuestra sagrada religión; y fué para todos de tanta admiración, que como él tenía ingenio se convenció y alzó la mano de una persecución gravísima con que la afligía? Arístides, filósofo, varón elocuentísimo, ofreció al mismo príncipe una apología o defensa de nuestra religión, tejida de varias sentencias de filósofos, al cual imitó después Justino; y así ofreció un libro, que escribió contra los gentiles, al emperador Antonino Pío y a sus hijos y a todo el Senado; en que defendía el afrenta de la cruz y predicaba con toda libertad la resurrección de Cristo. ¿Qué diré de Melitón, obispo de Cerdeña? ¿Qué también de Apolinario, sacerdote de la iglesia ierapolitana? ¿Y de Dionisio, obispo

de Corinto, y de Taciano, y de Bardesano, y de Hirineo, sucesor de Forino, mártir? Los cuales declararon con muchos libros de qué fuente de filósofos manaron los venenos de cada una de las herejías de Orígenes. Pantaneo, filósofo de la secta estoica, fué enviado a la India por Demetrio, obispo de Alejandría, a fama de su grande erudición, para que predicase a Jesucristo entre los brahamanes y filósofos de aquella gente. Clemente, presbítero de aquella iglesia de Alejandría, que a mi juicio fué el más erudito de todos, escribió ocho libros de varias cosas y otros tantos de las disposiciones y exposiciones : y otro contra los gentiles, y también otros tres del pedagogo o ayo; ¿qué cosa hay en ellos indoc-ta? ¿O qué hay, por mejor decir, que no sea sacada de las entrañas de la filosofía? Imitando Orígenes este au-tor, escribió diez libros de cosas varias, comparando entre sí las sentencias de los filósofos y de los cristianos, y confirmando todos los dogmas de nuestra redención, de lo que dijeron Platón, Aristóteles, Numenio y Cor-nuto. También Melchiades escribió un excelente libro contra los gentiles. Hipólito también, y Apolonio, sena-dor de Roma, compusieron sus libros propios : también hay unos de Julio, africano, que escribió la historia de los tiempos; y otros de Teodoro, que después se llamó Gregorio, varón en quien resplandecieron señales y virtudes apostólicas; y otros de Dionisio, obispo de Alejandría.

También hay otros de Anatol, o sacerdote de la igle-sia laodicensa, y de los presbíteros Pánfilo, Pierio y

Luciniano, Malchón, Eusebio, obispo de Cesárea, y de Eustachio, Antiocheno, y de Atanasio Alejandrino, y también de Eusebio Emisleno, y de Trifileo de Chipre, y de Asterio Escitopolitano, y de Serapión, confesor, y de Tito, obispo Bostrense; y de los de Capadocia, Basilio, Gregorio, Anfílochio : los cuales todos en tanto grado llenaron sus libros de doctrina y sentencias de los filósofos, que no sabréis de qué admiraros primero en ellos, o de la erudición en las cosas seglares, o de la ciencia de las Santas Escrituras; pero vengamos ahora a los latinos; ¿qué cosa más erudita que Tertuliano? ¿O qué cosa más aguda? Su apologético y libros contra los gentiles, contienen toda la enseñanza y ciencia de los siglos. Minucio Feliz, defensor de causas en la audiencia de Roma, en el libro que intituló *Octavio*, y en otro contra los matemáticos (si el título no es falso, en lo que toca al autor), ¿qué cosa dejó de tocar de la escritura de los gentiles? Arnobio compuso siete libros contra los paganos; y su discípulo Lactancio otros tantos, el cual también escribió dos volúmenes de la ira y de la obra de Dios; y si gustareis de leerlos hallaréis una suma o compendio de los diálogos de Cicerón. A Victorino mártir, aunque le falta erudición en sus libros, con todo eso, no le falta voluntad y deseo de ella. ¿Pues Cipriano, con qué brevedad, y con qué ciencia de todas las historias, y con qué resplandor de palabras y sentidos, probó brevemente que los ídolos no son Dioses? Hilario, confesor de mis templos, imitó los doce libros de Quintiliano, en el estilo y número, y en el librito que escribió

contra Dioscoro, médico, mostró bien lo que alcanzaba en las letras. Juvencio, presbítero, explicó la historia de nuestro Salvador en verso, siendo emperador Constantino, y no temió poner debajo las leyes del metro la Majestad del Evangelio. No quiero tratar de los demás, así muertos, como vivos; pues en 'os libros están manifiestas sus fuerzas y voluntad, y no os engañéis luego con falsa opinión, pensando que esto es lícito contra los gentiles; pero que en las demás disputas se ha de disimular, porque casi todos los libros de todos, excepto los que no aprendieron letras con Epicuro, están llenísimos de erudición y doctrinas, aunque yo más sospecho una cosa, que dictando ahora esto, me ha venido a la imaginación; y es, que vos no ignoráis lo que en esto siempre se ha usado entre los hombres doctos, sino que otro en vuestro nombre me propone la cuestión; al cual por ventura, por amor de las historias de Salústico, le cuadra el nombre de Calfurnio, por sobrenombre Lanario; al cual os ruego le persuadáis, que por estar sin dientes no tenga envidia de los que los tienen y comen con ellos; y que por ser topo, no menosprecie el ojo de las cabras. Rica, como veis, era esta materia para disputar; mas ya es razón que se concluya la carta, que no ha de ser larga.

FIN

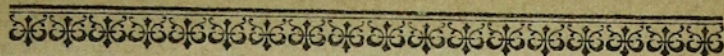


TABLA DE LAS EPÍSTOLAS

que este libro contiene.

INTRODUCCIÓN	V
EPÍSTOLA I. — Para Eliodoro, trata de las albanzas de la vida solitaria.....	I
— II. — Para Nepociano, trata de la vida de los clérigos.....	21
— III. — Para Rústico, monje, enséñale cómo ha de vivir.....	50
— IV. — Para Florencio.....	83
— V. — Para el mismo.....	83
— VI. — Para Leta, enséñala cómo ha de criar su hija.....	87
— VII. — Para Gaudencio, de cómo ha de enseñar a su hija.....	111
— VIII. — Para Paulino, de cómo ha de vivir el monje.....	121
— IX. — Para Marcela, de las alabanzas de Asela	139
— X. — Para Asela.....	145
— XI. — Para Principia, virgen, contiene el epitafio de Marcela.....	151
— XII. — Para Marcela, convida que se vaya a Belén.....	169

Epístola XIII. — Para la virgen Eustoquia, agradeciendo unos donecillos que le había enviado	174
— XIV. — Para Marcela, agradécela otros dones	179
— XV. — Para Pablo Concordiense	181
— XVI. — Para Marcela, de la enfermedad de Blesilla	185
— XVII. — Para santa Paula, consuélala de la muerte de su hija Blesilla	191
— XVIII. — Para Marcela, de la muerte de Lea	211
— XIX. — Para Pammachio, consuélale de la muerte de la mujer	215
— XX. — Para Lucinio	235
— XXI. — Para Teófilo, obispo	245
— XXII. — Para Abigao, sacerdote	249
— XXIII. — Para Castrucio	253
— XXIV. — Para Juliano	259
— XXV. — Para Exuperancio	275
— XXVI. — Para Castorina, hermana de su madre	279
— XXVII. — Para Juliano, diácono	281
— XXVIII. — Para Teodosio	285
— XXIX. — Para las vírgenes del monte Hermón	287
— XXX. — Para Rufino	291
— XXXI. — Para Nicea	299
— XXXII. — Para Cromacio	301
— XXXIII. — Para Crisógono, monje	307

Epístola XXXIV. — Para Antonio, de la modestia.	309
— XXXV. — Para San Dámaso, papa	311
— XXXVI. — Para el mismo	317
— XXXVIII. — Para Marcela	321
— XXXIX. — Para Alipio y Agustín	323
— XL. — Para San Agustín	327
— XLI. — Para el mismo	329
— XLII. — Para un orador	331



TIP. GARNIER (CHARTRES) — 277.5.19
